BEA FITZGERALD

MUJER, DIOSA, REINA



CROSS BOOKS

LO ÚLTIMO QUE NECESITAS EN EL INFRAMUNDO
ES ENAMORARTE

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Una nota de la autora
Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Capítulo once
Capítulo doce
Capítulo trece
Capítulo catorce
Capítulo quince
Capítulo dieciséis
Capítulo diecisiete
Capítulo dieciocho
Capítulo diecinueve
Capítulo veinte
Capítulo veintiuno
Capítulo veintidós
Capítulo veintitrés
Capítulo veinticuatro
Capítulo veinticinco
Capítulo veintiséis

Capítulo veintisiete
Capítulo veintiocho
Capítulo veintinueve
Capítulo treinta
Capítulo treinta y uno
Capítulo treinta y dos
Capítulo treinta y tres
Capítulo treinta y cuatro
Capítulo treinta y cinco
Capítulo treinta y seis
Capítulo treinta y siete
Capítulo treinta y ocho
Capítulo treinta y nueve
Capítulo cuarenta
Capítulo cuarenta y uno
Capítulo cuarenta y dos
Capítulo cuarenta y tres
Capítulo cuarenta y cuatro
Capítulo cuarenta y cinco
Agradecimientos
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Explora **Descubre** **Comparte**

Sinopsis

Los dioses, incluida mi propia madre, solo han mentido sobre mí. Me trataron como una pieza más en sus siniestros planes. Inventaron que Hades me secuestró para convertirme en su esposa, pero en realidad escapé. Y lo peor fue que, tras mi huida, el enojo de mi madre hizo que la tierra y los cultivos murieran, poniendo la humanidad en peligro.

LA VERDAD, MI VERDAD, VA MUCHO MÁS ALLÁ.

Llegué al Inframundo escapando de un matrimonio de conveniencia. No iba a permitir que me casaran con Apolo, un dios que solo puede pensar en sí mismo. Ahora, lo único que necesito es que Hades, el odioso, sexy y arrogante rey de este escabroso lugar, me ayude con mi plan. Uno que sacudirá al Monte Olimpo desde sus cimientos y tendrá consecuencias mortales, especialmente para quienes ya estamos en el infierno.

MUJER, DIOSA, REINA

Bea Fitzgerald



Para S1, sin quien no habría luz ni libro ni yo

Una nota de la autora

Aunque este libro es una obra de ficción fantástica, se basa en muchos aspectos de nuestro mundo y aborda preocupaciones sobre nuestra realidad. Aunque aborda algunos temas serios, mi esperanza es que, en última instancia, sea una lectura divertida y placentera. Para permitirlo, quiero dar un breve resumen de las cosas que, en este libro, pueden ser emocionalmente agotadoras o difíciles de abordar dependiendo de tu propia experiencia. Sin duda, hay temas que me afectan, algunos de los cuales se han desglosado al escribir este libro, así que, si alguno se identifica contigo, te envío mi amor y mis mejores deseos. Sé amable contigo mismo y cuídate, ya sea que ello implique hablar con un ser querido, un adulto de confianza, un médico o buscar otro recurso, y recuerda que no estás solo.

1. Este libro contiene discusiones y referencias a la cultura de la violación y la agresión sexual. No hay escenas gráficas de este contenido.
2. Un personaje atraviesa un trauma relacionado con la guerra y sufre un TEPT no diagnosticado.
3. Un personaje experimenta relaciones parentales emocionalmente manipuladoras, coercitivas y abusivas. No hay maltrato físico.
4. Se hacen referencias a daños físicos y lesiones. No hay escenas gráficas o explícitas de este contenido.

Capítulo uno

Cuando me preguntaron qué quería, dije:

—El mundo.

—¿Y qué harías con el mundo? —preguntó Padre. Sus palabras estaban llenas de extremos afilados, pero no entendía su amenaza hasta que Madre me apretó el hombro. Sus dedos estaban muy tensos como para ser un consuelo, ¿una advertencia, tal vez? ¿O una amenaza?

Miré a cada uno de ellos, nadie me daba ninguna indicación de lo que había hecho mal. Me hicieron una pregunta sencilla. Yo di una respuesta simple. Todos me miraban desde los pórticos sombreados del mégaron, sus rostros distorsionados por los reflejos de los pilares de bronce que rodeaban el salón del trono. No tenía ni idea de lo que querían, de por qué todos parecían tensos de repente. Algunas personas miraron a mi padre, cuya expresión era tan feroz que podría haber sido confundido con una de sus estatuas.

Consideré su pregunta, las uñas de Madre se clavaban más profundo con cada segundo que pasaba mientras permanecía sin palabras.

—Lo llenaría de flores —decidí.

Un latido del corazón mientras se asentaban las palabras.

Entonces mi padre se rio. Mucho. Alto. Era la clase de ruido que hace que te encojas en la silla. Los dioses reunidos se unieron una fracción de segundo demasiado tarde.

Quería volverme hacia Madre para ver si había respondido correctamente, pero sus manos me lo impedían, aunque sus uñas eran menos penetrantes.

No me había perdido de vista en toda la noche.

—Es prudente tener cuidado con los extraños, hija mía —había dicho. Pero estas personas no eran extraños, al menos no para Madre. Eran sus hermanas y hermanos, no de armas, sino de sangre. Eran dioses que había conocido toda su vida.

Quería saber más, pero «no hagas preguntas, hija mía» era la frase favorita de mamá.

Por lo menos todas estas tonterías de «hija mía» se acabarían pronto. Yo tenía ocho años, más o menos. Es difícil llevar la cuenta cuando eres inmortal y, hasta ese momento, todos los demás dioses habían estado metidos en una guerra contra el señor del tiempo, que lo cambiaba a su antojo.

Pero, independientemente de mi edad, estaba en mi anfidromia, el día en el que una niña recibe su nombre. Y, como yo era una diosa, también debía recibir mi dominio, el aspecto del mundo del que sería responsable.

—Muy bien —dijo Padre levantándose de su trono. Los extraños que reían guardaron silencio de inmediato—. Que así sea. —Hizo una pausa, las comisuras de sus labios se contrajeron mientras observaba las expresiones preocupadas de los otros dioses, particularmente los otros miembros del consejo que estaban sentados a su alrededor. Eran sus consejeros y ahora se daban codazos y susurraban, deseosos de escuchar su juicio. Entonces, Padre sonrió, aunque nada de eso alivió la tensión—. Diosa de las flores será.

Me quedé boquiabierta y mi madre volvió a agarrarme con fuerza, reteniéndome como una tenaza. Ella me conocía bastante bien como para sentir que estaba a punto de gritar, mi rabia se intensificó por la confusión de haber pedido algo tan grande y haber recibido algo tan pequeño. Todas mis esperanzas, todas mis elevadas ambiciones se desmoronaron. Pero mantuve la boca cerrada y cerré las manos en puños que escondí en los pliegues de mi vestido. Mi ira era demasiado valiosa como para contradecir al rey de los dioses.

—Y te nombro... Kore.

Mis ojos se abrieron cuando los significados del nombre pasaron por mi cabeza: pura, doncella, hermosa, niña. Aparentemente, era todo lo que sería para él.

—Diosa de las flores y de la belleza. —Afrodita hizo un ruido casi imperceptible de descontento antes de que Padre continuara—: En la naturaleza.

Mientras se encendía el fuego ceremonial, luché por contener las lágrimas.

Era como un castigo.

Y no tenía ni idea de lo que había hecho mal.

Ahora estoy pensando en mi anfidromia e intento no hacer una mueca a la vez que Madre coge mi cabello para peinarlo. Mis pensamientos vuelven a menudo a ello. Había mucho en juego y he tenido años para desentrañarlo poco a poco. Pero en esta ocasión mis reflexiones se disipan donde rara vez lo han hecho antes: en el mar de rostros perdidos en las sombras.

Madre me dijo ciertas cosas sobre ellos en ese entonces, cosas para mantenerme a salvo, pero también en la ignorancia. Ahora que me ha contado más, el recuerdo está rodeado de miedo.

Tanta gente, todos me observaban. Dos de las tres cortes se habían reunido, los dioses del Olimpo y del Océano me rodeaban. Ninguno del Inframundo, por supuesto. No había estado cerca de tanta gente antes, y no lo he hecho desde entonces. Ahora, en cuestión de días, me casaré con uno de ellos y ni siquiera puedo recordarlos lo suficientemente bien como para imaginar quién podría estar esperándome en el altar.

Según todas las personas que conozco, es natural estar nerviosa antes de casarte, pero nadie me ha dicho si es natural estar aterrada, tan llena de un absoluto horror ante la idea, que no puedes respirar de forma adecuada.

—Por favor, mantén la cabeza quieta, Kore. —Madre suspira, sus dedos aflojan el enmarañado desorden de mi pelo.

«Mi cabeza está unida a mi pelo, Madre. Si lo estiras, la cabeza lo seguirá».

—Deja fuera de tu mente cualquier comentario sarcástico en el que estés pensando.

En sus palabras cansadas se encuentra el eco del sermón que ha dado una docena de veces: «Los hombres no se toman bien el sarcasmo, Kore. Lo interpretan como un desafío a su autoridad».

Me pregunto si asimilaré algún día sus lecciones o si siempre retumbarán en mi mente con su voz, condenando mis acciones pero sin ayudarme a dejar de hacer las cosas que tanto le molestan. Las cosas que aparentemente me hacen indeseable.

Lo he intentado. Las Moiras saben que lo he intentado.

—Deméter, ¿estás segura de que deseas un peinado tan apretado? La moda ahora es mucho más relajada —dice Cianea desde la puerta, el único espacio que queda con Madre y yo apretujadas en mi diminuto dormitorio. Es la ninfa a la que, normalmente, se le confía la importante y ardua tarea de peinarme y, por la forma en que está jugueteando con los extremos de sus rizos, asumo que está enfadada porque Madre ha decidido interferir en un día tan importante.

Que los dioses me libren de que mi pelo parezca un desastre, el universo podría acabarse o, al menos, caería una maldición sobre mi hogar.

Aprieto los dientes cuando los dedos de Madre se enganchan en otro nudo.

—¿Suelto? —Madre se burla, como era de esperar—. ¿Qué diría sobre ella? No, lo mejor es un estilo tradicional. Estará preciosa pero todavía virginal, precisamente lo que se necesita.

—Sí, porque si no parezco virginal, ¿cómo sabrán los buenos pretendientes que la chica, cuyo nombre significa literalmente castidad y que ha vivido toda su vida sola en una isla, es pura?

—Eso no toca hoy, Kore. —Madre suspira de nuevo. El gesto se ha vuelto tan común que mi nombre no suena igual sin él.

Sin embargo, hay algo al escucharla suspirar en un día como hoy que es como si estirara un cordón en mi pecho. La decepciono, incluso cuando estoy de acuerdo con lo más importante que me ha pedido.

Coloca el último pasador en su lugar.

—Perfecto, estás tan guapa como afirman todos los rumores. —Levanta un espejo y observo su trabajo: mi pelo espeso y rebelde sujeto firmemente contra mi cuero cabelludo, mechones negros rizados que ya se intentan escapar. Dejando a un lado el pelo, intento verme a mí misma como lo haría un extraño, como lo haría mi futuro marido: suave piel de oliva y una nariz larga y recta, cejas gruesas y mejillas hundidas. Ojos que son un poco demasiado grandes, demasiado oscuros, que siempre se ven inquisitivos e ingenuos, como los que esperarías de una niña.

Está en lo correcto. Soy preciosa. Claro que lo soy. Somos diosas. Todas somos atractivas.

Lo que noto no es mi belleza, sino lo derrotada que parezco. Como si me hubiera resignado a mi destino.

En otras palabras, estoy perfecta.

—Te conseguiremos un marido en poco tiempo —canturrea Madre alegremente, dejando el espejo sobre la mesa. La golpea con demasiada brusquedad y cuando retira la mano veo que está temblando. No me gusta ver lo evidente que es su miedo a que no consiga una buena pareja. En especial, cuando estoy aterrada por tener una.

Tiro del ridículo vestido que Madre me ha obligado a ponerme: una monstruosidad de seda lila, drapeada y torcida una y otra vez para insinuar el cuerpo que se ofrece mientras oculta lo suficiente como para mantener intacta mi inocencia. Es menos un atuendo que una envoltura de regalo. También es demasiado largo para ser práctico, se arrastra detrás de mí. Teniendo en cuenta lo poco profundo que puedo respirar, sospecho que ha sido diseñado para evitar que me escape.

Casi tropiezo por las escaleras siguiendo a Madre a la cocina. Cianea se queda atrás para recoger, pero debe de haber estado cocinando antes de unirse a nosotras porque la cocina está llena de vapor, lo que es preocupante en una casa hecha casi completamente de madera y varios árboles retorcidos; el olor del pan es abrumador en un espacio tan pequeño. Normalmente, soy demasiado impaciente como para esperar a que el pan se enfríe, me quemo los dedos cuando arranco pedazos, pero mi vestido me aprieta el estómago con tanta fuerza que la sola idea de comer me da náuseas. Mis dedos buscan a tientas intentando aflojar los hilos que lo atan.

Madre aparta mis dedos y acomoda el lazo en su sitio.

—Siempre debes estar lo mejor posible para tu marido.

«¿Tú qué sabes? ¡No estás casada!», quiero gritarle.

—¿Él siempre estará lo mejor posible para mí? —pregunto en cambio.

Madre salta mirando a su alrededor como si un dios del Olimpo pudiera estar al acecho a la vuelta de la esquina, como si no hubiera pasado la última década tejiendo una magia intrincada para mantener a los indeseados fuera de la isla.

—¡No digas esas cosas, Kore! —me regaña—. Nadie creerá que una mujer que habla de atracción es casta. ¿Quieres que la gente crea que eres una zorra?

—Bueno. —Finjo consideración con el papel de «niña ingenua» que uso por supervivencia—. Si lo hicieran, nadie querría casarse conmigo. Y tal vez me gustaría esa libertad.

El rostro de Madre se ensombrece y coge mis manos entre las suyas.

—Eso no es libertad —dice suavemente—. Los hombres ven la reputación como una invitación.

—Pero no lo entiendo —replico parpadeando vacilante, aunque lo entiendo perfectamente bien—. Pensaba que me tenías en esta isla para alejarme de los hombres. Pero ¿ahora tengo que casarme con uno? Entonces ¿el sexo está bien si es con tu marido?

—Sí, pero solo entonces.

—Pero no estabas casada cuando me tuviste. —Frunzo el ceño para aclarar mi confusión. «Recuérdame cómo me concebiste, Madre».

—Fue antes de que la diosa del matrimonio se convirtiera en reina de los dioses. ¡Por los ríos

del Inframundo! Puede que no me guste Hera, pero al menos ha conseguido poder de alguna manera. Ha hecho que el matrimonio signifique algo, incluso lo suficiente como para someter a su propio marido.

¡Por los dioses! Hera como ejemplo, otra vez no. ¿Cómo es que mi madrastra es la brillante esperanza del matrimonio? Padre la obligó a hacerlo y ambos son desgraciados.

—Difícilmente —resoplo sin pensarlo.

—El matrimonio es protección, Kore. Un anillo en tu dedo te ata a un hombre y eso es lo que los dioses respetan.

—¿La propiedad de otro hombre? —me burlo. No puedo parar ahora que he comenzado.

—Sí —dice con brusquedad, reflejando el veneno en mi propia voz—. Por las Moiras, Kore, yo no he diseñado este sistema, así que deja de culparme por ello. Si tengo que arreglar un matrimonio para mantenerte a salvo, lo haré.

—Estoy a salvo aquí. ¿Por qué no puedo quedarme en Sicilia?

—Vaya, ahora quieres quedarte aquí. Qué gracioso, Kore, te has pasado la última década suplicándome que te dejara visitar otras tierras. —Niega con la cabeza, pero cuando habla de nuevo, lo hace sin la mordacidad de su ira—. Estás a salvo aquí porque hemos tenido suerte. Las protecciones no durarán para siempre, y menos ahora que eres mayor de edad. ¿De verdad crees que si yo misma tuviera el poder de mantenerte a salvo no elegiría tenerte a mi lado para siempre?

—No, en realidad no lo creo.

Eso no es cierto. Sé que no lo es. Pero quiero hacerle daño.

Funciona. Veo cómo aterrizan mis palabras, la mueca de dolor en su frente, su mano extendida, vacilante. Ni siquiera me siento culpable cuando las lágrimas brotan de sus ojos. Quiero que llore. Quiero que sienta una fracción del dolor que me causa la idea del matrimonio. Quiero que se dé cuenta de lo mucho que lo odio.

Su dolor se convierte en ira en segundos. Bien. Quiero que grite para que yo pueda gritar.

—Durante toda tu vida, todo lo que he hecho ha sido para tu protección. Atrapada en esta isla, mendigando encantos y alejando a las otras diosas, sin ir apenas al Olimpo, casi sin salir, todo para mantenerte a salvo.

—¡Nunca te he pedido que lo hicieras!

—¡Y lo he hecho de todos modos! Cualquier otra persona estaría agradecida, Kore. Todos los dioses creen que tienen derecho a coger lo que quieran y eso te incluye a ti. Los dioses solo se respetan entre ellos. ¿No ves que el matrimonio es la única forma de protegerte? Estoy segura de que no necesito contarte el destino de otras chicas que pensaron que podrían sobrevivir solas.

«No me importa», quiero gritar, pero mis palabras fallan en mi lengua cuando tomo conciencia. No tiene sentido discutir y, peor aún, arruinarlo todo. Durante ese tiempo he estado fingiendo que estoy bien con este acuerdo para que baje la guardia y me dé la oportunidad de

escapar y, aquí estoy, disparando sus alarmas en el último momento por el bien de una discusión que nunca ganaré.

Sé que mi madre no lo entenderá porque todo se reduce a que la seguridad no es suficiente para mí. Prefiero perecer, ser otra historia trágica para que una madre la use como advertencia, que convertirme en un suspiro prolongado, en un himno, una vida inmortal gastada miserablemente.

Pero mi seguridad y mi reputación han sido y siempre serán la prioridad de mi madre.

—Sé que tienes miedo —dice, su ira se enfría ante la oportunidad de un sermón—. Sé que si pudieras salirte con la tuya, explorarías el mundo, plantarías flores, probablemente usarías ropa muy inapropiada e irías sin zapatos. Pero no puedes. El mundo es demasiado peligroso.

—Tú puedes —digo en voz baja con una derrota pesada en mi voz.

—Kore. Solo lo diré una vez y tienes que escucharme. —Da un paso hacia mí de nuevo y me acaricia la mejilla—. Te quiero, cariño, pero no eres poderosa. Hay dioses por ahí con poderes incalculables, y Zeus te otorgó flores. ¿Cómo pretendes mantenerte a salvo con pétalos? Nuestras vidas no son iguales. Soy una de las primeras deidades, la diosa de la ley sagrada, la naturaleza, la cosecha, todos los dominios poderosos. Incluso así no soy lo suficientemente fuerte para protegerte porque Zeus les otorgó todas las cosas más poderosas a los hombres. ¡Por las Moiras! Cuando terminó la guerra, les otorgó reinos enteros, y uno de ellos tenía diez años.

—Sabes que no hubieras querido el Inframundo. —Demasiado frío, demasiado oscuro, demasiado lleno de horrores.

—Eso no viene al caso —dice—. La única forma de obtener más poder y abrirse camino en este mundo es uniéndose con un hombre poderoso en matrimonio. Dales a los demás algo o, mejor dicho, alguien a quien temer. ¿Me entiendes?

Trago saliva y me tiemblan las manos, pero me las arreglo para mantener mi expresión neutral. Quiero gritar que está equivocada, pero, sinceramente, no sé si lo está, y creo que si intento decir algo podría terminar llorando.

—Entiendo —susurro.

—No puedes quedarte como una niña en una isla para siempre. —Al menos estamos de acuerdo en una cosa—. Sé que tienes miedo, pero yo soy la diosa de la vegetación. No hay lugar en la Tierra al que puedas ir donde yo no pueda encontrarte. —Eso lo sé también—. No nos dejarás para siempre.

Contraigo mi dolor, lo empujo hacia donde todo mi miedo y mi rabia se fusionan en una pesadez abrumadora.

—Ahora eres una mujer. —Qué palabra tan arbitraria. No recuerdo haberme transformado en mi cumpleaños, pero, aparentemente, todo el mundo lo asumió—. Ya eres bastante mayor para estos dramas. Prométeme que no te comportarás así cuando llegue tu padre.

Perfecto. Su decepción absorbe los últimos restos de mi ira.

Mis ojos miran el suelo. Incluso eso es suficiente para dañarme. Observo los azulejos naranjas

que tal vez nunca vuelva a ver, la casa que dejaré de una forma u otra.

—Sí, Madre.

—Eres preciosa, Kore. Y eres maravillosa, inteligente. La mayor parte del tiempo, muy obediente y gentil, muy fácil de querer —dice deliberadamente—. Sigue así y cualquier hombre tendrá suerte de tenerte.

Serían endemoniadamente bendecidos.

—¿Solo estás valorando a los dioses del Olimpo? —consigo decirle.

—Por supuesto. Voy a encontrarte una buena pareja. Con un dios del Olimpo seguirás siendo parte de esta corte. Además, no confío en que alguien bajo el gobierno de Poseidón sea la clase de hombre con el que una se casa.

Claro, porque el gobierno de Zeus es mucho mejor.

—¿Y qué hay de la corte de Hades?

Madre se ríe muy agudo.

—Qué graciosa, Kore. Sé que piensas que te estoy enviando a un destino peor que la muerte, pero no te enviaría al verdadero reino de los muertos.

—Está bien —digo sin querer continuar con esta conversación y maldiciéndome por mencionarlo—. ¿Puedo ir a ver a mis amigas ahora? ¿Antes de que llegue papá?

—Oh —expresa un poco cautelosa—. No quiero que ensucies tu vestido.

—Por favor, Padre es quien me hizo la diosa de las flores. Difícilmente podrá sorprenderse por un poco de barro, ¿verdad?

—Soy la diosa de la cosecha y nunca me has visto con paja en el pelo, ¿verdad?

Sí, lo he hecho. Una vez. Bebió dos botellas de vino en una «noche de madres» con Selene y Leto. A Madre le encanta invitar a otras diosas para que me cuenten historias de terror sobre los hombres de los que me está protegiendo. Se reunían, me contaban las peores cosas que había escuchado en mi vida y luego me daban consejos para mantenerme a salvo. «No uses vestido si tienes que viajar», de Afrodita. «Disfrázate de hombre si puedes y, de ser posible, viaja en grupo». O Atenea dándome palmaditas en la cabeza, señalándome los lugares donde debía pegar a un hombre para liberarme de él, los dioses no lo permitan, si alguno llegara a la isla y me llevara. Hestia no es mucho mayor que yo, pero insistía en que siempre era más seguro quedarse en casa, aunque hay que admitir que asumí que lo diría como diosa del hogar. Ella decía que si alguna vez me encontraba perdida, debía ir directa al palacio o a la finca más cercana y solicitar xenía, un vínculo de hospitalidad de su propia creación que conseguiría que nadie pudiera hacerme daño sin consecuencias. Por supuesto, aún podrían dañarme, pero habría consecuencias. Antes de xenía los hombres podían hacer lo que querían con aquellos lo bastante estúpidos como para estar desprevenidos ante sus avances.

—Me iré en unos días —suplico—. Quién sabe cuándo volveré a ver a mis amigas.

—Sabes que no me gusta que pases tiempo con esas chicas —dice mordiéndose el labio—. Oh, muy bien, difícilmente puedo decir que no, no con... todo lo demás.

Lo que supongo que significa que, si me está obligando a unirme a un hombre que nunca he conocido, entonces impedirme hablar con mis amigas es una línea moral que no está dispuesta a cruzar.

—¡Cianea! —grita Madre, y la ninfa aparece al pie de las escaleras—. Ve con ella al río, pero si las chicas comienzan a corromperla, cuento contigo para detenerlas.

Oh, Madre, me corrompieron hace mucho. Y es bueno también, de lo contrario iría a mi noche de bodas sin tener ni idea de dónde va cada cosa.

—¡Vuelve pronto! —grita cuando ya estoy a medio camino de la puerta—. Tu padre estará aquí en una hora.

Una hora. Prácticamente, puedo escuchar la arena deslizándose a través de un reloj de arena, contando mis últimos momentos de la única vida que he conocido.

Capítulo dos

Al segundo de salir, me siento mejor. Mi ansiedad siempre presente se calma por el suave zumbido de las flores a mi alrededor: claveles, bocas de dragón, azafranes, caléndulas, fucsias, ranúnculos y margaritas anidadas en la hierba. Y es solo en el claro en el que está escondida nuestra cabaña. Cuando me aventuro hacia los prados, el sentimiento aumenta hasta marearme.

Cianea está frente a mí antes de que pueda dar otro paso hacia la naturaleza que me llama. Sus ojos dorados me observan en busca de alguna pista sobre mi inquietud, finas líneas que arrugan la piel bermeja a su alrededor, lo cual es imposible porque las ninfas no envejecen visiblemente, pero parece que la he preocupado tanto que le he causado arrugas.

Quiero desmoronarme en sus brazos. Quiero que me abrace y me diga que todo estará bien. ¿Quién sabe cuándo volveré a tener eso? Pase lo que pase hoy, cualquier elección que tome, ninguna opción tiene consuelo.

En cambio, sonrío.

—Estoy bien.

—Sé que es difícil. —Cianea me frota el brazo.

—Vámonos de aquí —digo sin ganas de fingir que me puede consolar, y sin ganas de arriesgarme a llorar de nuevo tan cerca de casa. Toda mi vida me ha parecido demasiado pequeña, algo de lo que se puede escapar. Sobre todo después de ver las alturas imposibles de los edificios del Olimpo, construidos por dioses de la artesanía en lugar de ninfas desesperadas que buscan cobijar a una diosa embarazada en medio de una guerra. Los mismos caminos del Olimpo son de oro mientras nuestro techo gotea. Pero ahora... ahora no estoy segura. La quiero y la odio a partes iguales.

Atravesamos la arboleda y dejo que el olor de los pinos, los robles y los cipreses me inunde. Me esfuerzo por escuchar el zumbido de los insectos y los pájaros que silban. Miro a mi alrededor con suficiente atención, como si al verlo muy bien pudiera asimilarlo todo, llevarlo conmigo a donde quiera que vaya.

—Tu madre discutió con él, ¿sabes? —dice Cianea—. Ella le suplicó que esperara unos años más. Él se negó. Al parecer, hay algo así como una disputa por ti.

—¿Cómo? —murmuro.

—¿La mítica Kore? ¿Oculta desde que era una niña, criada en una isla mística para mantener intacta su pureza? Eres una leyenda entre los demás dioses y un premio por encima de cualquier otro.

Podría estar enferma.

—Es bueno, Kore —insiste, sus ojos preocupados revolotean sobre mí—. Con tanta competencia, tus padres podrán elegir lo mejor de lo mejor. Tendrás un gran compañero.

Para eso eran, ¿no? Todos los logros, el estilo, contener la respiración y mantener la boca cerrada. Sé perfecta, consigue una selección más amplia, aumenta tus posibilidades de tener un marido agradable y decente.

Luego sigue siendo perfecta para mantenerlos contentos y fieles una vez que estés atada a ellos.

—¿Por qué Madre no me dijo que ella tampoco quería esto? —consigo decir al final, la culpa se retuerce en mis entrañas—. No me habría peleado con ella.

—Sí lo habrías hecho —alega Cianea mirando hacia la casa—. Porque no puedes pelearte con Zeus, ¿verdad?

No, no puedo.

Incluso pensar en desobedecer una orden directa del rey de los dioses hace que aumente el dolor en el estómago, un abismo dentro de mí en el que desearía poder desvanecerme.

—Creo que Deméter pensaba que si creías que era idea suya, entonces podría parecerte más fácil.

—Nada podría... —Me interrumpo. Si seguimos hablando diré algo que lo arruinará todo. Por fortuna, es el momento en que coronamos los árboles y llegamos al río, donde las ninfas comienzan a chillar y correr hacia nosotras.

Cianea también es una ninfa de río, una náyade, pero a Madre le gusta. Por regla general, a Madre no le gustan mucho las ninfas. Su ética no se parece a la de ella y eso la asusta.

Pero también la auxiliaron cuando llegó aquí por primera vez, recolectaron yesca y la ayudaron a construir un refugio. Hicieron de la isla un hogar. Dudo que Madre imaginara que se quedaría aquí después de que terminara la guerra de la que huyó, pero también dudo que imaginara todas las cosas que harían los dioses cuando ganaran, las cosas de las que me ha protegido al mantenerme aquí.

Supongo que ella ve mi amistad con las ninfas como un pago, algo que acepta a cambio de mantenerme en esta isla sin nadie más que me acompañe.

Eudokia y Mirra se acercan primero, apretándome y gritando de alegría.

—Kore —dice Eudokia—. ¿Puedes creer que esté pasando al fin?

—Oh, no puedo esperar para conocer a tu hombre —dice Mirra—. Apuesto a que será guapo, con todos los músculos hinchados, la piel brillante y el pelo ondulado.

—Solo espero que sea amable —respondo. ¿Qué más puedo decir? Cualquier cosa que mencione con ellas llegará a oídos de mi madre y tendré que soportar otra ronda de sermones sobre el deseo.

—¡Vamos, tienes que esperar mucho más! —dice Eudokia con nostalgia, jugando a entrelazar su fino pelo rubio alrededor de su dedo—. Creo que tendrá los ojos más impresionantes; serán

del color del mar y él tendrá el pelo del color del sol.

—Entonces, ¿quieres que me case con Apolo? —pregunto sin rodeos. Eudokia ha estado hablando de él desde que éramos pequeñas.

La nariz de Eudokia, rosada y quemada por el sol, se arruga.

—Ojalá, pero no puedes casarte con otro hijo de Zeus.

Eso no ha detenido a los dioses antes. Hay rumores de que mis padres son hermanos, aunque son infundados. Mi abuelo Cronos derrocó a su propio padre para convertirse en rey de los titanes y tenía tanto miedo de que alguien más creciera para robarle la corona que raptó a los hijos de los otros titanes y se los tragó enteros. Luego tuvo a su propio hijo y decidió comérselo también. Pero su mujer, Rea, lo engañó y consiguió poner a salvo a su hijo, Zeus. Cuando creció, Zeus engañó a Cronos para que vomitara a los otros dioses. Había usado todos sus poderes para congelar a los niños antes de tragárselos. Salieron perfectamente conservados. La pequeña Hera despertó primero, la mujer que llegaría a ser la reina de los dioses. Meses después, mi madre y Poseidón, rey de la corte del Océano, boquearon en sus cunas. Creo que todos se habían dado por vencidos con Hades y Hestia cuando, por fin, despertaron gritando años después. Los otros dioses habían crecido para entonces y estaban cansados de la batalla. Hades y Hestia aún eran pequeños cuando terminó la guerra; a Hades lo nombraron rey del Inframundo y a Hestia, diosa del hogar.

Me gusta Hestia, de verdad. Pero también la odio.

Creo que mi padre desearía que ella fuera su hija y no yo. Diosa del hogar y feliz de serlo, prefiere estar en casa que en cualquier otro lugar. Hestia le pidió a mi padre que le permitiera no casarse y él estuvo de acuerdo tan rápido que cuando me enteré, quemé un prado con mi rabia. Imploré por ello, supliqué y solo recibí a cambio su risa y sus justificaciones: ya había perdido a dos hijas debido a la virginidad eterna; otra más y los dioses de la corte enfurecerían. Necesité todo mi talento con las flores para revivir los restos muertos y carbonizados del prado. Hestia es quien yo podría ser si aceptara mi papel en este mundo, sin rebelarme contra ello. Si fuera perfecta.

Y tampoco es tonta, sabe que hay poder en el hogar. Es solo un poder que Zeus ha pasado por alto. La xenía es uno de los lazos más poderosos del mundo, solo superado por un juramento en el río Estigia.

Quería poder y lo encontró en lo que mi padre le otorgó, a diferencia de mí, demasiado testaruda para pensar con sutileza.

—Bueno, al menos significa que puedes dejarme a Apolo para mí —continúa Eudokia, sin darse cuenta de que estoy perdiendo el control.

—¿Por qué, para que puedas terminar siendo otra Dafne? —pregunto. Pobre Dafne, convertida en árbol para escapar de las persecuciones depredadoras de Apolo. Diré muchas cosas sobre Madre, pero las amenazas de las que me ha protegido todos estos años son muy reales. Me

enseñaron la historia de Dafne como un cuento de hadas: mejor ser un árbol que ser profanada. Eso es lo que se considera un final feliz en la corte del Olimpo.

Eudokia frunce el ceño.

—Por favor, como si fueras a rechazar a Apolo.

—Además, ¿por qué Dafne estaba en la orilla del río si no quería el afecto de Apolo? —pregunta Mirra. Mi estómago da vueltas.

—¡Vamos, tenemos muchas otras cosas de qué hablar! Debes de estar muy emocionada —dice Amaltea—. Ven, siéntate con nosotras un rato.

Es un día bonito, el sol brilla tanto que el aire ondula, el agua y el cielo tienen un tono azul que nunca he podido replicar en las flores. La brisa atrapa el aroma del océano y donde quiera que mire hay vida. ¿La diosa de la cosecha y la diosa de las flores presas en una isla con espíritus de la naturaleza como compañía? Es el paraíso.

Ya lo echo de menos.

No quiero mirar atrás.

—¿Sabes con qué dioses se reunirá tu madre? —pregunta Amaltea.

Niego con la cabeza.

—No, no me corresponde saberlo. —Una frase textual de boca de mi madre, aunque suena como algo que mi padre le hubiera dicho—. Además, estoy segura de que el juicio de Madre está mejor informado que el mío. Su elección será mucho más sensata. —Eso es todo de Madre.

—Una elección sensata —se burla Eudokia—. Basta ya. Quiero saber si las alternativas son atractivas.

Por los dioses, solía sentirme cerca de estas chicas. Pero todo se acabó cuando comencé a decir que nunca querría casarme y me decían: «Oh, solo te preocupa que Deméter te empareje con uno de los dioses antiguos. ¡No te obsesiones! Piensa en los buenos que te pueden tocar, como Eros». Como si el encarcelamiento en un matrimonio fuera tolerable si el hombre que me controla tuviera buenos pómulos.

Y: «¡Pero serás muy buena mujer! ¡Y madre!». Como si la razón por la que no quiero casarme fuera que creo que carezco de las habilidades para hacer con éxito todo lo que se espera de mí. Verlo todo planificado, cada paso de mi vida planeado, es terrorífico. Una trampa muy obvia.

Y: «¡Claro que quieres casarte!», es una de sus favoritas, como si con solo refutar lo que digo pudieran cambiar mi opinión.

Sin alternativas. Sin entendimiento. Nada.

Y si Madre me tiene aterrada, ellas me tienen confundida. Todas son tan agresivamente positivas sobre el sexo que piensan que no quererlo te convierte en un monstruo o, al menos, en una mojigata reprimida. No pueden imaginar un mundo en el que digas que no y lo digas en serio.

—¿Solo estás pensando en la corte del Olimpo? —pregunta Mirra.

—No —dice con sarcasmo Eudokia—. Deméter bajará al Hades a buscar un monstruo de lava

del mismísimo río de fuego. Kore, asegúrate de llevar una ninfa de aloe vera a la boda.

—No me refiero al Hades, claro. Aunque, para ser justos, algunos de los dioses de ahí abajo son...

—¿Espantosos? ¿Deprimentes? Es más probable que te apuñalen con una espada que con su...

—Solo del Olimpo. —Interrumpo su discusión.

—¿Por qué?

Cianea interviene.

—Deméter dice que hay tanta gente interesada que es más fácil sacar al Océano de la ecuación. Y..., bueno, creo que Zeus quiere vigilarla de cerca. Él la quiere en su corte.

Pondría los ojos en blanco ante su mezquindad si no estuviera arruinando mi vida. Siempre seré sospechosa porque de niña pedí demasiado, amenacé su autoridad, me categorizaron como algo a lo que debía vigilarse.

Saber que solo los dioses del Olimpo compiten por mi mano no mejora las cosas. El Océano siempre ha sido la amenaza más constante para nuestra isla dado que la rodea, las olas rompen en la costa como si fuera solo cuestión de tiempo que la corte se tragara el lugar por completo. Si una de las historias de terror de Madre se hacía realidad, siempre imaginaba que sería un dios oceánico el que me secuestrara. Pero los del Olimpo son igual de malos.

Su mismísima reina, Hera, fue obligada a casarse con el hombre que abusó de ella: mi padre. No es exactamente una unión feliz, pero ella es la diosa del matrimonio, por lo que él no puede divorciarse de ella, aunque puede engañarla, pegarle, colgarla con cadenas cuando se rebele contra él y hacerle jurar por el Estigia que nunca volverán a discutir.

Cuando se lo recuerdo a Madre, que tal vez la seguridad del matrimonio no vale la pena, que estar protegida de muchos hombres por el bien de uno es un riesgo de todos modos, tan solo me dice que uno es mejor que muchos y, además, me casará con alguien mucho mejor que mi padre. Dice que es por eso por lo que ella elige y yo no, porque cometió errores en su juventud, incluido mi padre, y debo aprender de ellos.

Pero, a pesar de todo, también está celosa de Hera porque obtuvo una corona con su matrimonio. Después de que los dioses derrotaran a los titanes, las Moiras decretaron que solo uno de aquellos que había sido arrebatado por Cronos podría gobernar. Padre consideraba a los niños como amenazas, e intentó apaciguar a Poseidón y a Hades dividiendo el mundo en tres y convirtiéndolos en reyes de sus propias cortes para que nunca vinieran a por su corona. No importa que Cronos eligiera a seis niños, tres de los cuales eran niñas.

Como una de esas niñas, Madre nunca ha perdonado ese desprecio. Técnicamente, ella también es una diosa del Olimpo. Incluso está en el consejo de los doce, el organismo que supervisa las cortes. Pero se queda aquí conmigo la mayor parte del tiempo. Dice que es por mi propia seguridad, pero también porque, como madre soltera, se convirtió en una paria social en el segundo en que Hera se casó con Zeus y la diosa del matrimonio se convirtió en reina de los

dioses. Las amistades de Madre se transformaron en algo que debía ocultarse en susurros y reconciliaciones silenciosas lejos del Olimpo.

Sicilia es hermosa, pero es una prisión. Para las dos.

Las ninfas siguen especulando sobre posibles pretendientes y me desconecto mirando al sol bailando en el río, las flores que llenan cada centímetro de tierra. Si Padre me quiere casada con un dios del Olimpo, ¿significa que me quiere allí? La corte es preciosa, enormes puertas arqueadas se abren a una ciudad de palacios, caminos dorados que serpentean entre ellos, ambrosía tan espesa en el aire que puedes saborearla. Las Musas cantan en las calles, el mármol brilla más blanco que las nubes y los edificios se asientan sobre pedestales de bronce. Todo es brillante, reluciente y perfecto.

¡Y luego la acrópolis! Toda la corte está en una montaña empinada, pero cuanto más subes, más te das cuenta de que ya no estás caminando sobre piedra. Debajo de tus pies están las estrellas mismas y allí, donde se arquea la punta misma del Cielo, está el palacio de Zeus. Saltaba de alegría mientras iba hacia allí en mi anfidromia, asombrada por toda la belleza que la corte tenía para ofrecer.

No he pensado mucho en el Olimpo desde entonces; mis recuerdos siempre permanecen en mi ceremonia de nombramiento.

Pero ahora trato de imaginarme viviendo en la corte, dioses a la vuelta de cada esquina, y mi corazón desea algo distinto. Atrapada en esta isla, siempre he querido ver el mundo. Pensaba que, tal vez, lo único que podría hacer soportable el matrimonio sería casarme con un marido que viviera cerca de montañas cubiertas de nieve o bosques tan espesos para ver a través de ellos, cerca de un desierto o de una jungla: algo diferente, algo nuevo, algo ajeno a este mundo que adoro.

El Olimpo está lejos de este mundo.

Y no recuerdo haber visto una sola flor allí.

—¡Mira! —exclama Mirra señalando el cielo, y sé que es demasiado tarde. Sé que solo hay una cosa de la que ella podría estar hablando incluso antes de que mire hacia arriba y vea su carro corriendo por encima de nosotras, cuatro caballos golpeando sus cascos contra el aire.

Mi padre está aquí.

Capítulo tres

Casi me desplomo cuando llego a casa. Mi sospecha de que era imposible correr con este vestido era correcta.

—Kore. —Madre me regaña cuando entro por la puerta de golpe, corriendo hacia mí y arreglando los mechones de mi pelo—. ¿Qué haces corriendo como un toro enfurecido?

—Padre —logro decir.

—¡Oh, por las Moiras! —Madre, preocupada, se lleva una mano a la boca—. Ha llegado temprano. Retrocede. Deja que te mire.

Hago lo que me pide observando la comida que ha preparado para la llegada de mi padre: alcachofas rellenas de queso feta que brillan en aceite de oliva, garbanzos secos espolvoreados con granos de sal tan grandes que atrapan la luz, tartas con queso cremoso y verduras encurtidas, empanadas con cucharadas de mermelada de frambuesa y una docena de panes con flores horneadas en la parte superior, decorativas y comestibles que creé porque pensaba que harían feliz a mi madre; flores y domesticidad en una.

Pero todo es apariencia, Padre no se quedará para comer nada. Hará algunos comentarios devastadores, me pondrá en mi sitio y luego se irá corriendo a prestar atención a sus hijos predilectos o a las futuras madres de ellos.

—Bien, estás perfecta —dice Madre para calmarse—. Pero, Kore, tienes que comportarte cuando llegue. No lo irrites. Necesito... Mira, querrá casarte con el dios que le ofrezca más ganado, o que se incline más o, por los dioses, ni siquiera sé qué. Pero tendré que presionarlo para elegir a alguien que te trate bien. No lo hagas enfadar lo suficiente como para fastidiarte con una elección diferente.

—Sí, Madre. Me comportaré.

«No soy idiota».

—Buena chica —dice dándome un beso en la sien cuando la puerta se abre de golpe.

Me estremezco ante el ruido. A Padre le gusta ser escandaloso, todo en él es aparatoso. Prefiere que su voz sea lo suficientemente alta como para que la gente se encoja. Cuando entra en nuestra casa, el aire mismo se tensa, chisporroteando con la energía de algo más que su relámpago. Caigo de rodillas cuando él entra, con la cabeza gacha.

—Mi rey —murmuro y mi madre hace eco de mi voz de rodillas a mi lado.

—Levántate —ordena.

Mantengo los ojos pegados al suelo mientras lo hago, deseando poder hundirme en las

baldosas. Madre se adelanta, su hombro roza el mío al tiempo que se coloca frente a mí tan sutilmente como puede.

Él resopla.

—Has hecho un trabajo decente, Deméter. Es bastante dócil.

Mis mejillas se sonrojan de ira, pero espero que lo confunda con un sonrojo avergonzado.

—En efecto. Ahora, ¿nos vamos? —pregunta Madre.

Él la ignora y comienza a caminar a mi alrededor en un círculo amplio y lánguido.

—Sí —dice al fin—. Me imagino que tendremos bastantes ofertas por ella. Ya he tenido varias, y he tratado de asegurar sus posibilidades. ¡Kore! —grita mi nombre como si no hubiera sido capaz de escucharlo y levanto la mirada.

—Padre —respondo con un delicado movimiento de cabeza.

—¿Estás ansiosa de que llegue tu boda?

¿Qué debería responder? Si digo que sí, me venderá como a una mujer dispuesta a hacerlo, que no puede esperar. Si digo que no, ahí estoy, siendo obtusa, negándome.

—Estoy emocionada por mi matrimonio, mi rey.

—La última vez que estuve aquí me suplicaste que no te casara.

Lo he hecho tantas veces que ni siquiera puedo recordar el momento específico al que se refiere.

—Mi mayor deseo sigue siendo, como siempre, cumplir tus órdenes. Si quieres que me case, entonces estoy emocionada de hacerlo.

Él murmura divertido.

—¿Y qué más quieres?

Siempre vuelve a ello. No estoy segura de que siga enfadado, solo satisfecho de convertir a una chica terca en una mujer sumisa. Como si al aplastarme pudiera aplastar a cada persona en el planeta que alguna vez lo ha desafiado.

—¿Qué te gustaría que yo quisiera?

Sus ojos comienzan a chisporrotear, relámpagos corriendo a través de ellos, y da un paso hacia delante que me hace saltar hacia atrás. Se ríe tan fuerte que deben de oírlo en el Olimpo.

—Esto, Kore. Quiero esto, que nunca olvides quién tiene el poder. Cuando estés en el Olimpo, haciendo de la casa de tu marido un hogar como debe hacerlo una buena mujer, quiero que recuerdes que fui yo quien te puso allí.

Mis dientes rechinan.

—Sí, mi rey. Lo que quieras.

—¿Y no estarás triste de dejar este sitio? ¿Quizá incluso de dejar este mundo?

—Simplemente, soy la diosa de las flores, Padre —digo, aliviada de estar en un terreno familiar. Le gusta esto, que deje claro que me conformo con carecer del poder que una vez deseé —. ¿Qué más podría ofrecerle a este mundo?

—Excelente —dice con alegría, dando un paso atrás y girándose hacia mi madre—. Ven,

acabemos de una vez. Hay un torneo en Ítaca que no me gustaría perderme.

Mi madre se gira hacia mí.

—Estaré en casa pronto, Kore —anuncia con los brazos colgando sin fuerzas a los lados como si quisiera alcanzarme, pero no sabe si puede—. Termina tu ajuar mientras estoy fuera y cuando volvamos...

—¡Ahora, Deméter! —grita Padre.

Mi madre me mira a los ojos.

—Todo saldrá bien, Kore. Compórtate mientras no estoy.

Entonces se va. No recibo un abrazo final, una última palabra amable o, al menos, una que no esté hecha para los oídos de mi padre. No recibo un merecido adiós.

Y no sé cuándo o incluso si la volveré a ver.

Espero hasta que escucho que el sonido de los cascos en el suelo se desvanece mientras corren hacia el Olimpo y, luego, aguardo unos momentos más para estar a salvo. Entonces respiro temblorosa y me dirijo al exterior.

Cianea está esperando justo afuera de la puerta. Corre hacia mí y me aparta el pelo de la cara, en busca de una señal de que algo está mal.

—¿Sí, cariño? —pregunta.

Sonrío, pero no es tanto una reacción como un reflejo.

—He pensado que podría recoger algunas flores para mi prometido.

Iba a bajar a las playas y luego a las arboledas para despedirme de todas las ninfas de esta isla: las nereidas, alseides, dríades, auras, limónides y ninfas tan especializadas que ni siquiera tenemos nombres para ellas. La idea de no abrazar a Siringa por última vez, de no volver a ver a Egeria...

Pero me conozco bien. Y si no hago algo ahora con esta ráfaga de emociones inundándome, lo reprimiré todo y lo ignoraré, y lo próximo que sé es que estaré casada. Si voy a hacerlo, si realmente voy a desobedecerlos a todos de esta manera, entonces necesito hacerlo ahora.

—¿Qué flores pensabas recolectar? —pregunta.

—Anémonas y estátices —digo sin perder el ritmo. Les di significado a las flores en un vano intento de hacerlas más interesantes y los significados para estas dos son desesperanza y simpatía.

Cianea frunce el ceño y no quiero que esa expresión sea mi último recuerdo de ella.

—No creo que tu madre vaya a estar muy complacida con ello.

—Solo bromeo. Estaba pensando en margaritas, fresias y gardenias. —Pureza, pureza y más pureza. ¿Qué más sería adecuado?—. Hay algunas en el prado junto a la cala de la piscina rocosa.

—Está demasiado lejos para que me desvíe de mi corriente —dice Cianea—. ¿Estarás bien si vas sola?

Asiento y la rodeo con mis brazos antes de pensarlo mejor.

—Volveré pronto. Te quiero.

Si ella piensa que mi demostración de afecto es extraña, no lo menciona. Tal vez solo cree que es porque me iré pronto.

Aunque algunos sabemos que será mucho antes.

—Yo también te quiero, cariño —dice dejándome ir.

Así, me doy la vuelta y me alejo de la única vida que he conocido. Una vez que estoy fuera de la vista de Cianea, huyo de ella.

Puedo sentir las flores, aunque no son las que le dije a Cianea que iba a buscar.

Pienso en el día de mi nombramiento y en cómo quería más.

Todavía quiero más.

Adoro las flores; es cierto. Las amo tanto que la idea de dejarlas atrás me hace querer reconsiderarlo todo. Me encanta cómo huelen, cómo son, cómo cambian. Sobre todo, me encanta la forma en que me hacen sentir, como si estuviera conectada a algo mucho más grande que yo.

He hecho lo mejor con lo poco que he tenido. He hecho flores para agradar a la vista y ayudar a la naturaleza. He hecho flores de formas intrincadas, construcciones más complicadas de lo que los arquitectos del monte Olimpo podrían atreverse a construir. Les he dado significados a las flores, las he moldeado en lenguaje para hacerlas más de lo que cualquiera hubiera podido pensar que serían.

Les he dado espinas a las rosas y he hecho flores que pican, que muerden, que pueden matar a un hombre en segundos.

Y también he hecho herramientas, palas, horcas y tijeras que ahora dirijo a mi vestido, cortando los cordones que lo atan, arrancando centímetros en la parte inferior, el dobladillo embarrado que ha estado amenazando con hacerme tropezar todo este tiempo. Los extremos rasgados me hacen cosquillas en los tobillos, ahora tienen una longitud mucho más adecuada.

Si esto falla, al menos mi madre se pondrá furiosa. Algo es algo. Al menos mi marido sabrá que se casa con un espíritu salvaje y no con una niña obediente.

Ah, e hice hoces, pequeñas cuchillas curvas para cortar flores, pero imagino que tienen otros usos. Ato una a mi muslo con un trozo de tela. Nunca está de más ir preparada.

No puedo creer que lo esté haciendo.

Lo he estado pensando durante años, desde que escuché por primera vez las historias de un niño que terminó con una revuelta de titanes sin siquiera levantar una espada. Desde que Madre me contó historias de terror de ríos de dolor y lamentación, de un abismo tan profundo que era lo único capaz de contener a los titanes vencidos. Todo lo que podía pensar era que quería verlo por mí misma.

Nunca he dejado de pensar en él, un mundo donde incluso los dioses teman pisar. Una parte de él siempre ha jugado en mi mente, como si me desafiara a ir, retándome a correr el riesgo. Madre dijo que mi seguridad dependía de su pavor. Entonces, si necesito darles a los dioses algo que temer, que así sea.

Les daré el infierno mismo.

«No hay lugar en la Tierra al que puedas ir donde yo no pueda encontrarte».

Madre es dueña de la Tierra. Padre, del Cielo. No confío en mis posibilidades en el Océano con una corte llena de dioses codiciosos; Poseidón es el peor de todos.

Pero hay alguien en algún lugar al que puedo ir donde ninguno de ellos conseguirá encontrarme.

Mil historias de muerte y oscuridad y ni una sola historia de una mujer raptada.

Estoy arriesgándolo todo por fábulas, pero quedarme supone un riesgo mucho mayor.

Mientras cruzo el prado agradezco a las Moiras que sus ninfas estén en otra parte. En el medio hay un trozo de tierra desnuda. Me agacho, hundo los dedos en la tierra seca y me concentro. Dejo que todo mi miedo y desesperación se derramen fuera de mí y entren en las flores que creo. Tallos blancos y curvos brotan del suelo, sus raíces se hunden profundo en la tierra, más profundo que cualquier cosa que haya hecho antes, algo que une nuestros territorios.

—Te nombro asfódelo —digo dirigiéndome a las flores—. Se colocarán en las tumbas, venerarán a los muertos y honrarán sus recuerdos. Te nombro en honor al dios Hades, rey del Inframundo y todo lo que yace debajo de esta tierra.

Encuentro la flor más grande y hermosa que puedo. Es impresionante; los pétalos de marfil son perfectamente imperfectos, no simétricos, sino equilibrados. Esta flor es como el caos en la naturaleza. Es una de mis mejores creaciones.

La arranco de la tierra y la trituro entre mis dedos.

—Y, en serio, Hades —llamo—, necesitamos hablar.

Entonces aguardo, esperando, sintiendo nada más que la suave brisa rozando mi piel.

Dejo caer la flor destrozada y, cuando golpea el suelo, la tierra se abre.

Sonrío y salto a la oscuridad.

Hay algo que debes entender.

Soy buena. Soy muy buena. Es más o menos mi característica definitoria.

«Qué buena niña. Qué niña tan bonita. ¿No es preciosa? Una niña muy angelical».

Tengo otras características, por supuesto. Soy muy hábil. Puedo tejer casi tan bien como Atenea (diría que mejor, pero Aracne no teje telarañas por nada). Mi voz podría someter a los ejércitos cuando canto, por supuesto, no cuando hablo. Después de todo, las niñas buenas deben ser vistas, pero no escuchadas. Mi costura es tan detallada y fina como cualquier otra, y deberías verme haciendo una vasija.

¿Entiendes lo que estoy intentando decir?

Cuando Madre entretenía a sus amigos, yo me sentaba tranquila, sin molestar, y comía con delicadeza. Rechazaba repetir incluso cuando mi estómago gruñía, los adultos sonreían y

felicitaban a mi madre, señalaban lo perfecta que era y cómo no podrían haber esperado menos de Kore.

Frotaba miel en mi pelo para que brillara aun cuando atraía a los insectos, y mezclaba arena con aceite de oliva para quitarme la piel dura del cuerpo incluso cuando sangraba. Sangraba mucho: en el telar, en una aguja, en el jardín, entre mis piernas mientras mi madre sonreía y decía que me estaba convirtiendo en una mujer y luego lloraba y añadía otra capa de protección a la isla y obligaba a las ninfas a guardar el secreto. «Por si acaso —decía ella—. Por si acaso».

Yo era bella, siempre bella. Es lo que me decían una y otra vez hasta que la misma palabra pasó a significar dolor. Y aun así seguía, desgarrando y tirando y haciendo daño hasta que estaba aún más hermosa.

Cuando Madre me dijo que me rizara el pelo, lo enrollé con tanta fuerza alrededor de una tela enroscada que los mechones se rompieron. Cuando sus amigos me dijeron que me sentara recta, me enderecé. Cuando dijeron que estaba «creciendo» en ese tono, dejé de comer. Cuando dijeron que sería más bonita si sonreía, sonreí.

Era buena. Era obediente. Era perfecta, maldita sea.

Entonces, cuando por fin perdí los estribos, lo hice con ganas.

Cuando al fin dije que no, lo grité desde las cimas de las montañas.

O del Inframundo, según sea el caso.

Capítulo cuatro

Estoy cayendo por milenios y estoy cayendo por segundos.

Cuando me estrello, sé, con un conocimiento más allá de la lógica, que estoy en otro sitio. Puedo sentirlo en mi piel. No puedo respirar. Me estoy asfixiando por el impacto de perder la naturaleza que siempre me ha rodeado. Las flores arrancadas. Y luego algo más se posa sobre mí, me envuelve lo suficiente como para llevar aire a mis pulmones. Algo más pesado. Siento una tierra que no es mía, un nuevo hilo de conexión.

Por primera vez en mi vida estoy lejos de casa. Y no tengo forma de volver, al menos no por voluntad propia.

De nuevo, respiro temblorosa y me levanto de forma tan elegante como puedo, después de haber caído desde tanta altura.

—Te aconsejo que te expliques rápido —ordena una voz, lo suficientemente profunda como para retumbar en las paredes—. Antes de llegar a mis conclusiones sobre tu... insulto.

Un escalofrío corre por mi columna y me obligo a seguir adelante. El miedo es, me recuerdo, algo con lo que puedo lidiar.

Me retiro el pelo de la cara, me aliso el vestido y miro hacia arriba.

Es cegador; el fuego arde en antorchas en una docena de pilares, la luz rebota en las paredes blancas brillantes y el suelo dorado luminoso. Las columnas de bronce son largas y sinuosas; los murales, tan detallados que deben de haber sido modelados con una aguja. Los bordes están rodeados de pórticos y una chimenea cruje detrás de mí en el centro de la habitación. Es impresionante e incomparable, excepto, por supuesto, que es completamente comparable. Es el mégaron. Es la acrópolis. Es el Olimpo.

Lo que significa que en el centro del Inframundo hay una réplica del palacio de Zeus. Y significa que Hades se sienta en una réplica del trono de mi padre.

No esperaba tener que mendigar en el mismo lugar de poder que me condenó hace tantos años.

Solo que no es lo mismo, porque todo parece diferente de una manera que nunca podría confundirse con la corte de mi padre.

Me obligo a darme la vuelta y se me cierra la garganta.

No estoy segura de lo que esperaba. Poder, tal vez, pero un poder construido con espadas, coronas y cetros. Y Hades tiene eso: una espada rústica a su lado, una que se ve que no es para decorar; un cetro con punta de pájaro con un pico tan afilado que podría cortar gargantas; una

corona que termina en puntas dentadas e irregulares. Pero su poder es más primitivo. Su poder es el del terror que te deja paralizada en el sitio. El poder que te hace caer de rodillas y suplicar misericordia.

Oleadas de humo oscuro como el carbón emanan de él en espirales, como si todo su ser no pudiera contenerse en su cuerpo. Me alejo de su presencia y me odio por ello. Reconoce el movimiento y sonríe, pero quién sabe lo que toda esa oscuridad podría hacerme.

Y me doy cuenta de que no es el trono de mi padre en absoluto, no hay mármol acolchado con tela sobre un pedestal. El trono de Hades es una enorme piedra resbaladiza de un negro tan oscuro que apenas puedo distinguir su forma.

Intento mirar más allá para concentrarme en él. Es todo lo que adorarían las ninfas: un rostro hecho de líneas afiladas, piel marrón oscura teñida de oro bajo la luz de las antorchas, hombros anchos y rígidos en su trono. Impresionante: es la única palabra que me viene a la mente.

Ante mi silencio, sus ojos se estrechan con sospecha.

—¿Y bien? —insiste.

Dudo mientras intento encontrar la mejor forma de abordar el asunto. Mi padre ya estaría gritando, no tengo ninguna duda. No estaría sentado, quieto, en su trono, sino que estaría caminando, agitando un rayo en mi cara o exigiendo que me incline ante mi rey. Pero Hades no parece enfadado, hay una pizca de irritación, pero, más allá de eso, hay curiosidad.

—Hades —asiento, jugando con su intriga como si pudiera hacerle olvidar la rudeza con la que he solicitado la reunión—. Gracias por traerme aquí.

Levanta una ceja.

—No es frecuente que una deidad cree algo en mi honor —dice con cuidado—. Y es aún menos frecuente que lo destruyan un segundo después.

—Necesitaba una audiencia.

—Hay otras maneras de solicitarla.

—Ha funcionado, ¿no? —pregunto—. No podía arriesgarme a que me ignoraras. Estaba desesperada.

—Es evidente, si estás aquí —dice—. Así que date prisa y dime por qué ha sido.

Se me ocurren varias opciones. Podría suplicar, caer de rodillas y rogarle. ¿Sería suficiente para satisfacer su ego? ¿O aprovecharía la oportunidad para explotarme? Podría exigirlo, pero ¿reaccionaría con una ira peligrosa? Cientos de caminos se abren ante mí. Me creía elocuente, capaz de manipular a Cianea, las ninfas y mi madre, siempre sabía lo que querían escuchar, aunque no lo dijera. En especial cuando no lo decía. Saber lo que se quiere te tienta a decir lo contrario, a rebelarte. Pero ahora no, no cuando estoy hablando por mi vida.

Honestidad, entonces. Hasta que me revele más de sí mismo.

—Has conocido a mi madre. Conoces las protecciones que delimitan la isla.

Ante esto, las comisuras de sus labios se contraen.

—Así es, ninguna persona, a menos que sea invitada, puede caminar por la tierra de Sicilia.

—Examina el cetro que sostiene. La punta metálica afilada capta la luz y me pregunto si es una amenaza, por sutil que sea—. Supongo que esperaba que la gente buscara fisuras, aunque no pensaba que su propia hija estaría entre los que lo hicieran.

Lanzo lo que espero sea una mirada fulminante.

—Ella supuso mucho.

Hades se ríe. Es una risa corta y rápida, pero que me asegura que, en el peor de los casos, no estoy lejos del camino correcto de la conversación. La oscuridad que emana de él disminuye ligeramente.

—Entonces, ¿eres la hija de Deméter? ¿La infame Kore de las flores?

—Nunca me ha gustado mucho ese nombre —digo sin rodeos y Hades sonríe una vez más.

—Sí, he escuchado todo sobre ese pequeño encuentro en tu anfidromia.

Mis pensamientos frenéticos se detienen. Dudo, no estoy segura de cómo expresar mi pregunta, pero me doy cuenta de que la respuesta que venga ayudará a mi caso.

—¿Lo escuchaste? ¿No estabas allí? —pregunto.

—Por supuesto que no —dice Hades—. Estaba ocupado aprendiendo a decapitar titanes.

—Pero la guerra ha terminado. Por eso nos repartíamos sus territorios.

—Claro —dice con gran condescendencia, como si estuviera equivocada, pero sin la energía para corregirme—. Debo decir que Hermes apenas podía dejar de reírse cuando me contó lo tenso y preocupado que se había puesto el querido Zeus ante la idea de que su hija de ocho años lo eclipsara en la ceremonia. Cuán complacido estuvo consigo mismo al ponerla en su sitio.

—Ese es Padre. —Mi sonrisa tiene un sabor amargo, pero él también parece amargado; es eso, entonces, así se lo presentaré.

—Bastante. Bueno, supongo que en las circunstancias atenuantes de tu situación puedo perdonar tu insulto.

—Eso es muy amable de tu parte. —No me matará. Al menos no en este momento. Exhalo con alivio, aunque sea leve. Todo este encuentro ha sido muy fortuito: que enfadar a este hombre no fuera el final, que me trajera aquí, que me escuche, que esté de acuerdo—. Y, en ese sentido, tengo una oportunidad para ti.

—¿Una oportunidad? —repite con escepticismo.

—Sí.

—Estoy bastante contento en este mundo mío. No quiero nada más. ¿Qué podrías ofrecerme?

Me río tan burlonamente como puedo.

—¿Contento? ¿Cuándo ha sido suficiente para alguien?

—No creas conocerme —dice, la ira vuelve a aparecer en sus palabras. El humo se aferra a él, trazando tentáculos a lo largo de su piel como una bestia viva. Cualquier falsa sensación de comodidad que me había dado su tranquilidad se desvanece. En verdad es estúpido no estar nerviosa con un dios, y es un error que no volveré a cometer.

—Hades, ¿sabes dónde está mi madre en este momento?

—¿Debería saberlo?

—En el Olimpo, por decreto de mi padre, arreglando mi matrimonio —digo intentando arrancar cualquier emoción de mis palabras. He estado inyectando sentimientos falsos en mis oraciones durante años, así que creo que hago un trabajo aceptable.

—Entonces ¿hay que felicitarte? —pregunta Hades. Su voz es seca y sarcástica, pero debajo de todo eso siento que está auténticamente confundido. No creo que tenga la menor idea de por qué estoy aquí.

—No quiero casarme.

Hades parpadea.

—Ya veo.

—¿En serio? Déjame que te lo explique: no quiero casarme en absoluto, por supuesto no con un hombre que nunca he conocido y que me reclamará como suya —digo.

«Vamos —pienso—. No dejes que todas las historias que he oído de ti sean falsas». Según se dice, es muy diferente de todos los dioses del Olimpo.

Todavía puedo recordar cuando las historias de Madre dejaron de ser sobre su inutilidad —no podía creer que Zeus le hubiera regalado el Inframundo a un niño que ni siquiera levantaba una espada— y comenzaron a ser sobre su arrogancia. «Se cree mejor que nosotros, rechaza un puesto en el consejo, ignora nuestra convocatoria, ¿para qué? ¿Para esconderse en ese pequeño y miserable reino suyo? Menuda ofensa, que los muertos sean mejor compañía que los dioses del Olimpo». Puedo sentir ahora el eco de lo que sentía entonces: la primera chispa de esperanza que había conocido en años. Porque sí, ¿no sería eso mejor? ¿El Inframundo mejor que los dioses del Olimpo? Supongo que la idea se quedó grabada en mi mente.

Poco a poco, Hades comienza a asentir.

—Lo entiendo, pero si crees que puedo hacer entrar en razón a Zeus...

—Oh, por las Moiras, no, eso sería imposible —digo—. Sé que está decidido. Sé que mi madre nunca lo desafiará. Y sé que no hay ningún lugar en la Tierra donde pueda esconderme de ella.

—En efecto.

—Y Padre tiene el Cielo, por lo que descarto otros muchos lugares.

Hades asiente una vez más.

Todavía no lo entiende. Por los Cielos, ¿acaso no estoy siendo clara? Tenía la esperanza de hacerle creer que esta era su idea, pero tal vez no.

—Quiero quedarme aquí —digo sin rodeos.

—¿Aquí? —pregunta mirando alrededor del palacio—. Este no es lugar para una mortal.

Pondría los ojos en blanco si no pensara que eso socavaría cada argumento que tengo.

—No soy mortal.

—Este no es lugar para la diosa de las flores —corrige, aunque el tono de su voz me dice que no hay mucha diferencia.

«Bien».

—No estuviste en mi ceremonia de nombramiento —digo—. No estabas en casa de nadie.

—No entiendo qué tiene que ver.

—No te invitan a ceremonias, festivales o celebraciones.

Hades frunce el ceño.

—Si hay algo que quieras decir, te sugiero que lo hagas de una vez.

—Esa es la idea —digo—. Me quedo aquí, donde nadie más pueda encontrarme. A cambio, sabrás a ciencia cierta que mi presencia aquí estará enfureciendo a todos los dioses del Olimpo que alguna vez te hicieron daño.

Hades sonríe condescendientemente.

—Crees que quiero venganza.

Me encojo de hombros, como si toda mi existencia no dependiera de su respuesta.

—Tal vez sí, tal vez no. Pero no necesitas venganza por despecho para ser una opción viable.

—¿Así que tengo que renunciar a mi soledad albergando a una diosa para fastidiar a los dioses del Olimpo?

—Exacto.

—No.

Mi boca está seca.

—¿Por qué no?

Él echa la cabeza hacia atrás mientras se ríe, como si fuera muy divertido.

—No necesito explicarte mis decisiones. —Después, se levanta. Es alto, y en el estrado del trono se eleva por encima de mí. Su túnica negra se aferra a él de una forma en la que nunca lo hizo mientras estaba sentado y mis ojos caen de nuevo hacia la espada, en su cadera—. Ahora, si eso es todo...

—No, eso no es todo —mascullo, mi ira estalla antes de que pueda siquiera intentar controlarla—. Sabes a qué horrores me estás condenando. Al menos me debes una explicación.

—No te estoy condenando a nada —contesta con brusquedad, la oscuridad que se arrastra nubla sus ojos hasta que el blanco se desvanece por completo. La neblina se arrastra más cerca de su piel, contrayéndose como si fuera a estallar, una explosión de poder mortal. Sus intentos de intimidarme solo me enfurecen más y tal vez lo reconoce porque parpadea y la oscuridad se desvanece, al igual que toda la fuerza de su ira—. Tu padre lo ha decidido. Tan solo me niego a interferir en la voluntad del rey de los dioses. Sencillamente, no vale la pena cabrear a los dioses del Olimpo.

—¿No quieres cabrearlos?

—¿Y provocar que tomen represalias en un ciclo sin fin? —Gira los ojos como si mis puños no se estuvieran cerrando, como si mis ojos no estuvieran ardiendo—. No, no deseo enfurecer a los dioses del Olimpo. Quiero que me dejen en paz.

—Parece que ya lo están haciendo —digo, incapaz de ocultar todo el rencor de mis palabras

y, para ser sincera, no estoy segura de querer hacerlo.

Prefiero su ira a su desinterés, a que trate esta negativa como un asunto sin importancia y no como el fin de mi mundo.

Pero ahora parece aburrido. Examina su cetro de nuevo. «Al menos mírame a los ojos, cobarde».

—Así es, y, como he dicho, estoy perfectamente satisfecho.

—Bueno, qué manera tan emocionante de pasar tu vida inmortal.

—No vas a hacerme cambiar de opinión con una discusión.

—Quizá no —reconozco—. Pero no necesito hacerte cambiar de opinión.

Hades frunce el ceño.

—Por favor, recuerda que te lo he pedido amablemente.

—En realidad no lo has pedido.

—Invoco al acuerdo de hospitalidad xenía en nombre de Hestia —digo. Parece imposible que haya una brisa aquí abajo, pero la siento de todos modos. El fogón detrás de mí crepita más fuerte, el poder de Hestia llena la habitación. Mi pelo se levanta, mi vestido fluye detrás de mí, y las palabras vuelan hacia mi lengua antes de que pueda pensarlas, como si la misma Hestia hubiera ofrecido el encantamiento—. Estoy lejos de casa y bajo tu techo, y pido seguridad. Solicito hospitalidad y un lugar en tu hogar.

Antes de que pueda terminar mi oración, Hades está frente a mí, a un pie de distancia, y esa nube oscura nos rodea. Su rostro está retorcido con una especie de furia que nunca antes había visto, como si lo hubiera molestado de la peor manera posible.

—¿Es así como quieres hacerlo, diosa de las flores? —pregunta en voz baja, y no estoy segura de si quiere decir que es amenazante, pero lo es. Su mandíbula está apretada. Su mano tiembla alrededor de su cetro. Las antorchas parpadean hasta que el humo las bloquea de la vista y el suelo tiembla debajo de nosotros. Doy un paso adelante cerrando el pequeño espacio entre nosotros y mirándolo fijamente, tan desafiante como puedo, torciendo mis delicadas facciones en una mueca. Me siento increíble. Poder. Dioses, tantos años arrepintiéndome de haberlo pedido y siempre he tenido razón. Esto es lo que quiero.

—Lo he intentado de otra manera —le digo—. Entonces, ¿vas a enseñarme ya mi habitación?

Sus fosas nasales se ensanchan con cada respiración aguda que coge. Ha caído en mi trampa y él lo sabe. Renunciar a xenía conduciría a una maldición que ningún inmortal se arriesgaría a correr, incluso si la alternativa es la ira del Olimpo. Pero ahora me da miedo que sea tan propenso a molestarme con su respuesta como Zeus.

—Recuerda mis palabras: te arrepentirás de esto —dice.

Pienso en los hombres aduladores que le ruegan a mi madre mi mano en matrimonio. Pienso en el arrepentimiento y sonrío.

—No veo cómo.

—Las flores no duran mucho en el Inframundo; dudo que tú lo hagas.

Hades chasquea los dedos y el viento se arremolina, empujándome un paso hacia atrás.

—Puedes tener protección —dice Hades—. Tendrás refugio e incluso disolveré la corte. No le descubriré a nadie tu paradero. Pero no hago reclamos sobre los espíritus de este reino, así que si la seguridad significa tanto para ti, te sugiero que mantengas la cabeza baja. Si sales de este palacio lo haces bajo tu propio riesgo. Y te sugiero que me evites mientras estés aquí. No me gusta que me extorsionen.

Se da la vuelta. El viento me ancla en el sitio hasta que ha barrido los pasillos.

Y a Madre le gusta llamarme dramática.

Capítulo cinco

En el momento en que las puertas se cierran de golpe detrás de Hades, esos extraños vientos dejan de sujetarme y comienzan a empujarme hacia las mismas puertas que acaban de cerrarse. Enormes arcos de madera que recuerdo cómo se abrieron ante mí en mi anfidromia para revelar una habitación llena de dioses. Se abren para mí y desde el pasillo de mármol escucho voces. La corte. La corte que Hades está disolviendo. Moiras, ni siquiera había pensado en ello. ¿Cuánto tiempo lo he estado planeando sin pensar ni una vez en los otros habitantes del Inframundo? He estado tan concentrada en si Hades es o no una amenaza que ni siquiera me he acordado del resto de su reino.

Me arrastra en la dirección opuesta. Me tropiezo por pasillos serpenteantes, el viento solo se detiene cuando estoy de pie frente a otra puerta, una mucho más pequeña. No se abre sola, pero en el momento en que trato de alejarme, el viento me empuja firmemente hacia ella.

—¿Qué eres? —le pregunto al pasillo vacío—. ¿Un aura?

No puedo imaginar que haya ninfas del viento en el Inframundo, pero sea lo que sea no responde, así que cedo y abro la puerta. Es un dormitorio. Mi dormitorio, supongo. Me pregunto si también es una réplica de una habitación en el Olimpo. No es grande, pero en comparación con mi pequeño cuarto en mi casa de campo destartalada es enorme. En la cama cabrían tres cuerpos; hay dos armarios con las puertas abiertas que revelan interiores vacíos; y una pequeña mesa se esconde en la esquina, con dos sillas próximas a ella. Todo es blanco: madera pálida, sábanas frías, paredes de mármol y cortinas difusas. Huele a cerrado y a polvo. No creo que el Inframundo reciba muchos invitados.

Me veo en el espejo del tocador escondido debajo de la ventana con cortinas. Solo quedan algunos mechones de mi pelo en los broches ajustados que me puso Madre y los cabellos que se escaparon ya se están anudando alrededor de ellos.

Paso mis dedos a lo largo de la puerta buscando un cerrojo, y suspiro aliviada cuando encuentro un perno deslizante. No mantendrá a Hades fuera de su propio reino, pero aun así es tranquilizador.

Cuando la puerta está bien cerrada, me desplomo contra ella y me permito sentir, solo por un momento, el peso de lo que he hecho. Cuando amenaza con abrumarme, lo reprimo y me dirijo hacia la ventana.

Al abrir la cortina, no veo nada más que oscuridad. Es de noche. Debería dormir, empezar de nuevo por la mañana, dejar que mi dolor desaparezca durante la noche. Pero no puedo. Si quiero

sobrevivir aquí, tengo trabajo que hacer.

Al amanecer tengo las manos en carne viva por los pinchazos de la aguja. No podía llevarme una maleta, así que he hecho ropa con sábanas que espero que Hades no eche en falta. Desafortunadamente, todas son blancas. Cualquier plan que tenía para distanciarme de la maldición virginal de mi nombre se ve frustrado al vestirme como su personificación. Aun así, los vestidos tienen bolsillos para guardar comida en caso de que necesite huir rápido, y grandes aberturas para poder alcanzar mi hoz si es necesario. Espero que no lo sea. Hay diosas que son buenas con las armas, pero nunca he hecho nada más que agitar un palo contra un enemigo imaginario, no como Atenea nacida en un campo de batalla completamente armada.

El viento abre la puerta y lleva consigo un recipiente con agua caliente y jabón con el que me lavo la cara y las manos. La puerta queda entreabierta, lo que interpreto como una invitación.

Cuando salgo, una sombra se proyecta en el pasillo y tardo un momento en reconocer que es mía; a la luz de las antorchas es más oscura, más larga y más grotesca de lo que jamás la he visto. Observo las paredes, las alturas impresionantes y los diseños intrincados. Es como vivir en un mausoleo.

Avanzo por los pasillos, paso filas de puertas cerradas. Cada vez que me encuentro con una bifurcación, solo se ilumina un camino. Me están conduciendo a alguna parte. De repente, quiero ir en la dirección opuesta para ver lo que se supone que no debo ver, pero también podría descubrir hacia dónde me están guiando. Las antorchas permanecen en una escalera y en su base encuentro un arco. Lirios y gardenias están inscritos en sus costados y los sigo, preguntándome si Hades los eligió o son parte de una decoración del Olimpo. Parece extraño que Padre adorne su palacio con el dominio con el que me insulta, pero quizá no. Las flores son para decorar, cosas bonitas para mirar y nada más. Me pregunto si así es como presenta mi mano en matrimonio.

—Bueno, no te quedes en el pasillo. —La voz de Hades recorre mi espalda y mi mano se despega de la pared. Mis ojos observan la habitación mientras mi mano salta hacia mi hoz y me obligo a calmarme. Estoy a salvo. Al menos de un ataque directo.

Por el contrario, guardo el miedo, dejo que inspire la actuación correcta. Pienso en cada vez que las palabras de mi madre me han clavado en el suelo y cada vez que me he mordido la lengua, mostrándole una sonrisa en lugar de enseñarle los dientes. ¿Qué soy yo, sino una experta en las apariencias?

Me giro hacia la habitación. Es larga y estrecha, iluminada por velas en un candelabro y las llamas crepitantes de una chimenea, una luz más cálida que las antorchas en el resto del palacio. Una mesa de caoba —lo bastante larga para cuarenta personas y puesta para dos— llena el espacio. Hades se sienta en el extremo y es difícil mirar algo que no sea él. La última vez que lo vi me siseaba en la cara. Ahora ni siquiera se digna a levantar la vista del pergamino que lee, ni

siquiera cuando coge una uva. Su aura persiste, pero es más tenue, pegada a su piel como un manto de oscuridad.

Permanezco de pie en la puerta, observándolo mientras picotea la comida. Vacilante, doy un paso en la habitación. No estoy fingiendo exactamente mi incertidumbre, pero sin duda la estoy exagerando y, ante mi movimiento, la mano de Hades pasa del plato vacío a su lado hacia la chimenea.

—Hospitalidad. Hogar. Diría que te sirvieras, pero ¿no es eso lo que ya estás haciendo?

Una réplica ronda mi lengua, pero tan solo asiento.

—Gracias —digo, lo cual no es mentira. Estoy agradecida. Podría haberlo estado aún más si él hubiera sido un participante voluntario en todo esto.

Parece que es lo correcto porque Hades al fin levanta la mirada. Parece más joven sin la pesadez del humo y la amenazante luz de las antorchas. A veces olvido que Hades y Hestia estuvieron congelados en el tiempo durante tanto tiempo que yo nací apenas unos meses después de que se liberaran.

Todo lo que sé de la mayoría de los dioses son historias, y Hades tiene muy pocas. Nacido en medio de una guerra, igual que yo. Y luego nada hasta que terminó la guerra; cuando aún era un niño se le otorgó el Infierno, se lo nombró rey del Inframundo. Resurgiendo un puñado de años más tarde, un poco mayor, se encontraba en un campo de batalla en las Termópilas, con las manos y las palmas abiertas, sin una espada a la vista mientras oleadas de muertos vivientes coronaban la colina detrás de él, apresurándose a atacar a las fuerzas de los titanes. No hubo más levantamientos. Luego desapareció en el reino que lleva su nombre y solo surgieron murmullos ocasionales, historias de penumbra y sombras, monstruos y ríos violentos. Pero nada que infundiera verdadero horror en el corazón de una niña, no como las historias de los dioses del Olimpo y del Océano.

Me siento y examino la comida frente a mí, mi estómago me ruega que me dé prisa, que coja lo que esté más cerca. Anoche no comí y he estado despierta la mitad de la madrugada, cosiendo. Por el rabillo del ojo puedo ver a Hades examinándome. Me pregunto si lo que le intriga son las ojeras oscuras alrededor de mis ojos y el pelo desordenado y encrespado.

Cada célula de mi cuerpo está alerta, pero la idea de que mi madre está contando historias de mi belleza mientras me siento aquí, exhibiéndome lo peor posible, me complace.

No miro hacia arriba, solo mantengo mis ojos pegados a la fruta y espero a que Hades llene el silencio. Cuanto menos hablo, menos tengo que fingir. Una lección de Madre: «No hay nada que un hombre adore tanto como su propia voz, Kore. Hazle creer que eres una pizarra en blanco para llenarla con sus ideas».

A diferencia de sobrevivir a un matrimonio, sobrevivir a Hades es una medida temporal, pero el consejo de mi madre todavía me inquieta. ¿Qué pasa si todo falla?

—Por el bien del Estigia —se queja Hades—, no me obligues a brindar hospitalidad y luego negarla.

Doy un brinco. Esperaba su ira, pero no esa brusquedad.

Miro la comida, luego a él.

—Leí que la comida consumida en el Inframundo te une a él.

—¿Y dónde lo has leído? ¿Acaso están haciendo guías de viaje para mi reino? —Me está mirando con tanta atención, con la ceja arqueada desafiándome, que tengo miedo de parpadear en caso de que tenga una impresión equivocada. No espera una respuesta, lo cual es mejor, pues no me estaba planeando darla—. Eso solo se aplica a los alimentos cultivados en el Inframundo. Esto es de la superficie. Tetrápolis, creo.

Todavía no como nada. No estoy segura de si xenía prohíbe mentir, pero sería una estúpida si simplemente confiara en él.

Me mira.

—Por las Moiras, lo último que quiero es que estés aquí toda la eternidad. No rompería el xenía de una manera tan mundana.

«Entonces, ¿cómo la romperías, Hades?».

Supongo que tiene razón. Él no me quiere aquí en absoluto, y mucho menos para siempre. Es como una prueba, como si quisiera ver si le creo o no. Cojo el cuenco más cercano y descubro que contiene semillas de granada. No soy fanática de las granadas, pero es un momento demasiado importante para ser quisquillosa, así que me meto una cucharada en la boca.

No parece importarle.

—Entonces, ¿cuánto tiempo piensas quedarte aquí? —pregunta Hades—. ¿Cuál es tu plan?

Casi me río. Este era mi plan: simplemente llegar hasta aquí. Más allá, todo es improvisación. Pero si Hades quiere pensar en mí como un genio con un plan maestro para evitar el Olimpo, le dejaré.

Me mira expectante, como si estuviera a punto de darle una fecha de partida.

Alcanzo las manzanas y decido no decir nada.

—Muy bien. Estoy seguro de que tendrás necesidades. Un telar, una lira, lo que sea con lo que quieras pasar el día. Las auras están casi siempre por aquí. —Entonces son ninfas del viento, corriendo por los pasillos, actuando casi como sirvientes—. Podrán conseguirte pinturas, hilos o lo que sea que necesites.

Estoy tan contenta de que vivir con Madre me haya convertido en una experta en morderme la lengua. La idea de huir al Inframundo para encontrar un lugar tranquilo donde coser es demasiado divertida, aunque no lo captará por mi rostro cuidadosamente neutral.

—Lo que sea que te mantenga ocupada y lejos de mí. —Sonríe, pero es más una mueca cruel de sus labios—. Por supuesto, dado que xenía especifica con detalle que debo darte un lugar en mi mesa, te veré a la hora de la comida. Pero, aparte de eso, preferiría que te mantuvieras lo más lejos posible de mí. Preferiría todo un reino de distancia, pero, de nuevo, mis preferencias no tienen mucha influencia aquí, ¿verdad?

—Estoy segura de que te las arreglarás —murmuro. Estoy furiosa conmigo misma un

momento después. Es como si me estuviera presionando, como si quisiera que me rompiera, y me niego a darle la satisfacción de hacerlo.

—¿Qué significa eso?

Sonrío con recato.

—Lamento mucho las molestias, mi señor. Espero no agobiarle demasiado. Quizá con el tiempo pueda encontrar tolerable mi compañía, posiblemente, incluso agradable.

Su mandíbula se tensa y el humo ondula a lo largo de su piel.

Tengo la sensación de que no se lo está tomando como una disculpa auténtica, lo cual es bastante satisfactorio, aunque sería mucho mejor para mí si se tragara la mentira.

—Lo dudo.

Bebo un sorbo de agua. Sería tan fácil pelear, discutir o irritarlo aún más, pero no estoy segura de qué lagunas existen dentro de xenía y no necesito darle motivos para buscarlas. Tal vez se calme en uno o dos días. Si soy lo más discreta posible, podría olvidar que lo obligué. Enrolla su pergamino con rabia.

—Estabas bastante feliz gruñéndome ayer. ¿Y hoy no tienes nada que decir?

Si quiere una reacción, podría darle una...

—Ayer tenía miedo —digo en su lugar—. Como bien has señalado, tendría que estar desesperada para estar aquí. Nadie corre al Inframundo si tiene otras opciones. Lamento ponerte en esta posición, de verdad.

Hades me mira fijamente y hago todo lo posible para parecer lo más sincera posible. Supongo que lamento un poco molestarlo.

No, en realidad no lo siento.

Si no quiere ayudar a alguien en mi posición, se merece algo mucho peor que un invitado no deseado bajo su techo. Me viene a la mente el reconocido río de fuego del Inframundo.

Pero no quiero provocarlo. Puedo odiarlo en silencio, estoy segura.

—No sé por qué estás aquí —recalca—. Pero cualquiera que sea la razón, sospecho que te sentirás muy decepcionada.

Me aferro a la mesa para evitar maldecirlo. ¿Qué cree que estoy haciendo aquí, si no es escapar de un matrimonio no deseado? ¿Es tan increíble tener miedo y sentirse sin esperanza?

—Eres libre de recorrer los pasillos, pero no encontrarás nada interesante —dice—. Así que, por lo que más quieras, quédate en este palacio, disfruta de mi hospitalidad. Pero déjame en paz.

No sé por qué piensa que estaría tan desesperada por estar en su compañía. ¿Se ha conocido a sí mismo? No puede pensar que sería la primera opción de alguien.

Pero asiento.

—Si eso es lo que deseas...

Él me mira con furia una última vez y sale de la habitación. Cuando sus pesados pasos suenan lo suficientemente lejos, suspiro y mis ojos se fijan en la comida de la mesa. Me doy cuenta de que no hay nadie aquí que me niegue una segunda porción.

No estoy segura de que sea suficiente para que todo valga la pena, pero es un comienzo.

Capítulo seis

Es más fácil pensar con el estómago lleno, pero no es suficiente para desenmarañar el lío en el que me he metido. El Inframundo no es una solución permanente. Tengo pocos días antes de que mis padres vuelvan a Sicilia y se den cuenta de que he huido. Puede que tarden mucho tiempo en darse cuenta de dónde estoy, pero lo averiguarán. Si he descubierto que el Inframundo era el único reino en el que podía esconderme, en algún momento ellos también lo harán. Y Hades podría haber jurado no decírselo a nadie, pero eso no significa que impida que me arrastren de vuelta a la superficie cuando se enteren.

Tenía la esperanza de que las cosas se esclarecerían cuando dejara la isla, que tal vez pondría un pie en este palacio y pensaría en una escapatoria. Que encontraría la forma de alcanzar la vida que quiero o, al menos, averiguaría qué vida es esa, en lugar de lo que no es.

En cambio, tengo a un rey malhumorado que intenta provocar una discusión durante el desayuno y ninfas del viento que me ofrecen materiales artísticos.

Nada me encantaría más que volver a la cama y repasar las muchas maneras en que he metido la pata, sobre todo porque apenas dormí anoche y estoy exhausta, pero no tengo tiempo que perder.

Tengo una semana como máximo. Lo cual, en cierta forma, es todo lo que estoy buscando: un poco de tiempo extra. Pero aquí está mi tiempo extra y no tengo ni idea de qué hacer con él. Supongo que hay dos opciones: usar esta semana para descubrir cómo ser libre para siempre, lo que es poco probable, dado que reflexionar toda mi vida sobre el asunto no ha proporcionado ninguna solución; o disfrutar de una última semana de libertad, libertad real —sin Madre refunfuñando por mi comportamiento tosco y sin ninfas que la informen—, antes de que me arrastren de vuelta a la superficie, de vuelta al Olimpo y al altar.

Una semana de libertad. Podría ver cualquier cosa, ir a cualquier parte. Solo que, desde luego, no puedo porque mis padres me encontrarían o alguien mucho peor lo haría. A menos que explore el Inframundo. ¿Qué podría ver aquí? Sé que al menos hay ríos, el Inframundo es famoso por ellos. Un río de odio, de dolor, de fuego, de olvido, de gritos... Es lo último que una buena chica joven querría ver y, sin embargo, deseo verlos, ver algo nuevo.

En el fondo, ansío algo más. Tardo un momento en reconocer lo que deseo porque, en toda mi vida, nunca me he alejado de ellas: las flores.

Podría reír. Por supuesto, es lo que quiero. Aunque, gracias a que mi padre unió mi vida a ellas, es menos un deseo que una necesidad: un ansia.

Me levanto de la mesa y voy en busca de la entrada principal al palacio. En verdad, no puedo recordar el diseño del Olimpo de mi anfidromia. Rememoro las grandes puertas del palacio y las puertas arqueadas del mégaron con su chimenea en llamas y su imponente trono, pero no puedo recordar el camino entre los dos. Sin embargo, hay muchos lugares donde podría estar una puerta principal.

Hades me dijo que no saliera, pero estoy dispuesta a correr el riesgo. Es posible que solo haya vetado a su corte del palacio, no del reino, por lo que existe la posibilidad de que alguien me vea e informe a mis padres, pero preferiría un día descubriendo esta nueva tierra que una semana encerrada detrás de sus puertas.

Tomo notas mentales del diseño del palacio mientras camino. Solía correr por mi isla haciendo mapas de todo lo que encontraba. Deseaba ser una exploradora, encontrar nuevas tierras, conocer gente nueva, ver flores nuevas. Obligaba a las ninfas a atacarme con palos y fingir que eran espadas, enseñarme palabras de idiomas que habían oído de las ninfas del viento y del océano que habían rozado nuestras costas antes de irse de nuevo tan rápido como habían llegado.

Tal vez esta semana pueda vivir como si ese sueño fuera posible, incluso si el Inframundo es solo una pequeña parte de todo lo que quiero ver.

Al final encuentro lo que deben de ser las puertas principales. Tienen tres pisos de altura con enormes aros dorados como manijas. Tengo que apoyar todo mi cuerpo contra el peso de una para abrirla. Mientras lo hago, descubro más oscuridad.

Salgo, un olor amargo y acre quema mis fosas nasales, el suelo cruje ruidosamente debajo de mí. No hay sol, no hay ningún lugar del que provenga la luz, pero, a pesar de ello, puedo ver la hierba extendiéndose durante quilómetros, quemada y tejida como si fuera hilo. Me agacho para tocarla y se convierte en polvo bajo mis dedos.

«Interesante».

Una tierra desolada, nada más que hierba grisácea que se encuentra con un cielo oscuro. No, esto no me gusta. Hay uno de esos ríos infames en el horizonte, tan oscuro que pensaba que era parte del cielo, pero ahora veo que se agita demasiado rápido, chocando consigo mismo tan fuerte que puedo escuchar su furia desde aquí. Me doy cuenta de que es Estigia, el río del odio.

Estoy a mitad de camino cuando un chillido raspa mi piel, estalla en mis tímpanos y deja mi cuerpo temblando. Mi barbilla se levanta y esta vez mi mano no solo está alcanzando la hoz, la estoy sosteniendo antes siquiera de pensar en sacarla.

Aquí hay un hecho que mi madre no sabe: no es casualidad que la hoz también sirva como arma. La creé para esta función.

Ella es la diosa de la agricultura, por lo que se podría pensar que se habría dado cuenta de ello, pero, siendo sincera, no creo que la idea de que yo pudiera ser violenta haya pasado por su mente. No porque no lo haya sido, es obvio. Madre me ha presionado para que me adapte a un

molde pequeño y dócil, pero sigo siendo la maldita hija de Zeus. Hay relámpagos en mi sangre como también hay tierra.

Y un día me cansé de las historias sobre los seguidores de mi hermano Ares que hacían daño a personas inocentes y culpaban de todo a las demandas de la guerra. Quería darles a las personas que estaban tratando de cultivar cosas para sobrevivir algo con lo que defenderse.

Pero, a pesar de que fui yo quien afiló la herramienta para sus manos, todavía me sorprende ver una cuchilla en las mías. Me sobresalto más por la criatura alada que vuela por encima, soltando un graznido. Uno de los demonios del Inframundo. Una furia, tal vez. No parece una amenaza, pero, como la persona que añadió pétalos a la venenosa belladona, sé que no debo confiar en las apariencias.

La criatura vuela hacia el horizonte y bajo el arma despacio. Mi brazo está temblando.

Me doy la vuelta molesta porque Hades tenía razón: no puedo quedarme aquí. Es muy peligroso. Luego vislumbro por primera vez el exterior de su palacio, y retrocedo tambaleándome. Esta parte del reino no se parece en nada al Olimpo. Se eleva en chapiteles y puntas negro obsidiana que brillan contra el cielo, las torres se retuercen como si fueran humo. Y cuchillas, apiladas una encima de otra, como una especie de tejido grotesco. Cuchillas primitivas, para ser precisos: cuchillas de titanes.

Estas son más que las armas caídas de una revuelta fallida: son trofeos de una guerra que nunca he conocido. Una guerra que supuestamente terminó antes de que Hades tuviera la edad suficiente para luchar en ella...

«¿Qué he hecho?».

Mi miedo es más urgente que mi confusión. ¿Cada cuchilla es una vida? Estoy atrapada aquí con el hombre que hizo tal exhibición. He buscado refugio en un reino que pensaba que podría ser seguro. ¿Por qué? ¿Cuentos? Y aquí está la evidencia de que no estoy segura, no estoy segura en absoluto.

Doy un paso atrás, sobresaltada, y las flores crecen donde piso, como sucede a menudo cuando estoy nerviosa. La atadura que me conecta con este mundo se tambalea y las flores se extienden, ondulándose a lo largo de la hierba frágil. Me doy cuenta de que puedo sentir cómo crece el vínculo, solidificándose, incluso más fuerte de lo que era en la Tierra, como si este terreno estuviera suplicando por la vida, como si la ausencia de seres vivos lo hubiera paralizado y una sola flor fuera suficiente para hacerlo jadear, gritar por un poco más.

No sé cómo se lo explicaré a Hades: su tierra ha exigido vida y la está cogiendo para sí misma. Quizá pensará que estoy imponiéndome en un mundo que es completamente suyo. Sé lo que es desafiar el poder de un rey. Lo verá como un ataque. Pero, a pesar de todo, a pesar de las aterradoras cuchillas que tengo ante mí, me atrae la idea de que vea como un acto de agresión algo tan inofensivo.

Pienso en esta mañana, en todas sus burlas y comentarios sarcásticos. ¿De verdad le tengo miedo a alguien así? Y lo que es más importante, ¿soy en realidad tan insignificante?

Sí. Aparentemente, lo soy.

Hades podría afirmar estar por encima para desafiar a otros dioses, pero yo no.

Me doy la vuelta hacia esa extensión vacía y en la distancia el río parece invitarme a acercarme. Bueno, si voy a hacerlo, es mejor que lo haga bien.

De cerca, el agua se ralentiza ondeando con suavidad, y me encuentro fascinada por los movimientos que hace. Nunca pensé que toda esta oscuridad pudiera ser hermosa, pero quiero replicarlo para crear pétalos cuyas superficies se ondulen, cuyos colores sean negros como la brea. Quiero una flor que se tuerza como la superficie del río y se extienda hacia abajo en lugar de hacia arriba, más cerca del agua. Sus raíces correrían hacia lo profundo para chupar todo lo que necesitan para sobrevivir directamente del río en esta tierra sin sol.

De alguna manera mi irritación se calma: la paz de la creación, creo. El consuelo de encontrar inspiración en un lugar así, con una cuchilla en mi muslo y mil más recubriendo el palacio detrás de mí. Al ver el río, pienso que tal vez aquí hay una vida para mí. Al menos, habrá algo de vida, algo vivo en esta tierra de los muertos.

Introduzco los dedos en la tierra y estoy a punto de hacer que mi flor cobre vida cuando me lo replanteo. ¿Por qué hacer más oscuridad cuando podría haber color? ¿No resaltaría más el negro al lado de algo brillante?

Pienso en suaves pétalos de rosa, algo que Hades odiaría, doblándose sobre sí mismos como papel de seda. Casi una peonía, pero no del todo. Flores grandes y redondas que golpean contra las aguas de color vino oscuro.

Siento cómo brotan raíces de la punta de mis dedos y cuando terminan susurro su nombre como una caricia. Estigia, como el río mismo. Supongo que significa odio, pero ¿qué es el odio sino pasión? ¿Una promesa? Los dioses han hecho juramentos vinculantes en este río desde que tengo memoria.

Y, por supuesto, está el odio que Hades tendrá hacia mí por encontrar la felicidad en esta tierra. Espero que lo irrite, que ponga en perspectiva lo ridículo que es: ¿enfadarse con una chica que busca refugio? ¿Por algo tan simple como que aparezcan flores en su reino?

Tal vez debería estarlo.

Con los dedos todavía enterrados, siento cada flor en este nuevo prado. Cierro los ojos y les ordeno florecer, germinar y extenderse. Cubriré su reino con mil flores.

Me aseguraré de que Hades ni siquiera pueda mirar su territorio sin ver el mío.

Capítulo siete

Corro de vuelta al palacio dejando que mis flores se multipliquen. Exploraré más del reino mañana, cuando pueda ver hasta dónde han llegado. Es asombroso, nunca había conocido un poder como ese. Crear un prado de flores requiere energía. Normalmente, me cansa, pero esta vez me siento llena. Ha sido muy fácil. Tal vez el hambre de vida del reino haya ayudado, como si no fuera solo mi propio poder al que estaba recurriendo.

Paso el resto del día explorando el palacio. Al principio es como si espiara a mi padre, como si estas habitaciones fueran en realidad una réplica exacta de las suyas. Pero pronto me doy cuenta de que no lo son. La estructura sí, pero su interior debe de ser diferente porque este lugar es más práctico: lleno de bibliotecas y espacios de reunión, salas de consejo vacías y oficinas ordenadas. Puede que no me haya percatado, pero sé que el palacio de mi padre está diseñado para actividades mucho más relajadas. Es probable que haya muchos más muebles en los que uno pueda estar tumbado.

Al principio lo percibo sin querer. Intento averiguar adónde conduce una chimenea de un piso al siguiente y me doy cuenta de que falta la habitación que estoy buscando. Entonces me doy cuenta de que faltan más. Es sutil e inteligente y, si no hubiera pasado tanto tiempo haciendo mapas de mi isla, quizá no tendría la conciencia del espacio para construirlas, pero las enormes habitaciones en un piso son pequeños armarios en el piso de arriba.

Lo que significa que Hades tiene lugares en los que se esconde, quizá llenos de cosas que oculta. Y como no me topo con él en todo el día, solo puedo suponer que es ahí donde pasa el tiempo.

Imagino que es posible que sus poderes sean inmensos y que pueda crear una habitación de la nada en segundos, pero parece poco probable. Es el rey de las sombras, receptor de los muertos, señor del Inframundo: sus poderes no deberían extenderse a la manipulación de la arquitectura. El palacio debe haber sido diseñado de esta manera. Lo que significa que no escondió estos espacios cuando llegué aquí, han estado camuflados por un tiempo, un secreto que está ocultando a su propia corte.

En mis exploraciones encuentro un estudio algo polvoriento y me pregunto qué dios de la corte lo ocupa habitualmente. Los estantes están vacíos en su mayoría: algunos de los documentos que encuentro detallan la cantidad de almas que ingresan al Inframundo en un día determinado. El techo es bajo y las velas que cubren las paredes lo hacen más estrecho. En un

cajón del escritorio encuentro un viejo tablero de petteia y me siento a jugar, girando el tablero para convertirme en mi propio oponente.

La cena estará lista pronto; debería volver a mi habitación e intentar peinarme el pelo, aunque estoy segura de que fallaré estrepitosamente. Cianea siempre insiste en arreglarme el cabello, sujetándolo desde la raíz para poder deshacer los nudos sin hacerme daño. En este momento, ella sabrá que he desaparecido. Incluso podría haber encontrado una forma de enviar un mensaje al Olimpo. Mi madre podría...

La puerta detrás de mí se abre con tanta fuerza que golpea la pared. Me giro para ver el aire brillar y solidificarse, como sucede a menudo con las ninfas del viento, pero sigo esperando que aparezca por completo cuando me doy cuenta de que el proceso ha terminado. Las ninfas parecen humanas hasta que se hunden en la naturaleza con la que conecta su espíritu, pero esta mujer es traslúcida, teñida de gris, con un pelo salvaje y encrespado y un vestido que se adhiere como la niebla.

—Hades ha solicitado tu..., ¿qué ha sido lo que ha dicho?..., «compañía irritante» en la cena —dice con la voz tensa, como si encontrar aire para hablar fuera una lucha.

—Ya bajo —contesto—. Lo siento, no he escuchado tu nombre.

La mujer me mira, aparentemente muy molesta por estar hablando conmigo.

—Tempestad.

Le diría el mío, pero aquí abajo es, sobre todo, incorrecto, un nombre para una niña ingenua, no una mujer tan en sintonía con los horrores del mundo que ha corrido reinos enteros para escapar de ellos.

—Y tú eres, ¿qué, la sirviente de Hades? —pregunto.

—Si así lo prefieres...

—¿Eres una ninfa del viento?

Cruza los brazos sobre su pecho.

—Sí. ¿Tienes alguna otra pregunta estúpida? ¿Quieres saber si Hades es el rey o si tú eres una intrusa en esta tierra?

Creo que debería haberme molestado, pero no puedo evitarlo, me río. Nunca antes había conocido a una ninfa hostil. Son espíritus de la naturaleza y la mayoría tiene tantos años que su estado de ánimo tarda estaciones en cambiar. Tempestad levanta la barbilla y me observa con ojos cautelosos.

—Lo siento —digo—. Pero ¿eres una ninfa del viento en el Inframundo? ¿Cómo ha podido pasar? Las ninfas no tienen almas inmortales. Se desvanecen y se reforman, un ciclo constante.

—Soy una ninfa de la tormenta.

—Ah, ¿y las tormentas se extinguen? —supongo.

—Al morir es como la mayoría de nosotras terminamos en el Inframundo —dice sin rodeos —. Seré una brisa de nuevo en unos años. Me llevará tiempo, pero Hades nos ofrece un trato: si le servimos ese tiempo, lo acortará de forma considerable.

Me invade una ola de repulsión.

—Servirle como en...

—Como avisar a las diosas mimadas de que vayan a cenar —se queja.

No sé si es que es torpe o si no lo entiende. Nunca pensé que tendría que explicarle la ironía a una ninfa.

Frustrada por mi silencio, echa la cabeza hacia atrás y responde lo que estoy preguntando.

—Puaj, no. Le servimos solo en tareas domésticas. No sé si es que no está interesado, no somos la especie de su gusto o los espíritus de la naturaleza medio corpóreos, simplemente, no le atraen, pero, que yo sepa, nunca ha sido parte del trato.

Asiento, pero mi mente comienza a darle vueltas al asunto de nuevo y tengo que recordarme que si Hades fuera a aprovechar esa ventaja conmigo, ya lo habría hecho.

—¿Has terminado ya con tu interrogatorio? —increpa Tempestad.

—La mayoría de los sirvientes no le habla así a los invitados —reflexiono, aunque está claro que no me molesta.

—Hades no exige nada de nuestros cuerpos ni tampoco nada de decoro.

—¿En serio? —pregunto incapaz de ocultar la sorpresa en mi voz.

—Dice que no le gustan los falsos halagos ni que nadie se rebaje para su beneficio. —Se encoge de hombros.

Eso es bastante extraño. Los otros reyes, Poseidón y mi padre, adoran ver a la gente humillarse. Se alzan a sí mismos cuando fuerzan a otros a caer. ¿Por qué Hades no lo hace?

—Bueno, es algo —digo, y sonrío.

—Me alegro de que estés satisfecha.

No debería. Ver a Hades bajo cualquier tipo de luz positiva podría ser peligroso, así que me aferro a aquello por lo que puedo mostrar desdén.

—¿Así que le sirves para pasar menos años aquí? —pregunto.

Tempestad no solo me mira con ojos amenazadores, todo su ser se vuelve de un gris más oscuro.

—Un año aquí es como una eternidad. Puede costarnos siglos volver a pasar por un vendaval. Acepté estar a su servicio cuando ya no podía soportarlo más.

—¿Y Hades es tan amable que te permite el honor de servirle a cambio de acortar ese dolor? —pregunto.

—No es así —protesta—. Su magia es un intercambio. Necesita un sacrificio de mi parte para que funcione.

—Quien te haya dicho eso podría haberte mentido —opino—. ¿Fue él?

Los labios de Tempestad se separan, pero no dice nada, como si nunca se le hubiera ocurrido la idea.

—En realidad, sí —dice Hades apareciendo en el marco de la puerta. Parece extrañamente tranquilo, con una ceja arqueada y desafiante. Lo recorro con la mirada en busca de signos de la

rara y gélida ira de Madre. Me preparo para el infierno que podría haber planeado para alguien que suelta traiciones sobre él en sus propios salones. ¿Cuánto tiempo ha estado ahí? ¿Cuánto ha oído?

—He venido para ver por qué estabas tardando tanto —continúa, mientras volutas de humo oscuro le arañan los hombros y le bajan por los brazos—. Y te encuentro interrogando a mis sirvientes. Dime, ¿has descubierto algo interesante?

No parece enfadado, pero parece complacido de haberme descubierto, dispuesto a obtener disculpas no porque esté ofendido, sino porque le divierte hacerlo.

—Simplemente tenía curiosidad acerca de la existencia de un aura en el Inframundo —digo tratando de no mostrar mi inquietud—. No he querido ofenderte.

—¿En serio? Entonces, ¿qué era lo que estabas preguntando?

—¿Puedo irme? —interrumpe Tempestad, mirándonos a los dos.

Hades asiente.

—Por supuesto. —Su voz se suaviza mientras le habla, disipando el tono cortante que siempre parece tener cuando me habla a mí.

Ella desaparece desvaneciéndose en el aire, y Hades se gira hacia mí.

—Tienes toda la razón: si estuviera mintiendo, sería una invención brillante. Pero es la verdad. No puedes crear algo de la nada.

Pienso en cada flor que he creado de la nada. Por supuesto que puedes crear algo de la nada. Yo argumentaría que es el sello principal de los dioses.

Pero él parece estar divirtiéndose corrigiendo mis suposiciones, o tal vez cree que me tiene convencida de que no está manipulando a las ninfas con sus mentiras.

—Por supuesto, Hades —asiento en lo que espero que sea una forma respetuosa—. Mis disculpas por el malentendido.

—Ya veo. Supongo que perdonar los malentendidos cae dentro de xenía, aunque me pregunto qué tiene que decir el vínculo de la hospitalidad acerca de acusar a tu anfitrión de algo tan grosero —me desafía.

—Estoy segura de que xenía se diseñó precisamente por tales acusaciones —digo—. No puedo pensar en nadie más necesitado de protección que un anfitrión escuchando comentarios crueles.

Por un momento parece quedarse sin palabras y me levanto antes de que pueda encontrarlas.

—¿Tempestad dijo que la cena estaba lista? Iré a asearme y me reuniré contigo allí.

Hades duda antes de hacerse a un lado para dejarme pasar.

—Sí, bueno, date prisa. Ya es bastante horrible que me obliguen a cenar contigo. No me gustaría empeorar las cosas dejando que la comida se enfríe.

—Claro —digo torciendo los ojos ahora que me siento a salvo de que esté detrás de mí—. ¿Qué sería peor que enfrentarse a las verduras tibias?

Si no lo conociera, diría que su resoplido de molestia suena casi como una risa.

Capítulo ocho

Hades ya está sentado a la mesa cuando al fin llego. Casi espero que comience nuestra discusión anterior, pero apenas levanta la vista cuando entro. Una vez más está concentrado en unos montones de papel y su plato ya está vacío.

Si hubiera empezado a comer antes de que Madre se sentara, se habría puesto furiosa. «No puedo creerte, Kore. Qué glotona, qué codiciosa. Una buena mujer siempre se asegura de que todos se alimenten antes que ella. Lo entenderás cuando seas madre: pones a todos los demás primero. Al igual que yo lo hago por ti».

Mi mano aprieta el marco de la puerta. Hay varios cubiertos colocados y no sé dónde sentarme. Durante gran parte de mi vida hemos sido solo Madre y yo. Tiene sentido que piense en ella tan a menudo. Pero cada vez que lo hago me molesta porque sé lo enfadada que estará cuando se entere. Mi garganta se contrae. «No puedo creer que haya hecho esto».

—No comas pan. El trigo se ha cultivado aquí —dice Hades arrastrando las palabras. Suena distante, su voz resuena en el fondo de mis pensamientos ensordecedores.

No tengo ni idea de cómo reaccionará ella. No saber nada es peor de alguna manera. Nunca, nunca he hecho algo como esto antes.

«Dioses, no puedo creer que lo haya hecho».

Creo que tengo más miedo de que Madre se entere de que lo haga Padre. Me castigará, pero lo habría hecho de todos modos por infracciones mucho menores. Madre, por otro lado, nunca me perdonará. Ha vivido toda su vida por mí y la he traicionado. Soy la peor hija del mundo, la peor clase de persona y nunca seré capaz de compensarla, de ganarme su perdón y su amor.

—¿Estás bien? —pregunta Hades mirándome con cuidado, pero con menos preocupación y con más juicio, con una ceja levantada.

—¿Dónde? —pregunto dando un paso adelante con rapidez.

—¿Disculpa?

—¿Dónde se cultiva el trigo? He salido antes y apenas he podido sentir el susurro de algún ser vivo. —Me siento junto a él. En el momento en que lo hago, creo que tal vez todos estos juegos de mesa se han pensado como una prueba. Yo interpretaría mi elección como poderosa, diciendo que no le tengo miedo. Pero me pregunto cómo la interpretará él.

—Lejos de aquí —dice al cabo de un momento, parece que decide no insistir en lo que sea que haya percibido—. Te dije que no salieras.

Lleno mi plato con todo lo que no es pan, pero los panecillos horneados son lo único que

puedo oler. Siento un nudo en la garganta y la fruta brillante de mi plato parece falsa.

—No, me dijiste que no podías protegerme afuera. Me arriesgué.

—Tú...

—¿Cómo llega el resto de la comida aquí?

—¿Qué? —Frunce el ceño aparentemente desconcertado por negarme a dejar el tema—. No sé. Lo delego. Hermes ordena ese tipo de cosas. Supongo que todavía tendré que pedirle que lo haga mientras la corte esté en receso. Es curioso, ¿no? Cómo tu solicitud de hospitalidad me está dejando sin ella.

—¿Quién cultiva el trigo aquí abajo? —insisto. Sumerjo una zanahoria en el aderezo con ajo y no presto atención a sus insultos. Me encuentro extrañamente fascinada por las maquinaciones de su corte y todas sus partes móviles. Padre siempre decía que dirigir un reino era un trabajo duro y tedioso, pero a mí me parece bastante sencillo, sobre todo si pedirle comida a alguien es el problema más complicado—. No sabía que había un dios del Inframundo del cultivo de trigo. Cuando se convoca a la corte, ¿se sienta junto al dios de las pesadillas y al barquero de los muertos?

—Hay varios dioses agrícolas, en realidad —dice cortante—. Supervisan a los humanos que cultivan la comida.

—¿Los humanos muertos?

—¿Esperarías encontrar a otro tipo de humanos?

—Ya no estoy segura, no después del aura —contesto con naturalidad—. Y no estoy segura de que la idea de granjeros humanos vivos en el Inframundo sea más extraña que la de los granjeros humanos no muertos.

Hades se encoge de hombros.

—Los muertos olvidan quiénes son. Para algunos significa anclarse en la rutina. La agricultura es lo que hacían cuando estaban vivos, por lo que se convierte en lo que hacen en la muerte.

Trago un bocado de garbanzos.

—¿Haciendo en la muerte lo que se hizo en vida? Qué deprimente.

—No comprendo por qué te sorprende. Nunca he tenido la intención de que el mundo de los muertos se anuncie como el destino turístico en el que, evidentemente, se ha convertido —dice Hades a propósito y nos descubro a ambos riendo.

Me detengo enseguida, pero Hades tiene una forma extraña de ignorarme que me hace sentir observada. Sus ojos están en su papel otra vez, pero todavía siento que me está estudiando.

Normalmente, soy muy cuidadosa y me esfuerzo tanto en mi comportamiento que ni siquiera me doy cuenta de que lo estoy haciendo. Espalda erguida, ojos bajos, sonrisa recatada; me convierto en una decoración inútil, una pintura agradable que ilumina una habitación. Pero no puedo vaciar mi mente cuando todavía estoy forcejeando con el creciente pánico provocado por mis pensamientos anteriores sobre mi madre. Sin todas las pretensiones, me siento en carne viva

y expuesta y, por los dioses, estoy huyendo de ella, pero la echo de menos. Quiero sus manos en mi pelo mientras me dice lo preciosa que soy, lo orgullosa que la haré. O, más específicamente, quiero ese sentimiento, la calidez que viene con sus sonrisas, sus cumplidos, su aprobación. La alegría de hacer todo lo que debería estar haciendo. El sentimiento que me hace olvidar la aplastante caída libre de decepcionarla.

El nudo apretado en mi estómago me recuerda que no debería estar aquí. Ella no querría esto.

—¿Están muy lejos los humanos? —pregunto buscando cualquier cosa que me mantenga alejada de mis emociones.

—¿Por qué? ¿Tienes más flores para plantar? —pregunta Hades sin apartar los ojos de sus papeles.

—¿Las has visto? —contesto mientras sostengo mi copa de vino. Por dentro, mi sonrisa es más una mueca, pero él ve la sonrisa emocionada y vertiginosa que uso con las ninfas cuando me siento deprimida para que no me pregunten qué me pasa—. ¿Te gustan?

—Sin duda son algo. ¿Son nuevas las del Estigia? Qué aburrida debes de estar.

Es más o menos la respuesta que esperaba.

—Me sentía mal por llamar tu atención al destruir el asfódelo. Quería que te honrara, de verdad. —Tomo un sorbo de vino con cuidado porque el sentimentalismo, aunque sea falso, es literalmente difícil de tragar.

—Estoy conmovido.

Estoy impresionada, no creo que ni siquiera yo pueda pronunciar palabras tan secas.

—Pero no, estaba pensando en visitar a los humanos mañana —digo sin rodeos. No tengo ningún problema con escabullirme, pero quiero saber cómo reaccionará ante algo que está al borde de mis verdaderos intereses.

Arquea una ceja y levanta la vista del papel con leve interés.

—Bueno, desde luego, yo no te lo recomiendo. Como he dicho, solo estás a salvo dentro de estos muros.

—Estoy feliz de correr el riesgo.

—Los humanos no son lo único de lo que te tienes que preocupar.

Pienso en la criatura alada que vi antes.

—Lo sé.

Hades picotea su comida y me doy cuenta de que en realidad nunca lo he visto comer, solo picotea distraídamente de la misma forma en que me habla.

—No necesitas saber dónde están.

—¿Me lo estás prohibiendo? ¿Es eso? —pregunto con firmeza, pero no con tanta agresividad como para que él se enfade.

—Diría que no soy tu madre y no tengo interés ni derecho a prohibirte que hagas nada, pero no tendría mucho sentido, dado que la estás desobedeciendo en este momento.

Mi cara palidece, pero mis músculos están tensos.

Él continúa.

—A menos, por supuesto, que estés aquí por algo completamente diferente.

—¿De qué estás hablando?

Me dirige una larga mirada, luego se encoge de hombros.

—Quizá no importa. Estás aquí ahora.

—Estoy aquí porque no quiero casarme. —Soy incapaz de ocultar mi ira en mi voz, incapaz de controlarme—. Pensaba que lo había dejado perfectamente claro las primeras cien veces que lo dije.

—Por supuesto. —Está claro que no me cree en absoluto—. Pero no importa. Ver tus flores hizo que me diera cuenta de lo aburrida que debes de estar sin tu madre para entretenerte. —Mi respiración se entrecorta—. No tienes necesidad de visitar a los muertos para entretenerte. Creo que entretener a los invitados cae dentro de xenía.

«¿Qué?».

—No es necesario —me apresuro a decir.

—Tonterías, por supuesto que lo es. ¿Has terminado con tu comida? Te haré una visita guiada por los pasillos.

No estoy ni cerca de terminar con mi comida y tengo mi propio mapa de los pasillos. Pero algo en mi estómago revuelto hace que sea imposible decir que no.

—Muy bien. —Me pongo de pie.

Hades también se levanta y recuerdo lo alto que es. La estatura no es algo que haya considerado antes. No tengo ni idea de si es alto o bajo en relación con otros dioses. Todas las ninfas revolotean alrededor del metro y medio, y Madre y yo somos diecisiete centímetros más altas. Hades es una cabeza más grande que yo, pero, curiosamente, no me hace sentir intimidada. Su veneno nunca ha sido amenazante, solo irritante...

Aunque podría cambiar en un segundo.

La forma en que su quitón e himatión lo envuelven sugieren músculos como los que recuerdo de las estatuas en el Olimpo; sombras finamente cinceladas que son casi más reveladoras de lo que sería la desnudez. Tendría que ser rápida con un arma si él decidiera atacar. Hestia tendría que ser aún más rápida con la maldición de xenía.

Nuestros pasos retumban en el enorme palacio vacío y siento la boca seca. Pienso en lo que dijo Tempestad, sobre dónde están los intereses de Hades. Supongo que puedo reconocer su atractivo, y no solo porque es el gobernante de un reino. Vuelvo a mirar su túnica y el ingenioso drapeado de la capa de encima. Cada vez que las ninfas hablaban sobre ropa de hombre, era para explicar cómo quitarla, y ahora me sonrojo. Nunca me atreví a fantasear con las ninfas, pero admito a regañadientes que puedo ver lo que les gustaría de Hades. Siempre estaban hablando de músculos y mandíbulas fuertes y todo lo demás que tiene en abundancia.

Si mis padres no hubieran querido mantenerme como parte de la corte del Olimpo, Hades podría haber sido adecuado para mi mano en matrimonio. Tiene mi edad, es un rey... Es una

opción mucho más apropiada que la mayoría de los dioses del Olimpo, aunque es un pensamiento igual de desagradable.

—¿Conocías bien a mi madre? —pregunto sin pensar, o más bien sin haberlo pensado demasiado.

—¿Además de compartir el mismo estómago, te refieres? —responde Hades.

—Yo... —No tengo ni idea de cómo responderle. Siendo una deidad, estoy acostumbrada a muchas cosas raras, pero un titán hambriento de poder que se come a los bebés que teme que crezcan para destruirlo, siempre ha sido una historia que me ha costado aceptar. En especial la forma en que se presentó: «Oh, sí, Kore, soy un monstruo por obligarte a trabajar en tu bordado. Los monstruos reales comen bebés. Mataría por la vida que tienes». Cuando tu desgracia es que te hayan devorado, es bastante fácil conseguir que cualquiera esté agradecido por casi cualquier cosa.

Hades sonríe.

—Bromeo. Ninguno de nosotros podría recordarlo.

¿Hades está bromeando? Lo miro con cautela, intentando no ser demasiado obvia al respecto. ¿Qué está tramando? ¿Hacia dónde me lleva?

—Ella era una mujer adulta mucho antes de que el tiempo que me tenía atrapado desapareciera, y ya estaba en tu pequeña isla contigo antes de que tuviera la edad suficiente para formar recuerdos. Sin embargo, a veces nos visitaba, venía a los campos de entrenamiento para darnos lecciones sobre la guerra. Todos los dioses que lucharon lo hacían. Nos hablaban de las glorias de la batalla, la importancia de todo.

—Padre dijo que la guerra terminó hace años, cuando todavía éramos niños.

—Zeus dice muchas cosas.

Asiento pensando en esas espadas. Que Hades luchara en la guerra parece un hecho innegable, pero no concuerda con todo lo que me enseñaron y todas las historias que escuché. ¿Cómo pudieron los dioses del Olimpo aterrorizar a los mortales cuando la guerra aún estaba en su apogeo? ¿Cómo pude haber estado quejándome de los recitales de lira y las rutinas de baile cuando la gente moría a punta de espada al otro lado del océano?

—¿Por qué diría que la guerra había terminado cuando no fue así? —pregunto. No quiero admitir las lagunas en mi conocimiento, pero necesito saberlo. Me pregunto en qué más habrá mentido mi padre.

—¿Qué adora Zeus más que la gratificación instantánea? —Hades se burla—. Sé que tenía una confianza increíble cuando desafió a Cronos por la corona. Pensaba que la guerra se ganaría en unos instantes. Zeus se cansó de luchar después de unas pocas semanas y, mientras nos descongelaba, gracias a su propia promiscuidad desenfrenada y la capacidad de los dioses para liberarse de cualquier cosa, incluidas sus propias cabezas, por fin tuvo suficientes cuerpos para luchar por él. ¿No es eso lo que es el verdadero poder?, ¿hacer que otros hagan el trabajo sucio por ti? Pero entonces no podía dar un paso atrás, ¿o sí? La victoria tenía que ser suya. No podía

dejar que alguien más ganara por él. No, es mucho mejor declarar la guerra ganada, comenzar a repartir los botines y cuando el resto de nosotros estemos muriendo en un campo de batalla en una guerra que se supone que ha terminado, él puede beber vino en el Olimpo y llamarlo un pequeño levantamiento, nada de qué preocuparse.

—Pero es tan... —¿Cobarde? Pero Padre me intimidó durante años porque me atrevía a hablar cuando no me correspondía; no sorprende que mantenga su poder con trucos y crueldad—. Ya ha terminado todo, ¿verdad?

—Sí —dice Hades con pesimismo. Parece tenso y ya no me mira. Está observando a lo lejos.

—Tú ganaste. —Me doy cuenta—. Esa historia sobre ti y la rebelión... no fue un levantamiento en absoluto. Convocaste a un ejército de muertos y los titanes se rindieron.

—Terminé la guerra; Zeus la ganó. Después de todo, él me liberó de Cronos, me puso en el campo de entrenamiento que me crio para luchar, me dio mis poderes sobre el Inframundo. No sería nada sin él.

—No puedes creer eso de verdad.

Hades se gira de repente con los ojos penetrantes.

—Si lo creo o no, no viene al caso. Es lo que le dirás a tu padre cuando finalmente vuelvas con él.

Me estremezco como si me hubiera abofeteado, y mis preguntas se desvanecen junto con todo lo demás.

—Creo que ya hemos hablado suficiente sobre ello —dice con desprecio, acelerando el paso mientras caminamos por los pasillos—. No me gustaría abusar de tu delicada sensibilidad con más discusiones sobre un tema tan poco femenino.

Mi mandíbula se tensa mientras hago esfuerzos para mantener la boca cerrada y puedo sentir mis ojos ardiendo con rabia divina. Si él fuera mortal, y no otro dios, ahora mismo sería cenizas.

—De todos modos, pedí algunos favores —dice empujando una puerta. He estado en esta habitación antes. Entonces estaba vacía—. Debes de haber sido demasiado tímida para preguntarle al aura, pero no importa, ya está arreglado.

Parpadeo hacia el telar y mis dedos se contraen en señal de protesta. Duelen bastante después de coser toda la noche.

—Tengo entendido que eres una buena tejedora. —Se da la vuelta y una sonrisa juega en las comisuras de sus labios. Me gustaría arrancarla con mis manos dañadas por las agujas—. Y si no te parece adecuada, hay una sala de arte al otro lado del pasillo, y una sala de música con una lira allí. —Señala cada habitación—. Supongo que no te interesará mi biblioteca, así que he traído algunos poemas aquí. En resumen, hay muchas cosas que deberían entretenerte y salvarte de la necesidad de aventurarte en el resto del reino.

Me trago la respuesta ácida que brota de mi lengua y, en cambio, digo entre dientes:

—Qué suerte tengo de haber encontrado xenía con un hombre que haría todo lo posible por indagar sobre mí y brindarme un entretenimiento tan personalizado.

Él sonríe, su alegría aumenta con cada mirada que lanzo en su dirección.

—Mientras te refrescabas para la cena, les he preguntado a las ninfas si te acompañarían de ahora en adelante. Parece que tienes mucho que decirles, después de todo. Permanecerán en sus formas de viento hasta que las necesites, pero no te preocupes, estarán en cada puerta para asegurarse de que nunca te quedes sin nada que necesites.

Me crie en una isla, sola, en medio del Mediterráneo. Reconozco una trampa cuando la escucho. Y este es un truco sacado directamente del libro de Madre: ninfas para espiarme e informarlo.

¿Por qué? ¿Castigo por las flores? ¿O por estar aquí? Tal vez, simplemente, no le gusta que una chica haga lo que le plazca.

—Te dejaré para que lo disfrutes. —Hades agita una mano a modo de despedida antes de girar hacia el pasillo.

Miro las puertas abiertas y me alejo, de vuelta a mi habitación, para prepararme para mañana.

Porque si Hades no quiere que me aventure en su reino, ahí es justo a donde iré. Y puede hacer que mil ninfas me espíen si quiere, no voy a mantenerlo en secreto. Saldré pavoneándome por esas puertas, justo en frente de él, con el dedo medio levantado. Lo único que ha conseguido es hacer que lo odie tanto como parece que él me odia a mí.

Así que tal vez debería añadirlo a mis planes para esta última semana de libertad.

Capítulo nueve

Hades no está en el desayuno a la mañana siguiente. Por un momento, disfruto del alivio de estar sola, de una comida en la que no tengo que morderme la lengua más de lo que hablo. Pero luego recuerdo que las ninfas me están mirando y descubro que no puedo apartar la vista de las puertas mientras trato de atrapar polvo en el aire, luz que se refracta de formas extrañas, cualquier cosa que indique la presencia de un observador.

Al fin me rindo.

—¿Puedes al menos unirte a mí en la mesa? —pregunto—. Sería menos extraño que tenerte flotando.

Tempestad cobra existencia con un encogimiento de hombros y, a pesar de ser incorpórea, logra arrojarse pesadamente en una silla. No dice nada, pero me mira con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—¿Mmm?

—Sigues mirándome.

—Solo intento descifrarte, supongo. Me pareces muy honesta. No estoy segura de por qué Hades está tan desconcertado contigo.

—Desconcertado. —Suena demasiado suave para el veneno que he sentido de él. Pero dudo que Tempestad aclare qué quiere decir, así que ignoro sus miradas y me concentro en poner miel en forma de ondas pegajosas sobre el yogur que tengo delante.

—Debería decirte que estoy planeando salir en el momento en que termine —digo.

Tempestad simplemente se encoge de hombros de nuevo.

—Hades nos dijo que le contáramos lo que hicieras, no que te impidiéramos hacerlo.

—¿Y te ha dicho que me lo dijeras?

Ella parpadea.

—No, pero en realidad no me importa nada de esto —señala hacia mí— como para que me moleste.

Después del desayuno, Tempestad desaparece en la niebla, aunque estoy segura de que todavía está conmigo, y me dirijo hacia las puertas principales del palacio. Es cuando escucho los gritos.

—¡No me iré de aquí hasta que me digas dónde está! —Es una voz aguda con algo rasposo debajo, como sedimento en el lecho de un río. No creo que sea una ninfa.

—No me repetiré —enfatiza Hades. No grita, pero las paredes vuelven a temblar y me

imagino, esté donde esté, que esa aura de oscuridad es más fuerte que nunca.

—Me estás mintiendo. ¡Precisamente a mí! Eres absolutamente...

—Yo tendría cuidado con la forma en que le hablas a tu rey.

—No soy otro de tus súbditos, Hades. Soy la guardiana de tus secretos. Miénteme de nuevo. Te reto.

—Tú, más que nadie, deberías saber que no miento cuando digo que no he raptado a nadie.

—Sé lo que vi —insiste la extraña.

—¿Y en serio piensas tan mal de mí que crees que secuestraría a una mujer?

—Tal vez los otros reyes por fin te han influenciado. Tal vez debería reunir a los otros miembros de la corte y ver qué piensan.

«No». No puedo permitir que más personas sepan dónde estoy.

Salgo corriendo y la mujer con la que Hades está discutiendo se gira ante el movimiento. No parece mucho mayor que yo, con ojos grandes y redondos, pelo largo y negro que está húmedo y pegado a su piel pálida como un cadáver.

De inmediato empuja a Hades para sujetar mis hombros con sus manos húmedas y pegajosas. Sus ojos oscuros recorren mi rostro y su preocupación me recuerda tanto a Cianea que se me hace un nudo en la garganta.

—¿Estás bien? ¿Te ha hecho daño? —pregunta con urgencia.

—Por los ríos del Inframundo, me conoces de sobras —resopla Hades.

—No-no, estoy bien —tartamudeo con un pánico creciente—. Por favor, no le digas a nadie que estoy aquí.

La mujer parpadea.

Ella se gira hacia Hades, quien mantiene las manos abiertas como si no tuviera ni idea de cómo explicarlo.

—Kore —dice después de un momento—, tú y yo vamos a dar un paseo. —Señala con un dedo acusador a Hades—. Hablaremos más tarde.

Hades asiente, mirándonos a ambas como si no estuviera seguro de si debería estar preocupado por lo que podría decir o complacido de haberle salvado de su ira.

—Tempestad —llama él al fin—. ¿Te quedarías aquí, por favor? Deja que hablen en privado.

—¿Tienes auras siguiéndola? —La mujer pone los ojos en blanco—. Sí, definitivamente hablaremos más tarde. Vamos, Kore.

Afuera tengo que apresurarme para alcanzarla. No es mucho más alta que yo, pero es ligera y larguirucha. Su pelo largo y sus piernas la hacen parecer estirada y tengo que correr un poco para igualar su paso.

—Soy Estigia, el río —dice ella, lo que explica su apariencia general de haber sido sacada del fondo de un pantano—. Hiciste flores para mí. Por eso supe que estabas aquí. Eres Kore,

¿verdad? ¿De ahí las flores?

Asiento, abatida. Ella... ¿Se ha terminado? ¿Me enviarán a casa en cualquier momento?

—Hades levantó la sesión y nunca lo había hecho antes, así que pensaba que era para... a... —Parece confundida, parpadea deprisa y sacude la cabeza.

—¿Para mantenerme cautiva sin que nadie tropezara conmigo?

—Sí. Pero no parece ser así. ¿Quieres estar aquí? —Puedo verla luchando por reescribir la historia que había asumido.

Supongo que es bueno saber que si Hades me hubiera secuestrado, esta mujer habría luchado contra su propio rey por mí.

—Le pedí que me ayudara. No sabía adónde ir. Mi madre y mi padre quieren que me case, y yo..., bueno, no lo haré.

—¿Casarte con quién?

—Todavía no lo sé —digo—. Es solo... que no es lo que quiero. Quiero ver el mundo y conocer gente y aprender y... No importa.

—Por supuesto que importa.

Niego con la cabeza.

—Todo lo que importa es lo que no quiero, y es un hogar. No quiero estar encerrada en una casa y luego... Quiero decir, ni siquiera sé si algún día querré tener hijos, y mucho menos en este momento. Y aparte de mi padre, ni siquiera había conocido a un hombre antes de Hades. Bueno, hubo algunos en mi anfidromia, pero apenas los recuerdo, y Madre espera que lo haga... y... Padre solo quiere controlarme... Yo solo...

Todo está saliendo de mí más rápido de lo que puedo entenderlo. Pero es difícil expresar con palabras el sentimiento profundamente arraigado en mis entrañas que hace que me falte el aire cuando pienso en mi futuro.

Y no sé por qué, pero no quiero que Estigia piense que Hades me secuestró. Puede que sea un idiota molesto y detestable, pero no es el tipo de monstruo que me enseñaron a temer cuando crecí. Él no me arrastró aquí, no me ha chantajeado, no me ha hecho daño. Los condenados telares y las ninfas espías no son el tipo de cosas que aparecen en las historias que cuenta Madre. Son acciones que merecen flores maliciosas e insultos apenas velados, no que tus súbditos crean que secuestraste a alguien.

—Por los dioses, esto es un desastre —dice apartándose el pelo de la cara. Está tan húmedo que se adhiere a ella—. ¿Así que has huido hasta aquí porque Zeus te está obligando a casarte con alguien? ¿Y Hades está... protegiéndote?

Asiento.

—Él no quería, pero lo até con xenía.

—Inteligente —dice ella—. Pero puedes confiar en él.

—Tú eras la que le gritaba hace dos minutos. Claramente, crees que es capaz de hacer cosas terribles.

—Soy la diosa del odio. —Se encoge de hombros—. Puedo dejarme llevar. Xenía lo obliga a que te dé un techo bajo el cual permanecer, no a mantener tu presencia en secreto. Lo está haciendo por su propia voluntad.

—¿Y las ninfas que tiene siguiéndome?

—Hades puede ser paranoico, pero es por una buena razón. Deberías escuchar algunas de las cosas que los otros dioses juran sobre mis aguas.

Mientras caminamos, veo que el asfódelo se ha extendido aún más y el olor ácido del Inframundo se ha reemplazado con los aromas florales frescos de muchas otras plantas, tantas que ni siquiera me doy cuenta de que estamos cerca de su río hasta que veo flores de estigia extenderse por las orillas como espuma en el borde de una ola.

—¿Cuánto tiempo has estado aquí? —me pregunta.

—Unos pocos días.

—Por las Moiras, es lo que me temía —suspira—. No mucho tiempo. Si yo ya lo he descubierto, pronto lo harán otros dioses. Soy la guardiana del juramento, por eso la gente jura sobre mis aguas. Pero los demás no mantendrán las cosas en secreto como yo lo haré. Son leales a Hades, pero si creen que pueden ganarse el favor de Zeus...

—Lo sé —digo en voz baja. Hades y Poseidón pueden gobernar las cortes, pero Zeus es el rey de los dioses. Afirma que todos son iguales, pero es una mentira que los demás fingen creer porque nadie puede soportar otra guerra. Mi padre tiene mucho poder aquí—. Estoy tratando de averiguar qué voy a hacer ahora. Solo necesito algo de tiempo.

Asiente.

—Está bien, lo pensaré. Pero si este es todo el tiempo que tienes... sácale todo el provecho posible.

Asiento.

—Lo hago. O al menos, lo intento. De hecho, ¿sabes dónde están los humanos? Los que están muertos, quiero decir.

Me dirige una mirada evaluadora.

—Sí, pero no obtendrás mucho de ellos.

—¿Qué quieres decir?

—Sus almas se descomponen en el momento en que entran en este reino. La mayoría de ellos son poco más que recuerdos en este lugar. Pero sigue las aguas de mi río por ese camino hasta que se encuentren con el Leteo y al otro lado los encontrarás. Mantente cerca de mis orillas si no quieres tropezarte con otros dioses; odian estar cerca de mis aguas. Disfrútalo y hablaremos pronto.

Da un paso hacia el agua, pero sus ojos vuelven a fijarse en las flores y se agacha para arrancar una.

—Estas son preciosas —dice girándola entre sus dedos—. Debería odiarla, el rosa no es que sea precisamente mi color. Pero de alguna manera has hecho que los pétalos se ondulen y los

sienta parte de mi hogar. —Me sonríe—. Gracias.

Se inclina hacia delante para colocar la flor detrás de mi oreja.

—Perfecto —dice—. Es como si estuviera contigo, manteniéndote a salvo.

Y luego desaparece.

Mi garganta está seca y respiro de forma temblorosa. Estoy a salvo. Nada me arrastra de vuelta con mis padres. Los pétalos de la flor me hacen cosquillas en el borde de la mejilla y, aunque sé que Estigia no podrá mantenerme a salvo, siento como si pudiera hacerlo; al menos me aporta una sensación de parentesco y compañerismo, y me duele lo mucho que echo de menos tener algo así. He pasado toda mi vida en la isla tan concentrada en lo que me faltaba, que nunca pensé en lo que tenía: compañía, amistad, amor.

Antes de que mi miedo se transforme en tristeza y de que se me escapen las lágrimas, empiezo a seguir el río, sin correr del todo, pero moviéndome como si, tal vez, al caminar lo suficientemente rápido mis sentimientos pudieran quedarse atrás.

El suelo bajo mis pies repica en señal de bienvenida y mis inquietudes se desvanecen con lentitud. En casa, la naturaleza es reconfortante. Aquí es una celebración, como si estuviera emocionada por mi llegada. Hay otras deidades de la naturaleza en las cortes del Olimpo y del Océano, pero claramente ninguna en el Inframundo. Me concentro en el sentimiento y las flores brotan donde piso.

No camino mucho antes de ver otro río que corre para encontrarse con el Estigia, sus aguas zigzaguean como la niebla. A medida que me acerco, parece que está cada vez menos conformado por agua. El Leteo. El río del olvido.

Me atrae como un imán, atrayéndome más cerca con suaves susurros y un ligero tirón.

Doy un paso atrás. Es incluso más peligroso que las oscuras aguas del Estigia.

Echo un vistazo al horizonte en busca de alguna señal de la distancia que me permitiría recorrer los ríos, pero no puedo ver el final. El Leteo no es ancho donde se cruza en mi camino, más bien es una corriente. No sé si es muy potente. Una de sus gotas podría ser suficiente para borrar mis recuerdos.

Antes de que pueda pensar más en ello, corro y lo atravieso de un salto.

Imprudente. Tremendamente imprudente.

Pero lo haría de nuevo si me llevara a donde quiero ir.

En el otro lado, el asfódelo es espeso y por encima de él circula una brumosa niebla gris.

De repente algo me derriba. Una serie de imágenes destellan por mi mente y luego algo más: sonidos, olores y emociones. Es como si en realidad estuviera allí, golpeando mi mano contra la madera de una mesa, mi voz elevándose por encima de los demás mientras se callan. Luego los gritos continúan y me quedo con la impresión de un clamor explosivo, como si alguien más hubiera clavado la sensación en mi cerebro.

Salto, hoz en mano.

Hay un humano.

Uno muerto, por supuesto, neblinoso e insustancial como Tempestad, pero peor. La fuente de vida de este ser humano no se está reponiendo tan lenta como la de ella, sino que se está desvaneciendo. Todo lo que queda de su vida es una sensación de ruido. Tal vez fue un político o un abogado. Gastó mucho de su tiempo en algún sitio ruidoso y caótico.

Se tambalea hacia delante sin rumbo antes de enderezarse despacio, con el ceño fruncido.

Debe de haber caminado a través de mí. Por eso los recuerdos eran tan fuertes.

Si me concentro, puedo sintonizarlos de nuevo. Veo filas de personas que poco a poco se vuelven más claras.

Me doy cuenta de que soy yo. Mi presencia divina le está dando a este ser humano más vida de la que ha tenido antes, al menos en este reino.

Me doy la vuelta y corro antes de que su atracción sobre mi poder vaya demasiado lejos, pero incluso cuando me alejo, siento la piel de gallina. Nunca lo había experimentado antes: sentía de primera mano los recuerdos de otras personas, sus vidas enteras. Pero yo quería conocer el mundo y qué mejor manera que viéndolo a través de quienes vivían allí.

Y luego me percato: no es niebla lo que hay frente a mí en absoluto. Son humanos, reunidos como rebaños de ganado y vagando sin rumbo. Se extienden hasta donde puedo ver, grises y brumosos. Una parte de mí siente que, si me acerco a ellos, también comenzaré a desaparecer.

Pero otra gran parte de mí está desesperada por avanzar, por estar entre ellos, por aprender de sus vidas.

Me tranquilizo por un momento y luego me sumerjo entre los humanos.

Rocío salado en mis labios, aguas turbulentas que raspan mis manos, cuerdas clavándose en la carne suave, pero siempre el horizonte, siempre la promesa de la posibilidad.

Piel suave contra cada centímetro de la mía, mi mente da vueltas, el anhelo de estar más cerca, necesito estar más cerca.

El hambre me carcome las entrañas, demasiado débil para levantarme, los insectos me pican la piel.

Sangre en mis manos, el poder surgiendo a través de mí, la satisfacción desplegándose en mis labios, mis músculos doblándose a mi voluntad, soy imparable y la gente cae como árboles ante mí.

Sangre en mis manos, que presionan contra mi estómago de repente vacío, todo mi cuerpo se ha desplomado en dos y estoy desesperada, muriendo, pero desesperada por saber si mi bebé ha sobrevivido.

Sangre en mis manos, pero la lluvia de golpes no se detiene sobre mí. Me estoy ahogando con mis propios dientes. Todo es rojo.

Es demasiado.

Ahora me tambaleo, casi al borde de la multitud de humanos, casi fuera. Necesito escapar de ellos, de su dolor, de sus sentimientos y de todo lo que son. Personas condensadas en un solo momento, un recuerdo, un sentimiento. Es demasiado.

Y hay tanta sangre.

«Terror». Mi corazón se detiene. Mis pensamientos vacilan. Destellos de sangre y dolor y agotamiento, pero sobre todo mucho terror. Caigo de rodillas en el barro.

«No es mío, no es mío». Canto como si me mantuviera cuerda durante todo el delirio.

Pero es de alguien más.

El pensamiento me saca del miedo y veo a una mujer tropezando frente a mí, mirando alrededor como una maníaca, aunque no hay nadie más. No hay nada más cerca, ni siquiera asfódelos. ¿Hasta dónde he llegado tratando de escapar de las almas mortales?

Está extrayendo poder de mí y está cogiendo todo lo que tengo para no volver a caer en sus recuerdos.

—Está bien. —Me ahogo. Mi voz es ronca, pero ella parpadea y sus ojos se concentran en mí.

Cada segundo que está cerca, se convierte más en sí misma.

—¿Qué? —Niega con la cabeza como si de esa forma pudiera quitarse la confusión. Por instinto me acerco, cojo su mano y ella salta.

—¿Puedes tocarme? —pregunta—. Yo... puedo sentirte. —Ella mira fijamente el brazo que se forma despacio bajo mi roce—. ¿Quién eres?

—Eso no importa —digo—. Pero no te haré daño.

—¿Dónde estoy? —pregunta mirando el vacío que nos rodea: la tierra negra se encuentra con el cielo negro intacto alrededor.

¿Acabará de traumatizarla? No lo creo, nada podría ser peor que su miedo.

—El Inframundo —digo sin más.

La comprensión se refleja en su rostro y asiente como si todo tuviera sentido.

—Claro. Ahora lo recuerdo.

—¿Cómo te llamas?

—Larissa.

—¿Por qué estabas tan asustada, Larissa?

Mira hacia arriba, aterrorizada. Por supuesto que lo está. Cualquiera que sea el miedo al que se enfrentó en la vida fue tan fuerte que es todo en lo que se ha convertido su vida después de la muerte.

—No es necesario que lo preguntes —dice—. Puedes hacer lo mismo de antes para... mirar mis recuerdos.

—Pero ¿quieres que lo sepa? —pregunto. Entrar en su mente es como una invasión, incluso si sus recuerdos son casi inevitables. Mi cabeza palpita por el esfuerzo de mantenerlos a raya, pero la realidad de mi presencia, más a propósito que antes, parece haberla convertido en un ser completamente racional.

Se sobresalta ante la pregunta. Después de un momento, asiente y yo bajo mis defensas.

Sus recuerdos me sofocan. No los presencio como un observador, sino que los siento, los entiendo.

Respiro la vida de esta mujer y siento su sufrimiento. Veo cada centímetro del terror de su vida y, mientras sus recuerdos salen a borbotones de nuevo, aún siento su pánico. Algo aquí y ahora la está aterrando.

Me libero de sus recuerdos y llevo una mano temblorosa a mi mejilla, pero mis ojos están secos. No puedo dejarla así. Si lo hago, ella se quedará de nuevo reducida a puro terror.

—Puedo ayudarte a olvidar —digo, porque es todo lo que puedo ofrecerle. Puedo mostrarle las aguas del Leteo.

—Eso no... —Lucha por encontrar las palabras y no lo entiendo. ¿Por qué querría recordarlo? El sentimiento de sus recuerdos aún persiste. ¿Cuál es la ventaja de ser un dios si no puedes remediar las cosas que los humanos se hacen unos a otros?

Por otra parte, mi padre obligó a su propia esposa a casarse con él después de violarla para salvar su reputación. Pienso en todas las otras personas a las que ha herido: las chicas huyendo de él tan rápido como pueden, Prometeo encadenado a una roca, sus entrañas arrancadas una y otra vez.

¿De qué sirve ser un dios si son los malvados los que escapan de todo el dolor de este mundo?

—No quiero olvidar —confiesa—. Mis recuerdos no son el problema, es que ellos están aquí. Las personas que me hicieron daño vivieron más tiempo y también hirieron a otras personas y ahora están aquí, en el mismo terreno que yo para el resto de la eternidad.

Miro hacia al asfódelo, el horror de lo que está diciendo cae sobre mí. Aquí, para siempre, un solo sentimiento de terror para el resto de la eternidad mientras tu alma se descompone, encontrando constantemente lo que temes.

Pero sería muy fácil arreglarlo. Sería fácil crear en esta gran tierra vacía otro espacio para poner a los humanos más crueles, para salvar al resto de ellos. Sus almas se están descomponiendo de todos modos; se podría crear un lugar agradable para que se desvanezcan sin facilitar un sufrimiento innecesario.

Siempre que a Hades no le importe hacerlo.

—Me tengo que ir —digo con una frialdad en mi voz que nunca antes me había escuchado.

—¡No! Por favor, no —grita—. Esta es la primera vez que me siento yo misma en... Ni siquiera sé cuánto tiempo.

Hago una pausa. Por supuesto. No se trata de mí y no se trata de Hades. Todavía. Pero, por las Moiras, así será.

En este momento hay una cosa que solo yo puedo hacer.

Le ofrezco mi mano y ella la coge. Cierro los ojos y pienso en mis flores. La imagino volviendo deprisa a sí misma: sus pensamientos, su personalidad, todo lo que ella era. Pienso que se adhieren a ella y que vaga libre otra vez.

Funciona. No tengo idea de cómo lo sé, simplemente lo hace. Como una flor que está echando raíces.

Cuando abro los ojos me doy cuenta de que ha funcionado mejor de lo que pensaba. Ella está

llena de color y sólida una vez más, su pelo negro se funde con el cielo y su piel está moteada por la inexistente luz del sol.

—Perfecto —digo—. Ahora estarás bien. Volveré pronto y podremos hablar más. Creo que he encontrado la razón por la que debo estar aquí, un propósito para mi tiempo extra. —Primero, necesito darle a un dios otra razón para estar paranoico.

Por un momento parece confundida. Pero luego mira con cautela en dirección a las otras almas.

—Haré que sea mejor —le prometo haciendo un gesto.

Demasiadas historias comienzan con dioses que hacen promesas que no pueden cumplir.

Capítulo diez

Vuelvo al palacio aturdida, moviendo pesadamente los pies como si todo el dolor que los humanos tienen para ofrecerme estuviera cayendo sobre mí. Cuando por fin me arrastro de vuelta a través del umbral del palacio de Hades, casi me desplomo. Me pregunto si esos espíritus estaban acumulando fuerza al drenarme.

O tal vez mi agotamiento se debe a las imágenes que se acumulan en mi cabeza desde entonces. La sensación de desesperanza en mis entrañas.

—¿Dónde has estado? —pregunta Hades. Levanto la vista y lo veo de pie en la puerta de la biblioteca, enmarcado por el resplandor del fuego y su velo de humo—. Seguro que Estigia no te ha retenido todo este tiempo.

Hay algo en su exhalación antes de hablar que me recuerda al alivio de Madre cuando volvía a casa. Me pregunto qué temía que estuviera haciendo, de qué desastres inventados me va a culpar ahora.

—Ahora no puedo hacerlo —digo. Quiero escaparme a mi habitación para acostarme hasta que mi cabeza deje de latir.

—¿No puedes hacer qué? —Frunce el ceño.

—Esto —repito, agitando la mano mientras me estremezco ante la luz que emerge detrás de él —. Sea lo que sea. Esta conversación.

—Sí, bueno, la conversación requiere de más palabras de las que eres capaz de pronunciar en este momento —dice con una sonrisa burlona y me crispa toda esta superioridad condescendiente de un hombre que ha permitido que suceda tal miseria—. Uno de mis súbditos me ha acusado de secuestrarte, Kore. Creo que lo menos que puedes hacer es discutirlo conmigo. —Si cierro los ojos, todavía puedo ver toda esa sangre—. Incluso me atrevería a decir que me lo debes.

—No te debo nada —gruño—. Y no participaré en este espectáculo en el que eres un imbécil y pretendo que no me importe.

Me arrepiento de inmediato. ¿De qué sirve tragarme todo lo que quiero decir si me doy por vencida en el momento en que me duele la cabeza?

Hades se ríe y el sonido me congela.

Lo miro con cautela. Una risa puede significar demasiadas cosas.

—No puedes estar haciendo esto ahora mismo —reconoce y luego me mira con demasiada atención.

Siento que cada músculo de mi cuerpo se tensa porque no estoy segura qué pretexto debería poner. No puedo concentrarme. Incluso mientras estoy aquí, ¿cuántos espíritus están atrapados y aterrados en este reino? ¿Cuántos sienten dolor? ¿Cuántos están aprisionados en un bucle infinito de tristeza? ¿Cuántos humanos caminan por la Tierra viviendo los horrores que un día repetirán para toda la eternidad?

—¿Qué te ha dicho Estigia? —pregunta.

—Nada.

Entorna los ojos.

—¿Dónde estabas?

—Buenas noches, Hades.

—¡Estabas con los espíritus, ¿verdad?! —exclama Hades. Por un momento, parece emocionado de haberlo descubierto. Entonces su expresión se ensombrece—. Te dije que no fueras a verlos. Ahora mírate, te han absorbido, sabía que lo harían. ¿Por qué has ido allí cuando te he dicho...?

—¿Quieres callarte? —le espeto—. No me importa lo que me hayas dicho.

—Bueno, debería. Estás horrible y es precisamente porque has hecho lo único que te dije que no hicieras. —Ni siquiera levanta la voz y es suficiente para que quiera gritar.

—Estoy bien —digo entre dientes.

—No estás bien, ¿qué ha pasado? ¿Un campesino hambriento? ¿Algún niño asesinado?

No debería sorprenderme más, pero doy un paso atrás impactada. Me había preparado para su indiferencia, no para su insensibilidad.

—¿Qué te pasa? —pregunto—. ¿Cómo puedes mencionar esas cosas tan a la ligera?

—¡Ah!, entonces ¿fue el niño?

—Vete a la mierda.

De repente, cada centímetro entre nosotros se vuelve tangible, la distancia es lo único que me impide tratar de arrancarle los ojos.

Hades tiene la audacia de reír.

—Vaya, vaya, así me gusta más. Kore de las flores mostrando sus espinas.

—¿Todo esto solo es un juego para ti?

—Cariño, ¿qué sería sino?

Desgraciado. Toda esa tristeza y dolor se transforman en una ira tan intensa que intento no gritar y luego no puedo impedirlo.

—¡¿Esto es lo que haces?! —grito—. ¿Ves todo el dolor y la angustia y te ríes de ello? ¿Luego vuelves a tu palacio y solo te sientas a leer tus pergaminos y deleitarte con la comida que cultivan para ti? Qué existencia tan mezquina.

Ya no me apoyo en la puerta para sostenerme, sino en la mitad del atrio.

—¿Perdona? —se burla, pero su fachada se está desmoronando; la irritación corta esquinas afiladas en sus palabras.

—Te gusta fingir que eres diferente, sentarte aquí en vez de estar allá arriba con el resto. Sonriéndote a ti mismo porque eres mejor que los del Olimpo, ¿y para qué? ¿Para que puedas ignorar el mismo mundo que has creado como ellos? ¿Para poder burlarte de los humanos y gozar con la justicia de ser un dios? Idiota arrogante, dime por qué eres superior.

Hades ríe, pero es una risa débil, forzada, y después deja caer la fachada de su diversión por completo. Da un paso hacia mí y las volutas de humo se extienden amenazantes, acercándose aún más.

—Por favor, Kore. Tu nombre significa 'ingenua'. No vamos a fingir que sabes cómo funciona el mundo. ¿Por qué no vas a plantar más flores y te aferras a lo que sabes?

Pero estoy demasiado lejos para detenerme ahora.

—¡Se supone que eres uno de los grandes, uno de los robados por Cronos! Te regalaron un reino entero. Se supone que eres poderoso, y ¿esto es lo que haces con ese poder? —le increpo, casi sin aliento por la rabia—. Es patético, Hades. Eres patético.

Le tiemblan los ojos y da otro paso. Está justo frente a mí ahora, incorporándose y gruñendo palabras con tanto veneno que apenas puede pronunciarlas.

—Te pasas toda la vida en una isla, tragándote las mentiras de tu padre y...

—¡Entonces, o eres una persona verdadera y sumamente horrible —le grito directamente en la cara; sus esfuerzos por intimidarme solo me enfurecen más— o solo eres pésimo en tu trabajo!

—Basta —se burla—. Tus insultos no tienen fundamento, cariño.

Por las Moiras, quiero romperlo.

—No te mereces nada de lo que te han dado —escupo—. Tal vez debería quitártelo alguien.

—¿Cómo te atreves? —Hades hierve, sus palabras letalmente tranquilas y heladas chocan con el fuego de mi ira—. ¿Me desafías en mis propios salones?

Su mano sale disparada hacia mi cara y no dudo. Mi hoz presiona contra su garganta.

Estoy temblando. He estado cabreada antes, tan enfadada que pensé que podía destrozar la Tierra con mis propias manos. Pero esta es la primera vez que siento que puedo hacer daño a alguien de verdad.

—Sí, me atrevo —digo.

La barbilla de Hades se inclina hacia arriba, lejos del arma, y levanta las palmas de las manos en señal de rendición; en una mano sostiene la flor que me ha quitado de la oreja. Supongo que debería aliviarme saber qué es lo que estaba buscando —no a mí—, pero ¿cómo se atreve? Debería haber imaginado lo que yo pensaría que iba a hacer. Después de todo lo que ha pasado hoy, mi ira se convierte en una rabia que va más allá de la temeridad, el tipo de furia prolongada que requiere conspiración, venganza y guerra.

Él me mira como si estuviera manteniendo el control. Aplasta la flor en su mano y la deja caer antes de volver a su rendición burlona, con el polen amarillo esparcido por su palma. Se arquea hacia atrás para poder ver el borde del arma que todavía lo apunta.

—Eres rápida con esto.

—Puedo ser más rápida.

—¿Es una amenaza? —pregunta.

Abro la boca para hacer que mi amenaza sea mucho más explícita cuando se me corta el aliento en la garganta.

Porque estamos unidos por xenía. Si alguno de nosotros la rompe será maldecido. Y es posible que Hestia no haya repartido un libro de reglas, pero amenazar la vida de tu anfitrión parece romper la promesa de hospitalidad definitivamente.

—No —digo, mi ira por fin se apaga cuando deslizo la hoz entre mis dedos y la dejo caer al suelo.

Algo parpadea en el rostro de Hades y me doy cuenta de lo que ha estado faltando todo este tiempo: ira real. Hasta ahora todo era una representación. Y ahora está furibundo, indignado y furioso de verdad.

Doy un paso atrás mientras todo encaja en su sitio.

—Pero quieres que lo sea, ¿no? —digo. Enarco las cejas y miro mi arma caída y la flor arrugada, su mueca irritada mientras sus brazos caen a los costados—. Es todo lo que querías. Quieres que rompa la xenía.

Hades resopla.

—Esperaba que la poesía pudiera llevarte al borde del abismo.

—¿Por qué? —pregunto y odio lo emocional que suena mi voz, lo dolida.

Él gesticula vagamente.

—Todo esto, supongo. Toda tu supuesta mansedumbre de los últimos días, desde que apareciste por primera vez en mis pasillos con demandas y proposiciones astutas. Casi me habías convencido de que lo había imaginado. Dime, ¿estás segura de que eres hija de Zeus y no de Dionisio? Eres toda una actriz de teatro consumada.

—¿Por qué? —pregunto de nuevo y esta vez mi voz es más dura, mis emociones se ahogan.

—Creía que ya había explicado por qué. —Hades inclina la cabeza.

—No he hecho nada. Te he evitado, he tratado de no ser intrusiva, he reprimido todo lo que quería decir, traté de ser invisible.

—Un intruso invisible sigue siendo un intruso.

—¿Digno de la maldición de romper la xenía? ¿Por qué me harías eso? —No puedo dejar de mirarlo, este extraño a quien conozco incluso menos de lo que pensaba.

Hades me mira con los ojos entrecerrados.

—Kore, ¿por qué estás aquí realmente?

—¿Tengo que deletrearlo para que lo entiendas? ¡No quiero casarme!

—Aquí no viene nadie —dice—. Nunca. ¿Y la primera persona que lo hace es la hija de Zeus? Dime que eso no es sospechoso.

—A lo mejor nadie viene aquí porque tratas así a los invitados.

—¿Eres un invitado? ¿O eres el espía de tu padre?

Es tan ridículo que estallo en una risa histérica.

—Lo siento, ¿has conocido a mi padre? ¿Crees que me confiaría algo así? He pensado que eres un montón de cosas horribles, Hades, pero esta es la primera vez que te considero estúpido.

—Parece una oferta posible para una chica que ha dejado claro lo desesperada que está por no casarse: espiar a un rey rival y permanecer soltera.

—Tienes razón. Acabo de enviar mi informe sobre tus lentejas chamuscadas y tu decoración inquietante. —Niego con la cabeza—. Esta es la cosa más tonta que he escuchado.

—Nunca he pensado con certeza que lo fueras; tan solo reconozco que era una posibilidad —dice Hades, claramente molesto conmigo porque he desmontado sus grandes teorías de conspiración con una burla—. Quería que te fueras por el simple hecho de que no deseo tu presencia en mi casa. No tenías derecho a insistir en que te diera cobijo, a quitarme mi elección en el asunto.

—No tienes ni idea de cómo es, ¿verdad? Es por eso por lo que crees sin problemas que estoy mintiendo acerca de por qué estoy aquí. Ni siquiera puedes considerar la posibilidad de que pueda estar diciendo la verdad. Entonces tendrías que enfrentarte a lo duro que es para el resto de nosotros.

—Sé exactamente...

—No lo sabes —le interrumpo. No me importa escuchar sus excusas, sus protestas. No me importa nada de lo que tiene que ofrecer—. Para ti son solo palabras y si no están en uno de tus pequeños pergaminos, entonces no te importa una mierda. No puedo creer que viniera hasta aquí como si pudiera hacerte cambiar de opinión... En primer lugar, no puedes opinar.

—No tengo la menor idea de lo que estás hablando.

—Oh, créeme, lo sé —digo—. Tienes jurisdicción sobre un reino de humanos. Podrías cambiar el mundo si quisieras, pero no lo haces. Tienes todo este poder y te da igual usarlo.

—El Inframundo está bien —dice abruptamente, su labio se frunce como si el menosprecio pudiera descartar todo mi argumento.

—No, no lo está. Tienes gente aquí a la que han golpeado, abusado y asesinado justo al lado de aquellos que infligieron esos crímenes. Entonces, ¿por qué los humanos en la Tierra no iban a pelearse, robar y hacer daño a las personas cuando no hay consecuencias? Consecuencias que tú podrías imponer. Podrías cambiarlo todo, pero no sabes por qué deberías hacerlo. No te mereces nada de esto.

—¿Por qué debería importarme que los humanos se hagan daño unos a otros? —pregunta Hades como si fuera ridículo.

—Es lo más triste que he escuchado. ¿Por qué deberías tratar de minimizar el dolor en este mundo? ¿Por qué ibas a hacerlo? Iba a convencerte de que cambiaras las cosas aquí, pero ya no me importa lo que pienses. Alguien tiene que dirigir este sitio y queda claro que ese alguien no eres tú.

—Más amenazas. ¿Estás planeando quitarme mi reino, Kore? —dice mi nombre como si

fuera un insulto porque precisamente es lo que es.

—No necesito hacerlo —respondo, porque ya puedo sentir este reino latiendo bajo mis dedos, como si estuviese rogando que alguien hiciera algo con él. Si Hades no lo hace, entonces lo haré yo.

—¿Y qué es exactamente lo que planeas hacer? —pregunta Hades con una sonrisa irónica. Es tan condescendiente que mi temperamento estalla una vez más.

—Algo. Cualquier cosa. Que sería nuevo en este lugar y mejor que todo lo que has hecho. Haré algo más que permitir que seres realmente malvados deambulen por los campos para la eternidad.

—Tienes estómago para castigar, ¿eh?

—Sí, por supuesto —le digo y él me mira fijamente un rato.

No estoy segura de qué es lo que busca en mis ojos, pero es suficiente para que acepte mi propósito y se afane, como si estuviera buscando algo que decir.

—Ni siquiera sabes por dónde empezar.

—Por supuesto que sí. —Me sorprende descubrir que estoy diciendo la verdad.

—¿Eres tonta? —Hades da un paso adelante, la ira regresa—. ¿Crees que usurpar mi poder no romperá la xenía?

Me río y es como un látigo estallando en el aire. Pienso en todos esos espíritus bajo el control de este hombre. Apenas puedo ayudarlos si yo también estoy así.

—Ya no me importa. ¿Querías que rompiera la xenía? Bueno, ¿por qué no te hago un favor? Revoco mi petición de seguridad, hospitalidad y hogar.

Su ira cae, borrada de su rostro por la conmoción que la reemplaza.

—Eres una estúpida —dice en voz baja.

—Adelante, hazme daño —lo reto recogiendo mi cuchilla del suelo y jugando con ella casualmente en mi mano—. Me encantaría verte intentarlo.

No salgo corriendo de la habitación. Camino despacio, dándole todas las oportunidades para que cambie de opinión. Pero está claro que el cambio no le interesa.

Capítulo once

—Hablabas en serio —dice Hades al día siguiente. Está de pie en la entrada arqueada, su aura completamente ausente, apoyado contra un lado del marco de la puerta. Su ropa cae de tal manera que puedo ver los ángulos agudos de los huesos de su cadera y la inclinación angular de sus hombros. Este hombre es todo líneas y planos suaves y, de nuevo, no puedo negar que hay algo en él que llama mi atención.

Me obligo a concentrarme en su ceja arqueada y condescendiente, y siento aumentar mi irritación. Ese es al menos el tipo de respuesta que puedo racionalizar.

No tengo ni idea de qué hora es. No sé cuántas comidas me he saltado. El tiempo parecía estirarse mientras leía estos pergaminos. Puede que haya trabajado toda la noche o que haya tardado todo un día. Tengo que entrecerrar los ojos ya que están fruncidos, como si por no haber dormido hubieran decidido encontrar su propio camino.

—Por supuesto que hablaba en serio —digo. Cuando lo miro a los ojos, es como un desafío y me niego a retirar la mirada. No estoy muy asustada ni muy enfadada, sino algo muy similar a ambas cosas. No hace ninguna señal de irse, así que añado—: No vas a detenerme.

—Oh, no tengo intención de detenerte. Son solo humanos. Puedes hacer lo que quieras. —Se encoge de hombros.

«Como si necesitara tu permiso, idiota insoportable».

—Excelente, entonces no tendremos más problemas —puntualizo, como si nada de lo que dice, sin importar lo seco y desdeñoso que es, pudiera afectarme.

Escanea el caos de la habitación. Bastantes pergaminos están señalados en determinados párrafos. Sobre ellos están clavados algunos trozos de pergamino garabateados; otros están en el suelo. Yo también estoy tirada en él, con mi vestido arrugado, a pesar de que la biblioteca tiene un escritorio considerable. No he intentado recogerme el pelo y me daba mucha vergüenza pedir la ayuda de Tempestad, así que he terminado enroscándolo en un moño alrededor de un pincel. Debo de tener un aspecto espantoso.

Los ojos de Hades se clavan en un pergamino desechado mientras sopesa decir algo. Es un hipócrita. Nunca lo he visto en una comida sin una de estas cosas aburridas; si se preocupara tanto por los humanos como por las palabras que han escrito... No puedo diseñar una vida después de la muerte para los humanos si no sé lo que quieren y no puedo detener la descomposición de sus almas para preguntarles sin agotarme como lo hice ayer. Así que aquí

estoy, leyendo con desesperación cualquier cosa que pueda tener en mis manos que ofrezca una visión de sus mentes.

Claramente, decide no hacer un comentario al respecto y en su lugar dice:

—Necesitas comer.

—No —respondo volviendo al trabajo en cuestión.

—Cualquiera que sea la investigación que hayas decidido hacer, nunca será adecuada si estás débil por el hambre.

—Permíteme dejar una cosa muy clara. —Miro hacia arriba—. Estoy haciendo esto a pesar de ti y eso significa que de ninguna manera quiero tu opinión, sobre nada.

Se me corta el aliento cuando termino de hablar. Hablar así es una emoción que va más allá de decir palabras que nunca pronunciaría delante de mi madre. Es la determinación que las vuelve necesarias, impulsada por el primer sentido de propósito que he tenido en toda mi vida. Es la libertad de experimentar desprecio y mostrarlo; en vez de guardarlo en mí, lo estoy expresando al mundo exterior. Es la posibilidad de no tener que pensar primero, de dejarme ser yo misma, incluso cuando puedo ser cruel.

Hades me escucha sin moverse, pero cuando termino, su sonrisa se ha profundizado y asiente.

—Entiendo.

—Entonces vete. —No puedo concentrarme con él aquí. Es demasiado irritante. Demasiado molesto.

Hades asiente de nuevo; esa maldita sonrisa aún en sus labios.

—Veo que xenía te estaba restringiendo sustancialmente. No tenía ni idea de que la cortesía pudiera fingirse tan bien.

—Adiós, Hades.

—Muy bien. Pero, para que conste, aunque sé que no te importa mi opinión, te prefiero mucho más cuando no finges.

Frunzo el ceño hacia su silueta alejándose, mucho después de que haya desaparecido de mi vista. Si Hades me prefiere colérica casi quiero estar calmada.

La comida aparece poco después de que se vaya y no estoy segura de que sea una coincidencia, una decisión de Tempestad o, lo que es más aterrador, algo que Hades solicitó.

Miro la fruta transgresora. ¿Es posible que le haya hecho algo, ahora que puede? La comida envenenada parece demasiado cobarde, en especial para un dios que luchó en la guerra contra los titanes. Y, como ha señalado, matarme solo significaría que estaría aquí para molestarlo para siempre. Le doy un bocado a la comida. Es dura, seca y tragarla duele, pero no tiene un sabor mortal.

—¿Has revocado xenía? —Estigia está de vuelta, apoyándose en la puerta donde ha estado Hades solo unas horas antes.

—No importa —contesto—. Como dijiste, lo descubrirán tarde o temprano. Y no quiero deberle nada a Hades cuando lo hagan.

Asimila el caos de los papeles.

—¿Así que vas a pasar tus últimos momentos de libertad leyendo?

—Voy a hacer algo bueno mientras pueda... o al menos lo voy a intentar.

—¿Y qué estás intentando hacer exactamente?

Suspiro empujando las páginas frente a mí.

—El exterior es muy estéril. Los humanos están atrapados en un campo vacío para toda la eternidad.

—No está vacío. Ahora tiene asfódelo.

Ignoro su comentario.

—Sabes a qué me refiero. Y algunos de ellos son... algunos de ellos merecen algo mejor y algunos de ellos merecen algo mucho peor. Y quiero dárselo.

—¿Cómo? —pregunta acercándose y agachándose ante mis notas garabateadas con prisa.

—Eso es lo que estoy tratando de averiguar —digo señalando las páginas que he escrito—. Toda esta investigación. Necesito saber cómo puedo crear algo más que flores. Los humanos solían ser de barro antes de que Atenea les diera vida, así que no puede ser difícil.

—Atenea es la diosa de la sabiduría.

—Sí, por eso he decidido que la investigación es la respuesta. Pero no sé por dónde empezar. Además, incluso si lo hiciera, necesito averiguar exactamente qué debo crear: qué tipo de cosas querrían u odiarían los humanos, y cómo se decidirá quién obtiene qué en la vida después de la muerte. Hay mucho que organizar y hasta ahora todo lo que he conseguido encontrar es un relato de una guerra mortal en el Peloponeso y una descripción bastante fanática de cada vida que Atenea ha cogido alguna vez. No puede ser tan difícil.

Se gira hacia mí, con los labios apretados, reacia a preguntar.

—¿Le has preguntado a Hades?

—Él no va a interponerse en mi camino.

—Quiero decir, ¿has hablado con él? Él sabe cómo funciona este reino, por lo que probablemente podría ayudarte con tu primer dilema. Y, como estos pergaminos son suyos, quizá sepa dónde están los que necesitas. Y, en realidad, puede ser que ya los haya leído y pueda decírtelo.

—Difícilmente me ayudará a cambiar su propio reino.

—Él podría.

—Está tramando algo. —¿Qué importa si ella es de fiar o no? Si no es así, entonces ya les ha dicho a mis padres que estoy aquí, lo cual es mucho peor que cualquier cosa que pueda hacer conmigo expresando mis preocupaciones sobre Hades—. Está siendo amable conmigo. Me ha enviado fruta.

Ella se ríe.

—Oh, sí, una gran estrategia para un motivo oculto.

—No va exactamente acorde con el rey del Inframundo.

—Ya descubrirás que no mucho de lo que hace lo es —dice—. Pero buena suerte. Te ayudaría, pero solo te retrasaría. Sin embargo, si necesitas apoyo, conozco a cierto dios alto, moreno y guapo que sabe moverse en una biblioteca...

—Los dioses que intentan engañarme con maldiciones eternas no son exactamente mi tipo.

—Pero admites que es guapo.

No reconozco nada por el estilo, pero el rubor que aparece en mis mejillas dice lo contrario.

—A él no le importa todo esto —digo volviendo al asunto que me interesa—. Él mismo lo ha dicho.

—Hum, bueno, ven a visitarme más tarde. No puedes pasarte todo el tiempo aquí. Necesitas un descanso. Necesitas tus flores.

Ella tiene razón. Tardo varias horas más antes de rendirme, logrando poco más que un bosquejo vago de cómo podría ser la vida después de la muerte y algunas sugerencias de cómo crearla. Me pongo de pie, estirándome mientras lo hago. Me duele la espalda por pasar tanto tiempo en el suelo, pero el escritorio no era lo bastante grande para todos los documentos y me estaba agobiando, como si necesitara más espacio para pensar.

Ahora mismo necesito aire, aire de verdad. He estado dentro todo el día; no estoy segura de haber pasado tanto tiempo lejos del mundo exterior. Necesito sentir los pétalos entre las yemas de los dedos y la tierra debajo de los dedos de los pies.

Mientras me encamino hacia la parte delantera del palacio, me quito el pincel del pelo y me duele el cuero cabelludo. Los mechones caen en un nudo aglomerado, disfruto dejándolos así en lugar de pasar los dedos para desenredarlos antes de que Madre llegue a casa. Mi pelo es un caos, mi vestido está peor, tengo arrugas y bolsas alrededor de los ojos, y mis uñas están mordidas y cubiertas de tinta. Qué alivio es ser un desastre sin consecuencias.

—Kore —me llama Hades cuando llego al vestíbulo de la entrada, su voz rebota en el mármol, de modo que no tengo ni idea de dónde proviene.

Gimo, mis ojos se cierran. Tal vez si no puedo verlo, no estará realmente aquí. Estaba tan cerca de salir del edificio...

Me doy la vuelta y ahí está él, caminando deprisa hacia mí.

—Me gustaría enseñarte algo —dice.

Un centenar de reacciones pasan por mi mente, desde la confusión hasta la molestia y una extraña sensación de sentirme conmovida. Acepto por la exasperación que he sufrido durante mucho tiempo, asiento y lo sigo como un padre cuyo hijo pequeño desea enseñarle otro dibujo.

Me lleva a través de una puerta que de alguna manera no había visto, que revela escaleras que conducen a un sótano que estoy segura de que no existe en el palacio del Olimpo. Hasta que no

estamos en la mitad del camino no me doy cuenta de que no solo he pasado por alto la puerta, sino que solo es una más de las ausencias inexplicables de la habitación.

¿Las ninfas tienen acceso a estos lugares? ¿Y qué más esconde Hades?

—Como ya has notado antes, estoy bastante cansada, Hades. Será mejor que valga la pena.

Hades no responde.

Los escalones se nivelan en una caverna iluminada débilmente, el mármol liso se convierte en roca áspera. La mayor parte del espacio está ocupado por un pequeño lago, de forma irregular, que se extiende justo por debajo de la pared opuesta. El aire es demasiado sofocante; contiene un olor acre que se me clava en la garganta.

—Si me has traído aquí para ahogarme, te mataré.

Él me ignora.

—Este lago está formado por los cinco ríos del Inframundo.

—¿Y? —pregunto, pero incluso mientras estoy aquí mi deseo de estar afuera se desvanece, reemplazado por el deseo de estar más cerca de la orilla del lago. Doy un paso hacia el agua, mi piel se eriza al reconocer la magia de nuestros poderes divinos y la superficie no se ondula: se desdibuja.

—Vine aquí anoche —dice Hades, y hay algo en la forma en que me mira que no me deja apartar la mirada—. Te debo una disculpa.

Me burlo.

—No tengo tiempo para lo que quiera que sea esto.

—Solo dame un momento. Por favor.

Estoy tan sorprendida por la cortesía que asiento sin siquiera pensar en ello.

—Después de nuestra discusión, no podía dejar de pensar en lo que me dijiste, en cómo no fui capaz de entenderte. Vine aquí para demostrar que estabas equivocada, pero..., bueno, tienes razón. Yo no. Paso mucho tiempo solo y, me guste o no, ahora estás aquí. No tengo ningún deseo de hacerte daño, lo que significa que no podría deshacerme de ti, aunque quisiera.

«Claro, Hades, te creo». Mis dedos se acercan despacio hacia mi hoz. Si todo es un montaje, me niego a que me coja con la guardia baja.

Hades duda.

—De todos modos, ahora sé por qué estás aquí.

—Ya te lo dije. —Es un milagro que pueda pronunciar las palabras, mis dientes están muy apretados.

—Sí, pero... No tenía ni idea, la verdad. Creo que sería más fácil enseñártelo. —Se agacha junto al agua y, antes de que pueda decir algo sobre lo peligroso que debe ser un lago hecho de ríos de fuego, odio, dolor y otras cosas terribles, mete la mano en el agua. Esta se retuerce y se arremolina como si estuviera entretejiéndose con el roce de Aracne y cuando los hilos se agitan aparece mi madre.

Sostiene un caduceo dorado en sus manos. El bastón alado es de un oro tan brillante que

prácticamente alumbra. Dos serpientes metálicas se enroscan alrededor de él y ella apenas lo mira antes de pasárselo a mi padre, quien emocionado se lo arrebata y lo examina de cerca. De repente siento náuseas. Estoy viendo mi propia subasta: la competencia por mi mano en matrimonio.

—Hermes —digo, porque ¿quién más ofrecería ese regalo?

Hades asiente con solemnidad.

Y luego mi tristeza se transforma en pánico. Hermes se aventura en el Inframundo a veces. Él podría encontrarme. Podría usar el hecho de hallarme para asegurar mi mano en matrimonio. Y estar casada con el dios de las travesuras difícilmente puede ser algo bueno. Hay demasiadas historias de sus crueles trucos.

—No te preocupes —dice Hades en voz baja—. Lo he expulsado del reino. Lo hice el día que despedí a la corte, cuando llegaste.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque es cruel. —Hades niega con la cabeza y mira al suelo—. Mira, nunca he creído que en realidad estuvieras aquí por la razón que me dijiste, pero en la remota posibilidad de que estuvieras diciendo la verdad... No iba a correr ese riesgo. Expulsé a la corte. Le dije a Hermes que regresara al Olimpo hasta nuevo aviso. Lo hice porque sabía vagamente lo duro que podía llegar a ser, pero ¿verlo de esta forma? Es mucho peor de lo que imaginaba. Escucharlos hablar de ti tan abiertamente...

—¿Es adecuado? —interrumpe una voz y me sobresalto antes de darme cuenta de que es Hermes en el lago. Lo miro tratando de imaginarlo como podría ser: mi marido ante un altar. Es flaco: una complexión delgada y pelo negro ralo, pecas esparcidas por su cálida piel morena. Pero sus ojos me alarman: están encendidos por la emoción, codicia y el tipo de euforia desquiciada que te hace pensar que está tramando algo.

—Lo consideraré —responde Madre con frialdad y me estremezco con tanta fuerza que, de hecho, me alejo del estanque. Pero luego dirige sus ojos astutos hacia él y le pregunta—: ¿Por qué quieres casarte con mi hija, Hermes?

El dios ríe jovialmente.

—Por la misma razón por la que todos los demás lo hacen, me imagino. Nadie la ha visto en años. Los rumores sobre su belleza son una cosa, pero ¿quién podría resistirse a tal misterio?

—¿Y cuando ya no sea un misterio? ¿Cuando sea la esposa con la que vuelves a casa todos los días?

Hermes parpadea.

—¿Qué hay de eso?

—Un bastón no es suficiente para Kore, ¿verdad? —declara Padre tirando el objeto a un lado —. Acabas de reconocer lo valiosa que es, sabes que merece más.

Hermes lo mira con cautela.

—¿Como qué?

—Oh, no lo sé. Misterios. Promesas. Algo que haga que tu oferta valga la pena. —Padre se las arregla para enseñarle todos sus dientes mientras lo mira lascivamente desde su trono—. Eres inteligente, hijo mío. —Retrocedo ante el recordatorio de que Hermes es, técnicamente, mi medio hermano, y Hades también se sobresalta, tuerce los labios—. Estoy seguro de que pensarás en algo que me convenza para dártela.

Hades se lanza hacia el agua y con un roce de la superficie todo desaparece. Está murmurando una serie de maldiciones furiosas contra mi padre.

Siento como si una piedra increíblemente pesada acabara de asentarse en mi estómago. Y me molesta con profundidad sentirme así de vulnerable frente a Hades.

—Es un acto despreciable —declara—. Si le pasara a alguna de las diosas del Inframundo, estaría indignado. Como digo, entiendo por qué estás aquí. Esta vez lo digo en serio.

Si no lo ataco, lloraré.

—Te lo conté todo —gruño y él se sobresalta como si mi ira fuera lo último que esperaba—. Te lo he dicho muchas veces. Una de las primeras cosas que te dije fue que no me quiero casar. ¿Y tu gran revelación es que no quiero esto? ¿Que me opongo al hecho de que me estén intercambiando como un trozo de carne?

Hades me mira, parpadeando como si todo fuera una sorpresa. Como si hubiera pensado que me llenaría de gratitud y ahora no pueda entender lo que estoy haciendo.

—Bueno, sí —dice—. Pero es diferente verlo.

—De hecho, podrías haberlo visto antes —digo bruscamente—. ¿No resultaba suficiente evidente el hecho de correr hacia un hombre que nunca había conocido porque la idea de casarme me parecía horrible? Te estás disculpando por no creerme mientras sigues diciendo que no me crees. Te crees a ti mismo y a lo que has visto. ¿Y has pensado que tenías que enseñarme esa horrible subasta para conseguir qué, exactamente? ¿Para demostrar que me crees ahora? —Su rostro se desmorona mientras me desahogo, pero solo me incita a continuar. Bien. Quiero que se sienta mal. Debería estar arrastrándose—. ¿Has pensado siquiera en lo terrible que sería verlo para mí o estabas demasiado concentrado en demostrar cualquier maldita suposición que estés tratando de explicar? ¿Por qué debería importarme si me crees o no?

—Porque estás corriendo por mis pasillos con una cuchilla. Crees que soy como ellos —dice —. Y haría cualquier cosa para demostrarte que no lo soy, no por mi propio bien, sino porque mereces sentirte segura aquí.

—Pues no has hecho muy buen trabajo.

—Tienes razón —dice—. Y lo siento. Me disculpo por no haberte creído y por haber confiado en esto antes que en ti. Debí haberte... explicado lo que te estaba enseñando. Lo siento.

—¿Qué estás tramando? —interrogo.

—¿Perdona?

—¿Qué es lo que quieres de mí? Un día intentas engañarme para que rompa la xenía y al siguiente estás... haciendo todo esto. —Agito la mano un poco. Estoy tan confundida que ni

siquiera puedo explicar en palabras lo que está pasando.

Frunce el ceño.

—Eso es por lo que me estoy disculpando. Intentar engañarte fue una estrategia adolescente. Quería estar solo, lo cual era egoísta. Pensaba que ninguna situación podría ser tan mala para obligarte a venir aquí tan alegremente, así que tenía que ser por otra cosa. Pero es obvio que tu situación es terrible, y lo siento.

—¿Te das cuenta de lo estúpida que tendría que ser para creerte?

Hades asiente.

—Por eso no tienes que hacerlo.

Antes de que pueda cuestionar esta posibilidad, se apresura a hablar de nuevo.

—Tú has cancelado la xenía. Bien, que así sea. Pero no permitiré que vivas bajo mi techo con un arma atada a tu alcance todo el tiempo porque te sientes amenazada constantemente. —Traga saliva y mira hacia el lago—. No soy como ellos y no quiero que creas que voy a hacerte daño. No quiero que me temas por nada del mundo. Así que juro por el Estigia que no te haré daño. Juro no abusar de ti ni entregarte a tu madre.

Doy un paso atrás, la pared de roca me raspa las manos. Mi corazón se acelera, la necesidad de huir me presiona con más fuerza con cada segundo que pasa. No entiendo por qué actúa así y es aterrador.

—¿Qué estás haciendo? —Mi voz es apenas más que un susurro.

—Algo que debería haber hecho en el momento en que llegaste.

Romper la xenía es una maldición. ¿Romper un juramento hecho en el río Estigia? Hay una razón por la que el Estigia se llama el guardián del juramento: una promesa en sus aguas es vinculante. Romperla es algo para lo que ni siquiera tenemos una palabra. Algo más allá de la perdición.

—¿Hay algo más que me haya perdido? ¿Algo más que temas? —pregunta.

A lo mejor me está mintiendo, pero me las arreglo para procesar las palabras de su juramento de todos modos.

—No me entregarás a nadie —corrijo.

Él lo jura.

—Todavía no entiendo por qué lo estás haciendo.

—¿Acaso lo entenderías? —Hades se ríe como si todo hasta este momento hubiera sido una broma entre nosotros. Como si ayer no me hubiera gritado mientras yo presionaba un arma contra su piel—. No es necesario que te guste, Kore, pero realmente preferiría que no me tuvieras miedo.

Me muerdo el labio, sintiéndome tan frágil que es todo lo que puedo hacer para no subir corriendo las escaleras. Necesito ordenar mis pensamientos sola. No puedo hablar con él hasta que tenga las ideas claras o sus palabras rondarán en mi cabeza como las de mi madre.

—¿Cuántos hombres hasta ahora? —le pregunto y, al ver su ceño fruncido, añado—: Mis

padres. ¿Con cuántos hombres han hablado?

Los ojos de Hades se llenan con una mirada tan llena de simpatía que quiero golpearlo.

—Trece —dice—. Incluso cuatro de los doce.

No pensaba que fuera posible sentir más miedo. Pero nunca había considerado seriamente que algún miembro del consejo de Zeus pudiera competir por mi mano. Son los dioses más poderosos y los consejeros de mi padre; no hay forma de que mi madre pueda elegir con quién me caso si están en la contienda. La única esperanza que me quedaba era que mi madre al menos pudiera elegir a alguien amable, pero mi padre no solo escogerá a alguien para fastidiarme, sino a alguien que esté siempre bajo su control, que hará cualquier cosa que le pida.

—¿Cómo es posible? —murmuro, sin aliento—. Solo tres están solteros.

—Hefesto se ha ofrecido a divorciarse de Afrodita por tu mano.

Casi me ahogo.

—¿Qué? —chisporroteo. La situación no hace más que empeorar.

—Ofreció un collar hecho en su fragua —agrega Hades.

—No, no, no. —Entierro la cabeza entre las manos—. No puedo tener a Afrodita como enemiga, con todo lo demás que está pasando.

Hades sonríe a modo de disculpa.

—Entonces, ¿no querrás oír que Ares también prometió dejar de acostarse con ella para casarse contigo? Ofreció una lanza y su pechera.

Había pensado que los hombres eran una amenaza, pero Afrodita es una de las diosas más vengativas que existen. Solo Hera es peor y, dado que soy la bastarda de su marido, ya me odia. Maldigo y Hades se ríe.

—¡Me alegro de que todo te resulte tan divertido! —exclamo. Al menos la ira es mejor que la confusión.

—No, no he querido decir eso —se apresura a aclarar—. Solo me... divierte lo caótico que se está volviendo.

Niego con la cabeza. El mundo se ha vuelto aún más aterrador.

—Nunca me iré de aquí.

—Muy bien —dice Hades y pondría los ojos en blanco si no fuera por lo absurdo de la situación. Justo ayer estaba tratando de engañarme para que me fuera y ahora está jurando ante el Estigia.

Es un engaño. Tiene que serlo. Debe de haber dejado una laguna en el juramento que no puedo detectar. Debe de estar haciendo que baje la guardia para poder herirme.

—¿Y Apolo, supongo? —Tengo que saber a lo que me enfrento.

—Ha ofrecido su preciada lira —dice Hades.

—¿La que le dio Hermes?

Hades asiente.

—¿El muy cerdo cree que puede volver a regalar algo por mi mano en matrimonio?

Hades se ríe como es debido y, después de un momento, yo también sonrío. Todo esto es algo ridículo. Es mucho más horrible que divertido. Además, estoy a nada de estallar en llanto, pero me contengo porque saltaría al Flegetonte, el río de fuego, antes de dejar que Hades me viera hacerlo.

Eso debe de ser lo que está haciendo, enseñármelo todo para que pueda evaluar mi respuesta. Es lo que yo haría.

Fuerzo una sonrisa. Si esta es alguna estrategia suya, entonces no dejaré que piense que está funcionando.

—¿Apolo, Ares, Hermes y Hefesto? Dime, ¿alguien que no sea mi medio hermano está intentado casarse conmigo?

—Sabes que los dioses no lo ven de esa manera —dice Hades.

—Las ninfas sí —alego, casi en un susurro apenas audible para él. Pero es verdad. Fui criada con tantas reglas que, no importa cuántos trucos se inventen los dioses, me resulta repugnante.

—Zeus estaba en diferentes formas cada vez. Genéticamente, todos vosotros sois diferentes —dice Hades.

—Sigue siendo repugnante.

—Estoy de acuerdo —asiente. Luego duda con una mirada tan significativa que estoy segura de que es la verdadera razón por la que me ha traído aquí—. ¿Puedo preguntar, y no quiero ofenderte, por qué no te niegas a casarte? Tus padres no podrían obligarte.

Lo miro, tratando de averiguar si está bromeando o no. ¿No ha escuchado una sola historia de lo que sucede en la superficie? Mi padre es el rey de los dioses. Si me dijera que saltara de un precipicio, correría directo hacia él. Las alternativas son demasiado horribles para considerarlas. Me encadenaría a una roca para que me comiera un monstruo marino. Me convertiría en un animal o me dispararía con una flecha por mi soberbia, tal vez haría que me enamorara de una bestia. Los dioses han hecho todas esas cosas antes.

Les pasan cosas horribles a las niñas que le dicen que no a mi padre.

Hades continúa observándome con ojos inocentes como si solo quisiera entenderlo.

O es un manipulador y en ese caso puede arrojarse al Flegetonte sin que me importe o realmente no lo sabe y no seré yo quien le diga cómo funciona el mundo.

—Nunca has hablado con un solo humano aquí abajo, ¿verdad? —digo. Si lo hubiera hecho, si hubiera experimentado incluso una porción de la miseria en ese terreno, lo entendería.

—No —contesta con voz distante.

Bueno, entonces no se lo explicaré.

—Necesito una siesta —digo en su lugar.

Su cara cambia a una expresión decepcionada, pero después de un momento se muerde el labio y asiente.

—Muy bien.

Me pregunto qué le ha pasado en realidad y, lo que es más importante, qué hará a

continuación.

Capítulo doce

Me derrumbo de sueño en el momento en el que llego a mi cama, cayendo como una piedra al fondo del océano.

Sueño con mi madre.

Es un recuerdo, en realidad. Soy pequeña, tal vez solo uno o dos años después de mi anfidromia. Madre me está vendando el brazo, envolviéndolo en lino con tanta fuerza que tengo miedo de respirar por si el movimiento rompe su concentración y la irrita.

—Tienes que tener más cuidado. Nunca he visto algo así —dice chasqueando la lengua—. Eres una diosa, ¿cómo has podido ser tan torpe como para romperte un hueso?

—Fue un accidente —protesto, pero mis ojos arden, las lágrimas amenazan con brotar no solo por el dolor, sino también por la indignación de que me regañen cuando estoy herida y confundida por haber hecho algo mal sin saber qué. Hago muchas cosas para hacer feliz a Madre. ¿Cómo he fallado sin siquiera darme cuenta?

—Esperaba que ocurriera algo así cuando has acelerado de esa manera. No puedes seguir haciendo cosas como esta, Kore. Te estás convirtiendo en una mujer joven, tienes que empezar a comportarte como tal. Se acabaron las carreras con las ninfas.

Parpadeo, tratando de descifrarlo. Por fin pregunto:

—Pero ¿por qué?

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué no puedo competir con las ninfas? Es divertido.

—Creo que la razón está bastante clara —dice mientras ata el vendaje final, con una leve sonrisa en su rostro. Me relajo un poco, pero luego su sonrisa cae. Empuja los hombros hacia atrás y me mira directamente a los ojos—. Ese tipo de cosas están muy bien cuando eres pequeña, pero ya no lo eres. Correr por la isla o dar volteretas en la hierba no es lo apropiado ahora. Pensarán que eres una ninfa salvaje, no una diosa respetable. Ya están contando historias de tu elegancia en el Olimpo. ¿No es lo que quieres? ¿Ser una jovencita madura y elegante? ¿No quieres enorgullecerme?

Sé la respuesta correcta y asiento antes de que ella termine de hablar, pero algo dentro de mí se está marchitando como una flor empujada hacia la sombra.

—Buena chica —dice besando mi frente y palmeando mi hombro con cariño—. Te quiero mucho, Kore.

Y lo siento, ese resplandor de su aprobación. Pero, cuando me acuesto esa noche, mi

almohada está mojada con lágrimas, y no estoy segura de por qué se derraman.

Me despierto con las sábanas húmedas en mi mejilla. Parpadeando para desperezarme, percibo el desconcierto que vivía cuando era niña. Siempre sentía como si las reglas estuvieran cambiando. Nunca podía predecir qué estaba prohibido hasta que me metía en problemas por ello. Con el tiempo sentí que todo lo que me producía alegría estaba mal.

Amo a mi madre. Todo lo que ha hecho es protegerme.

Pero debe de haber una razón por la que pienso mucho en ella, y por la que cada pensamiento me llena de tanto miedo. Daría lo que fuera por hablar con Cianea sobre todo esto. Aunque sé lo que diría: «Tu madre te quiere y eso significa querer lo mejor para ti». Esa es siempre la respuesta de Cianea: «Ella te quiere, ella te quiere, ella te quiere».

Pero ¿en realidad puedes querer a alguien cuando estás intentando cambiarla?

La culpa se hace presente. ¿Cómo podría siquiera dudar del amor de mi madre después de verla con Hermes? Está luchando con mi padre para otorgarme una pequeña medida de protección. Debería estar agradecida por todo lo que ha hecho por mí; toda su vida en una isla para mantenerme alejada de los dioses del Olimpo, todos los sacrificios que ha realizado...

Lanzo las sábanas a un lado y me quito el pelo pegajoso de la cara.

Me doy cuenta de que todo es culpa de Hades. Probablemente, quería que tuviera exactamente este tipo de crisis emocional al enseñarme lo que me enseñó. ¿Y qué he descubierto con exactitud? Yo ya tenía el esquema; él solo le ha añadido algunos detalles a la imagen.

Hay cosas más apremiantes que necesitan mi atención.

Hades está en la biblioteca leyendo mis notas con tanta atención que ni siquiera se da cuenta cuando entro.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto.

Se sobresalta dando un buen salto hacia atrás y su aura destella a lo largo de su piel antes de desaparecer de nuevo. Por un momento me quedo congelada. O él es mejor actor de lo que creía o su reacción ha sido auténtica y más desconcertante que cualquier cosa que haya hecho hasta ahora.

—Lo siento —dice. Parece más un reflejo que una disculpa de verdad, lo que me sorprende de un hombre que usa una corona. Luego esa sonrisa engreída vuelve a su rostro y se recuesta en la silla del escritorio con toda la confianza de una persona que posee un reino. Lo cual obviamente es cierto, pero aun así no me gusta—. Como dije ayer, no voy a tratar de detenerte.

—No podrías aunque lo intentaras.

—Sí, sí, has dejado bien clara esa postura. Y puede que no me importen los humanos, pero sí me importan mis bibliotecas. Este lugar es un desastre, pero no es nada comparado con estas

notas.

—¿Perdona?

—Estás perdonada, solo tienes mucho que aprender.

—Yo...

—¿No tienes tiempo para aprender? Sí, también has dejado clara tu intención de darte prisa con esto. Así que he decidido ayudarte.

—No necesito tu maldita ayuda —le respondo, logrando, por fin, decir una palabra.

—Sí, Kore, sí la necesitas. —Y él parece... decepcionado, lo cual es lo último que pensaba que vería cuando me miró.

—Has tenido este reino durante años y no has hecho nada con él. ¿Ahora quieres ayudar?

—Te lo dije, no me importa el reino; me preocupo por mis pergaminos. Así que tomaré notas por ti y mantendré este sitio ordenado, ya que es obvio que eres incapaz de mantener nada en orden por ti misma.

—¿Por qué confiaría en ti para hacerlo?

—No me importa si confías en mí. Vigila sobre mi hombro todo el tiempo si te apetece, pero mira, Kore. —Señala con el dedo un pergamino—. Este lo has roto, y este tiene tinta. Suerte que has revocado la xenía porque si no la habrías roto.

De repente, me doy cuenta de que lo estoy mirando y me esfuerzo por encontrar una respuesta a esta locura absoluta: ¿qué clase de táctica es esta?

—No creo que xenía se haya creado pensando en pergaminos ligeramente marcados.

—Bueno, si no lo toma en consideración, entonces mi opinión sobre el concepto ya no es tan buena. Vamos, dime qué hacer y lo haré. Solo deja de maltratar mis libros.

Lo considero. Es probable que esté aquí para espiar lo que estoy haciendo. Pero no me importa. No estoy manteniendo mis planes en secreto; los exhibo descaradamente en su cara y digo que no puede detenerme en cada oportunidad.

Por supuesto, también es posible que esté diciendo la verdad, que quiera ayudar y en realidad adore sus pergaminos. Es poco probable, pero desvío la mirada, una sensación cálida revolotea en mi estómago. No tengo tiempo para explorar por qué me atrae la idea de que este hombre, un dios de un reino, se preocupe tanto por una biblioteca. Tengo problemas más grandes. Problemas tan gigantes que mi sensación de calidez se convierte en náuseas. Al menos es seguro volver a mirar hacia arriba.

—Bueno, de todos modos hoy no voy a usar los libros —digo—. No tenemos tiempo. Hay que hacer algo ya.

Al alejarme de él me doy cuenta de que he hablado en plural y espero que Hades no haya prestado atención.

—¿Qué? —Hades me persigue como si no fuera su reino. Una sonrisa se dibuja en mis labios.

—No todo, claro —digo—. Pero por ahora necesito alejar a las víctimas de sus opresores.

—No estoy seguro de que toda la humanidad pueda clasificarse fácilmente en víctima u

opresor —comenta con frialdad.

—No, es obvio que no.

Abro la puerta principal del palacio, pero, antes de que pueda salir, Hades la cierra de nuevo, apoyándose contra ella con los brazos cruzados. Está tan cerca de mí que tengo que hacer un esfuerzo consciente para no retroceder. Me pregunto si sabe lo intimidante que es esto y luego casi me abofeteo porque, por supuesto, lo sabe.

Bueno, no dejaré que me haga retroceder.

—¿Te das cuenta de lo audaz que es venir al reino de otro dios y cambiar las cosas sin siquiera consultarlo? —Su ceja está arqueada y su sonrisa es tan condescendiente que mi contraargumento huye de mi mente mientras me concentro en no abofetear su maldita cara.

«Idiota condescendiente».

—Sí. ¿Próxima pregunta?

Su otra ceja se une a la primera, ambas elevadas hacia la línea del pelo. Se ríe con incertidumbre y me tomo un momento para saborear el hecho de que esa es la única risa que parezco escuchar de él. Me he considerado muchas cosas. Guapa. Obediente. Recatada. Inquietante podría ser mi favorita.

—Nunca te ha gustado la cortesía, pero esto es una falta excesiva de ella, incluso para ti —dice.

—Ah, así que a pesar de que grité que iba a hacer todo esto, el hecho de que lo haga sin hablar contigo pasa por alto una línea de respeto que creías que te debía. ¿Es así? —pregunto.

La energía ha cambiado casi imperceptiblemente. Es... tensa. Quiero que retroceda, quiero irritarlo, quiero ganar. Hay algo casi eléctrico en lo cerca que está, toda esa tensión dirigida hacia mí. Como si estuviera jugando con fuego.

—Creo que informarme de los cambios propuestos en mi reino sería lo mínimo, sí. —Oh, su tono ha conseguido alcanzar un nivel de condescendencia que supera el conseguido por su sonrisa. Marca un hito.

—Bueno, déjame aclararte algo. No te respeto, Hades. En absoluto, de ninguna manera. Así que no me interesa darte ni siquiera ese mínimo de respeto. Ahora, ¿quieres quitarte de mi camino?

Se ríe como si estuviera disfrutándolo.

—¿En serio lo has pensado? Exactamente, ¿cómo vas a separar a los miles de humanos complejos que viven en mi dominio en solo dos categorías? Los humanos apenas pueden clasificarse en una categoría binaria.

Lo juro, si me habla mal una vez más, lo tiraré al Tártaro, el pozo más profundo y oscuro del Inframundo.

—Voy a usar el miedo como un factor mediador y, lo más importante, puedo rastrearlo para así separar a quienes lo provocan de quienes lo sienten. Es una solución temporal para llevar a

esas almas que están reducidas a un estado de puro terror a un lugar seguro mientras trabajo en una solución más permanente.

Hades parpadea y algo cruza su mente. Parece recordarse a sí mismo, recordar que ya no debe molestarme, que quiere algún tipo de cortesía entre nosotros. Un concepto ridículo, en realidad, como acabamos de demostrar, pero si él quiere empezar a humillarse para que lleguemos a términos decentes, definitivamente no voy a decir que no.

—¿Alguna pregunta más? —suelto con una sonrisa empalagosa, tratando de devolverle su exasperante presunción. Es mucho más fácil de controlar que lo que sea que estaba intentando hacer cuando ofreció ayuda antes.

—¿Por qué? ¿Por qué quieres hacerlo?

—Porque la gente está sufriendo y, a diferencia de ti, a mí me importa.

—Kore —dice. Esta vez su voz es suave y la gentileza es peor que la condescendencia.

—Deja de llamarme así —le advierto. No es el problema real, lo sé, pero es lo que sale de mi boca de todos modos.

—¿Qué? —Frunce el ceño—. Es tu nombre.

—Solo técnicamente —aclaro—. Ahora sal de mi camino.

—¿Puedes esperar un momento, por favor? —pregunta.

—¿No he esperado suficientes momentos, Hades?

Toma un respiro.

—Mira, no he querido que las cosas se descontrolaran así. Solo tengo algunas preguntas, de verdad que quiero ayudarte.

—Puedo responderlas después.

—Tardarás horas en llegar hasta ellos usando esta puerta. Hay una forma más rápida —advierte.

Eso me detiene. Sospecho, pero nada en su rostro es una mala señal y la promesa de tiempo ahorrado es demasiado tentadora para descartarla.

—Dos minutos —pide Hades—. Y luego te llevaré a las otras salidas.

—¿Cómo es posible tener puertas que acortan distancias?

Hades se encoge de hombros y sus labios se contraen con una sonrisa.

—Es mi reino. Las leyes de la física hacen lo que yo quiero que hagan.

—Bien, dos minutos —acepto a regañadientes.

Hades hace un gesto hacia una habitación lateral. Este lugar tiene muchas habitaciones innecesarias. Es uno de los duplicados del Olimpo que parece existir solo para llenar el espacio: algunas sillas, algunos tapices en las paredes, algunos agujeros en las paredes para colocar los pergaminos. El incienso arde en un soporte y siento arcadas por su olor empalagoso.

La nariz de Hades se arruga y tengo la sensación de que se arrepiente de haber elegido esta habitación, pero es demasiado incómodo sugerir que nos movamos o no quiere arriesgarse a mi ira.

—Escucha —dice agachando la cabeza—. No he sido sincero del todo antes.

—Estoy conmocionada.

—Me preocupo por los humanos, o lo hice. Cuando llegué aquí, traté de hacer cosas por ellos, pero sus espíritus decaían tan rápido que nada de lo que hacía funcionaba. Puse mi energía en mejorar este sitio para los dioses de la corte. Pero si has visto una oportunidad, entonces quiero ayudarte. Además, como has dicho, no tienes suficiente tiempo para hacerlo sola. Tienes algunos días, como mucho. Necesitarás todo el poder y la ayuda que puedas conseguir.

Pienso en lo que dijo Estigia sobre cómo Hades debe saber un par de cosas sobre este reino, y odio que tenga razón. Por supuesto que la tiene. Es el mundo en el que manda, sin importar lo poco que se lo merezca. Una o dos páginas de lectura con dificultad me darán la experiencia que él tiene. Además, ¿qué es lo peor que podría hacer? ¿Mentir sobre lo que ha descubierto? Verificar los datos de su investigación sería aún más rápido que hacerlo todo yo sola.

—Bien. Ayúdame si quieres. ¿Podemos irnos ahora?

—No. Porque no me has dicho por qué estás haciendo esto.

—Por el bien de Estigia. —Una frase extraña, en realidad, ahora que la conozco—. ¿Es este el nuevo «por qué estás aquí»? ¿Cuántas veces tengo que decirte que lo hago para ayudar a las personas que sufren antes de que me creas?

—Sí te creo, pero al igual que con «¿por qué estás aquí?», creo que hay algo más detrás. No viniste aquí suplicando mi ayuda para escapar de un matrimonio en un principio, viniste aquí ofreciéndome una oportunidad para fastidiar a Zeus.

—Sí, porque pensaba que podría convencerte para ayudarme. Pero no estoy aquí para fastidiar a Zeus.

—¿No es así? ¿Ni siquiera un poco?

Me congelo.

—Puede que no sea por eso precisamente por lo que has venido hasta aquí. Pero te he visto, a la verdadera tú, escondiéndote detrás de esa ridícula fachada, así que no me digas que a una parte de ti no le atrae el hecho de que él estará furioso porque sus planes se han frustrado.

Lo peor no es que tenga razón, sino el hecho de que lo dice todo con mucha confianza, con un toque de admiración.

A pesar de mil mentiras, me ha descubierto. Y no me gusta.

—Poder —digo, que es en parte una confesión, en parte una necesidad de ver cómo reacciona —. Lo estoy haciendo por el poder.

Ni siquiera pestañea.

—¿El mío?

—Por supuesto que no. ¿Para qué lo querría? ¿Para poder esconderme en esta casa e ignorar al resto del mundo como haces tú? No, los otros dioses del Olimpo lo controlan todo bajo el sol, incluido el maldito sol, pero ¿a ellos qué es lo que les importa?

Hades resopla.

—¿Sexo?

—Sí, en realidad es eso. —Estoy de acuerdo, para su sorpresa—. Quién está teniendo sexo con quién parece ser lo más importante. Y seguro que están interesados en qué dioses están juntos o a qué ninfa están seduciendo, pero, siendo sincera, esas son noticias viejas, porque en este momento están obsesionados con los humanos. Es como si estuvieran usando a los humanos para promover sus propios legados. Cirene, Europa, Alcmena, estos mortales a los que persiguen están fundando ciudades y sus descendientes son héroes. Los dioses están completamente enamorados. Los humanos son su camino hacia el poder y quieren saber a quién pueden seducir o favorecer, hacer un héroe o un rey, usar para destruir ciudades o fundar otras nuevas en su nombre. Los humanos lo son todo para ellos.

—Sí, y a veces solo quieren un juguete mortal que haga que su vida inmortal sea más interesante —dice Hades torciendo los labios con disgusto—. No te equivocas, pero ¿qué tiene esto que ver exactamente con mi reino?

—A eso voy. Los humanos adoran a los dioses y los imitan, copian su peor comportamiento porque si sus ídolos lo están haciendo, ¿por qué no deberían hacerlo ellos? Terminan hiriéndose más que los dioses. Pero si les enseñamos que hay consecuencias eternas por esas acciones, entonces pueden cambiar. Si se premia a los buenos y se castiga a los malos, tal vez dejarán de hacerse tanto daño. Y si los humanos tienen demasiado miedo del castigo eterno en el más allá para matar, violar y causar tanto dolor, entonces ¿por qué adorarían a dioses que, normalmente, hacen todas estas cosas? Tal vez dejarían de preocuparse por los dioses que juegan de manera tan imprudente con su vida.

—Los dioses van a tener que cambiar si todavía quieren que los adoren —se da cuenta Hades —. Lo harán, porque son dioses.

Asiento.

—Exacto. ¿Qué es un dios sin seguidores? Lo estoy haciendo para ayudar a los humanos, pero ¿quitar el poder a los dioses? ¿Obligar al Olimpo y al Océano a ser mejores? Bueno, es una motivación extra para que funcione.

No estoy segura de haberlo explicado lo bastante bien y contengo la respiración esperando su reacción. No estoy segura de por qué me importa tanto, pero así es.

Su frente se arruga mientras piensa y casi puedo ver cómo se asienta cada pensamiento. Después de un segundo me mira de una manera que me hace retorcerme. Me está viendo de nuevo. Sin pretensiones, sin morderse la lengua y sin miedo a las consecuencias. Es posible que por eso me duela cada milisegundo que paso sin una respuesta.

—Es brillante. Es genial —dice. Cuando me mira, lo hace con algo cercano al asombro. Y cuando sonríe me encuentro imitándolo.

—¿Así que estás conmigo?

—Me apunto. —Se pone de pie y me ofrece la mano—. Vamos a dividir el reino.

Capítulo trece

No funciona.

Lo cual no debería ser una sorpresa, pero duele de todos modos.

No creo que alguna vez haya creído realmente que sería capaz de dividir el Inframundo por la mitad, pero en definitiva tenía la esperanza. Y ahora esa esperanza se derrumba.

Me agacho en una cornisa sin prestar atención a los humanos y entierro mis dedos en la tierra. Puedo sentirlo, el reino palpitando bajo mis dedos. Es tan similar a la conexión que siento con las flores que, con exceso de confianza, insto para que todo se mueva.

Todo lo que tengo son temblores.

—Bueno, eso es nuevo —dice Hades mientras el suelo tiembla debajo de nosotros.

Aprieto los dientes. Una cosa es fallar y otra fallar mientras él está allí.

Cierro los ojos y lo intento de nuevo. Esta vez una grieta corre hacia las almas, de unos pocos centímetros de profundidad como máximo. Ni de lejos lo suficientemente profunda como para ser de utilidad.

Caigo hacia atrás, sin aliento. Me invade una especie de cansancio extraño, como si hubiera corrido a lo largo de mi isla y me hubiera derrumbado en la arena en el borde más lejano. Es un cansancio tan fuerte que apenas puedo levantar mis pesados miembros, combinado con un embriagador júbilo que me deja sin aliento.

—¿Qué estáis haciendo? —susurra Estigia detrás de nosotros.

—Se ha interesado por los humanos —dice Hades. Intento ignorarlos y concentrarme. Cualquier control que tenía sobre el reino se me ha escapado y estoy desesperada por encontrarlo de nuevo—. Y ha decidido dividir el Inframundo en dos.

—¿Puede hacerlo?

—Eso está por verse —contesta—. Pero ha tenido un comienzo impresionante para una diosa de las flores. —Por el rabillo del ojo veo a Hades hacer un gesto hacia la grieta.

Cierro los ojos tratando de concentrarme en la tierra que tengo delante, pero la incredulidad en la voz de Estigia se abre paso.

—No creo que las flores sean capaces de hacer algo así —dice—. Kore, cariño, ¿estás bien?

—No la llames así —indica Hades en voz baja, pero todavía lo escucho.

—¿Cariño?

—Kore. No le gusta ese nombre.

Estigia resopla.

—Me parece bien. ¿A quién podría gustarle?

—Arg. —Me pongo de pie, me limpio el polvo de las manos y me enfrento a Hades—. No está funcionando. —Incluso me duele preguntar, pero es demasiado importante. Y es su reino, después de todo—. ¿Puedes intentarlo?

Hades dirige una mirada dubitativa a la grieta que he creado.

—Ja, sabía que lo convencerías para que te ayudara. ¿Cómo lo has hecho? —pregunta Estigia.

—Por lo visto he estropeado sus pergaminos.

—Sí, lo ha hecho. Todavía estoy furioso —interviene él, paseándose por el borde del acantilado y examinando el mundo de abajo.

—Ah. —Estigia asiente—. Entiendo.

—¿Lo entiendes?

—Bueno, no —dice ella—. Tiene una extraña obsesión con sus pergaminos...

—Debo recordarte que, literalmente, soy tu rey.

—Lo siento, Su Majestad es extrañamente obsesivo con sus pergaminos...

—Te odio.

—No, claro que no. Yo soy la diosa del odio, lo sabría.

Me doy cuenta con un sobresalto de que estoy sonriendo. ¿He sonreído con sinceridad aquí abajo? Debo de haberlo hecho, pero tal vez no con tanta facilidad.

—¿Todos tus súbditos son así? —pregunto.

—No —dice con firmeza.

—Todos sus otros súbditos temen esa aterradora reputación suya —explica Estigia—. Pero Hades hace que sus siervos juren sus secretos sobre mis aguas. Obtengo todos los cotilleos jugosos y no me creo esa reputación ni por un segundo.

—Lo cual, según ella, significa que no me debe ningún respeto —dice Hades—. No importa que siga siendo su rey.

—Puedes ser mi rey, pero yo soy tu amiga más íntima.

—Conocer los secretos de alguien no es lo mismo que la amistad.

—¿Tienes algo mejor? —pregunta Estigia.

—Luché junto a la mitad de la corte. Son mis compañeros de armas.

—Entonces eso es un no.

Hades la mira con rabia. Es fácil escuchar su conversación mientras estoy demasiado agotada para contribuir, pero ahora sonrío y pregunto:

—Entonces, ¿de qué secretos estamos hablando?

—Nunca los sabrás —dice Hades a secas—. ¿No estábamos hablando de destrozar mi mundo?

—Evita el tema —tose Estigia.

—¿Puedes intentar crear una división? —le pregunto a Hades—. Tienes razón, en realidad, la diosa de las flores no puede hacerlo.

Los dioses pueden realizar algunas cosas limitadas fuera de sus áreas de especialización: convertir a los mortales en plantas, maldecir ciudades o incluso transformar sus propias formas en otras, aunque nunca he tenido mucha suerte con ello. Pero esto es demasiado grande, demasiado expansivo. Necesita la conexión con la tierra que proviene solo de una divinidad específica. Necesita de Hades.

—Bueno, has hecho más de lo que imagino que yo puedo hacer —dice Hades.

—Oh, vamos, no voy a suplicar.

—No esperaría que lo hicieras. Es solo que no estoy seguro de poder ayudarte.

—Literalmente, dijiste que este es tu mundo y que puedes manipular las leyes de la física si quieres.

Estigia se ríe.

—¿Que él dijo qué? —Hades la mira, pero ella aúlla más fuerte doblándose de risa—. Sé de alguien que está muy arrogante. ¿O solo estás fanfarroneando en un esfuerzo por impresionar...?

—Cállate.

Estigia enronquece la voz en una horrible imitación de Hades:

—Soy el rey del Inframundo y ahora controlo la física. No es un reino lleno de dioses que lo hacen funcionar. No, lo hago todo yo mismo porque soy el rey y tengo una gran corona que no me cabe en la cabeza.

—Me ha dicho que podía acortar distancias —digo.

—Oh, ¿te refieres a esas puertas mágicas que instaló Hermes, dios de los viajes?

Me giro hacia Hades y él solo se encoge de hombros.

—No he tenido tiempo para darte una explicación exhaustiva, estabas saliendo deprisa por la puerta principal.

—Entonces, ¿qué puedes hacer? —pregunto—. ¿Aparte de tus nubes de humo?

Estigia se dobla de la risa de nuevo y se tapa la boca con las manos.

—Pues puedo tratar de ayudarte —ofrece Hades, en lo que puedo suponer es un esfuerzo por cambiar de tema antes de que Estigia recupere el aliento—. Pero no creo que pueda dividir un reino yo solo.

—¿Te importaría mi ayuda, mi rey? —logra decir Estigia—. No soy más que una humilde diosa de un río que atraviesa un reino controlado por un ser fuerte y todopoderoso, pero...

—Está bien, has dejado clara tu opinión. ¿Me harías el honor de ayudarnos? —pregunta.

—El honor es mío, mi señor.

—Ahora ya puedes parar.

—Oh, no lo haré. —Me guiña un ojo y me siento culpable por mi risa sorprendida. Estamos aquí para ayudar a las almas atrapadas y aterradas: no está bien divertirse mientras lo hacemos.

—¿Podemos hacerlo, por favor? —pregunto. No estoy segura de tener la fuerza para permanecer de pie mucho más tiempo, y mucho menos para ejercer alguna fuerza divina sobre este reino.

—Será difícil —contesta Hades—. Imposible, incluso. No lo digo para ofenderte, pero tu manera impetuosa de actuar podría ser mejor si la reemplazas por paciencia. La grieta que has creado es increíble, pero incluso los dioses más fuertes tendrían dificultades para hacer más en un solo día.

—Tenemos que intentarlo al menos —insisto.

—Está bien. —Asiente mirándome a los ojos, lo que solo puedo tomar como un esfuerzo por ser sincero—. Cuéntanos qué has encontrado y cómo has conseguido lo que has hecho hasta ahora.

Me siento tonta al decirlo en voz alta, dejando claro lo poco que he obtenido de la investigación antes de que mi impulsividad tomara el control.

—Poco. Acabo de leer algo sobre Atenea creando un olivo para Atenas, no se trataba de crear el árbol, sino, más bien, de encontrar un enlace a su propio dominio. Se trataba de inteligencia. Creó algo a lo que podían dar uso: una planta que produce aceite que pueden quemar en lámparas, usar en ceremonias, convertir en jabones y perfumes, incluso para comérselo. Debes vincular lo que estás intentando hacer con tu propio dominio. Así que supongo que será fácil para ti, Hades. Estigia, ¿podrías pensar en desviar un arroyo de tu río para que corra entre las dos mitades? Estaba pensando en flores, imaginando sus raíces extendiéndose hacia abajo, y luego he sentido algo más. Es difícil de explicar.

—No, eso tiene mucho sentido —opina Hades.

—Tus flores deben de ser bastante poderosas —tercia Estigia, lanzando una mirada escéptica a la grieta.

—No lo suficientemente poderosas —digo—. Vamos.

Me agacho en el suelo y vuelvo a hundir la mano en la tierra para conectarme mejor con las raíces. Hades permanece de pie, las sombras se estremecen a lo largo de sus brazos, luego se estiran y se desvanecen en el aire del reino como si se estuviera fusionando con él. Estigia se dirige a su río a unos metros de distancia y desliza la mano en sus aguas.

Cierro los ojos, confiando en que los demás hagan lo mismo.

Mis flores se han extendido hasta aquí, por lo que conectarse con ellas es fácil. Sus tallos delgados y frágiles revolotean contra los límites de mi mente y su olor fragante inunda mis sentidos. Me abro paso más allá de las raíces, el barro y la tierra de debajo.

Y luego busco más, superando los nutrientes que necesitan hasta que las flores dejan de ser relevantes por completo. Tierra seca y una punzada ácida y ahí... lo siento, el pulso de esta tierra que primero me suplicó que la llenara de flores.

Me aferro a él antes de que el sentimiento pueda escapar.

—No puedo hacerlo.

Escucho la voz a lo lejos. Debe de ser Estigia. Puedo sentir la tierra extendiéndose alrededor de su río, y es más que solo el suelo... es el reino. Puedo sentir su río también y el aire crepitando alrededor de Hades mientras empuja contra él.

Escucho susurros que aumentan y se elevan en un *crescendo*; las almas, los humanos. Lo que significa... sí, allí, la grieta que he creado. Insignificante, intrascendente, apenas más profunda que la tinta sobre un pergamino.

—No estoy sintiendo lo que sea que has descrito —dice Hades. Su aliento flota en el aire, el sonido de su voz me rodea, cada vibración baila sobre mi piel.

Una chispa, dos resplandores parpadeantes, uno cerca y otro más lejos, tangibles y tentadores, como si pudieran quemarme si me acercara demasiado. Extiendo la mano y los agarro a ambos de todos modos.

El poder... su poder... se arquea a través de mí como el relámpago de mi padre y antes de que pueda perderme en el torbellino de este mundo alcanzo la grieta y la desgarro. Estigia jadea y cojo su río y lo empujo hacia delante. Se precipita, llenando la grieta que separa las dos tierras.

—Para —pide Hades con la mano en mi hombro, pero soy demasiado consciente de muchísimas cosas y mi cuerpo apenas lo nota.

Me estiro hacia las almas susurrantes y busco su miedo. En el momento en que escucho una sola voz temerosa, comienza a gritar, no en voz alta, sino en mi cabeza, hasta que su miedo es todo lo que sé. Las almas que están gritando son muy fáciles de encontrar entre las demás. Muevo mi muñeca y en un salto doloroso, increíble e insondable, vuelan al otro lado del río.

Mi cuerpo se estremece y siento mi propio cansancio como un eco.

Saco violentamente mi mano de la tierra y corto mi conexión con el reino. Mis propios sentidos chocan y estoy en el suelo con Hades encima de mí. Me palpita la cabeza, me duelen los pulmones y nunca me he sentido mejor en mi vida. Siento que podría hacer cualquier cosa, incluso mientras lucho por ponerme de pie.

Hades me agarra del brazo y me sobresalto cuando una llamarada se reaviva. Lo reconozco como él, lo he sentido a él y a su energía. He usado su propio poder para destrozar su mundo. Está exhausto, pero aun así me ayuda a levantarme, luego me suelta como si solo fuera algo que se le pasó por la cabeza.

—¿Qué acaba de pasar? —pregunta Estigia tambaleándose hacia nosotros. Entonces ve la tierra debajo y jadea—. ¿Ha funcionado?

—Aparentemente —responde Hades mirándome con cautela.

—Gracias —digo con la lengua torpe y pesada en la boca. Mis palabras se arrastran—. Por compartir vuestro poder. No podría haberlo hecho sin vosotros.

Hades y Estigia intercambian una mirada que no puedo leer.

—Te has desmayado —dice él—. No te estabas moviendo.

—Estaba concentrada. Estoy bien —aclaro. Con cada segundo, mi cansancio se desvanece.

—Nunca había sentido algo así. —Estigia niega con la cabeza.

—Creo que tenías razón —le digo a Hades—. Fuimos estúpidos al tratar de hacerlo todo en un día, pero lo hemos conseguido, ¿no?

Lo hemos hecho. Miro mi trabajo, la brecha entre los humanos.

Es una cosa muy pequeña. Las almas humanas siguen siendo restos de pensamiento en descomposición, y el Inframundo no se ve afectado en gran medida, solo esta diminuta parte donde los humanos permanecen divididos en dos. Pero es importante. Su miedo ya se está desvaneciendo. No ha desaparecido por completo, pero ya no tienen miedo de encontrarse con aquellos que les causaron tanto terror. Un pequeño cambio, sí, pero importante. La primera cosa valiosa que he hecho.

Si mi padre me encontrara ahora, al menos habría valido la pena. Y estaría muy enfadado, más furioso de lo que puedo imaginar, porque tendría que admitir que, a pesar de todos sus esfuerzos, no pudo contenerme.

¿Quién es tu niña ahora?

Se acabó. Ya no respondo a ese maldito nombre.

—Estigia, también lo has escuchado, ¿verdad? —pregunta Hades. Su tono jovial suena forzado—. ¿Ha dicho que yo tenía razón?

—Lo he escuchado.

—Puedo admitirlo cuando tienes un razonamiento válido —digo—. Pero lo haces con poca frecuencia.

—Voy a tumbarme un rato —avisa Estigia—. Necesito una siesta muy muy larga.

Prácticamente, cae en su río, la corriente ahora se bifurca en dos arroyos separados que se reúnen al otro lado de los humanos.

—Vamos —le indico a Hades—. Es solo el comienzo. Necesito volver a la biblioteca y decidir qué podemos hacer con este espacio.

—No puedes hablar en serio —dice Hades—. Lo que acabamos de hacer me ha agotado. ¿No necesitas descansar? —Levanta las manos para enseñarme el humo chisporroteante que produce. Apenas se aferra a él antes de desaparecer por completo.

Lo necesitaba, pero ahora ya no. Todavía puedo sentir ese susurro del mundo contra mi oído. Me siento eterna.

—No, en realidad no.

Hades suspira.

—Muy bien. Supongo que entonces tampoco descansaré, no si mi biblioteca está bajo tu ataque.

Todavía no estoy segura de confiar en él para que me ayude, pero después de todo, la idea de estar atrapada en una biblioteca con él parece un asunto mucho más simple.

Capítulo catorce

Los días en la biblioteca pasan volando. La euforia de desgarrar la tierra me impulsa a trabajar solo unas pocas horas más con la investigación. Pronto contar los ladrillos de la chimenea me parece más atractivo, concluyo que hay noventa y seis en mi tercer día rodeada de esos estantes.

Hades no habla mucho. Solo se sienta ahí, leyendo obedientemente todo lo que le entrego, tomando notas para resumirlo todo para mí, sin revelar nada más.

Nunca estoy sola. Si yo estoy en la biblioteca, él también.

Debe de adorar esos libros de verdad.

Es cierto que no es tan frustrante como esperaba. Incluso podría aventurarme a decir que es bastante útil. Lee pergaminos más rápido que yo y toma notas extensas como resumen. Después de revisar los primeros veinte en busca de mentiras y comprobar que son correctos, decido que, simplemente, los revisaré al azar.

Cuando Hades se da cuenta, sonríe de una manera que siento verdaderamente cercana. Sus ojos brillan con diversión y sus labios están presionados en una línea tan delgada que es como si estuviera reprimiendo la sonrisa.

—¿Por qué? ¿Se supone que es un atisbo de confianza?

—Cállate —le digo revolviendo mis papeles como si estuviera intentando concentrarme y no luchando por pensar en una respuesta apropiadamente atrevida.

Sus notas terminan clavadas en mis propios pergaminos, su escritura es solo líneas gruesas y marcas rápidas. Me encuentro observándolo mientras las escribe más de una vez. Solo me he sentido frustrada por su lectura, porque antes parecía hacerlo para ignorarme, pero ahora su concentración es como la gravedad, atrayente.

Los textos son aburridos. Es la única excusa que estoy dispuesta a dar al porqué me distraigo con tanta facilidad, al porqué preferiría mirar a Hades. En este momento estoy leyendo una descripción insoportable de los trirremes... y todavía tengo que encontrar alguna indicación de si tales barcos existen por necesidad o si a los mortales de verdad les gustan y podrían querer algunos en su otra vida. Y, si es así, ¿quieren construirlos o remarlos o verlos en las orillas de un océano? ¿Por qué no lo dejan todo claro en las historias que escriben?

Hades no es interesante en particular, pero es más interesante que esto.

Y su presencia es como una picazón.

Tal vez averiguar por qué Hades está tan comprometido con esta investigación es todo lo que me distrae. Tal vez no tenga nada que ver con la forma en que muerde el extremo de la pluma

cuando se concentra.

O tal vez estar atrapada en esta pequeña habitación con él durante horas está desgastando mi cordura.

Unos días después, Hades descubre el diario de un humano. Es un tesoro oculto de esperanzas, sueños y miedos, y estamos tan emocionados que todo lo demás se nos olvida. Todavía estamos estudiándolo detenidamente en la cena.

—¿De dónde lo sacas todo? —pregunto dejando la última página.

—Hermes los trae.

El mensajero de los dioses es también el dios de los ladrones y no tengo ninguna duda de que algunos de los textos, en especial el diario del erudito que hemos estado estudiando, son robados.

—¿Hermes te odia?

Hades se ríe.

—Es posible, pero en lo que respecta a los pergaminos, él sabe que me gusta leer.

¿Y eso qué significa? Leer es algo que simplemente haces, no un pasatiempo como la música o tejer.

—¿Disfrutas de esos documentos?

Hades se encoge de hombros.

—Bueno, preferiría leer poesía, pero están bien, son bastante interesantes. ¿No los disfrutas?

—No, claro que no.

—Entonces podrías dejármelo a mí. Yo puedo hacer la investigación y tú puedes hablar con los humanos.

No. No puedo enfrentarme a ese cansancio de nuevo, no puedo arriesgarme a restaurar a los humanos para poder hablar con ellos. Dividir el Inframundo fue increíble, un nivel que nunca pensé que alcanzaría. ¿Y si ahí es donde termina? ¿Qué pasa si voy y lo intento y nada funciona? No estoy lista para que mi nueva confianza se derrumbe.

Así que, en lugar de eso, lanzo una mirada devastadora que creo que podría haber aprendido de él.

—No, no creo que pueda hacerlo.

—Tu confianza es algo voluble.

—Gánatela y hablaremos.

Hades se ríe y por una vez es una risa auténtica. El sonido envía un escalofrío por mi espina dorsal.

—Me has herido —dice con la mano en el corazón como si le hubieran disparado.

—Bien. —Sonrío.

Hades arquea una ceja y asiente ante mi sonrisa.

—Eso ha sido desconcertante —dice.

Sonrío aún más ampliamente porque ahí está de nuevo, yo poniéndolo nervioso.

—¿Te mandaron hasta aquí abajo porque eres un falo sarcástico?

—Interesante. ¿Esto es lo que quiso decir tu madre cuando les aseguró a tus pretendientes que tienes un espléndido dominio del lenguaje? —pregunta.

Resoplo.

—Oh, estoy segura de que es un eufemismo por saber algunos poemas y, lo que es más importante, saber cuándo mantener la boca cerrada.

—¿Mantener la boca cerrada? ¿En serio? —Finge sorpresa.

Cojo una de las uvas de la mesa y la lanzo contra él.

—Idiota —digo decididamente.

—Qué mala puntería. —Se ríe cuando rebota en la mesa—. Esperemos que tu madre no esté alardeando de tu habilidad para lanzar uvas. Tendrás a los pretendientes aún más desolados cuando descubran que te has retirado del mercado.

—Creo que solo Dionisio se sentirá decepcionado de que no pueda fortalecer su estatus de dios del vino —replico con una sonrisa tranquila que no revela mi pánico. Lanzar uvas, insultar a Hades, charlar con Estigia; comienzo a sentirme bastante cómoda en el Inframundo.

He tenido más tiempo de lo que pensaba, demasiado tiempo. Me estoy relajando cuando debería estar más asustada. Lo único que podría retrasarlos de esta manera es una avalancha de ofertas por mi mano, quizá el tipo de oferta que podría influir en mi padre lejos del alcance de mi madre. E incluso si todos los dioses del Olimpo quisieran casarse conmigo, no pueden negociar por mucho más tiempo. Mis padres descubrirán que estoy perdida en cualquier momento.

Y lo arruinarán todo.

Capítulo quince

Tempestad aparece en mi habitación dos días después, mientras me estoy haciendo una trenza.

—Hades quiere verte —me informa.

—Dame un momento —digo terminando de arreglarme el pelo.

—No, ahora, ha dicho que era una emergencia.

—¿Tempestad? —La voz de Hades la llama por el pasillo. Suena bastante asustado—. ¡Por el bien de Estigia, he dicho que necesitaba hablar con ella, no que fueras a buscarla!

No estoy seguro de si *ella* es mejor que *Kore*, pero para ser justos, no le he dado ninguna alternativa.

Tal vez me ponga el nombre de una flor. La idea tiene un encantador sentimiento cíclico, dado que nombré las flores primero. Todavía estoy considerando mis opciones.

—¿Cuál es la diferencia? —murmura Tempestad.

—La diferencia es que soy capaz de usar mis propias piernas y no necesito llamar a la gente todo el tiempo —dice desde fuera de la habitación.

—Tienes el oído de un murciélago —recalco.

—¿Estás decente? —pregunta—. ¿Puedo pasar?

Sonrío ante la inocencia de tal pregunta, en especial considerando todo lo que me asustaba cuando llegué aquí por primera vez. Pero luego me miro en el espejo y compruebo que estoy ridícula, como una ninfa que se desmaya ante la sola idea de un hombre.

Cosa que, desde luego, no estoy haciendo.

Hay algo sobre el respeto en la pregunta. Incluso dentro de su castillo tengo derecho a mi propio espacio. Madre simplemente entraría.

—Puedes pasar —confirmo girándome en mi silla para enfrentarlo y dando por terminada la trenza. Es mucho más difícil de lo que Cianea hizo que pareciera y, dado que ayer tuve manchas de tinta en la cara casi todo el tiempo, dudo que a Hades le importe que mi pelo no esté peinado.

Lo siento muy fuera de lugar en mi habitación, su túnica negra contrasta con todas las telas pálidas y las superficies blancas relucientes. Este palacio es muy frío, todo simple y clínico, el suelo dorado del mégaron es lo más cercano al color que he visto. Por primera vez siento una punzada de añoranza por el cálido desorden de mi cabaña con Madre.

Entonces veo el rostro de Hades y las líneas tensas de la ira que he visto solo una vez antes, cuando vio a Hermes competir por mi mano.

—Lo saben —dice Hades, pero yo ya sabía que era lo que diría y mi corazón se ha hundido

incluso antes de que hablara—. Tus padres saben que has desaparecido.

Me agarro a la mesa para apoyarme. Me alegro de estar sentada ya para no tambalearme de la impresión.

—Me voy —dice Tempestad.

Ni Hades ni yo decimos nada, nuestros ojos se encuentran fijos el uno en el otro. Me muevo despacio mientras intento procesarlo, pero por si fuera poco tengo que preguntarme por qué veo ecos de mi propia desesperación reflejados en el rostro de Hades.

—Enséñamelo —digo pasando junto a él y comenzando a caminar por el pasillo. Los pasos rápidos de Hades me siguen.

He tenido mucho más tiempo del que pensaba que tendría y la repugnancia crece dentro de mí al recordar cuántos pretendientes potenciales he tenido, cuatro de los doce, incluso. Todos esos hombres desesperados por que me una a ellos...

Cuando llegamos al Lago de los Cinco Ríos, la visión muestra a Madre en nuestra isla, gritando al cielo para que Zeus conozca la noticia. Las ninfas corren detrás de ella en un frenesí y puedo ver el terror en sus rostros.

Oh. Ni siquiera pensé en las consecuencias que podría tener para ellas.

Madre aúlla y un grupo de ninfas cae bajo sus manos extendidas, gritando de agonía mientras sus piernas se fusionan, escamas de pez recorren sus brazos y sus voces se convierten en el rasguño del agua salada.

Mi mano cubre mi propio grito de sorpresa. He visto a Madre convertir a ninfas en sirenas antes, siempre como castigo.

Pero este es mi castigo, y se está vengando con ellas.

«Estúpida, estúpida niña, Kore».

O Zeus la está ignorando o no está prestando atención. Observo en silencio mientras Madre vuelve a la casa que ya ha destrozado, o tal vez lo hicieron las ninfas. ¿Y para qué? ¿Acaso iba a estar escondida en un armario?

Coge algunas semillas de un cajón y corre hacia el océano. Sumerge los dedos en la espuma de las olas y pide a gritos una audiencia con Poseidón. Hay lágrimas en sus ojos, pero parpadea deprisa, se niega a dejarlas caer.

—¿A qué se debe toda esta tontería histérica? —dice una voz áspera, y allí está Poseidón, rey de la corte del Océano, piel curtida y bronceada, cabello y barba salvajes y enmarañados por el mar.

—Alguien se ha llevado a Kore —lo informa Madre y me sobresalto porque no dice que está perdida o que se ha ido, que albergaría muchas posibilidades. Está segura de que conoce mi situación.

Me encojo y siento una roca áspera detrás de mí. Mis ojos se desvían por un segundo hacia Hades. Estoy dolorosamente consciente de la vulnerabilidad que estoy mostrando.

—No podrían haberlo hecho —gruñe Poseidón—. Las protecciones en la isla son demasiado

fuertes.

El labio de Madre se tuerce con disgusto. El reino oceánico de Poseidón se ha estrellado contra las costas de mi isla durante toda mi vida. Es evidente que ha puesto a prueba la fuerza de las protecciones de mi madre.

—Necesito que lo investigues —ordena Madre—. Tu reino es extenso y alguien podría haber visto algo.

—Vamos, seguro que no hay necesidad de todo este escándalo.

—¿Escándalo? Se ha ido —gruñe Madre.

—¿Entonces? —Poseidón se encoge de hombros—. Supongamos que alguien se la llevó, es una mujer adulta. No importa. Ambos se estarán divirtiendo, ¿y qué? La has mantenido reprimida demasiado tiempo, Deméter. Quizá está gritando de alegría en el regazo de algún afortunado. Déjala en paz.

Creo que podría vomitar.

Hades murmura una serie de maldiciones ininteligibles, mirando al lago como si pudiera saltar a través de él para estrangular al mismísimo Poseidón.

—Te iba a chantajear —dice Madre mientras deja caer las semillas y las aplasta bajo sus pies. Las malas hierbas brotan a su alrededor, como siempre que está enfadada, al igual que las flores brotan de mí cuando estoy nerviosa—. Pero creo que intentaré amenazarte.

Poseidón resopla.

—Tu dominio es la tierra, Deméter. Que tengas suerte.

Se gira y Madre lo llama.

—Mi dominio es la cosecha y la fertilidad, imbécil desvergonzado. Veamos cómo se las arreglan las criaturas de tu mundo cuando provoque que los corales se marchiten y mueran, cuando todas las plantas del océano se enrosquen sobre sí mismas.

—Tú no-no podrías... —tartamudea Poseidón. Seguro que nadie le ha hablado así antes.

Miro a mi madre. Esta ira es diferente. Y estoy... impresionada. Durante años ha despotricado sobre el mundo que creó Zeus, el poder que les otorgó a Poseidón y a Hades en lugar de a ella y, aquí está, amenazando a esos hombres con el mismo poder que despreciaron.

Pero también es una traición. Toda mi vida me ha enseñado que la única forma de sobrevivir es mantener la cabeza baja, hacer cosas bonitas y asentir cuando habla un hombre. Pero ¿ella se puede enfadar? ¿Puede proferir amenazas? Sé que tiene más poder que yo, pero ¿acaso es justo?

—Investiga, Poseidón. Quiero que todas las nereidas, los peces y los malditos organismos unicelulares la busquen.

Poseidón agita la mano con desdén.

—Muy bien, si insistes. —Como si le estuviera haciendo un favor, sin coacción—. Te garantizo que la niña está bien, tal vez mejor que nunca.

Su forma estalla en el agua del mar mientras vuelve a su palacio, justo cuando otra voz entra en la escena.

—¿A qué viene todo esto? —Padre por fin aparece ajustando los pliegues de su himatión ricamente teñido—. Apolo dice que te ha oído gritar como a una arpía.

—Zeus, alguien se ha llevado a Kore —se precipita Madre—. Necesitamos encontrarla, pero no podemos dejar que se corra la voz demasiado lejos. Si se mancilla su reputación, el matrimonio podría estar en peligro. Te necesito...

—¡Deméter! —la regaña Padre. Por un estúpido momento en el que mi cerebro no se ha dado cuenta del hecho de que se trata de Zeus, creo que podría reprenderla por estar más preocupada por mis perspectivas de matrimonio que por mi seguridad—. No hay necesidad de entrar en pánico. Hemos tenido tantas ofertas que...

—Cada una de ellas está en problemas, idiota.

Mi mano sale disparada y no es hasta que Hades agarra mi palma que me doy cuenta de que intentaba coger la suya.

Y creo que no importa en absoluto. Es una de las pocas personas que posiblemente podría estar de mi lado.

Y, aunque no lo sea, es una persona y está aquí y ahora solo necesito a alguien. Enhorabuena, Hades, por fin has pasado el requisito mínimo para algo.

—Te olvidas de ti misma, Deméter. —La voz de mi padre contiene tormentas.

Madre se queda helada y veo que se esfuerza por morderse la lengua. Sus puños tiemblan a sus costados, pero agacha la cabeza con timidez. Estoy tan cansada de estos juegos de poder dentro de mi propia familia que ni siquiera me complace que mi madre al fin se comporte como dice que debo hacerlo. Estoy cansada, exhausta hasta los huesos.

—Perdóname, señor Zeus —dice Madre—. Estoy segura de que puedes entenderlo, es un momento muy doloroso.

Padre asiente, sin prestar atención al hecho de que los puños de Madre se han apretado.

—Sí, bueno, puedo hacer algunas averiguaciones. No puede haber ido muy lejos.

—Las ninfas dicen que ha estado desaparecida desde el primer día de nuestras reuniones —dice Madre—. Cualquier cosa podría haberle pasado.

—Más bien ella podría habérsele aparecido a alguien más —murmura Hades y suelto una risa inesperada. Suena acuosa, como si las lágrimas que estoy ahogando hubieran encontrado la salida por medios alternativos.

—Yo me encargo —dice Zeus con firmeza—. Ahora descansa un poco. Estás hecha un desastre.

Y luego se va, sin dejar nada más que un ligero crujido en el aire.

La espalda de Madre se levanta bruscamente y mira con determinación frente a ella.

—Cianea —llama—. Ven a ayudarme a hacer las maletas. Me voy de viaje.

He tenido suficiente y no creo que pueda aprender mucho al verla reunir sus posesiones. Trato de obligarme a creer que ella solo se ha centrado en mis perspectivas porque pensaba que eso

convencería a Zeus. Pero todo lo que acabo de escuchar está retumbando en mi cabeza y ya no sé qué creer.

—Ya es suficiente —digo soltando la mano de Hades y sintiendo frío en el momento en que lo hago.

Hades se acerca a la orilla del lago y desliza sus dedos por la superficie.

—¿Estás...?

—No —respondo—. Pero lo estaré.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta, y no puedo soportar la suavidad en su voz. Estoy herida y asustada por lo que sucederá ahora y todo sobre él es una cacofonía confusa.

—Iré a plantar un jardín —digo.

Salgo de la caverna del lago y me desvío a la habitación en la que cenamos. Cojo el cuenco más próximo. Semillas de granada. Parece tan buen lugar para comenzar como cualquier otro.

—¿Hay algo que pueda hacer? —pregunta. Me giro hacia él y lo veo tan sincero que me rompo.

—¿Qué estás haciendo? —lo reprendo—. ¿Por qué eres tan amable conmigo?

Hades sonríe.

—Porque soy una persona encantadora.

—Pero no lo eres. Eras un idiota condescendiente cuando llegué aquí por primera vez y ahora eres..., bueno, todavía un idiota a veces. Pero también eres respetuoso y te preocupas por lo que pienso y cómo me siento y yo simplemente... No lo entiendo. —Tengo lágrimas en los ojos y estoy disgustada conmigo misma—. Por favor. —Ahora estoy aún más indignada conmigo. Mi voz suena lamentable—. No puedo soportar más estos juegos.

Da un paso adelante, casi como si viniera a consolarme y, de repente, tengo una imagen de mí misma entre sus brazos. Estaría bien apoyar mi cabeza contra su hombro. Para relajarme por una vez. En cambio, mi mirada hace que sus pies tambaleantes se detengan.

—No estoy jugando a ningún juego, ya no —dice Hades—. Lo siento por haberlo hecho alguna vez.

—Pero ¿por qué?

—Porque en realidad me gusta bastante tenerte cerca.

—¿Por qué? Soy tan horrible para ti como lo fuiste tú para mí —escupo las palabras con furia, como si pudiera morderlas, como si intentara que lo que está diciendo no aterrice y penetre en mi piel. No necesito más mentiras.

Se ríe y es ligero e incierto, como siempre.

—Sí, pero tus insultos son ingeniosos, y no puedo culparte por ellos. Yo también estaría a la defensiva en tu situación.

—No lo estoy... —Mis palabras vacilan ante la mirada que me dirige.

—Eres inteligente. Eres ridículamente decidida. Eres amable, quizá no conmigo, pero sí con los humanos y las ninfas. ¿Cuántas otras diosas se dignarían a hablar con los sirvientes? Estigia

te adora y es muy buena juzgando el carácter. Y tengo la sensación de que creemos en las mismas cosas. Estás creando una vida después de la muerte que moldeará la moralidad humana lejos de la de los dioses. ¿Por qué no querría ayudarte a conseguirlo?

—No lo entiendo. —Y de verdad, de verdad que no lo entiendo. No me reconozco en ninguna de esas cosas que acaba de decir.

—¿Por qué estás tan segura de que puedes cambiar el mundo hasta que alguien decide ponerse de tu parte? —Su voz es más suave ahora y eso es casi la peor parte. Puedo protegerme contra la crueldad; pero su actitud, de alguna manera, parece más un engaño.

Trago saliva, pero tengo la boca seca. Es una pregunta válida, supongo. ¿Por qué lo hago? ¿Por qué dejo de tener fe en mí misma en el momento en que alguien más cree en mí? ¿Por qué no estoy acostumbrada a que alguien esté de acuerdo conmigo? ¿Por qué las partes de mí que aparentemente le gustan solo aparecen las pocas veces que no estoy actuando? ¿Por qué no sé lo que quiere y eso me da miedo?

Niego con la cabeza. Necesito flores: son mi hogar, mi especialidad. Son todo lo que tengo.

—Voy a salir hasta que pueda pensar de nuevo —digo agarrando puñados de cualquier cosa que parezca que se puede plantar y tirándolos en el cuenco de granadas—. Esta conversación no ha terminado.

No es hasta que mis dedos se clavan en el suelo que siento que puedo respirar de nuevo. No planto en hileras, sino al azar. Ya me estoy alejando de las flores: la agricultura y el cultivo son el territorio de mi madre, y hay un placer en la aleatoriedad en lugar de sus ordenadas filas y rotaciones.

Así que cierro los ojos y cavo hasta que me olvido de mí misma y lo único que importa es la vida bajo mis dedos.

Capítulo dieciséis

Tengo las manos en carne viva y sangrando. He estado plantando durante horas. Mi desesperación por sentir la suciedad debajo de las uñas me ha impedido coger las herramientas que habría sido sensato utilizar.

Observo el palacio que tengo ante mí, el metal helado y las cuchillas afiladas. Por un momento trato de ser como él; limar mis bordes, volverme fría. Pero cuando soy emocional tengo respuestas. Y no estoy segura de poder lidiar con otro momento sin esta confrontación.

Antes de que pueda pensarlo demasiado empujo la puerta.

—¿Hades? —le pregunto a Tempestad y ella asiente.

—Iré a buscarlo.

No tiene sentido buscarlo; nunca está en ningún lugar donde pueda encontrarlo. No es que lo haya buscado mucho antes.

Un cuenco con agua aparece en medio del pasillo.

—¡Tempestad! —la llamo.

—¡Lo necesitas! —grita.

Mira hacia mis manos sucias y ensangrentadas; no hay forma de contradecirla. Las estoy secando con una toalla cuando se me hace un nudo en el estómago y sé que no estoy sola. El rey del Inframundo se mueve como una sombra y una parte de mí lo siente antes de verlo, como una nube que pasa sobre el sol.

—Oye —digo, mi voz es inquietantemente suave. ¿Agotamiento, tal vez? Quizá he tenido mis defensas levantadas durante tanto tiempo que han perdido fuerza.

—¿Cómo estás? —Lo encuentro de pie en la puerta de una de las muchas bibliotecas. Al verlo me relajo un poco. Me doy cuenta de lo mucho que quiero confiar en él. No necesito más dioses con los que estar en guerra. Si Madre y Padre saben que estoy perdida, necesito todos los aliados que pueda conseguir. Y él es... He visto cómo se comporta con Estigia, incluso de qué forma es conmigo a veces.

Me he aferrado a lo horrible que fue cuando llegué aquí porque confiar en él resultaba aterrador. Ahora tengo que confiar en él; me derrumbaré si no hay alguien en quien pueda apoyarme.

Pero él necesita confiar en mí primero.

—Cansada, confundida, asustada, cabreada. Y muchas otras cosas, creo. —Me froto los ojos. Si pudiera despertarme un poco más. Si este agotamiento fuera algo físico, podría procesarlo

mejor—. No puedo dejar de pensar en las ninfas que convirtió en sirenas.

Hades sonríe y es más gentil de lo habitual, no es la sonrisa arrogante o la mueca nerviosa que suele tener.

—Con todo lo que dijeron tu madre, Poseidón y Zeus, ¿no puedes dejar de pensar en las ninfas?

Tal vez ha sido su intención, pero mi cansancio desaparece y lo miro.

—Me preocupo muchísimo por ellas.

—Sí, y por los humanos, ¿quién no te importa?

—¿Los dioses? —sugiero.

Hades se encoge de hombros.

—Comprensible.

—¿Por qué no te gustan? —le pregunto—. Cronos también te eligió a ti. Zeus te dio este mundo. ¿Por qué eres tan diferente de ellos?

Se encoge de hombros de nuevo.

—Bueno, no soy el único, muchos de los dioses del Inframundo sienten lo mismo. Y quién sabe cuántos dioses del Olimpo y del Océano están obligados a interpretar un papel. Pero ¿los otros? No sé... Algunas de las cosas que hicieron en la guerra, la guerra misma, incluso..., bueno, el Inframundo parecía el lugar más alejado al que se podía ir para apartarse de ellos, para olvidarse de todos.

Frunzo el ceño.

—Madre dijo que Zeus asignó al azar los territorios para los que fueron raptados por Cronos.

Hades resopla.

—Él cree que lo hizo.

Asiento. Después de todo, había llegado a la misma conclusión: que no hay mejor lugar para escapar.

—¿Todos en este reino son fugitivos?

Hades se ríe.

—Más o menos.

Debo de haberlo mirado demasiado tiempo porque suspira.

—No te sientes segura aquí, ¿verdad?

Ningún sitio está a salvo de mi padre.

—Eso no es lo que he querido decir: todavía no te sientes segura a mi alrededor.

Me aprieto el brazo con las uñas.

—No creo que vayas a hacerme daño. Y sé que has hecho el juramento. Pero cada vez que me río a tu lado pienso: ¿qué sacas de ello? ¿Qué obtienes de ser amable conmigo? ¿De conseguir que confíe en ti?

Niega con la cabeza.

—No me gusta que estés alerta todo el tiempo.

—Bueno, ¿puedes culparme? Te pasaste días regañándome y tratando de hacer que me fuera. Y luego decidiste que, en realidad, no estaba aquí por algún propósito nefasto y cambiaste de personalidad completamente. ¿Por qué no me sentiría nerviosa a tu lado? No tengo ni idea de quién eres.

—Tú también has cambiado de personalidad.

—Estaba intentando ser cortés por mi propia seguridad.

—Y yo era un imbécil porque quería que te fueras.

—¿Y qué te impide desear que me vaya otra vez? —pregunto. Pero lo que quiero decir es: «¿Los detendrías? ¿Si intentaran llevarme de vuelta?».

Pero ¿cómo podría esperarlo?

Hades hace una pausa por un momento mientras piensa antes de asentir despacio. Por las Moiras, hay algo irresistible en esa pequeña acción. Parece tan contemplativo, los bordes afilados de su mandíbula se acentúan por el movimiento, sus cejas se juntan. Estoy rodeada por la estructura de mármol más hermosa del universo, pero no significa nada en comparación con su gesto reflexivo.

—Muy bien —dice envalentonado—. Así que ese es el precio de tu confianza. Pensaba que si podía frustrarte para que rompieras la xenía, te irías antes de que pudieras descubrir ciertas cosas.

—¿Tus secretos? —pregunto—. ¿Los que Estigia mencionó?

Asiente.

—Te los diré. Si sabes lo que estoy ocultando, entonces no debes temer que quiera que te vayas antes de que lo descubras. Podrás relajarte. Mis secretos por tu paz..., me parece un intercambio aceptable.

—No tienes por qué hacerlo.

—Sí, tengo que hacerlo —insiste—. Ven conmigo.

Comienza a caminar por un pasillo y yo lo sigo, preguntándome adónde irá, ¿estará buscando un lugar tranquilo para que hablemos? ¿Tiene tantos secretos que tendré que sentarme para que me los revele? Y luego me doy cuenta de que no me los va a contar, me los va a enseñar.

—Las habitaciones que faltan —digo al darme cuenta.

Se gira medio riéndose de la sorpresa.

—Tendría que haber imaginado que lo resolverías. Nadie en la corte se ha dado cuenta.

—Es de suponer que nadie en la corte teme por su seguridad en estos pasillos como yo.

—Bueno, espero que no —dice deteniéndose junto a una pared. Al tocarla aparece un contorno rectangular, una perilla que agarra y gira.

No sé lo que estoy esperando, pero me río cuando veo que es otra biblioteca.

—¿Es aquí donde guardas tus historias más excitantes? ¿Debo esperar que la habitación de al lado esté llena de jarrones pintados de sátiros cachondos? —bromeo antes de congelarme. Las únicas personas de las que he escuchado ese tipo de conversación son las ninfas, que son todo insinuaciones y poco más, y ahora las repito. Y además con un hombre...

Por fortuna, Hades se ríe y eso alivia las líneas tensas de mis hombros.

—Es poesía, en realidad.

Me giro hacia él, pero avanza deprisa.

—Te dije que me gusta.

—Pero ¿tanto?

—Sí —dice casi con nostalgia, como si deseara que la palabra pudiera ser una respuesta simple.

La habitación contigua es enorme y contiene no solo varios tipos diferentes de agujas de coser, sino también delicados telares con pesas de piedra para trabajos de tapicería más detallados. Además, todos están en uso.

—¿Las diosas de la corte?

—No —dice y su voz es tensa, como si pudiera romperse en cualquier momento—. Son todos míos. Todo lo que te enseñaré es mío.

Deambulo hasta el más cercano y veo un trabajo tan detallado que me quedo sin palabras. Es tan bonito que podría haber terminado el debate entre Aracne contra Atenea en segundos. Esto es claramente superior. Casi brilla y ni siquiera está terminado.

—Es precioso —confieso, y lo es, pero parece que lo estoy subestimando. «Es real» sería un cumplido mejor, pero aun así no estoy segura de que el mundo real brille así. No tengo ni idea de cómo se las ha arreglado para tejer la luz de la luna en sus hilos, o el olor de los pinos o el roce del agua fresca del lago bajo mis dedos, pero lo siento todo mientras lo miro.

Cuando me giro para verlo está frunciendo el ceño, mirándome con detenimiento, como si pensara que he perdido la cabeza.

—¿Qué? —pregunto.

Sacude la cabeza y pasamos a la siguiente habitación. Es estrecha, con una mesa larga sobre la que se encuentran varios cuadrados de edredones en diferentes etapas de finalización.

—No puedo creer que me hayas dado un telar viejo tan desvencijado —bromeo, pero él no sonríe, solo me mira fijamente—. ¿Qué?

—¿Es todo lo que tienes que decir?

—¿Qué quieres que te diga? —pregunto—. Podría llenar tu trabajo de cumplidos si eso agradara a tu ego.

—Por favor, no te burles de mí, con esto no.

—Hades —digo confundida—. Estoy siendo sincera. Nunca he visto un trabajo así.

Frunce el ceño y mira alrededor de la habitación con escepticismo.

—Bien... —dice sacudiendo la cabeza—. ¿Quieres ver los demás?

Otras puertas aparecen justo donde mis mapas dicen que deberían estar. La sala siguiente es gigante, con techos abovedados, enormes bloques de piedra y cinceles a la espera de que los utilicen. En otra, las paredes mismas están resbaladizas por la pintura: un mural tan detallado que deseo atravesarlo y entrar en el bosque que ha creado. Detrás de más puertas encuentro

caballetes, artesanías, escritorios, vidrieras, cerámicas y arcillas, forjas de metales, carpinterías y, por último, un cuarto lleno de agujas e hilo. Aquí no hay ningún proyecto a medio terminar, solo filas y filas de carretes apilados con cuidado que acumulan polvo.

—En realidad, esto no me gusta mucho —dice Hades sin rodeos—. El bordado no es para mí.

—Pero ¿lo demás sí?

Asiente cruzando los brazos sobre el pecho.

—No me avergüenzo, ¿sabes? Prefiero estar aquí tejiendo tapices y haciendo vasijas que allí arriba destruyendo vidas y provocando guerras.

—No he dicho que debas estar avergonzado.

Todavía me mira de esa manera extraña.

—Sí, esa es la sensación que tengo. ¿Por qué?

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué no estás...? No sé, ¿juzgándome?

—Te estoy juzgando, ¡estos son increíbles! Básicamente, es todo lo que mi madre ha intentado que haga alguna vez, bueno, excepto la escultura y la carpintería, y soy terrible en todo.

En realidad, no lo soy. Pero nunca nada era lo suficientemente bueno. Y, por supuesto, nada era tan bueno como esto.

—Exacto. Es todo lo que tu madre quiere que hagas.

Oh.

—Entonces ¿lo has escondido porque pensabas que de alguna manera arruinaría tu reputación varonil? —pregunto.

—Mi reputación es algo complicado. No es mi ego el que la protege. En lo que a ello respecta, la gente puede decir lo que quiera —declara—. Pero tengo esta corona porque Zeus creía que Cronos eligió a los seres más poderosos cuando nos arrebató a Poseidón y a mí, los hombres que podrían convertirse en una amenaza. Zeus pensaba que si nos daba un mínimo de poder nunca nos levantaríamos contra él. Pero si Zeus descubriera que he hecho todo esto, que no soy el resplandeciente ejemplo del poder masculino que él piensa, que no soy una amenaza de la forma en que solo un hombre puede serlo, él recuperará la corona. Y ser rey es lo único que me da la seguridad para seguir haciéndolo en paz. Incluso los otros dioses del Inframundo no saben nada. Por eso está escondido.

—Pero Hefesto es artesano.

—Construye máquinas, no joyas, a menos que Afrodita insista en ello.

Tiene razón. El taller de metales de Hades está lleno de delicadas e impresionantes esculturas y joyas. Nada construido para el uso, sino para la estética. Arte por el bien del arte.

—Apolo, él...

—Toca la lira, no es lo mismo.

Entiendo. Las Musas son mujeres. Los hombres pueden ser artísticos, pero no así, no con hilo y pintura. Me doy cuenta de lo que quiere decir, por qué esperaba mi desprecio. Casi puedo

escuchar las risitas de las ninfas, los insultos que le lanzarían. Madre, dioses, Madre, ¿cuántas veces se ha quejado de que se le haya dado el Inframundo a Hades? Sería mucho peor si supiera lo que hace con ese poder. Sería muy cruel. Esto no es lo que hacen los hombres.

Todo lo que mi madre me ha obligado a hacer para mejorar mis perspectivas de matrimonio, aparentemente, es algo que a Hades le encanta. Pero ¿en qué se diferencia esto de que me escape por la ventana cuando debería estar tejiendo? ¿Mantener ocultos mis verdaderos intereses porque se supone que no debo querer esas cosas?

Hades se apoya contra la pared, pero tiene los brazos cruzados, como si incluso con mis palabras tranquilizadoras todavía tuviera miedo de que fuera dura con él. Hades nunca me ha parecido vulnerable. Pero ahora se está esforzando por mirarme a los ojos.

No creo que sea la única que sufre bajo el orden de Zeus. No creo que seamos solo las chicas las que luchamos contra sus restricciones.

—Además —continúa—, a mí no me interesa ser el mejor como a ellos. Tan solo lo disfruto. Nunca me permitirían todo esto si lo supieran. —Está tan rígido que es como si cada centímetro de su cuerpo se tensara.

—Por eso el palacio está cubierto de espadas —me doy cuenta—. Es un disfraz.

—Piensan que soy el dios oscuro y melancólico de los muertos, el vencedor de los titanes que no desea nada más que el aislamiento en las lúgubres profundidades del Inframundo —dice—. Les impide mirar demasiado de cerca lo que en realidad estoy haciendo.

—Que es todo esto, ¿verdad?

—Así es —confirma.

—¿Y por eso querías que me fuera? ¿Por si lo descubría y lo usaba en tu contra?

—Sí, lo siento.

—No te culpo.

—Estaba asustado. Si te había enviado Zeus, como pensaba, entonces tropezarte con la habitación equivocada podría haberlo destruido todo. Tenías un poder increíble para arruinarme.

Poder que ahora me ha entregado al contarme su secreto.

—Piensas demasiado bien de mi padre si crees que me escucharía, aunque tuviera algo que decir al respecto. Incluso podría presentar un informe completo y él lo seguiría ignorando.

—Confía en mí, pocas personas podrían tener una opinión peor de Zeus de la que tengo yo.

—¿Es un desafío?

Él suspira, pero hay diversión en el ambiente y la tensión se disipa, solo una pizca.

—No todo es una competición. Esa es la cuestión.

—Está bien, pero la mayoría de las cosas lo son. Estás de mal humor porque he ganado y no has podido asustarme.

—En lo personal creo que he hecho un trabajo notable. Representando el papel y todo.

—Todo el teatro... —señalo—. El humo y los temblores... son una actuación también, ¿verdad?

—Siempre lo han sido. —Sonríe y aparece el humo. Luego se vuelve rosa, luego azul, luego deja de ser humo por completo y se convierte en flores—. Los primeros seres que Zeus rescató en la guerra fueron los cíclopes. A cambio, hicieron cosas para nosotros: el rayo de Zeus y el tridente de Poseidón. Me dieron un casco que hacía invisible al que lo portara. Antes de que Zeus ocupara el trono y repartiera los territorios como botín de guerra, el territorio solía reclamar al dios. En el momento en que ese casco tocó mi cabeza, alguna forma de magia me reclamó. Creo que soy el dios de la ilusión, en serio, o algo así. Yo era un niño entrenando para la guerra cuando me dieron este reino. Si me hubiera envuelto en el rocío del océano, imagino que sería Poseidón el que estaría aquí abajo ahora. Pero quería el Inframundo, ¿qué ha sido lo que has dicho? Algún lugar a donde huir. Así que me envolví en un sudario de oscuridad y los susurros de los muertos y el Inframundo era mío.

Observo, incapaz de hacer mucho más. Es una cosa tras otra.

—Lo juro por el Estigia —digo—, como hacen las ninfas. No se lo diré a nadie.

—No necesitas jurarlo. Sé que no se lo dirías a nadie. —Debo mostrar mi incredulidad porque se ríe—. Encontraste una laguna en las protecciones hechas por una docena de deidades, corriste al Inframundo sin decírselo a nadie y, presumiblemente, has mantenido en secreto gran parte de quién eres toda tu vida. Creo que puedo confiar en ti.

Asiento.

—Bien. No diré una palabra. Vamos, ahora me toca.

—¿Qué?

—Bueno, ¿quieres ver mis planes para este reino o no?

—Yo...

—Significa mucho para mí, Hades. Gracias. Así que... sí, si puedes confiarme esto, a cambio puedo confiar en ti. Vamos a hablar sobre la vida después de la muerte.

Le explico mi idea. Tres partes separadas: un paraíso, cuyos detalles todavía estoy completando; un efecto disuasorio, lleno de terrores sobre los que todavía estoy divagando, y algo intermedio.

Dicho en voz alta, es más de lo que pensaba que tenía.

Nos inclinamos sobre los documentos, nuestra relación se ha estrechado más y pienso en su mano en la mía, como hace un instante. ¿Es preocupante lo natural que se está volviendo que gravitemos el uno hacia el otro?

—Me gusta —dice sin más.

No creo haberme dado cuenta de cuánto significa su aprobación para mí. Es más que solo su favor: me alienta en lugar de disuadirme del tipo de cosas que siempre he querido, me apoya en lugar de decirme que queda fuera de mi alcance marcar una diferencia en este mundo.

Solo dice dos pequeñas palabras, y lo significan todo.

Capítulo diecisiete

Cuando a la mañana siguiente vuelvo a mi habitación después del desayuno, un cuadro cuelga sobre la cama. Es impresionante, como lo son todas las creaciones de Hades. Es a la vez realista y demasiado iridiscente como para replicar realmente la vida; profundo de alguna manera, como si hubiera capturado algo más que una imagen en la pintura.

Y representa un campo de asfódelos. La flor que creé hace solo unos días. Lo que significa que lo pintó mientras yo estaba aquí.

Me muerdo el labio, pero no soy capaz de detener mi sonrisa. ¿Cuándo lo pintó? ¿Cuándo decidió compartirlo, no, dármelo? El regalo es aún más íntimo que la revelación de ayer y de inmediato empiezo a dar vueltas. ¿Por qué lo ha hecho? ¿Qué quiere de mí a cambio? ¿Qué significa?

Luego respiro hondo y solo me permito disfrutarlo.

En una inspección más cercana, veo que Hades ha usado pintura espesa y grumosa para que los pétalos se levanten de la superficie. Ha pintado el polen de color negro, aunque el verdadero polen del asfódelo es naranja, y ahora deseo haber elegido este color más llamativo. La pintura es pura y negra. Es más oscura que los ojos de Hades, sin embargo, me recuerda a ellos, como si al mirarla lo suficiente pudiera ser absorbida por la oscuridad.

De hecho, es muy molesto que la pintura sea tan buena. No parece correcto que alguien con su propio mundo tenga tanto talento. Cada vez que Madre me ponía un pincel en la mano, mojaba los dedos en la pintura y me iba, salpicada, con miles de ideas rebosantes de nuevas flores para crear.

Hades sería la hija perfecta. Aunque solo lo digo con humor sarcástico, el pensamiento me hace reflexionar. Esto es todo lo que Madre siempre quiso de mí de verdad. Y entonces ¿qué? Si yo hubiera tenido este talento, ¿lo habría visto? ¿Me habría elogiado hasta que la idea de hacer cualquier otra cosa fuera repugnante? ¿O habría visto como defectos las protuberancias que encuentro tan maravillosas y habría pedido que las puliera? ¿Habría encontrado algo más que criticar? E, incluso si no fuera así, ¿qué hubiera sido yo sino un conjunto de habilidades que ella hubiera podido comercializar? ¿Mi padre miraría mi trabajo con un gesto de satisfacción? ¿Estaría de acuerdo en que esto es en lo que soy buena, todo lo que se me da bien, y se preguntaría cómo pudo haberse preocupado de que yo pudiera desafiarlo cuando solo soy una niña buena con un pincel?

De repente, me siento mucho más segura de mi capacidad para cambiar este reino,

simplemente, porque mis padres nunca lo esperarán de mí. Y parece que soy muy buena haciendo las cosas que no esperan que haga.

—Es casi espeluznante. —Sonrío cuando me reúno con Hades en la biblioteca, pero su ceja se arquea y apenas levanta la vista de sus papeles.

«En el Estigia, él y sus papeles».

—¿Has colgado el cuadro sobre la cama? —pregunto.

Hades se ríe.

—Lo ha elegido Tempestad.

—Claro que sí, Hades, claro que sí.

—Pensaba que te gustaría. —Ahora en definitiva está mirando el papel.

—Sí. Gracias.

Me mira a los ojos y esa sonrisa arrogante vuelve a estar en su sitio.

—¡Vaya, casi ha sonado de verdad!

—Creo que te he agradecido bastante, Hades —digo—. Incluso cuando pensaba que eras un imbécil insufrible, estaba agradecida de que no fueras peor.

—Eso es cierto. No es que necesite tu agradecimiento por ello; considera la pintura como un reconocimiento por el asfódelo.

—Bueno, es un consuelo saber que al menos te gusta.

—Por supuesto que me gusta. Me gusta menos ahora que está repartido por todo el reino, pero sigue siendo... una flor muy bonita.

—Me preguntaba cómo te sentaría que extendiera la flor cuando todavía seguías comportándote como un idiota —digo.

—Pues no fue un acto sutil de tu parte. El equivalente floral de un perro meando para marcar su territorio.

No me río exactamente, más bien doy una risotada. Hades parece complacido consigo mismo.

—Quiero discutir, pero sí, en realidad los esparcí por despecho.

—Lo sé. Una bonita flor, aunque sin resentimiento.

Elimino el resentimiento al día siguiente y lleno todo el palacio con ramos de asfódelos, junto con algunas otras flores que he logrado cultivar. No estoy segura de que Hades ya haya visto florecer la estigia, así que coloco un ramo grande en la biblioteca.

—No voy a regarlo —se queja Tempestad mientras me entrega un jarrón a regañadientes. Me doy cuenta de que los jarrones los debe de haber hecho Hades. Las flores combinan bien con sus intrincados diseños.

—¿Más marcado de territorio? —pregunta Hades cuando se une a mí en la biblioteca.

Tenemos otro día de investigación por delante con los pergaminos, en busca de alguna pista de cómo funciona este mundo. Se mueve para pararse a mi lado y examina las flores. Se inclina para olerlas con una pequeña sonrisa en los labios.

—No. —Mi propia sonrisa es diferente a su alrededor, casi avergonzada—. Esta vez no. Un palacio de mármol está muy bien, pero no es precisamente el sitio más acogedor para vivir.

—¿Ahora criticas mi hospitalidad?

Sé que está bromeando y antes de saber lo que estoy haciendo lo empujo de forma juguetona. Me sonrojo y me alejo de él para que no pueda verlo. No esperaba unos músculos tan duros debajo de esa túnica...

—Por supuesto que no. —Tropiezo con las palabras—. Pero nunca puedes tener demasiadas flores.

—Las tierras de Hades podrían estar en desacuerdo.

—¿Y tú? —lo desafío.

—No —asiente—. De hecho, me gustan mucho.

—Entonces, ¿a qué viene tanta rebeldía?

Hades se encoge de hombros.

—Bueno, no puedo ponértelo demasiado fácil.

Estigia apenas puede entenderlo todo cuando se lo explico, después de verificar con Hades lo que ella sabe. Todo, aparentemente.

—¿Te ha regalado un cuadro? Está... bien, está bien.

—Supongo que nunca antes ha tenido a nadie por quien hacerlo. A lo mejor estaba emocionado —digo—. Es una pintura preciosa.

—Estoy segura. —Ella me dirige una mirada, una que no puedo descifrar.

—A cambio he llenado los pasillos de flores —agrego—. Ojalá pudiera darle algo permanente para que me recuerde cuando me haya ido.

—No digas eso —me regaña.

—Es cierto.

—Lo sé, pero no quiero que me lo recuerdes.

—¡Oh, te gusto!

—Sí, y aparentemente no soy la única.

Me río.

—Claro, ya ni siquiera me grita. Seguro que le gusto.

—Ha compartido secretos contigo que la mayoría de la gente solo conoce tras hacer un juramento inquebrantable; le gustas.

—Sí, bueno, atacarnos continuamente comenzaba a entorpecer la investigación.

Estigia suspira.

—Como sea, cariño. Lo que quiero decir es que él no necesita nada para recordarte. Él no te va a olvidar con tanta facilidad.

Hades se cierne sobre mi hombro mientras cojo más notas sobre la posible vida después de la muerte.

—¿Crees que eso es el paraíso? —pregunta con escepticismo.

—Claro, ¿por qué no? —Me giro hacia él—. Me encantaba cuando llovía en Sicilia. Salía corriendo y jugaba en el barro y...

—¡Porque eres una diosa! Tenías sirvientes para...

—¡Tú tienes sirvientes!

—Sí y soy, literalmente, el rey del Inframundo... Los reyes tienen sirvientes. La cuestión es que muchos de esos humanos no eran reyes y ninguno era una diosa. Quizá murieron porque estaban bajo la lluvia y contrajeron una enfermedad o algo así.

—¿Cómo lo sabes?

—Soy el rey del Inframundo. ¿No lo he dicho ya? —Hades ha pasado de meterse conmigo para romper la xenía a meterse conmigo porque, simplemente, es divertido. Lo peor es que nuestra creciente familiaridad significa que sabe justo cómo sacarme de quicio. En realidad, lo peor es que creo que una parte de mí lo disfruta. Me sumerjo en nuestras conversaciones como si tuviera algo que demostrar, como si vencerlo significara algo.

—¡Ni siquiera has hablado con ellos!

—Por supuesto que no, pero... —Agita la mano—. Entiendo la esencia. Y he hablado con gente que lo ha hecho, Caronte y...

—Eres ridículo.

—Y tú eres una malcriada. Tienes que reconocer que no estás en condiciones de saber lo que quieren los humanos.

Eso me detiene porque, maldita sea, tiene razón. He vivido toda mi vida en una isla con ninfas. Ni siquiera he conocido a un ser humano vivo.

Miro las notas que he estado apuntando. He estado tan absorta tratando de averiguar cómo son los ciclos climáticos en las tierras fuera de Sicilia que nunca me he detenido a considerar si a los humanos les gustan realmente, sea cual sea el clima.

—Tenemos que hablar con ellos —digo decidida—. Hemos hecho todo lo posible con las notas. Ven, vamos.

Sé que será agotador, curar almas lo suficiente como para hablar con ellas, pero no puede ser más difícil que crear una grieta en la tierra misma. Y ahora que mis padres están por descubrir dónde estoy, es un riesgo que debo correr. Podrían arrastrarme al Olimpo en cualquier momento; sufriré el cansancio.

—¿Qué? —Hades frunce el ceño—. No, habla tú con ellos. Haré toda la investigación, como

sugerí, y podrás conocer a las personas para las que estás diseñando una vida después de la muerte.

—Vamos, se supone que debes ayudarme.

—Te estoy ayudando; estos libros los han escrito los mortales. Tú hablas, yo leo.

—¿Por qué no quieres acercarte a ellos? —pregunto. Durante todo el tiempo que he estado aquí nunca ha propuesto ir a visitarlos. Incluso con las almas más deterioradas, seguro que la curiosidad de Hades como gobernante de la tierra lo llevaría allí.

—Ya sabes cómo son sus recuerdos, se derraman fuera de ellos. Son ineludibles y muchos son desgraciados.

—Exacto, por eso estamos haciendo esto. No puedes ignorar su sufrimiento.

—Ya tengo bastante sufrimiento, gracias —dice con una mirada intencionada en mi dirección. Me niego a aceptar la burla. Ante mi mirada de juicio, continúa—. No tengo ningún deseo de añadir sus recuerdos a los míos.

—Eres un rey, pensaba que ya lo habíamos hablado. ¿Qué recuerdos dolorosos tienes?

Por un segundo duda. Luego balbucea:

—¡Me-me devoraron!

—Oh, ni siquiera puedes recordarlo. No vuelvas a jugar esa carta.

—¿Jugar esa carta? ¡Me devoraron, maldita sea!

—Estás cambiando de tema. Ven conmigo y habla con los humanos.

Hades tira su pluma y se pone de pie.

—Voy a ir contigo, pero solo porque no he visto a Cerbero en mucho tiempo. No voy a hablar con los humanos.

—Vale. Espera, ¿quién es Cerbero?

Resulta que Cerbero es un perro de tres cabezas del tamaño de mi cabaña. Hades silba con fuerza y luego sonríe mientras la bestia salta sobre la colina.

—Cerbero. ¿En serio? —digo. La palabra significa ‘sabueso de la Tierra’—. ¿Cachorro del Inframundo era demasiado evidente?

—Pensaba que le quedaba bien —contesta Hades simplemente.

Cuando el sabueso ve a Hades (con sus tres cabezas), viene corriendo a tal velocidad que lo tira al suelo. Espero que reprenda al animal, pero en vez de eso sonríe y frota una cabeza.

—Ve a hablar con tus humanos —dice desde el suelo—. Aquí estoy bastante bien.

Eso hago. Es como si el sol golpeara mi piel, la primera bocanada de aire limpio después de estar encerrada. Me trae de vuelta a mí misma.

Mis preocupaciones sobre la fatiga resultan ser infundadas. Esta vez es más fácil traer de vuelta a los mortales porque sé lo que estoy buscando. Cualquier conexión que haya encontrado con esta tierra vuelve deprisa. Analizo docenas de almas antes de que llegue el cansancio. Me

detengo, paro antes de ir demasiado lejos. Volveré todos los días que pueda y sanaré a tantos como pueda en el tiempo que me quede. Hades estará muy emocionado cuando le cuente que ha funcionado.

Larissa vuelve a mi lado cuando aparezco en los reinos humanos y rechaza mis intentos de disculparme por haber tardado tanto. Pensaba que podría ser más útil en la biblioteca, pero ahora no estoy tan segura. Mirando las almas a todo color, casi opacas una vez más, hablando entre sí, casi vivas de nuevo, es difícil creer que debería estar en otro sitio. ¡Tienen tanto que decir! Y es tan fácil. Mucho más fácil que los pergaminos. Maldigo mi miedo al agotamiento porque podría haber estado haciéndolo todo el tiempo. Ahora puedo imaginarlo, todas las tierras que siempre he querido ver creadas en el Inframundo a partir de las historias que cuentan los humanos. Puede que no sea capaz de ver el mundo, pero podría traer el mundo hacia mí.

En mis últimos días de libertad, podría tener todo lo que siempre he querido.

Capítulo dieciocho

—No puedes vivir aquí abajo —dice Hades, y por un momento creo que se refiere al Inframundo, luego me doy cuenta de que se refiere a la caverna con el lago cuyas aguas estoy mirando.

Madre sabe que estoy desaparecida desde hace cinco días y no ha dejado de buscar ni un solo momento.

De repente, él está a mi lado y me sobresalto cuando su mano roza la mía.

—Estás helada —me regaña quitándose el himatión y colocando la pesada tela sobre mis hombros. Se queda de pie con su delgada túnica.

Huele a él, té de bergamota y jabón con pimienta, y me veo acercándolo más, hundiendo la barbilla en él e inhalando. Tenía más frío del que pensaba.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí abajo?

—No estoy segura —digo honestamente. No puede haber sido mucho tiempo, de lo contrario estaría sentada en la orilla, como lo he hecho todos los días después de hablar con los mortales. Cansada de curar a muchos de ellos y de pasar horas conversando, me siento y observo a mi madre, intento averiguar si está cerca de encontrarme.

En este momento está discutiendo con mi padre, a veces ordenándole y otras rogándole que haga algo para ayudarla a encontrarme.

—Ella es tu hija, ¿es que no te importa? ¡Podría estar herida!

—Deméter, yo me encargo. Tranquilízate —dice Padre con desdén.

—¿Qué hay de los pretendientes, eh? —intenta preguntar. No la culpo, por lo que he visto es la estrategia que obtiene los mejores resultados cuando habla con mi padre—. Ya se ha corrido la voz de que está desaparecida. Todo el mundo lo sabe.

—Lo sé. —Padre se frota las sienes—. Ha sido un pandemonio en el Olimpo. ¿Kore? Nunca debí haberla llamado niña. Si hubiera tenido los poderes de la profecía, habría pensado que ‘portadora del caos’ era más apropiado.

Hades resopla a mi lado.

—¡Lo sabré yo!

Le doy un codazo en el costado.

—Discúlpate.

Madre está menos impresionada.

—¡Ares ya ha rechazado su oferta!

—Tú y yo sabemos que si a Ares le importara la virginidad, no estaría con Afrodita.

—¡Como amante, no como esposa! Ahora es diferente. Agradécele a tu mujer que el matrimonio sea así de... difícil —dice Madre bruscamente.

Zeus se ríe.

—Bueno, Hera tampoco era virgen cuando me casé con ella.

Hades y yo nos miramos, sorprendidos de que incluso el rey de los dioses llegara tan lejos.

Madre lo mira con tanta ferocidad que me sorprende que no se incendie.

—¿Y de quién fue la culpa? —dice furiosa.

—Deméter —gruñe en advertencia.

—Oh, lo siento. —Está temblando con tanta furia que estoy segura de que en algún lugar los cultivos se están secando bajo el calor de su ira—. Debe de ser horrible que te llamen violador cuando violas a alguien.

—Cómo te atreves...

—¡No me importa! —grita Madre. Levanta las manos por encima de la cabeza y me invade la culpa. Ella es la diosa de la ley sagrada y mírala, deshaciéndose por segundos.

—Nunca debí... —empiezo, pero Hades me interrumpe.

—No —dice—. No vamos a hacerlo de nuevo. Formar un matrimonio que no quieres no es mejor que esto.

No estoy tan segura. Quiero a mi madre. ¿Cómo puedo ver cómo le causo tanta angustia? Ella ni siquiera sabe que soy yo quien la provoca, cree que me han raptado.

Ella intenta una táctica diferente.

—¿Qué dice sobre el rey de los dioses que alguien pueda robarle a su hija? ¿Que alguien puede raptarla y hacer lo que quiera con ella? ¿Herirla? ¿Sacarla de un matrimonio que tú has ordenado? ¿Qué se dirá de ti cuando vuelva y nadie la quiera?

—No significará nada. —Se levanta de su trono y un relámpago crepita a su alrededor—. Porque ella no es mucho más que nada. Tengo una docena de hijas, Deméter. La tuya solo es especial por su continua insolencia. La he visto deambular por esa isla prácticamente pidiendo que suceda algo así. El único desafío aquí es que no se ha realizado un pago justo. Encontraré a quien lo ha hecho y le exigiré una recompensa. Los dioses pueden murmurar lo que quieran, pero te aseguro que cualquier daño a mi reputación se reparará deprisa cuando lleve a quien quiera que la haya raptado ante la corte y me pida clemencia. Que en algún momento le daré y todos creerán que soy un rey poderoso, pero generoso. Casaré a Kore con quien quede. Alguien estará interesado; incluso mancillada, ella es de mi sangre. Eso salvará su honor. Lo que significa que la única reputación que sufrirá daños permanentes será la tuya —se burla de mi madre, que se encierra en sí misma con cada palabra con el rostro pétreo—. Encuentra otra forma de recuperar tu dignidad porque encontrar a tu hija no es una de ellas.

Hades aparta el agua con una ola.

—Esto no puede ser sano —dice.

Estoy mirando hacia donde estaba el rostro de mi padre.

A pesar de la capa de Hades, de repente estoy helada y temblando. Nunca consideré que a mi padre le importara tan poco. No pensaba que tuviera la capacidad de hacerme daño, pero su indiferencia es de alguna manera peor que su ira, peor que toda una vida sometiéndome. Es como si, de una vez por todas, hubiera vencido cualquier amenaza que yo pudiera representar al darme la espalda. Y mi madre, mi pobre madre, tiene que escucharle decir todo eso...

—Escúchame —insiste Hades—. Zeus es una persona horrible, horrible. No es que sea una información nueva para nadie, pero no te conviene ver pruebas continuas de ello.

Me giro para enfrentarme a él y mis manos se curvan a mis costados.

—¡¿Crees que no lo sé?! —exclamo mostrando los dientes, pero lucho por encontrar las palabras adecuadas para seguir—. Sé que es doloroso, pero apenas lo estoy asimilando. Solo estoy tratando de predecir su próximo movimiento.

—¿En serio? —pregunta—. Porque cada día que miras estas tonterías te vuelves... menos tú.

—¿A qué te refieres?

—Te vuelves menos inaguantable, por ejemplo.

—Vete a la mierda...

—¡Hablo en serio! —grita por encima de mi voz. Frunzo el ceño dándome cuenta de que está muy enfadado, discutiendo de verdad el tema—. Cada segundo que pasas viendo hablar a tus padres te cierras más en ti misma. Me gusta que vengas a molestarme cuando estoy leyendo y que te creas mucho más divertida de lo que eres y que llenes la casa de flores sin preguntar. Me gusta todo eso.

—Por supuesto.

—Por favor —dice y se le quiebra la voz. Su desesperación me sobresalta. No es una discusión, no es una pelea superficial y sin importancia. Es real. Herirme así también le está haciendo daño a él. Siento la pesadez de su capa cubriéndome. Siento el vacío que ha estado creciendo dentro de mí.

—Tienes razón. No sé por qué lo veo cuando me hace sentir desgraciada.

—Entonces no lo hagas.

—Saben que me he perdido, Hades. Tengo que saber si están cerca.

—¿Y si lo están? ¿Y si descubren que estás aquí? Tu madre no puede venir. Zeus nunca se atrevería a arriesgar la frágil paz que existe entre Poseidón, él y yo. Incluso Poseidón lucharía para defenderte si pensara que Zeus se atreve a invadir uno de nuestros reinos. Lo más probable es que Zeus lo encubra, y ¿qué sitio es mejor para conseguir que todos olviden que existes que la corte del Inframundo? Estás a salvo.

—¿Qué pasa si no lo estoy? ¿Qué pasa si nada de lo que hago me mantiene a salvo?

Da medio paso hacia delante levantando las manos como si estuviera acercándose a mí antes de pensarlo mejor.

—Entonces lo haré.

Levanto una ceja, reprimo mi miedo y lo reemplazo por algo más manejable.

—Eso es bonito, pero ya he asumido que si yo no puedo hacerlo, obviamente tú tampoco vas a poder.

Se ríe, contento al menos de que mi estado de ánimo haya mejorado.

—Entonces lo intentaremos juntos. —Su sonrisa se desvanece—. De hecho, eso me da una idea.

—¿Qué?

—No te va a gustar.

—Ya no me gusta nada de lo que hay.

Sus ojos se encuentran con los míos, la intensidad de su mirada me hace sentir libre incluso antes de que hable.

—Cásate conmigo.

Todo se detiene: mi respiración, mis pensamientos, el mismo icor corriendo por mis venas. El silencio es una presencia física contra la que no puedo moverme.

Y luego, de repente, todo vuelve con una oleada de energía.

—¿Qué? —medio grito, medio exijo.

—Cásate conmigo —dice—. Si quieres quedarte aquí y el único argumento que tienen gira en torno al matrimonio, entonces cásate conmigo.

Me alejo de él intentando poner algo de distancia entre nosotros.

—Yo... Lo he hecho todo para escapar del matrimonio. No quiero... ¡Solo porque me gustes no significa que quiera casarme contigo!

—¿Te gusto? —Hades sonríe burlonamente—. Te lo recordaré la próxima vez que me llames idiota.

Todo está girando fuera de control. Ya no estoy simplemente cayendo, estoy cayendo en picado.

—¡No estoy bromeando! —grito—. ¡No quiero casarme contigo!

Su nariz se arruga.

—Tampoco es que tenga muchas ganas de casarme contigo. —Todavía piensa que es divertido—. He visto tu pelo recién levantada.

—Estoy tratando de rechazar tu propuesta, idiota. ¿Puedes dejar de bromear? —Estoy al borde de la histeria.

—Bueno, me ha llevado solo dos segundos. Quieres quedarte aquí para siempre. No quieres que tus padres te arrastren de vuelta. Dime por qué es una mala idea.

—No quiero tener que follar contigo —espeto. Retrocedo ante el lenguaje crudo, pero ¿qué otra cosa sería? Desde luego, no ese «hacer el amor» con el que las ninfas siempre sueñan. Pienso en las manos que me sostienen, en mis sollozos silenciados por besos... Las imágenes que siempre me han perseguido ahora son miedos con rostro, y es el rostro de la única persona que pensaba que podría comprenderme.

Hades se estremece y todo el humor se le escapa como si hubiera recibido un golpe físico.

—¡No! Por las Moiras, no, no es lo que he querido decir. En absoluto. —Da un paso adelante y yo retrocedo. Sus labios se tensan en una línea apretada y la furia en sus ojos podría destruir naciones enteras.

Me tenso.

—Por favor —dice como si me fuera a romper. Quizá lo haga. Siento que podría. En cualquier caso, odio saber que podría suceder—. Sabes lo que juré en el Estigia. No te haré daño. No abusaré de ti. Eso se mantendría incluso dentro del matrimonio. Pero es muy importante para mí que sepas que nunca lo haría, con o sin juramento. Nunca. —Él enfatiza tanto la última palabra que se convierte en un silbido.

Cierro los ojos y asiento despacio.

—Lo sé.

Lo he escuchado quejarse lo suficiente sobre aquellos que lo harían, que son todos los dioses. Es lo que hacen. Esa es la mitad de las historias. Y Zeus es el peor... Eso es lo que ocurre cuando dejas que el rey haga lo que le plazca y nunca le pides explicaciones. Los demás siguen su ejemplo.

Pero Hades no. Él nunca.

—Ahora que lo he dejado claro, ¿quieres que me arrodille? —pregunta Hades con una sonrisa arrogante que vuelve a su lugar.

—No, Hades. No quiero casarme contigo.

Aunque no es exactamente eso. Es más bien que nunca querré casarme. No he luchado para conseguir lo que tengo para terminar casada igualmente.

—Sería un matrimonio solo de nombre —dice, como si supiera lo que estoy pensando. Por supuesto que sí, ahora me conoce lo bastante bien como para entender por qué lo rechazo. Pero luego sonríe de nuevo, como si se le hubiera ocurrido una nueva idea—. Sería para engañar a todos los demás, lo que..., vamos, seguro que te emociona un poco, ¿no? Sé que te encanta el teatro.

Desearía no tener que actuar, pero sí, supongo que es cierto. Pero el matrimonio es demasiado poderoso y demasiado arriesgado. No voy a atarme a otra persona, ni siquiera como un engaño.

Él está tranquilo.

—Yo no te tocaría. Ni siquiera cogería tu mano.

—La gente sabría que es una farsa.

—Bueno, no te tocaría sin tu permiso —aclara Hades—. Considéralo. Disfruto de tu compañía. Creo que lo he dejado claro.

—Esa no es razón para casarse con alguien —digo.

—Por supuesto que no —confirma—. Pero cuando disfrutas de la compañía de alguien y el mismo rey de los dioses amenaza con llevarse a esa persona, peor aún, con obligarla a hacer algo en contra de su voluntad y resulta que todo podría acabarse con algo tan simple como un

matrimonio... Es una muy buena razón para casarse. Si quieres quedarte aquí y el matrimonio es la única forma de que seas libre, entonces toma la decisión tú misma y ponme un maldito anillo en el dedo.

¿El matrimonio como libertad? Nunca había considerado que fuera posible.

Pero aquí está. De alguna manera, contra todo pronóstico, Hades ha conseguido redefinir la institución que me ha perseguido toda mi vida.

—Quédate conmigo. Cásate conmigo —insiste, como si las dos declaraciones significaran lo mismo.

Bajo la mirada. No puedo verlo ahora.

—Gracias —digo, y levanta la vista casi esperanzado—. Pero no. El matrimonio me ha perseguido toda mi vida, es demasiado para mí, incluso como una mentira.

Asiente.

—De acuerdo, lo entiendo. Y... ¿estás bien? Ha sido... mucho más intenso de lo que pretendía. Ha sido solo un pensamiento pasajero. Creía que podría resolverlo. Quizá, al menos, suprimir tu terror incesante de que te encuentren.

Por las Moiras, estoy tan contenta de haber elegido huir a este reino. Estoy tan contenta de haber conocido a este hombre.

—Lo sé. Lo entiendo. —No es lo que quiero decir. Quiero explicarle cuánto significa para mí, demostrarle cuánto lo valoro a él y su amistad, y el hecho de que me ofreciera algo tan trascendental. Pero nunca antes he expresado tales sentimientos en palabras y todo lo que puedo decir es—: Gracias, de verdad.

Él sonríe y solo por un momento me imagino cómo sería decirle que sí. Algo salta en mi estómago. No estoy segura de si es un sentimiento bueno o malo, y esa incertidumbre por sí sola es motivo suficiente para decir que no.

—Bueno, si cambias de opinión, mi oferta sigue abierta, Perséfone.

Vuelvo a levantar la cabeza y no sé si está bromeando.

—¿Está mal que me guste ese nombre?

Porque, entre las cosas horribles que dijo mi padre, hay algo que ha estado repitiéndose en mi mente desde entonces: «Habría pensado que ‘portadora del caos’ era más apropiado». Sí, padre, yo también lo creo.

—Pues será Perséfone —dice Hades, como si fuera así de simple. Y tal vez lo es.

Se fue Kore, la niña.

Soy la portadora del caos.

Perséfone.

Capítulo diecinueve

Estigia viene y pasamos la noche en la sala del lago. Ha sido idea suya venir aquí, pero todavía no puedo quitarme el miedo. He pasado demasiado tiempo usándolo para espiar a mis padres y el simple hecho de estar aquí me inquieta.

—Es todo tan raro —dice ella—. Mi río no está feliz de mezclarse con todos los demás. El Flegetonte está muy contaminado. —Frunce la nariz.

—Supongo que por eso está en llamas.

—Ajá —asiente—. Pero Hades me ha dicho que no has estado usando el Lago de los Cinco Ríos para su mejor propósito.

—¿Y cuál es?

—¿Tienes acceso a todo un planeta de entretenimiento y has estado espiando a tus padres? Vamos, Perséfone. —Sonríe ante el nombre. Está muy entusiasmada con el cambio—. Hay un festival para Dionisio en Atenas ahora mismo. Y eso significa teatro.

Estigia agita la mano en el agua y los artistas aparecen en el lago.

Sentadas sobre un montón de mantas, pasamos la noche viendo el espectáculo. La obra es un poco extraña, comienza con una red sobre una casa y mi vista sigue desviándose hacia los humanos que observan. Están cautivados, encantados, y los pocos que no lo están parecen disfrutar de su descontento. Cuchichean con sus vecinos y se sientan un poco más erguidos con la superioridad que les da su desprecio. Teatro, la vida después de la muerte definitivamente debería tener un teatro.

Al final del espectáculo me dirijo a Estigia.

—Hades me ha pedido que me case con él.

—¡Pero ¿qué dices?! —exclama—. ¿Y me has dejado ver todo esto sin decir una maldita palabra?

—Dijo que si quiero quedarme aquí y me preocupa que mis padres me lo prohíban, podríamos casarnos y así no podrían arrastrarme de vuelta a la superficie.

—¡Oh, qué emocionante! —chilla—. ¿Cuándo os casareis?

—No va a pasar —respondo—. No he dicho que sí.

—¿Por qué no? —pregunta ella—. Te gusta. Le gustas. ¿Qué más quieres?

—¿Amor? —sugiero—. Y no me gusta.

Ella solo me mira y me burlo.

—No sé lo que estás tratando de insinuar, pero es mentira, sea lo que sea.

—Seguro.

—Además —digo un poco más alto—, me gustaría querer casarme si tiene que ocurrir.

—Sí, pero esto no suena como un matrimonio, más bien parece un plan, y te encantan los planes.

—Pero no me voy a casar por uno.

Se encoge de hombros y se pone de pie.

—Bueno, creo que deberíamos emborracharnos a pesar de todo. Vamos.

Subimos las escaleras y buscamos en los pasillos vacíos del frío palacio hasta que encontramos a Hades en un torno de alfarero, tan concentrado en la arcilla que hay frente a él que no se da cuenta de que entramos.

—He creado un nuevo tipo de tierra a partir de ese material. —Señalo con la cabeza la arcilla.

Se sobresalta, pero sonríe con timidez.

—¿Qué tal ha ido la obra?

—¿Le has propuesto matrimonio sin decírmelo primero? —pregunta Estigia.

Hades presiona con cuidado una última línea en la arcilla y ni siquiera la mira.

—Hago muchas cosas sin hablar antes contigo.

—¿Y cuántas te han salido bien?

—La mayoría. —Hades se encoge de hombros.

—Ya entiendo por qué no quieres casarte con él —dice ella.

Asiento con tristeza fingida.

—Nunca me hace suficientes cumplidos. ¿Por qué me casaría con él?

—Tenía la impresión de que tu negativa se refería menos a mí y más a tus pensamientos generales sobre el matrimonio. —Se seca las manos con una toalla.

—Bueno, sí, el matrimonio es asqueroso.

Hades me señala.

—Estoy seguro de que ese argumento funcionaría con tus padres.

Mi sonrisa vacila, y por la forma en que cae su sonrisa, sé que la ha captado.

—Bueno, sea cual sea la respuesta, hoy se ha propuesto un compromiso y creo que deberíamos brindar por ello —dice Estigia, alegremente inconsciente de la repentina caída de mi estado de ánimo.

Hades se encoge de hombros.

—Muy bien. Confío en que sabes dónde está la bodega.

Los ojos de Estigia se agrandan.

—¿Qué dices? ¿Tienes una bodega entera llena de vino y esta es la primera vez que la nombras?

Hades sacude la cabeza con tristeza.

—Por supuesto, te la ocultaba por una razón.

—Esconder secretos a tu guardiana de los secretos. —Hace un puchero—. Eso es muy cruel.

—¿Igual de cruel que rechazar una propuesta de un hombre que solo desea hacerte feliz? —Mira con deseo a lo lejos, agarrándose el corazón con la mano.

—Enséñame el vino primero —digo—. Después ya podrás llorar.

Pasamos el resto de la noche bebiendo, celebrando y riendo tanto que me duelen las costillas. En uno de esos momentos, Hades nos enseña su sala de música y, borracho, intenta cantarme una serenata para que me case con él, lo cual habría tenido más posibilidades de funcionar si tuviera algún talento. Parece que la música, como la costura, no son su punto fuerte. Solo se detiene cuando Estigia pide fruta podrida para tirársela.

A la mañana siguiente, mi cabeza palpita como nunca antes y no estoy segura de que haya suficiente agua en el mundo para saciar mi sed. He bebido antes, he estado borracha antes, pero no de esta manera.

Las ninfas se han lucido esta mañana: las frutas y el pan de siempre están acompañados de pasteles con mantequilla, huevos esponjosos, carnes glaseadas con miel y quesos cremosos con romero y dientes de ajo. No estoy segura de poder sentarme frente al banquete sin que me den náuseas. Me dan ganas de llenar un plato y arrojarlo todo al fuego.

Hades gime sobre su té, mirándolo como si fuera el Lago de los Cinco Ríos.

—No había bebido tanto desde que llegué a este reino —dice.

—¿Eras un fiestero en tu juventud? —bromeo, aunque sería más satisfactorio si no tuviéramos casi la misma edad y la habitación no diera vueltas.

Él no responde, lo que podría confundir con algún efecto del alcohol si no estuviera también evitando mirarme.

Bueno, ahora estoy interesada.

—¿Qué pasa? ¿Tiene algo que ver con lo que dijiste sobre intentar algo con los humanos cuando llegaste aquí por primera vez?

—Por las Moiras, Perséfone, ¿no es suficiente que tenga resaca? ¿Quieres que discutamos? No lo haré. —Se lleva la taza a los labios.

Me encojo de hombros y cojo la jarra de agua.

—Me parece bien.

—¿Por qué siempre haces eso? —pregunta mirándome con curiosidad.

—¿Hacer qué?

—Hacer una pregunta muy directa y luego desistir cuando no quiero responder.

—Porque confío en ti —digo como si fuera lógico—. Si no quieres darme una explicación, confío en que es porque tienes una razón.

Reflexiona y dice con cuidado:

—No puedo evitar pensar que lo haces porque alguien se ha pasado mucho tiempo diciéndote que no hagas preguntas.

—Hago muchas cosas que mi madre me dice que no haga. —Sin embargo, se me hace un nudo en la garganta y las palabras son difíciles de pronunciar. Tal vez tiene razón. Tal vez no me resisto a las enseñanzas de mi madre tanto como creo.

—Puedes preguntarme cualquier cosa, Perséfone. —Me mira con tanta intensidad que me siento atrapada por su mirada—. Es posible que no siempre responda.

Asiento.

—La guerra —dice simplemente—. La guerra es quizá la respuesta a todas las preguntas que tienes sobre mí. Por eso nada de lo que he intentado con los mortales funciona; no podía acercarme a todos esos recuerdos horribles que tienen. Por eso he intentado beber un poco. Quería olvidar todo lo que ha pasado, todo lo que he vivido y todo lo que he hecho... pero no funciona. Solo ha empeorado mis pesadillas.

Voy a decir algo, pero él se arma de valor y continúa:

—Seguro que has oído los rumores. Antes de la batalla final, o la Revuelta, como la ha llamado Zeus, creo que se me conocía como «el mayor error que Zeus jamás ha cometido». Lo cual no es una sorpresa: no estoy hecho exactamente para un campo de batalla. Los rumores sobre: «¿Cómo ha podido darle un reino a un niño?» pronto se convirtieron en «¿Cómo ha podido darle un reino a un niño que se estremece al ver sangre y sostiene una espada como si le diera miedo?». En la cúspide de la adolescencia, los demás no podían esperar para entrar al campo de batalla. Pero yo tenía miedo, sabía que me marcaría de la manera en que lo hizo. —Ríe con un poco de tristeza—. Pasé una vida entrenando para la guerra y la realidad aún me destroza.

—Hades...

—De todos modos —continúa—, he encontrado otras formas de distraerme de mi propia mente. Una docena de formas, al parecer. Los recuerdos no son tan difíciles cuando estoy enfrascado en un proyecto. Así que supongo que la guerra también es la razón por la que me gusta mantenerme ocupado.

Es una conversación muy profunda para ser tan temprano y para una resaca tan terrible.

—Lo siento —digo.

—¿Por qué? —Frunce el ceño apartando la mirada de la distancia que lo separa de mí.

—Por todo lo que has tenido que pasar.

Hades resopla.

—Eso es nuevo. Zeus prefiere fingir que todos cargamos con nobleza y valentía por la batalla contra la amenaza de los titanes.

—¿No lo hiciste? —Después de todo, ¿qué otra cosa podía ser?

Hades reflexiona la pregunta.

—Los titanes eran criaturas horribles, no todos, claro, no los que lucharon de nuestro lado. Pero las cosas que hicieron... Cronos mató a aquellos que no estaban de acuerdo con él y se comió a sus hijos para que no reclamaran venganza cuando crecieran. Eso apenas es un reflejo de las cosas que hicieron los titanes. Supongo que luchar contra ellos fue noble y valiente. Estoy

seguro de que ya te habrás dado cuenta de que en realidad no llené el campo de batalla con los muertos vivientes.

—Una ilusión.

—Exacto. Con suficiente humo y fuego infernal la gente cree que tienes estómago para matar. Aunque yo también lo hice... de ahí las pesadillas. Sea como sea, con un ejército lo bastante grande de muertos vivientes hasta los titanes dejan caer sus espadas y se rinden. Por fin todos acabaron creyendo que era digno del poder que Zeus me había dado, y era mentira.

—Fue inteligente y valiente. —Y difícil... ¿Cuánto poder tienes que tener para crear una ilusión tan grande? Un campo a veces me lleva días.

—Fue un riesgo estúpido que consiguió que no me mataran. En ese momento estaba desesperado. No estoy seguro de que se pueda tomar una decisión noble cuando no tienes otra opción. Los demás estaban tan hambrientos de guerra y venganza que todavía la buscan con los mortales. Yo no... Luché porque no tenía otra opción.

—Cronos te comió —señalo, tratando de darle algo de ligereza a la conversación.

—Lo hizo. —Hades esboza una débil sonrisa.

—¿Has...?, quiero decir, ¿Estigia lo sabe?

—No —dice en voz baja—. Ella sabe que fui un desastre en todo el entrenamiento, pero cree que gané gracias a la fuerza bruta. Creo que sospecha que nunca me he recuperado del todo; al fin y al cabo, los sirvientes juraron guardar mis secretos. Eso incluye las noches de insomnio y, durante algunas semanas, las botellas de vino vacías.

—Entonces... ¿nunca has hablado de ello antes? —pregunto. Me siento honrada, por supuesto, pero preocupada. Si soy la primera persona a la que se lo cuenta, entonces necesito reaccionar adecuadamente para que se sienta apoyado. ¡Por los ríos del Inframundo!, ¿y si ya he hecho algo mal?

—Prefiero no hablarlo con nadie —dice—. Hay una razón por la que prefiero distraerme.

Asiento. Puedo hacerlo. Es una gran confesión, no quiero presionarlo demasiado.

—Muy bien, eso es bueno, porque alguien ha pasado mucho tiempo diciéndome que soy una distracción —digo.

Hades sonríe, pero sus ojos están distantes y me pregunto qué es lo que está viendo. Nada bueno, el ceño fruncido grabado en su frente me lo indica.

—Si no quieres hablar de la guerra, ¿podemos hablar de lo horrible que eres cantando? Porque es posible que mis oídos nunca se recuperen.

El brillo en sus ojos vuelve cuando me mira.

—No es culpa mía. No me acompañabas bien con la lira. Tu madre ni siquiera podía mentir sobre tus talentos instrumentales y se las arregló perfectamente bien con todo lo demás.

—Meter a mi madre es jugar sucio. —Arqueo una ceja.

—Rechazas mi propuesta y luego quieres discutir lo que es jugar sucio... —Niega con la cabeza, luego se estremece. Si su dolor de cabeza es como el mío, me imagino que no está

contento con un movimiento tan brusco—. Vaya, vaya..., nunca pensé que pudieras ser tan cruel.

—¿Vas a mencionar tu propuesta cada vez que puedas?

—Lo siento. Debe de ser difícil escucharme hablar sobre mi corazón roto.

—Si sigues así, esa no será la única parte de tu cuerpo que tengas rota —murmuro y Hades se ríe a carcajadas.

Podría ahogarme en ese sonido. De verdad que podría.

No es de extrañar que sea tan difícil de conseguir. Solo de pensar en los horrores a los que se ha enfrentado y de los que ni siquiera puede hablar, es suficiente para que me den ganas de encontrar el Tártaro y cazar a todos los titanes en el foso solo para asegurarme de que están sufriendo como se merecen.

Y también me pregunto cómo debe ser nacer en una guerra y crecer para luchar en ella. Entrenamiento de batalla, agogé desde la infancia y forzado a quién sabe cuántos campos de guerra en el momento en que llegó a la adolescencia. ¿Por qué? ¿Porque nació hombre? ¿Porque Cronos lo eligió a él?

Un artista criado para el matadero. Quiero hacerles daño a todos los involucrados en esa decisión. Yo también lo haría, creo, si pudiera.

Tal vez sea demasiado vengativa.

Pero luego lo miro riendo y no me importa. Lo haría sin pensarlo.

Después del desayuno me dirijo directa hacia los mortales.

Me abro paso a través de las almas que ya he curado. Están de pie en un campo de asfódelos y puedo sentir el dolor del aburrimiento de los más cercanos. Necesito darles algo con rapidez. Si tan solo pudiera averiguar cómo... o, más bien, si Hades pudiera averiguar cómo... Estoy más concentrada en resolver lo que necesitan, mientras él lee cómo hacerlo posible.

Damaris, una de las primeras almas que rehabilité, se acerca.

—Perséfone, cielo, ¿por qué estás hecha un desastre?

Levanto una ceja.

—Lo que has dicho no es muy agradable. Además, ¿Perséfone?

—Estigia lo gritó anoche. Creo que estaba borracha.

—Demasiado para ser la guardiana de los secretos.

—Oh, cielo, ¿era un secreto?

—No, pero solo te lo ha dicho a ti, ¿verdad?

—Bueno, no estoy segura, pero se desmayó en sus costas poco después, así que no creo que se haya encontrado con ningún otro dios.

—Está bien —asiento.

—Supongo que estarías bebiendo con ella. —Me hace un gesto, como si todo, desde mi vestido arrugado hasta mi pelo enredado, reflejara que anoche estuve bebiendo. Lo cual, para ser

justos, no es un error. Aunque todavía estoy usando las sábanas que reutilicé como túnicas y se arrugan con mucha facilidad, así que no creo que yo o mi resaca debamos cargar con toda la culpa.

Asiento, pero, antes de que pueda decir algo, Larissa viene corriendo y me llama por mi nombre. Hemos hablado tanto que ya no pienso en ese primer encuentro con ella. En su lugar, reflexiono sobre las docenas de cuentos que me ha contado, solo los buenos. Por otra parte, después de ver sus recuerdos, conozco la mayoría de los malos. Pero ha funcionado: he sanado su alma y la he ayudado a encontrar el camino de vuelta hacia las otras partes de sí misma.

—Perséfone —dice—. ¿Es cierto que Hades te ha propuesto matrimonio?

—¡¿Qué?! —grita Damaris emocionada.

Me estremezco. Tengo demasiada resaca para esto.

—¿A cuántas personas se lo ha contado Estigia? —me quejo.

—Oh, solo a mí —dice Larissa—. Bueno, y a Cora, ¿la recuerdas? ¿La princesa de Tebas?

—Sí, la recuerdo.

—Vamos —interviene Damaris—. No estás en condiciones de trabajar en este momento. La vida después de la muerte puede esperar un día. Ven a sentarte un rato y nos lo cuentas todo.

El ruido es terrible con todas estas almas. Alejarse me sentará bien.

Damaris se acerca a mí y coge la mano de Larissa.

—Por cierto, soy Damaris. Granjera de Micenas y muerta desde hace diez años. ¿Y tú?

Larissa parpadea. Ella se parte de la risa.

—¿Es así como nos presentamos ahora? Larissa, comerciante de Argos, muerta hace treinta años. Creo que fue la peste, si también vamos a mencionarlo.

—Neumonía.

—Ah, qué elegante. —Larissa se gira hacia mí—. En fin, Estigia se derrumbó y Cora... ¡Oh, ahí está! ¡Cora!

Una mujer con rizos rojos amontonados tan alto en la cabeza que parecen propensos a hacerla caer se gira al oír su nombre y se apresura para unirse a nosotras.

—Cora y yo corrimos para comprobar que estaba bien y ahí fue cuando dijo lo de Hades —finaliza Larissa—. Entonces, ¿es verdad?

—¿Es cierto? —repite Cora con más urgencia.

—Bueno. —No estoy muy segura de qué decir—. Lo discutimos. No fue una propuesta.

—Bien —afirma Damaris—. Nunca tienes que aceptar la primera propuesta.

Cora asiente con la cabeza.

—Pero estoy segura de que Hades es encantador.

Las demás la miran.

—¿El rey del Inframundo? —pregunta Larissa—. No creo que *encantador* sea la palabra correcta.

Cora se sonroja tanto como un espíritu puede sonrojarse. Ahora pueden ser almas completas,

pero todavía son vagamente traslúcidas.

—Bueno, sí, iba a decir que estoy segura de que es encantador, pero no entiendo el atractivo del matrimonio.

Asiento.

—Más o menos eso pienso sobre el tema.

—¿Es encantador? —pregunta Larissa como si se le acabara de ocurrir la idea.

—Eh. —Voy a culpar a la resaca de mi vacilación—. No, no es la palabra que usaría. Pero él es... aceptable y me está ayudando con todo lo que hago.

—Bueno, por mi parte, espero con ansias este paraíso que estás creando. Y si nos está ayudando a conseguirlo, supongo que no puede ser tan malo —dice Damaris—. Pero ahora mismo necesitas agua y algo de comida.

Mi estómago se revuelve. He mordido un poco de pan en el desayuno y no me ha sentado bien.

—No. Nada de comida.

Ellas sonríen.

—Ven, vamos a llevarte a un lugar tranquilo.

Aparentemente, algún lugar tranquilo son las costas del Estigia y, después de un rato, Estigia viene arrastrándose para unirse a nosotras. Se ríe de su desaliño y hace suficientes bromas autocríticas como para que las mujeres mortales pronto se sientan cómodas. Pasamos la mayor parte del día hablando de nada en particular, y sé que no puedo darme el lujo de desperdiciar un día como este, pero siento que de esta manera puedo comprender mejor los deseos y las necesidades de los humanos.

Me siento más capaz que nunca de mejorar este reino. Y, al mismo tiempo, siento que algo se me escapa. ¿Cuánto tiempo debe de quedarme? ¿Unos cuantos días? ¿Simples instantes? Casi estoy esperando que el rayo de Padre me derribe en cualquier momento.

Desde el principio he sabido que no puedo quedarme en el Inframundo. Pero empiezo a sentir que perderé algo precioso si lo dejo todo atrás, tal vez incluso una parte de mí.

Capítulo veinte

Cuando vuelvo, encuentro a Hades en una habitación oculta, la que está llena de caballetes y del olor espeso de la pintura. Está tan concentrado en el lienzo que hay frente a él que no se da cuenta de que he entrado.

Titubeo, me tomo un momento o dos para mirar descaradamente la concentración en su rostro, la forma en que sus labios se fruncen, su fuerte mano enroscada alrededor de la punta de un pincel, haciendo movimientos delicados y precisos. Los planos de su rostro tienen un perfil nítido. Nunca he deseado pintar, pero de repente veo el atractivo. Si pudiera capturar este instante, lo haría.

No puedo creer que estuviera aterrada por lo que ocultaba y que acabó siendo esto. Temía la crueldad oculta, pero en su lugar encontré la gentileza.

Podría mirarlo pintar durante años... La quietud y la intensidad son cautivadoras. Me siento como un planeta bloqueado en órbita.

Tropiezo cerca de la pintura sin siquiera darme cuenta.

—Hola —consigo decir, no estoy segura de cuándo hablar se ha convertido en un esfuerzo.

Hades salta y la pintura de la brocha se desliza por su mejilla, pero no se da cuenta.

—Oh, hola —saluda apresurándose a dejar sus suministros de pintura.

—No era mi intención interrumpirte —digo—. Puedo irme.

—No, no, yo... Bueno, estaba a punto de decir que prefiero la soledad a la pintura, pero en realidad no estoy seguro de que alguna vez haya sido posible una alternativa. Estaría bien compartirlo. —Sonríe casi tímidamente y es abrumador. Estoy demasiado acostumbrada a sus sonrisas arrogantes. Este Hades tímido en el que se convierte cuando habla de cosas que en realidad le importan hace que mi corazón no pare de girar.

Antes de estar segura de lo que estoy haciendo, me coloco frente a él y mi pulgar le limpia su mejilla.

De repente, su mano me agarra de la muñeca y me mira con el ceño fruncido.

—No me to... —empieza a decir, pero se interrumpe, así que me doy cuenta de que debe de haber sido una respuesta instintiva.

—Tienes un poco de pintura —señalo moviendo los dedos para enseñarle el amarillo que ahora cubre mi pulgar y, tal vez, para distraerme de lo avergonzada que estoy.

—Oh. —Sujeta mi muñeca durante un segundo más antes de soltarme—. Lo siento.

¿Quiere tocarme? ¿Es por eso por lo que ha dudado?

—Necesito preguntarte algo —me afano a decir antes de olvidar por completo por qué he venido aquí.

—¿Sí? —Arquea una ceja y, por las Moiras, todavía estoy muy cerca. No puedo pensar en una manera de moverme que no resulte increíblemente obvia.

Limpio la pintura de mi vestido y la ceja inquisitiva de Hades vuelve a fruncir el ceño.

—¿No es suficientemente patético que lleves puestas mis cortinas como para que encima las manches de pintura? —pregunta.

El comentario me sorprende tanto que dejo escapar una risa aguda.

—Quiero que sepas que en realidad son tus sábanas. Y qué importa, ¿ahora eres modista? —le pregunto.

Sopesa la pregunta, sus ojos recorren mi cuerpo de arriba abajo. Sé que solo está mirando el vestido, pero, por favor, ¿alguien podría decirle eso a mi corazón? Está latiendo tan rápido y oh...

No.

Por supuesto que no.

Seguro que no es normal. Sin duda cualquiera estaría luchando por respirar con un hombre mirándola de esa manera. Sobre todo con un hombre tan atractivo como él. Quizá cualquiera todavía sentiría el fantasma de su roce en la muñeca. Puedo asegurar que quien sea lo encontraría fascinante al verlo pintar así. Pero no significa nada. No puede significar nada. Toda esta situación es lo suficientemente complicada para encima añadir... esto.

Me lleno de valor. No significa nada. Porque no tiene sentido. Así que incluso si significara algo, ¡lo cual no es cierto!, lo mandaré a ese sitio oscuro dentro de mí donde aplasto todos mis sentimientos no deseados hasta que se disipan. Voy a insensibilizar mis emociones hacia este hombre.

—Nunca lo he intentado —dice Hades completamente ajeno a la dirección atroz que han tomado mis pensamientos—. Sin duda podría hacer un trabajo mejor que el tuyo. He trabajado antes con telas, aunque nunca con sábanas y ropa de cama.

—Estoy segura de que sobreviviría si usaras otros materiales —bromeo y por un momento creo que conseguiré sacarme de la espiral de mis pensamientos.

Pero luego dice:

—Tendría que coger algunas medidas. —Y pienso en sus manos recorriendo mi cuerpo mientras apunta esos números. Estoy mareada, como si la habitación estuviera girando, como si mis piernas estuvieran flaqueando. Sus ojos atrapan los míos con una intensidad ardiente y al borde del deseo, y estoy segura de que está pensando lo mismo.

Salto hacia atrás, olvidándome de que hay un caballete detrás de mí cubierto de pintura fresca. Maldigo y busco a tientas el artilugio que se cae, intentando mantener el equilibrio, y luego los mismos instintos que me han empujado hacia atrás me hacen alcanzar a Hades, que no ha dejado de reír. De alguna manera no consigo cogerme de su mano extendida y voy directa a su túnica.

Me sujeta de los hombros y me levanta.

—Lo siento mucho. Está...

—¿Arruinado totalmente? Por supuesto, pero no te preocupes, ha valido mucho la pena. —Señala con la mano mi vestido, ahora manchado con más pintura, y mi comportamiento nervioso.

Suelto su túnica.

—Eres un idiota.

Todavía tiene una mano en mi hombro y soy mucho más consciente de ello de lo que debería.

—Y tú eres increíblemente torpe. ¿Tus pretendientes lo saben? —bromea—. Ningún marido va a quererte así.

Me las arreglo para no estremecerme, pero de repente cada músculo de mi cuerpo está tan tenso que la más mínima brisa podría hacer que se rompieran.

Cuando vuelvo a mirar a Hades a los ojos lo encuentro observándome con atención.

—Tu madre dice cosas similares, ¿verdad?

—Es imposible que lo sepas.

—No, pero creo que estoy empezando a comprenderlo. —Su mandíbula está apretada con tanta fuerza que puedo ver cómo se le tensan los músculos del cuello. Si lo miro por un segundo más, tengo miedo de lo que pueda hacer.

—Yo...

—No quiero entrometerme.

Niego con la cabeza.

—No sé si yo misma lo entiendo bien. Es una buena madre.

—Quizás —dice—. Mientras sientes que eres una buena hija.

Se me corta el aliento. Eso es todo, ¿no? Este sentimiento que sigo teniendo no trata de mi madre en absoluto, sino de que nada de lo que hago es lo suficientemente bueno, que quien soy no es quien ella quiere que sea. No importa lo mal que me sienta por hacer lo que me pide, sigue sin estar bien.

—Si fuera una buena hija, no estaría aquí —digo. Y no porque lo sienta así, estoy empezando a creer que siempre he tenido la intención de venir aquí, sobre todo porque es la única forma elocuente en que puedo expresar la culpa que me corroe las entrañas, una culpa que se niega a escuchar argumentos lógicos y sentimientos de pertenencia.

—Perséfone...

—¿Podemos dejar de hablar de esto? —lo interrumpo. Ojalá pudiéramos volver al lío confuso de los deseos porque es mucho mejor—. Más tarde, tal vez —agrego cuando parece que está a punto de protestar—. No tengo la energía ahora mismo. Estoy cubierta de pintura y necesito cambiarme.

—Ni se te ocurra —dice—. He estado trabajando mucho en esa pintura. Si tienes que llevarla puesta para que sobreviva, que así sea.

Le ofrezco una sonrisa solo porque agradezco que me deje cambiar de tema.

—Si quieres hacerme ropa, no tienes que obligarme a vestir tu arte como excusa.

Ríe.

—Qué pasa, ¿tan horrible te ha parecido que pudiera diseñar tus vestidos que has tenido que lanzarte contra la pintura para escapar?

—¿De verdad te gustaría diseñar algo?

—Me gustan los desafíos. —Cuando me mira, veo el reto en sus ojos—. ¿Me juzgarías por eso?

—Por supuesto que no —contesto—. ¿Vale la pena? Sabes que los estropearé en el jardín. —«Y no estaré aquí mucho tiempo para usarlos». Las palabras tácitas persisten entre nosotros, así que continúo—: Pero si lo encuentras divertido, entonces hazlo. Es evidente que tienes talento.

—¿Evidente? —Su sonrisa arrogante aparece de nuevo y tengo la repentina urgencia de presionar mis labios contra los suyos para deshacerme de ella.

En nombre de todo lo sagrado, ¿qué me pasa? Aún no es mi periodo lunar, aunque es posible que estar aquí abajo haya alterado mi ciclo de alguna manera. ¿Me he golpeado la cabeza hace poco? Supongo que podría estar bajo un hechizo, pero no creo que Hades fuera capaz de hacerlo y estoy muy segura de que maldecirme rompería su voto en el Estigia.

Mis ojos se entrecierran mientras lo examino, buscando alguna señal que me indique que puede leer los pensamientos que están circulando por mi cabeza.

Nada.

—¿Por qué lo mantienes todo oculto? —pregunto en cambio.

—¿Qué quieres decir?

—¿Por qué los salones están tan vacíos cuando tienes tanto para decorarlos? —aclaro.

—Bueno. —Se rasca la nuca y es un movimiento tan casual que estoy casi segura de que no puede saber que estoy usando gran parte de mi autocontrol para no saltar a sus brazos en este momento—. Normalmente, siempre tengo miembros de la corte que vienen y van. Podrían preguntarme de dónde los saco.

Me doy cuenta de lo poco que sé de la corte de Hades. Tenía tantas preocupaciones más inmediatas cuando llegué que en cuanto descubrí que había disuelto a la corte, la borré de mi mente. Pero ahora pienso en ella. No puedo imaginarme a Padre disolviendo a su corte durante unas semanas. Podría debilitar su control sobre ellos, darles la oportunidad de planear una rebelión, pero Hades lo hizo sin siquiera pensarlo.

—¿Dónde están? Solo he visto a los humanos y a Estigia.

—No soy el único que siente aversión por los recuerdos humanos —dice Hades—. Entre los mortales y el río Estigia, este se considera el lado menos deseable del Inframundo. Todos viven al otro lado del Aqueronte. —El río del dolor que fluye al otro lado de los campos de asfódelo. Es la forma en que las almas viajan al Inframundo, así que lo he evitado casi siempre—. Me imagino que están disfrutando mucho de su tiempo libre.

Pero eso no puede durar para siempre. Hades los convocará a todos cuando por fin me haya ido.

Al menos no estará solo.

—Siento que hayas tenido que expulsarlos a todos por mí.

—Oh, estoy tan triste. Sin los grupos de expertos sobre la última enfermedad que afecta a la cadena de suministro o sin los comités sobre la recolección sostenible de las almas, sin mediar en sus disputas... ¿Varias deidades molestas intercambiadas por la diosa de las flores? —bromea—. Es un intercambio difícil.

Niego con la cabeza.

—Eres ridículo.

—¿Es demasiado para ti que otro hombre te halague? ¿Otro hombre suplicando por tu mano en matrimonio?

—Oh, otra vez no.

—Por favor, sé mía. Hazme el honor de adornar mis salones con tu presencia para siempre...

Me estoy riendo, pero mi corazón está galopando.

—Bueno, tal vez si no hubieras sido tan idiota cuando llegué aquí...

Se pone la mano en el corazón e intenta parecer dolido.

—Oh, qué tonto fui...

—Pareces estreñido.

—¡Estoy tratando de seducirte!

—Esfuérzate más. —Me doy la vuelta. No creo que me esté sonrojando, pero quiero estar segura—. Por los dioses, no recuerdo que hayas estado nunca tan animado.

Se encoge de hombros y vuelve a esa autodisciplina que asocio con su vuelta a la seriedad.

—Tu rechazo a mi propuesta fue, por supuesto, todo un contratiempo, pero, en general, estos últimos días han sido agradables. —Duda—. Ya me entiendes, no he tenido que ocultar partes de mí mismo.

Asiento. Definitivamente lo entiendo.

—Sí, bueno, nunca he sido tan mandona con mi madre. —Volvemos a pisar terreno peligroso, así que me doy prisa para continuar—. En realidad, quería hablar de tu pintura.

—¿Qué?

—Aún estoy tratando de entenderlo, bueno, gran parte de todo esto...

—Si crear el Inframundo fuera fácil, estoy seguro de que Zeus ya habría hecho que un dios menor lo hiciera y reclamaría el crédito para él.

—Sí. Bueno, he estado hablando con algunos de los humanos y describen cosas que nunca había visto, montañas tan altas que podrían destrozar el Olimpo, lagos que se extienden más allá de lo que el ojo puede ver, bosques y aldeas, pueblos y cascadas, y nieve tan brillante que es cegadora. —Una pizca de deseo se arrastra en mi voz y no me doy cuenta hasta que se me hace un nudo en la garganta.

—Podrías mirar en el Lago de los Cinco Ríos.

—No es lo mismo y, de todos modos, bueno, tengo las flores del paraíso clasificadas, pero ¿todo lo demás? No tengo ni idea. Ni siquiera puedo imaginármelo, de verdad. No soy creativa y me han encargado diseñar el paraíso.

—Te lo encargaste tú misma, en realidad —dice Hades deliberadamente.

Dado que le estoy pidiendo que haga algo por mí, no puedo devolverle su sarcasmo con más sarcasmos, así que me conformo con ignorar ese comentario.

—¿Lo harás? ¿Esbozar una idea o pintar algunos conceptos?

—¿Qué sé yo del paraíso humano? —dice con desdén.

No dejaré que se escape tan fácilmente.

—He visto las cosas que has hecho. Creo que sabes mucho más sobre el paraíso de lo que dices. De lo contrario, ¿qué te ha mantenido en pie todos estos años?

Sus hombros se congelan en líneas rígidas y me preocupa haber ido demasiado lejos.

—Muy bien —dice al final con un breve asentimiento—. Si me disculpas, voy a empezar con tu paraíso.

Capítulo veintiuno

Durante los siguientes días revoloteo alrededor de Hades como un insecto inquieto, demasiado miedoso para hacer contacto. El deseo que siento es exactamente lo que las ninfas discutían, así que lo reconozco por lo que es: encaprichamiento y nada más. Al fin y al cabo, uno no se enamora en unas pocas semanas.

Pero me asusta que ese capricho crezca.

Mis propios sentimientos se han convertido en el enemigo.

Y aunque estoy haciendo todo lo posible para sofocarlos, de vez en cuando me permito pensar en él mientras me muerdo el labio o me pierdo en sus ojos o desperdicio una hora de sueño anticipando verlo al día siguiente. Pero pensar en momentos más íntimos, en cómo sentiría acurrucarme contra su piel, sentir su aliento en mi cuello, hablar hasta altas horas de la madrugada, eso es ir demasiado lejos. Tengo demasiado en juego para añadir emociones a la ecuación. Del mismo modo, cualquier cosa más allá de la curiosidad de sus labios sobre los míos es un absurdo. Imaginar cómo podríamos construir una vida juntos, ¡después de unas pocas semanas!, es más fantasía que cualquier cosa que las Musas pudieran crear.

Culpo a su quitón ridículamente bien confeccionado y al dios responsable de los pómulos.

Y de las voces graves.

Y de esa maldita sonrisa burlona suya.

¡Ay, Moiras! Esto es exasperante.

Y, sin embargo, por más que me cueste admitirlo, hay algo que es innegable: no quiero perderlo.

En el desayuno, tres días después, Hades me entrega unos cuantos vestidos.

—Intenta no mancharlos de pintura. Aceptaré el barro como un riesgo de tu profesión. —Sonríe, pero luego lanza una mirada ansiosa al montón de telas. No estoy segura de que tenga miedo de que me burle de ellas o de que, simplemente, no me gusten.

No tiene nada de lo que preocuparse.

Los llevo a mi habitación y me los pruebo, uno por uno. El vestido de seda me sienta como si cada movimiento fuera una caricia contra mi piel. Es de color naranja quemado con hilo blanco y miro la pintura que cuelga sobre mi cama. Está claro que el asfódelo es una flor que le gusta muchísimo. Otro es de color rosa con pétalos de estigia, con tela recogida y torcida en forma de flores alrededor de la cintura. Otros no están inspirados en mis flores, pero supongo que se han diseñado para mí de todos modos; azul marino como la tinta de los apuntes que cogemos, un rojo

cambiante como las llamas de la chimenea junto a la que nos sentamos, verde y perlado como las hojas que flotan en el té que compartimos cada noche.

Son increíbles y se lo digo.

—Madre me compra vestidos que han creado los hijos de las Musas. No tienen nada que ver con estos.

Espero que lo rechace, como hago yo con cualquier elogio que me hacen, o que se ría con alguna afirmación grandiosa sobre su propia excelencia. Pero agacha la cabeza y dice un gracias en voz baja, como si se estuviera guardando el cumplido.

Una vez que hemos comido y he elegido un vestido —el azul marino, algo en la forma en que se arremolina me recuerda a la oscuridad de su humo ilusorio—, nos dirigimos a la orilla del lago para la inspección diaria de mi madre. Hades ya no me dejará ir sola. O, más bien, me suplica que no lo haga, me dice que lleve a Estigia si no va él. Aunque no me importa que él venga.

Hoy es algo diferente.

Lo sé desde el momento en que Madre aparece en las aguas. Hay menos desesperación en sus ojos y un brillo más decidido. Nunca la había visto así antes. Está en una habitación oscura iluminada solo por la antorcha que tiene en la mano y sus pupilas bailan con el reflejo de las llamas.

—No —susurro.

Hades coge mi mano y creo que podría ser la primera vez que ha elegido hacerlo. La levanta para rozar sus labios.

—Estarás bien, Perséfone, pase lo que pase.

Parpadeo hacia el lago cuando aparece una figura encapuchada. La capucha se baja para revelar un rostro tan surcado de arrugas que me lleva un momento encontrar sus ojos negros como la tinta entre los pliegues de alabastro. Hécate, diosa de la magia. No. Ella puede saber algo, y está claro que Madre también lo cree.

—No puedo encontrarla —dice ella—. Dondequiera que esté, está escondida.

—Pero sabes algo, Hécate —continúa Madre—. O de lo contrario no habrías aceptado mi regalo.

—Sé muchas cosas —canturrea Hécate. Levanta un dedo arrugado para hacer un gesto a Madre para que se acerque.

—La magia es un intercambio —susurra Madre. Es más alta que Hécate, pero no se nota—. Te ofrecí un sacrificio.

Pienso en las ninfas que convirtió en sirenas. ¿Qué podría haber dado como sacrificio? No tengo ninguna duda de que para asegurarse mi vuelta, no hay línea que no pueda cruzar.

«¡Por los ríos del Infierno! ¿Qué he hecho?».

—Puedo verla —dice Hécate—. Este es tu intercambio.

—¿Dónde está? —Los labios de Madre se abren para revelar unos dientes que brillan demasiado blancos en la oscuridad. Está cansada de preguntar.

—Está en la mente de otro —declara Hécate casi con alegría.

—Explícate.

—No soy tu hija, Deméter. —Hécate sonríe como si toda esta interacción fuera lo mejor que le ha pasado en años. No tengo ni idea de cuántos años tiene o de dónde viene. Hay tantos rumores sobre su linaje que podría no haber ninguno. Sé que no soy la única diosa que se pregunta si es más antigua que el universo mismo—. No puedes ladrarme órdenes y esperar que las cumpla.

—¿Puedes explicarme más cosas, por favor? —Madre fuerza las palabras con los dientes apretados, sus nudillos palidecen alrededor de la antorcha que sujeta.

Hécate se ríe.

—Solo porque lo has pedido con mucha amabilidad. No puedo ver dónde está ahora. Pero puedo ver una versión de ella, un recuerdo.

—¿Alguien ha visto cómo se la llevaban? —La desesperación de Madre hace que me aferre a Hades aún más fuerte.

—Desapareció al mediodía —casi canta Hécate—. ¡En la soleada isla de Sicilia y solo un alma la vio! Solo una. Aparte de los dos involucrados en el acto, claro.

—¿Quién?

—Acabo de decírtelo.

Madre agita la antorcha amenazante cerca de la cara de Hécate.

—No estoy de humor para adivinanzas.

Hécate se ríe y el sonido es tan grave que las llamas tiemblan. Chasquea los dedos y la antorcha se apaga.

—Qué bien que tu hija sea más inteligente que tú. —Hécate sonríe—. El sol, Deméter. Helios lo vio todo mientras lo arrastraba por el cielo.

—¡Por las Moiras! Se acabó. —Respiro.

—Estás a salvo —repite Hades y me pregunto a quién está intentando convencer. Sin duda no soy tan estúpida como para creerle.

Padre debe de haber estado observando porque, en un relámpago, Madre está frente a él. Se reclina en su trono como si fuera la cosa más cómoda del mundo, pero los dedos en su rayo están tensos y su espalda se endereza cuando Madre se acerca.

Ella habla antes de que él pueda exigírselo.

—Helios lo sabe —anuncia sombríamente y compadezco al pobre Helios incluso cuando está a punto de revelar mis secretos. Madre no lo mirará con amabilidad después de haberle ocultado esa información—. Tendremos que esperar hasta que se ponga el sol para hablar con él, pero ahora sabemos, según el poder de Hécate, que él sabe dónde está o, al menos, qué le ha pasado.

—Bien —gruñe Padre. Hasta ahora no lo había visto tan enfadado, los relámpagos chisporrotean en el aire a su alrededor mientras tiembla de rabia—. Mataré a quienquiera que la haya raptado por lo que me han hecho pagar. Me han convertido en el hazmerreír de los Cielos.

—Creí que habías dicho que nadie...

—¡Bueno, pues lo han hecho! —grita Padre—. ¡Todos se están riendo! Destruiré a quien lo haya causado, a quien se haya atrevido a arrebatárnosla. Los despedazaré hasta que el castigo de Prometeo parezca una bondad.

No lo había considerado. Supuse que tarde o temprano mis padres se darían cuenta de que había escapado por mi propia voluntad. Y tal vez lo hagan. Pero si mi padre cree erróneamente que Hades me secuestró, lo castigará por ello. Todas esas amenazas, todas esas promesas de dolor..., son promesas para Hades. He visto la ira de Padre. Nunca sería capaz de decirle la verdad antes de que activara su furia y quizá no me creería si lo hiciera. Hades saldría herido. Incluso podría morir.

Y, por los dioses, si Zeus en realidad fuera a la guerra por mi honor, y se han librado guerras por menos, ni siquiera sería suficiente el apoyo de Poseidón.

¿Cuántos humanos morirían en la masacre entre los tres grandes dioses?

Aparto la visión con la mano. Cojo aire y miro las aguas negras. No puedo quedarme de pie y ver cómo me cazan mientras se vuelven hacia Hades en busca de venganza por una ofensa imaginaria.

Solo hay una cosa que puedo hacer.

—Cásate conmigo —digo, porque es la única manera. Si me caso, no tienen por qué enfadarse. Si creen que no ha robado mi honor sino mi mano, entonces está a salvo.

Se sobresalta.

—¿Perdona?

No puedo decírselo. Si le confieso que es porque tengo miedo de lo que podrían hacerle, nunca lo aceptará. Se reirá y dirá que está bien, incluso cuando le pongan una espada en la garganta.

Lo he puesto a él y a todos los seres de este reino en peligro. Mi padre lo matará o lo lanzará al mismo pozo donde están los titanes o, al menos, le quitará la corona de la cabeza y se la dará a otra persona, a alguien como él; y en las tres cortes gobernarán hombres horribles y terribles. Por mi culpa Hades podría perderlo todo, incluso la vida.

—Dijiste que la oferta aún estaba abierta —digo. Las lágrimas arden en mis ojos, pero no las dejo caer—. Por favor, Hades, tengo que hacerlo. Están furiosos, podrían... —Pero eso no lo convencerá. Él no aceptará por las amenazas de Zeus. Accederá por mí—. Vendrán y me llevarán de vuelta y no quiero irme. No quiero el matrimonio al que me obligarán. No puedo dejar este sitio. —Me arrodillo porque ¿no es eso lo que se supone que debes hacer?— Si... casarme contigo es la única manera definitiva de quedarme, entonces... Cásate conmigo, por favor.

Puede que no sea la razón por la que se lo propongo, pero le dejaré pensar que lo es si eso lo salva.

Hades también cae de rodillas y luego me mira directamente.

—Perséfone. —Sus manos sostienen mi rostro, como si por apartar la mirada por un segundo no me diera cuenta de la decisión que estoy tomando—. ¿Estás segura?

No puedo respirar, no puedo mirar a ningún lado más que a él. Siento que podría llorar, sabiendo que este momento no es real, no de la forma en que me gustaría que fuera. No... Incluso si lo fuera, yo... En este momento lo deseo tanto que no tenerlo sería como una pérdida.

—Me encanta este sitio —digo con la voz entrecortada. Mi garganta está desbordada por las lágrimas que contengo. Todo es un desastre. Pero no puedo hacer frente a la idea de que alguien haga daño a Hades. Haría cualquier cosa para salvarlo de la más mínima pizca de dolor, y sin tener en cuenta lo que mi padre pudiera hacerle.

No es mentira que adoro este mundo, pero, al mirar a los ojos a Hades, sé que no es por lo que más lloraría si tuviera que irme.

Dioses, ¿cómo se supone que debo casarme con un hombre del que estoy a punto de enamorarme?

Él asiente despacio.

—Muy bien —afirma.

Quiero gritar de júbilo, estrecharlo entre mis brazos y estallar en sollozos. Es demasiado. Siento que me estoy asfixiando.

Sus manos todavía están en mi cara y su pulgar limpia una lágrima que no me he dado cuenta de que se ha escapado.

—Perséfone —dice suavemente—. Haría cualquier cosa que me pidieras. Pero ¿estás segura de que quieres hacerlo?

Así que empiezo nuestro matrimonio con una mentira; asiento. Cuando no parece convencido, fuerzo una sonrisa.

—Lo siento, lo siento. Estaba tan asustada de que me llevaran de vuelta. ¡Gracias, Hades! Muchas gracias. ¡Oh, Moiras! ¡Esto es perfecto! Imagina qué enfadados estarán cuando, a punto de encontrarme, anunciemos nuestro compromiso. Deberíamos hacerlo hoy. Oh, esto va a ser muy divertido.

Es una de las mejores actuaciones de mi vida. Pero Hades no parece creerme.

—Está bien, confío en ti —dice después de un momento—. Pero espero que sepas lo que esto implica; llamaré a la corte y veremos si somos capaces de convencerlos de que estamos locamente enamorados antes de intentarlo con los dioses del Olimpo.

Trago saliva, incapaz de mirarlo a los ojos. Cuando por fin consigo mirarlo, arquea una ceja desafiante.

—Bueno, Perséfone, espero que mientas tan bien como dices.

Capítulo veintidós

Hades tiene a las ninfas trabajando en mil cosas a la vez mientras yo me afano para asegurarme de que todo va lo suficientemente bien con los humanos como para poder dejarlos por un tiempo y planear una boda. En realidad, estoy intentando pensar en algo que no sea la amenaza que hizo mi padre hace unos momentos o en que, a pesar de toda una vida tratando de evitarlo, estoy comprometida. Incluso ahora, solo pensar en la palabra *matrimonio* me provoca un nudo en el estómago.

No, pienso en lo que sea menos en esas cosas.

Así que reparo almas y hablo de versiones del paraíso, y me reúno con mi grupo habitual de mujeres mortales y les digo que he cambiado de opinión y que he aceptado su propuesta. Dejo que su conversación me inunde, me relaje, y solo al estar entre estas almas me siento más tranquila.

No puedo dejar este lugar. Estas personas ya no se desvanecen hasta convertirse en meros fragmentos de memoria; están completas, increíblemente vivas en el Inframundo, y son maravillosas. No puedo imaginar no volver a verlas, hablar con ellas de nuevo. Las adoro, y a este mundo también, y para quedarme aquí renunciaría a mi libertad, renunciaría a cualquier sueño de volver a ver Sicilia. Incluso abandonaría cualquier posibilidad de obtener la aprobación de mi madre. Quizá no estaré convencida del todo cuando vuelva al palacio, pero estoy lista para mentir con descaro, incluso a mí misma.

Estoy tan distraída que no veo a Estigia hasta que casi choco con ella en el pasillo.

—¿Te importaría explicarme por qué me han convocado a la corte esta noche? —pregunta.

—Bien... Puede ser porque Hades y yo nos vayamos a casar.

—Correcto —asiente—. Lo siento, ¿tan borracha estaba la otra noche?

—Mucho, pero esto ha ocurrido esta mañana.

Le cuento todo lo que ha pasado en un suspiro.

Espero que Estigia maldiga o haga algún comentario sarcástico o insista en que el matrimonio no es la solución.

En vez de eso me pregunta cómo me siento y rompo a llorar.

—Tengo miedo —admito—. ¿Y si no funciona? ¿Y si el matrimonio los enfurece más?

—No creo que puedan estar más furiosos —dice—. Literalmente, no tienes nada que perder.

—Tengo todo que perder.

—Bueno, estás perdiendo igualmente. Creo que es una gran idea, la única forma de aplacarlos en la superficie mientras los sacas de quicio desde abajo. Estarán furiosos, ¿no es tu propósito? Los habrás frustrado en el último paso.

Asiento despacio.

—Sí, sí, supongo que sí. Tampoco puedo pensar en algo más.

Ella se encoge de hombros.

—El matrimonio te otorgará cierta protección. Ser la reina del Inframundo te aportará más.

Ni siquiera lo había pensado. Moiras, ¿cómo es que ni siquiera había pensado en eso?

Casarme con Hades no solo significa quedarme en este reino para siempre, sino convertirme en gobernante, convertirme en su reina. ¿Y qué implica eso? Asistir a la corte, velar por el reino, tener poder. Es todo lo que siempre he querido.

Pero... No puedo hacerle eso. Es su reino. Él ya está haciendo mucho por mí al aceptar este matrimonio; él no debería perder poder en el proceso. Tiene que ser solo de nombre, una tiara en mi cabeza y un trono para sentarme y mantener la boca cerrada.

¿Podré hacerlo? ¿En qué se diferencia de la esposa en que Madre me estaba convirtiendo?

—No puedo hacerlo.

—¡Pensaba que esta era tu elección!

—Lo es —confirmo—. Pero no lo parece. ¿Cómo se supone que voy a ser la reina del Inframundo? En realidad, no puedo hacer nada sin usurpar a Hades, y no puedo quedarme sin hacer nada para el resto de la eternidad.

—Está bien, bueno, no estás usurpando a Hades, te estás casando con él. Además, ¿desde cuándo es un problema? Me parece recordar que dijiste que no te importaba si él aprobaba tus planes para crear una vida después de la muerte. Estás eligiendo un buen momento para preocuparte por tomar su poder.

—Sí, bueno, las cosas cambian.

—Y que lo digas. —Se frota las sienes—. Ya has conocido a tu prometido, ¿verdad? No es que le encante exactamente gobernar este sitio. Se aferra a esa corona solo porque significa que nadie tiene derecho a cuestionarlo sobre quién es o qué hace. Quizá le encantaría que lo ayudaras para que pueda pasar más tiempo leyendo o pintando o cualquier pasatiempo que prefiera esa semana.

—¡Bueno, tampoco puedo hacer eso! —grito mientras el pánico me invade.

—¿Qué?

—No sé nada sobre gobernar un reino.

Coge mi mano y hace círculos relajantes con su pulgar como siempre solía hacer Cianea.

—Quieres mejorar este sitio, es lo más importante. Y ya lo has hecho. Las flores...

Me río y aprieta mi mano con más fuerza.

—No, no te rías —me regaña—. Las flores son maravillosas. Son la vida misma que faltaba

antes de que vinieras aquí. Y aún no has creado el paraíso, pero has estado restaurando almas y manteniéndolas a salvo. Ya estás actuando como reina; eso ya es mucho poder, Perséfone.

—Sí. Más poder del que he tenido antes. ¿Qué se supone que debo hacer con más poder aún?

—¿Tienes miedo del poder ahora? Le dijiste a tu padre que querías el mundo cuando tenías ocho años. ¿Dónde está esa niña despiadada y exigente?

Trago saliva. Si algo me enseñó mi anfidromia es que en el mundo de mi padre no hay lugar para una niña así.

—La convirtieron en tu nombre, la convirtieron en un insulto, la convirtieron en algo que no es. No hay nada de malo en ser una niña, amor. Las niñas pequeñas no tienen miedo.

Reflexiono sobre sus palabras. Puede que algo que he enterrado esté al acecho, un lado mío que desea el poder, el deseo de algo más oscuro que me atrajo al Inframundo para empezar. La parte de mí que se emociona al pensar en una corona.

Mi vacilación, mi resistencia, mi miedo, ¿es lo que se supone que debo sentir?

—Es comprensible que todo sea un poco abrumador. No has tenido tiempo de procesarlo. Y si te ayuda pensar en mantener a Hades a salvo, entonces céntrate en eso. Pero debes saber que no es solo por Hades por quien lo estás haciendo. Y tampoco es solo por ti. Lo haces por mí y por cada habitante de este reino. Llevas aquí tres semanas y ya es un lugar diferente, un lugar mejor.

Quiero negarlo y decir que está equivocada, que yo no soy nada ni nadie, que soy una inútil y una niña estúpida e ilusa.

Pero no sería cierto.

Asiento. Estigia me atrae a sus brazos. Tardo un momento, pero luego le devuelvo el abrazo.

—¿Ves? —dice—. Todo estará bien. Ahora, ¿seré tu dama de honor? ¿O será complicado si también soy el padrino de Hades?

—¿De verdad vamos a tener que pelear por ti?

Agita una mano.

—Estarás bien, tienes otros amigos. Soy todo lo que él tiene.

—¿En serio?

—No, claro que no. Pero no pueden ser muy íntimos cuando él les oculta tanto de sí mismo. Yo, por otro lado, estoy al tanto de todos sus secretos. Y eso nos convierte en mejores amigos, lo quiera él o no. ¡Oh! Acabo de caer, con tu propuesta y todo eso, ¿significa que él sabe lo que sientes?

—¡No! —me apresuro a decir y ella esboza una sonrisa totalmente malvada. De inmediato me doy cuenta de mi error.

—¡Lo sabía! ¡Sabía que sentías algo por él!

La miro y, oh, dioses, ¿cómo? Me he apañado para mantener ese secreto durante ¿cuánto? ¿Tres días? ¿Cuánto tiempo va a pasar hasta que Hades se entere? Oh, Moiras, ¿pensará que lo he atrapado en un matrimonio bajo falsas pretensiones?

Tengo las palmas húmedas y ¿por qué estoy a punto de entrar en pánico? Mi corazón está

acelerado como si hubiera corrido varios metros. Increíble. Seré una excelente reina del Inframundo si esto ya es suficiente para asustarme.

—No puedes decirle nada.

Sus hombros tiemblan, lo que indica que le hace demasiada gracia.

—Tranquilízate, cariño. A él también le gustas, así que todo va bien.

—¿También le gusto? —No, eso es aún peor. Se supone que nuestro matrimonio es un acuerdo de negocios. No podemos añadirle eso; nos destruirá.

Mis sentimientos se niegan a someterse ante mi lógica. Si Hades siente algo así, es solo cuestión de tiempo que tomemos una decisión estúpida e imprudente y, seamos sinceros, esa es mi especialidad. Entonces saldrá a la luz que solo nos casamos para evitar que mis padres me obliguen a otro casamiento, para evitar que se dieran cuenta de que hui de ellos primero. Descubrirán que todo, desde el principio, ha sido para evitar que Zeus obtuviera lo que quería. Y seremos castigados en consecuencia.

—No le gusto —insisto—. Dime ahora mismo que no le gusto.

—Bueno, él no ha dicho nada, pero tengo lo que se conoce como ojos.

—¡Pensé que hablabas en serio! ¡Estigia! No tengo tiempo para esto.

—¿No tienes tiempo para sentimientos hacia tu prometido?

—No —digo bruscamente—. Porque eso no tiene nada que ver con que nos casemos.

—Aparte de que no quieres que Zeus lo destripe.

—Él no sabe que es por eso por lo que lo estoy haciendo, así que no le digas nada.

Suspira.

—Confío en ti para quitarle toda la alegría a una boda. Tu madre ha hecho un buen trabajo.

¿Madre estará feliz con lo que estoy haciendo? ¿Porque he encontrado a alguien que me gusta, alguien que me trata bien, alguien que se enfrentaría a la ira de Zeus para protegerme?

¿O estará enfadada porque Hades reaviva mis peores tendencias, porque le gustan las partes de mí que ella intentó eliminar?

¿O tan solo se sentirá destrozada? No tengo manera de decirle que esto es voluntario. Ella pensará que el cruel gobernante del Inframundo me ha secuestrado y que me están forzando a casarme.

—Estará preocupada —confieso.

—Está bien —dice Estigia con suavidad, quizá dándose cuenta de que nunca debería haber sacado a colación a Madre—. Puedes llevarla aparte en tu boda y hablar con ella. Quizá esté molesta hasta entonces, pero es mejor que la tristeza que habrías tenido de por vida si se hubiera salido con la suya. —Es incapaz de evitar arrugar la nariz. Estigia no es fanática de mi madre. Mis pensamientos sobre Madre me dejan en un callejón sin salida, luchando contra las condiciones de su amor, pero Estigia ha presupuesto que ella es horrible, lo que solo me hace sentir más culpable. Está claro que he hecho un trabajo terrible al hablar sobre Madre si esa es la idea que tiene Estigia.

—Ella nunca ha querido esto. Estaba intentando hacer lo mejor que podía con los deseos de mi padre —digo.

—Debería haber luchado contra ellos.

Pero eso es fácil de decir para Estigia, aquí abajo, en un reino que Hades ha mantenido lejos de Zeus.

—Tienes razón —le digo. No quiero debatir el tema—. Solo tengo que esperar a la boda.

Estigia sonríe mientras dos ninfas del viento pasan corriendo junto a nosotras con los brazos cargados con bandejas de comida.

—Primero superemos el anuncio ante la corte.

Las ninfas han estado corriendo toda la mañana, repartiendo comida y bebida por los salones, elaborando decoraciones y limpiando las paredes. Les prometí una fiesta exclusiva después de todo este paripé, mientras intento averiguar cómo pagarles a las ninfas del viento que no necesitan dinero.

Ahora miro las paredes vacías y brillantes, incapaz de imaginar el palacio lleno de gente, lleno de dioses.

Pero puedo verlo lleno de algo. Y ahora tenemos la excusa perfecta.

—Tengo que irme —anuncio—. Tengo que ordenar algo.

—¡Perséfone! —me llama Hades cuando vuelve.

No puedo distinguir si está furioso o feliz.

Está de pie en medio del vestíbulo, mirando las paredes a su alrededor. Mi corazón late: «Mi marido, mi marido, mi marido».

—¿Qué es esto? —pregunta.

No puedo evitar sonreír.

—¿No reconoces tu propio trabajo?

He cubierto cada espacio disponible en el palacio con tapices, pinturas y estatuas que Hades ha elaborado. Los encontré amontonados en las esquinas de sus salas de arte y apilados en torres que, en el mejor de los casos, presentaban un estado precario. Toda una vida de arte, de intentar escapar de pensamientos que ni siquiera puedo imaginar.

—¿Por qué están aquí? —pregunta en voz baja, con un toque de tristeza y una pizca de deseo.

—Son preciosos —digo con firmeza—. El arte tiene que exponerse y por fin tienes una excusa. Todos los que nos visiten creerán que los he hecho yo y ya no tendrán que acumular polvo.

Su rostro se transforma en una sonrisa. Hay peores seres con los que casarse, miles de seres peores. No me había atrevido a imaginar que alguna vez podría hacer que alguien sonriera así, tan cruda y abiertamente. Me siento realizada de alguna manera, como si cada una de mis asperezas se suavizara.

—Ni siquiera lo había pensado —dice.

—Bueno, tengo a todo el reino pensando que tengo un talento increíble, así que también me sirve.

—No tienes que seguir haciéndome cumplidos. Ya he aceptado el matrimonio.

—Además —continúo—, tendrás que fingir que has hecho el resto. —Hago un gesto con la cabeza en dirección hacia los humanos—. Dividir la tierra y restaurar las almas y todo lo demás.

La sonrisa de Hades vacila.

—¿Por qué?

—Porque es mucho más probable que mi padre me deje en paz si me cree inofensiva —digo —. Y si estoy conspirando para renovar la otra vida, no soy la niña dócil y amante de las flores que él cree.

Hades frunce el ceño. Aunque conoce las amenazas que ha hecho Zeus, no dejará que se interponga en su camino.

—A quién le importa si...

—Cariño, me estoy casando contigo. Creo que hemos establecido lo mucho que me importa y lo desesperada que estoy —digo.

Hades sonríe y me doy cuenta de lo mucho que amo estas burlas sin consecuencias, donde los insultos se reciben con sonrisas y risas, no con miradas heladas y regañinas.

Espera.

¿Es lo que significa?

¿Este encaprichamiento que ha ido creciendo es, simplemente, que me están tratando como a una igual por primera vez? Debería ser prometedor —puede que no tenga sentimientos por el hombre con el que me voy a casar—, pero no lo es. Siento que no puedo confiar en mis propias emociones si pueden deformarse con tanta facilidad.

—Siempre había imaginado a una esposa de voz suave que hablara de su adoración por mí de manera lírica —bromea. Lleva mi mano a sus labios y, cuando me rozan, siento que estoy cayendo en este reino de nuevo.

«Maldito seas, Hades».

Tiemblo al respirar y digo:

—Vete a la mierda. —Como si fuera la caricia de un te quiero finalizada con ojos llorosos y el apretón de su mano.

Hades niega con la cabeza, pero no puede evitar la sonrisa en su rostro.

—Siempre he pensado que eras una buena actriz, pero, por las Moiras, espero que tus habilidades para la actuación mejoren esta noche —dice.

—¿Para el papel más difícil de mi vida? —Levanto una ceja—. Hades, fingir que te quiero será mi obra maestra.

Solo espero tener razón.

Capítulo veintitrés

Tocan a la puerta de mi habitación y veo a un grupo de mujeres: Damaris, Cora, Larissa y Estigia.

—Pensé que podrías necesitar ayuda para prepararte —dice Estigia.

Está mintiendo. Está aquí porque no quiere que esté sola después de haber llorado antes en sus brazos.

—¿No ha venido Tempestad? —le pregunto.

—Me ha dicho que me fuera ante la mera sugerencia de unirse cuando está tan ocupada preparando el palacio para la llegada de la corte. Luego añadió algunas palabrotas más para recalcarlo.

Sacudo la cabeza mientras me río, sintiendo un repentino cariño por la ninfa y por Estigia y por todas estas mujeres que me rodean y se ríen mientras me visten como si nos conociéramos desde hace siglos.

Me arreglan el pelo, me rocían con esencias y me meten en un vestido que Hades ha traído del reino de los mortales, porque no ha tenido tiempo para hacer uno él mismo. Estigia se sienta en la cama, mirándome con una diversión irónica.

—Oh, no, cariño. No esperarás que te peine. Por eso he traído a las demás. No te preocupes, yo te proporciono el entretenimiento.

Cuando me siento por primera vez frente al espejo, puedo sentir cómo se derrumban las paredes y se levantan las defensas. Toda esta situación me recuerda demasiado a mi madre correteando cada vez que teníamos visitas, el tirón de sus dedos en mi pelo, mi respiración que se entrecortaba mientras me ataba algo imposible para que las visitas volvieran al Olimpo y difundieran rumores sobre mi belleza.

Pero no he dejado de reír mientras me pintan y me visten. Toda esta noche es un falso anuncio de boda, seré una falsificación de una novia sonrojada, y todo sobre mi apariencia será una actuación. La diferencia es que yo tengo el control. Madre no me está metiendo en un disfraz; yo misma estoy creando uno.

Cuando estoy lista, la perfección del disfraz hace que mis hombros se echen hacia atrás y mi cabeza se mantenga en alto. Es justo lo que necesitaba. Mi pelo largo está recogido dejando despejada mi cara y fluye libremente por mi espalda. El vestido negro barre el suelo, cubierto con una tela transparente bordada con flores negras. Las mangas son traslúcidas, mi piel brilla

bajo el encaje. En mis párpados se difumina el kohl y mis labios están pintados de un tono rojo oscuro y sanguinolento.

Estoy lista para convertirme en la reina del Inframundo. Se lo agradezco a las mortales y les prometo contárselo todo por la mañana. Estigia se va con ellas, alegando que se sentirá como una espía cuando vuelva con los otros dioses. Hay una sonrisa encantada en su rostro, como si nada la hiciera más feliz que estar al tanto de los secretos.

Me miro en el espejo por última vez y noto la certeza firme en mis ojos. Puedo hacerlo. Puedo pretender que tengo suficiente poder y potencial para que un rey no quiera nada más que convertirme en su reina. No será fácil, pero podría ser divertido.

No habrá vuelta atrás. Pero mis padres pronto sabrán dónde estoy de todos modos.

Salgo de mi habitación y bajo las escaleras de mármol para encontrarme con Hades.

Está enderezando un cuadro y aprovecho su distracción para recorrerlo con la mirada descaradamente. Viste una túnica negra formal, con gemelos dorados en las muñecas que hacen juego con los aretes que brillan en los lóbulos de mis orejas.

La túnica le queda bien, tan bien que no puedo evitar pensar que, si de verdad nos fuéramos a casar, no podría esperar hasta la boda para quitarle esas capas.

El pensamiento me sorprende y me agarro a la barandilla para no tropezar. No tengo ni idea de cómo ha surgido y una parte de mí quiere correr escaleras arriba. Pero luego se gira y me ve, y sus ojos se abren como si hubiera visto enemigos en un campo de batalla.

Mi propio pánico se disipa, como si solo mirarlo a los ojos fuera suficiente para sentirme tranquila.

Murmura algo que no puedo entender y sonrío mientras acorto la distancia entre nosotros. Sé que estoy deslumbrante y me encanta desconcertarlo.

—¿Qué has dicho, cariño? —pregunto.

Hades arquea una ceja.

—He dicho que llegas tarde.

—¿De verdad?

Hades sonríe.

—No, he dicho que estás increíble.

Le devuelvo la sonrisa, disfrutando de este momento de paz, solo nosotros dos antes de encontrarnos con las masas.

—Así me gusta más. Tú también estás muy bien.

—Increíble y muy bien no están a la par —dice Hades deliberadamente.

Él ya está bastante cerca y solo lo estará más mientras fingimos estar enamorados con locura. Mi corazón late. Puedo hacerlo. He estado mintiendo durante años. Así que también puedo convertir la verdad en una mentira.

—Entonces supongo que tendrás que esforzarte más para la boda —bromeo. Aunque, siendo sincera, si se esfuerza más podría desmayarme el día de mi boda. Podría ser dramática, pero no

creo que sea beneficioso para nadie.

—No había tenido ninguna queja antes. —Sonríe de forma maliciosa y el calor sube a mis mejillas.

—¿Antes? —pregunto—. Oh, estamos hablando de antes.

—¿Debemos hacerlo?

—Desde que terminaste la guerra, solo has estado rodeado por espíritus de la naturaleza medio corpóreos y los fantasmas de los humanos muertos. Definitivamente, estamos discutiendo tu antes.

Su risa rebota en las paredes hasta que estoy rodeada por el glorioso ruido que retumba.

—Te olvidas de la corte.

Levanto una ceja.

—Bueno, ¿quieres ponerme al día antes de que los conozca a todos?

—Hay una cosa más —dice y de su bolsillo saca un paquete envuelto en tela. Estira el cordón y se despliega para revelar, en la palma de su mano, una delgada cadena de plata con una gran piedra negra en el centro. Una estructura de metal se retuerce a su alrededor como la hiedra.

—¡¿Lo has hecho tú?! —exclamo cogiéndola y dejando que cuelgue de mis dedos. La gema capta la luz mientras gira.

Hades asiente, un poco avergonzado. Entonces vuelve esa sonrisa.

—¿No he mencionado que también soy el dios de las riquezas? Viene con el territorio, parece que soy dueño de cualquier cosa bajo el mundo, incluidas esas piedras.

—¡Moiras! ¿Cómo pude rechazar tu primera propuesta?

Se ríe y me hace un gesto para que me gire. Le entrego el collar y contengo la respiración mientras sus dedos rozan mi nuca. De repente, me doy cuenta de que hemos aceptado hacer esta farsa hoy. Y hemos estado dando vueltas desde entonces.

Lo que significa que... él ya la había hecho.

¿La ha hecho para mí? ¿O simplemente ha decidido dármela? Y, si ha sido lo primero, ¿cuándo? ¿Por qué?

—Ya está —dice antes de tenderme el brazo—. ¿Estás lista, mi amor?

—Oh, mi amor. Bien pensado —digo.

—Eso creo, ¿y tú cómo me llamarás?

—Mi señor, supongo. —Las palabras me dejan un mal sabor de boca. Son demasiado respetuosas, pero son lo que cabría esperar. Solo lo he llamado así de broma.

Por lo visto Hades siente lo mismo. Frunce el ceño con disgusto.

—Absolutamente no, no viniendo de ti. Ninguna tontería de esas como señor Hades tampoco.

Hay dos opciones en este teatro: o estoy aterrada, pero doy mi consentimiento, o me he enamorado con rapidez de Hades y él de mí. Lo primero sería mejor para apaciguar a mi padre, pero me quedaré con la que sugiere que tengo alguna elección y que me coloca en una mejor posición para una corona.

—Entonces supongo que también serás mi amor —digo cogiéndolo del brazo.

Él sonríe, pero su sonrisa es diferente de la habitual; más pequeña, más discreta. Casi escondida, pero no del todo. Ahora estoy tan en sintonía con su rostro que no estoy segura de que pueda ocultarme el más mínimo cambio de expresión.

Estamos a unos pasos de las puertas que conducen al mégaron cuando se abren por sí solas.

Hay tantas personas en el salón del trono que apenas puedo abarcarlas a todas con la mirada, dioses de muchas formas, colores y tamaños. Aquí veo alas. Ahí veo una cola. No tenía ni idea de que había tantas deidades en el Inframundo.

Cuando cruzamos el umbral, cuando la gente nos ve, los susurros se extienden por la habitación.

Esperaba exclamaciones y gritos de sorpresa.

Pero luego recuerdo que nadie sabe cómo soy. Para ellos, solo soy una chica misteriosa colgada del brazo del rey del Inframundo.

Hades ha invocado sus ilusiones una vez más y nos envuelve una niebla oscura. Se despliega ante nosotros como si estuviéramos surgiendo de la oscuridad.

Caminamos por el pasillo despacio y mantengo la vista a lo lejos, en el trono del final.

Tendré el mío cuando estemos casados.

Me estremezco al pensarlo.

Nos separamos alrededor de la chimenea, en el centro de la sala, y nos reunimos en el otro lado, nuestras manos se extienden antes de que estemos cerca. Cuando subimos los escalones del estrado donde se encuentra el trono, me paro junto a Hades mientras se sienta, un acto desagradable, pero necesario.

La gente se arrodilla a nuestro paso y pienso en Tempestad diciendo que a Hades no le importan los falsos halagos. Luego pienso en lo importante que es mantener la reputación de Hades: es lo único que le da la privacidad que necesita para su arte. Quizá los halagos son necesarios, como las espadas que envuelven el exterior del palacio. Me pregunto qué más podría ser necesario.

Hades parece igual de poderoso que el día en que llegué; el humo arrastrándose por sus brazos, la corona de metal retorcido, las túnicas negras, ásperas contra su piel oscura, y el trono de obsidiana que se eleva sobre la corte. Espero ser igual de sorprendente a su lado.

Estoy a la izquierda del trono. Hades coge mi mano cuando intento apartarla.

Es un tierno acto de equilibrio. Debo estar enamorada por completo de este hombre y emocionada hasta los huesos por nuestra boda, pero lo suficientemente distante como para dejar claro que el trono también es mi intención. Si voy a ser una reina, la gente tendrá que verme como tal, no como una novia tonta con una tiara. De lo contrario, la posición no será una protección en absoluto.

—En pie —ordena Hades y los dioses circundantes se paran. Los escaneo y me sobresalto cuando veo una cara familiar mirándome con un brillo calculador en los ojos.

Vi a Hermes hace apenas unas semanas compitiendo por mi mano con un caduceo.

Él no se percata de quién soy. De momento no.

Pero sigue siendo el astuto dios del engaño y eso lo convierte en una amenaza.

—No he visto una concurrencia así en mucho tiempo —dice Hades inclinándose hacia atrás para inspeccionar la habitación con una sonrisa cruel que se va desplegando en su rostro—. Es evidente que hay cierta curiosidad sobre por qué la corte se levantó de repente hace unas semanas.

Hay algunos movimientos incómodos entre los asistentes.

—Espero una puntualidad mucho mayor en el futuro. He estado trabajando en algo nuevo para los humanos y el castigo me ha avivado el apetito.

Reprimo la risa controlando mi expresión para parecer calmada. Hades me había asegurado que no suele ser un idiota tan sádico, pero dado que todos van a pensar que me secuestró, tiene que ser más idiota de lo habitual. Me alegro de estar dentro de su farsa, pero me preocupa que, habiendo visto al Hades real, pueda tener dificultades para tomarme en serio todo el teatro.

—Supongo que empezaremos con mi boda. —El silencio se rompe y los susurros inundan la habitación—. Silencio —gruñe Hades y los dioses reunidos se callan una vez más.

Se gira para sonreírme, pero las comisuras de sus labios están lo suficientemente torcidas como para que la sonrisa sugiera más burla que alegría. Él adora esta farsa tanto como yo.

—La corte se levantó porque mi prometida había llegado al reino. —Su voz es apenas más fuerte que un susurro, pero sé que todas las personas de la sala lo han escuchado. Los de atrás se estiran para ver mejor.

Sonrío, un movimiento pequeño e íntimo que les transmite a todos que no me importan sus susurros, solo el hombre a mi lado.

—Os presento a Perséfone. Puede que la conozcáis mejor como Kore, diosa de las flores y la belleza de la naturaleza. Pronto será Perséfone, diosa del Inframundo.

Hades no vuelve a exigir silencio, sino que sonríe con avidez mientras los susurros se propagan, como si nada fuera más agradable que el caos que ha estallado a nuestro alrededor. Todo el mundo está hablando, gritando, esparciendo rumores de un lado a otro.

Mantengo esa pequeña sonrisa en su lugar, como si no pudiera escucharlos en absoluto, y paso mi pulgar sobre la mano que descansa en la mía.

—Nos casaremos —continúa Hades, y la habitación se queda en silencio— en el solsticio.

Mis labios se abren, la única señal del grito ahogado que consigo reprimir. No habíamos hablado de ello, pero es perfecto. Los poderes de Madre estarán en su punto más débil durante el día más corto. No podrá detenernos, lo que me dará tiempo para decirle lo que en realidad está pasando. Y solo falta una semana.

«Qué listo es el desgraciado».

—Os invito a todos a la ceremonia para que seáis testigos de nuestra unión. —Besa mi mano con una técnica tan suave y practicada que la sonrisa que le devuelvo es completamente natural

—. Tenemos mucho que discutir. Así que bebed, divertíos y celebrémoslo.

Se pone de pie, dando por terminados los actos oficiales, y mesas llenas de comida y bebida aparecen en los extremos de la habitación. La música comienza a sonar, ahogando las conversaciones sorprendidas que continúan.

—Hades, eres un zorro astuto. —Hermes está frente a nosotros con una sonrisa nada menos que eufórica plasmada en el rostro. Es más bajo de lo que parecía en el lago y se ha esforzado por peinar su pelo negro y liso para la corte, aunque ya se está despeinando otra vez. No es que no sea atractivo, supongo que todos los dioses lo son, pero apenas puedo mirarlo sin pensar que estuvo pujando por mi mano.

Hades envuelve su brazo alrededor de mi cintura, acercándome a él casi posesivamente. Tampoco ha olvidado que este hombre estaba compitiendo por mi mano en matrimonio.

Estoy hiperalerta, pegada al costado de Hades. Mi espalda está arqueada y Madre estaría muy orgullosa de cómo cuelgo de su brazo como el adorno perfecto, si no fuera por el brillo malvado en mis ojos o la curva torcida de mis labios, ambos reflejados en la expresión de mi pretendiente.

Trato de disipar cada reacción por la que pasa mi cuerpo al sentir su cadera presionando mi cintura.

—No tenía ni idea de que fueras capaz de algo así. ¿Cómo lo has conseguido? —Hermes no parece molesto por haber perdido su oportunidad conmigo. Solo muestra respeto por un truco bien jugado.

Hades resopla con cierta diversión.

—Deméter se protegió contra la infiltración por el cielo, la tierra y el mar; nadie dijo nada sobre llegar desde abajo. Podría haberla cogido en cualquier momento. —Técnicamente no es una mentira, supongo—. Fue como un regalo que me estaba esperando —añade llevando su otra mano a mi barbilla e inclinándola hacia él.

Estoy dividida entre el impulso de abofetearlo por tal declaración y mi deseo de suprimir cualquier distancia entre nosotros. Él es todo lo que puedo oler, la sal de su piel, las especias persistentes de su té de la tarde, el olor a pimienta de su jabón. Es como si me estuviera ahogando. Podría besarlo ahora mismo, pasar mis manos por su pecho, cualquier cosa para liberar algo de este calor que arde dentro de mí.

Mientras me enrollaban el pelo sobre la cabeza, ¿qué demonios estaba haciendo él para prepararse? Debe de haber hecho algo de magia para tener este efecto en mí.

Entonces miro hacia arriba y sus ojos se encuentran con los míos, y veo cierto destello de reconocimiento.

Lo sabe.

En ese momento estoy segura de que conoce los pensamientos que pasan por mi cabeza. Una sonrisa se dibuja en sus labios y me resisto. Me niego a dejar que se sienta satisfecho con las cosas que me está haciendo.

Me río en su cara.

—Te gusta pensar que ha sido así, ¿verdad, mi amor?

—¿No estás de acuerdo? —pregunta levantando una ceja.

—¿Qué te hace creer que tú me has elegido a mí? —pregunto arrastrando un dedo por su pecho. Él se estremece, sus ojos se agrandan antes de entrecerrarse un poco. Podemos jugar dos a este juego, Hades—. Quizá lo pensabas mientras estaba ocupada eligiéndote.

Si ninguno de nosotros puede controlar los efectos de estar tan cerca físicamente, una reacción natural que no significa nada, entonces podemos convertirlo en entretenimiento, solo otra parte de la actuación.

—Quizá —confirma. Presiona sus labios en mi frente y sería muy fácil levantar la cabeza para atrapar sus labios con los míos. Me pregunto si eso es lo que quiere que haga. Casi puedo convencerme de que tales cavilaciones son solo sobre la farsa que estamos creando, pero esa punzada de deseo es innegable. Esto no es amor, no importa si lo deseo o no. Su beso solo sirve para mantener las apariencias delante del público. Es una mentira, aunque sea de lo más dulce.

Siento todos los ojos de la sala puestos en nosotros.

—¿Un regalo, Hades? —pregunta Hermes—. Y, dime, ¿cómo ha sido desenvolverlo?

Me olvido de mí misma y vuelvo mi mirada fría hacia el hombre que tengo delante.

Hades me sujeta con más fuerza.

—Sé que te encantarían los detalles, Hermes, pero me temo que debo decepcionarte. Perséfone será mi reina y ha sido tratada como tal —dice.

Hermes dirige su mirada hacia mí, examinando cada centímetro de mi cuerpo hasta que digo:

—¿Hay algo en lo que pueda ayudarte?

—Bueno, le solicité tu mano a tu madre —dice Hermes.

Mi mirada de sorpresa es demasiado forzada, pero Hermes no se da cuenta, sobre todo porque no está buscando engaños.

—No lo sabía —digo—. Y pronto seré la reina de esta corte. —Su reina. Él se arrodillará ante mí tanto como ante Hades. Creo que disfrutaré siendo reina después de todo—. Las Moiras disfrutan con sus juegos.

—En efecto. No eres lo que esperaba, muchacha de pureza.

—Ahora tengo un nuevo nombre —afirmo simplemente.

—Sí, ¿qué ha pasado?

Miro a Hades.

—Mutuo acuerdo —contesto.

Hermes se ríe.

—Entonces, para enfadar a Zeus. No, no, no te preocupes. No se lo diré, desde luego. Pero hablando de... déjame dar la noticia.

Hades asiente.

—Eres el único aquí que pertenece a ambas cortes. Sin duda, me ahorrarías una carta si estuvieras dispuesto...

—¿Dispuesto? —pregunta Hermes, y no sabía que una sola palabra pudiera estar llena de tanto regocijo—. Nunca he estado más emocionado por una conversación en mi vida. ¡Y soy literalmente el dios de los mensajes!

—Bueno, Zeus se reunirá con Helios en cualquier momento —dice Hades—. Pronto sabrá dónde está Perséfone, pero, por favor, comparte la noticia de nuestro compromiso.

Hermes sonríe ampliamente.

—Encantado.

—¿Le...? ¿Le harías saber a mi madre que soy feliz? Odio la idea de que se preocupe y... —Apoyo la cabeza contra Hades—. No podría desear una pareja mejor.

—Muy bien.

—Ah, y, ¿Hermes? —dice Hades. Me lanza una sonrisa llena de una felicidad tan auténtica que, por un momento, incluso me olvido de que está fingiendo. Luego se inclina hacia delante y susurra algo a su oído.

Él sonríe y asiente una vez antes de girarse y casi correr hacia la puerta.

—¿Te importaría explicármelo?

—Ya lo verás —dice.

—Bien. —Niego con la cabeza antes de descansarla de nuevo en el pecho de Hades.

—Olvidaba lo mucho que odio todo esto: los dioses reuniéndose e intercambiando historias de sus conquistas. Es repugnante.

—No importa.

—Por supuesto que sí —susurra—. Todo es parte de la razón por la que estás aquí, ¿verdad? La forma en la que hablan de las mujeres es terrible. Sé que no es tan duro para mí como lo es para ti, pero la presión que ejerce sobre los hombres... No tenemos sentimientos, no tenemos nada más que lujuria, y ni siquiera deseo, en realidad, solo el derecho a fanfarronear. Y si te abstienes es porque eres débil e indigno y...

—Hades, lo sé. Sé que es terrible y podemos discutirlo más tarde. Pero tenemos que concentrarnos —digo. Aunque, para ser honesta, nunca he pensado lo que les hace a los hombres vincular la masculinidad con la conquista sexual. Solo he reflexionado sobre lo que significó para mí, atrapada en una isla lejos de los ojos lascivos de los dioses. Siempre me dijeron que no hay nada que lo impida, que eso es lo que hacen los chicos y que todo lo que puedo hacer es tratar de disuadirlos de que me elijan. Quiero escuchar más sobre cómo este mundo también daña a los hombres, pero no cuando hay tantos dioses observándonos.

—Tienes razón. Nuestra conversación con Hermes ha salido bien, al menos —dice.

—Pero ¿cuántas de estas no lo harán?

—Todas irán bien. Somos demasiado buenos en esto.

Tiene su lógica. Es casi demasiado natural apoyarse en él, hacer que se gire hacia mí. Y ya había suficiente tensión entre nosotros, al menos por lo que a mí respecta. Con los dos

empeñados en crear más, hay tantas chispas volando que me preocupa que algo pueda incendiarse.

—Es cierto. Voy a buscar una copa —digo alejándome de él—. ¿Quieres algo?

Niega con la cabeza.

—Mejor que no te vean sirviéndome...

—No te estoy sirviendo. —Frunzo el ceño.

—Zeus y Ganímedes —dice Hades.

Y ese es el único comentario que necesito para que asienta y vaya en busca de una bebida.

Ganímedes, ese pobre niño que Zeus arrastró a los Cielos para convertirlo en su copero. Zeus se disfrazó de águila y pagó al padre del niño con caballos como compensación. Puede que fuera esclavizado, chantajeado o encaprichado, como insistió Zeus, al final Ganímedes se hizo inmortal para que pudiera servir al rey de los dioses para siempre, de la manera que Padre consideraba adecuada.

No, definitivamente no quiero que me vean como el Ganímedes de Hades.

Elijo un cáliz de vino de ciruela y me dispongo a volver con Hades cuando una mujer aparece a mi lado. Es joven, pero su cabello es plateado como la luna y sus ojos parecen más viejos que las estrellas. Reconozco sus ojos.

—Hablé con tu madre —dice Hécate.

Sonrío con suavidad.

—Lo siento mucho. No creo que nos hayamos conocido.

—No, no lo hemos hecho. Pero no necesitamos presentaciones —dice. Está de pie, cerca de mí, y se acerca más y más con cada palabra.

—Yo...

—Y no necesito nada de esta estúpida mentira —dice bruscamente.

Parpadeo hacia ella antes de escanear la habitación. Está demasiado concurrido.

—¿Podríamos hablar en algún lugar más privado?

Hécate asiente.

—Muy bien, Perséfone. Si eso es lo que deseas...

Capto la mirada de Hades y le hago un gesto hacia Hécate, él asiente. Lo último que necesito es que haga sonar la alarma porque he desaparecido.

Llevo a Hécate a una pequeña antecámara fuera del mégaron, llena de lujosos sillones y platos con nueces y aceitunas especiadas, el lugar perfecto para desconectarse de la fiesta principal. Estoy segura de que más tarde se llenará de dioses, pero por ahora somos las únicas aquí.

—Me observaste en el Lago de los Cinco Ríos. No intentes negarlo —dice ella.

—Yo no fingiría nada contigo —le respondo. ¿Qué razón tendría? Vi cómo jugaba con mi madre.

—He estado interesada en ti durante mucho tiempo —prosigue y no puedo evitar estremecerme bajo la intensidad de su mirada. ¿De qué sirve querer parecer joven? Nadie podría

creerla con esos ojos.

—No entiendo por qué —digo bebiendo del cáliz.

Ella tira su vaso al suelo y se rompe. Da un paso repentino hacia mí y los fragmentos crujen debajo de ella.

—Que mientas así... cuando sé justo lo que eres... —Se queda callada con una furia que me hace pensar en un niño pequeño dando pisotones. Hay algo en ella increíblemente viejo e increíblemente joven al mismo tiempo.

Bebo un sorbo de mi vino mientras espero que se calme y su furia se rompe como si la hubieran partido por la mitad. De repente, se está riendo. No es la carcajada de antes, sino un grito de alegría.

—Oh, sabes jugar.

—No quiero jugar a nada —le digo. Estoy sujetando la copa de vino como si fuera lo único que me sostiene. Me gusta desconcertar a Hades, pero no entiendo nada sobre esta mujer ni sobre por qué me tiene al borde de un precipicio.

—Te encanta este juego, niña.

—Podría prescindir de las grandes apuestas.

—¿No podríamos todos? —Ella sonríe y sus dientes están manchados del rojo de su vino.

Dejo mi copa.

—Hace tiempo que quería conocerte —dice.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Tu madre nunca me dejó entrar en la isla. Pensó que podría corromperte. Fomentar algunas de tus más elevadas ambiciones, y tenía razón, lo habría hecho. Un poder como el tuyo se propaga a través del tejido mismo de la magia que cubre el mundo.

—No soy nada especial.

—Esa es la voz de tu madre.

Trago saliva.

—Soy la diosa de las flores.

—Ese es el decreto de tu padre. Vamos, niña, sabes que eres mucho más que eso.

Lucho por las palabras, no encuentro ninguna.

Algo en ella es casi salvaje cuando dice:

—El único otro hijo de dos grandes dioses tiene un asiento en el consejo de los doce, tiene seguidores que acuden a él, posee todo lo que siempre has querido. —Ares. Uno de mis posibles pretendientes, dios de la batalla e hijo de Zeus y Hera. Nacido en medio de una guerra como yo, pero hombre. Él es quien yo podría haber sido, supongo, si las Moiras hubieran sido más amables—. Zeus debía de estar aterrado esperando que te conformaras con el papel que te asignó.

—Me encantan las flores —digo. Y es verdad. Podría desear más, pero nunca las abandonaría, ni siquiera por el mundo que pedí. Son mi primer amor, a menudo mi único consuelo. Por

supuesto, la oleada de poder que sentí mientras arrastraba almas por un barranco con un movimiento rápido de mi mano fue agradable, destrozar el suelo también resultó divertido, pero las flores... son otra cosa.

—Estoy segura de que sí —dice—. Pero tu poder nunca debió limitarse a ellas. Hacía ya mucho tiempo que no tenía un alma gemela.

Me estremecería si no quisiera ofenderla.

—No te entiendo —digo.

—Di lo que quieras decir, niña —sisea.

—No tengo más poder que la creación de flores.

—Tonterías. Estas últimas semanas he sentido algo más que flores.

Me encojo de hombros.

—Lo siento, no sé qué decirte. Todo son flores cuando llegas a la raíz, incluso cuando das forma al Inframundo. Y he estado trabajando con la sanación de almas aquí, pero ya está. Cualquier dios podría hacerlo.

Ella se burla.

—Pensaba que eras algo más. Hablaremos una vez que hayas aceptado lo que eres. Abre los ojos, niña.

La miro fijamente. ¿Acabo de conocerla y ya la he defraudado?

—He forjado mi propio camino en este mundo. Deberías darte cuenta de que tú estás haciendo lo mismo. Es increíble tu falta de conciencia. La juventud —escupe—. Todos pensáis que el mundo se creó con la visión de Zeus. Como si la Tierra no hubiera girado antes de que él se sentara en el trono. Adiós.

—Espera, ¿es lo único que querías decir? ¿Para eso me has traído aquí?

—He venido a ofrecerte un consejo —dice ella—. Aprovéchalo.

—¿Qué haces...? —Pero antes de que pueda terminar, ella se va.

Parpadeo al ver el lugar donde estaba, y siento que el corazón me late más despacio. La adrenalina corre por mi cuerpo y me desplomo contra la pared.

Yo... no tengo ni idea de lo que acaba de pasar.

Capítulo veinticuatro

Vuelvo al mégaron. Aunque está lleno de gente, veo a Hades de inmediato, como si un imán nos estuviera uniendo. Me mira a los ojos en el momento en que vuelvo a entrar.

—Ah, mi amor —me saluda cuando me acerco. Está hablando con otros tres dioses, todos ellos son absurdamente altos y ridículamente guapos.

Los ignoro por el momento mientras cojo la cara de Hades y presiono un casto beso en la mejilla a modo de saludo. Estoy decidida a no sentir nada, así que me concentro en mil cosas más para evitar que las chispas salten cuando lo toco.

Hades sonríe de forma engreída y, aunque no me atrae hacia él, sus dedos recorren mi espalda. No estoy preparada y esas chispas me pillan por sorpresa.

Gracias a los dioses, ni siquiera los sobresaltos pueden afectar mis expresiones o Hades estaría pavoneándose por el palacio durante semanas.

—¿Hécate ha dicho algo interesante? —pregunta antes de que pueda pensar en algo para irritarlo.

—Muchas cosas —digo y luego recuerdo la compañía y me afano a continuar—. Sobre ti, en realidad. Cosas de las que no tenía ni idea. —Hay una mirada de pánico en los ojos de Hades que me hace insistir—. Cosas fascinantes, de verdad. —Miro a los dioses, quienes me observan con descarado asombro mientras me burlo del señor de su reino.

—Ya veo —comenta Hades—. ¿Y tengo algo de qué preocuparme?

Me río.

—Bueno, no voy a cancelar la boda, pero, cariño, tengo algunos argumentos excelentes para nuestra primera discusión.

Ahora por fin me sujeta de la cintura y me mira como si yo fuera el centro de todo su mundo.

Podría volverse adictivo que me mire así.

—Entonces tendré que mantenerte satisfecha. —Sonríe—. Por fortuna soy muy muy bueno para mantener feliz a una mujer.

—Eso he escuchado —prácticamente ronroneo.

Puedo verlo tragar saliva y, por los dioses, qué razón teníamos antes al decir que somos demasiado buenos en esto.

—¿Cariño? —pregunto.

—¿Sí? —Parece perdido en mis ojos.

—No me has presentado a tus amigos —digo ofreciendo a los dioses una sonrisa de disculpa.

Hades casi se sobresalta, pero lo sofoca con una sonrisa fría. Parece que ahora no estaba actuando, lo que significa que lo estoy afectando más de lo que él me afecta a mí. «Oh, nunca dejaré que lo olvide...».

Y casi puedo fingir que no existe el pequeño resquicio de esperanza que persiste detrás de mi alegría.

—Por supuesto, mi amor. Estos son Tánatos, Caronte y Tártaro. Nosotros... luchamos juntos —dice repentinamente formal una vez más.

—Mi señora —murmuran inclinando la cabeza.

Me sobresalto, pero Hades sonríe al notarlo.

—Pronto serás mi reina —dice.

Me doy cuenta de que aunque no todos deben estar convencidos de nuestro matrimonio y de que yo ocupe el trono, muchos ya están preparados para aceptarlo.

Tánatos, el dios de la muerte, se levanta primero. Su largo pelo negro está apartado de su rostro. Es exactamente del mismo tono que las plumas oscuras y brillantes que cubren las alas de su espalda, en contraste con una piel tan pálida que puedo ver las venas azules palpitando debajo. Se ajusta el quitón de una manera que sugiere que no está acostumbrado a usar uno. Una espada descansa en su cadera y es fácil imaginarlo volando por un campo de batalla recogiendo almas.

Caronte transporta a los muertos a través del río Aqueronte, llevándolos al campo en el que se reúnen. Si esboza la misma sonrisa que me muestra ahora, los muertos lo seguirán a cualquier parte.

Y Tártaro podría estar tallado en mármol, cada centímetro de su cuerpo es tan fuerte que hace difícil creer que sea de carne y hueso.

—Encantada de conoceros. —Asiento.

—He visto vuestras pinturas en el salón, mi señora —dice Tánatos—. Son piezas impresionantes.

Sonrío y aprieto la mano de Hades. Después de todo, es un cumplido para él.

—¿Eso crees? —pregunto llevando el cáliz a mis labios.

Hades ha ocultado su trabajo durante tanto tiempo que no me siento culpable al tratar de sacar más cumplidos de sus labios.

Tánatos asiente.

—Paso más tiempo entre los humanos que cualquiera...

Caronte tose.

—Casi cualquiera —corrige Tánatos—. Y es asombroso lo bien que has captado las luces y las sombras de su mundo.

Me encojo de hombros.

—Qué puedo decir, este reino me inspiró.

—¿Este reino? —pregunta Hades.

Pongo los ojos en blanco.

—Y mi amor por ti, por supuesto. Antes de conocerte, mi arte era insípido e incoloro, y luego te vi y, de repente, fue como si me hubieran dado una nueva vida, como si nunca hubiera sido capaz de sentir. Supe que solo ahora podría pintar en color. No sé cómo yo...

Hades cubre mi boca con su mano, sus ojos bailan divertidos.

—Sí, entiendo bastante lo que quieres decir.

Lamo su mano y retrocede, más por sorpresa que por cualquier otra cosa. Por favor, como si las ninfas no hubieran intentado el mismo truco para hacerme callar durante años.

Me río y, para mi sorpresa, no soy la única. Los tres dioses sonríen y al instante me pongo en guardia antes de darme cuenta de que se están riendo con nosotros, compartiendo nuestra alegría.

—Quizá podría dibujarte, mi amor —le digo—. Sentado en tu trono, cavilando.

—Yo no cavilo. —Frunce el ceño.

Tártaro murmura algo en su bebida.

—¿Hay algo que quieras repetir, Tártaro? —pregunta Hades.

Tártaro sonríe descaradamente y me pregunto cómo lo hace Hades para moverse en esta línea delicada entre señor del Inframundo y amigo accesible. Entonces recuerdo lo que dijo Estigia sobre cómo mantiene a todos a cierta distancia.

—He dicho que es un placer veros tan feliz, mi rey. —Asiente.

—Por supuesto que sí.

—Sin embargo, no estoy seguro de cómo has logrado esconder a esta encantadora dama de nosotros tanto tiempo —interrumpe Caronte, antes de que Hades pueda seguir presionando a Tártaro—. He estado caminando entre flores durante semanas y ni siquiera me he dado cuenta.

—Acabas de responder a tu propia pregunta —dice Hades—. Es muy fácil ocultarte cosas, no eres muy perspicaz.

Los demás se ríen y no suena forzado o tan solo cortés. ¿Acaso esto sucede en la corte de Padre? Algunos dioses deben respetarlo de verdad, supongo. Los que son tan crueles y egocéntricos como él.

—Ahora que conocemos tu secreto —dice Tártaro—, ¿te unirás a nosotros otra vez para entrenar?

—¿Entrenar? —Busco en sus rostros una pista.

—No os preocupéis, mi señora —añade Tártaro—. No estamos anticipando una guerra, pero no está de más prepararse.

La mandíbula de Hades está apretada, pero asiente.

—Sí, claro. Aunque espero que hayas disfrutado la oportunidad de ganar un combate de entrenamiento en mi ausencia.

Los labios de Tártaro se contraen.

—Supongo que comprobaremos la práctica que has perdido.

Tánatos me sonríe.

—Estos dos luchan más con palabras que con espadas.

Pienso en Hades con cualquier espada, en cualquier lucha, y mi estómago se contrae. Entonces ¿entrena? ¿Para mantenerse al día con las apariencias? ¿O algo más?

¿Vale la pena revivir esos recuerdos?

—Perdona, ¿quién protege a los titanes y quién reúne a las almas humanas indefensas? —responde Tártaro.

Caronte se queja.

—Sabes, odio darle la razón, pero no puedes jugar la carta de los titanes. Hades es literalmente quien los puso en su jaula.

—Todos luchamos en la guerra —protesta Tánatos.

—La guerra fue hace años. Nadie discute el hecho de que Hades asestó el golpe final. —Tártaro sonríe—. Pero desde entonces alguien se ha sentado en el trono y ha sido atendido como rey.

—Dejemos esta discusión para cuando tengas una espada en la mano para defender tus afirmaciones, ¿de acuerdo? —dice Hades con firmeza.

Los dioses asienten, como si de repente se hubieran dado cuenta de la formalidad del escenario y de que no están en un foso de entrenamiento.

—Mi rey —saludan mientras se van.

—¿De verdad estaban discutiendo quién tiene la espada más grande? —susurro.

Hades se ríe.

—Eres completamente vulgar.

Me encojo de hombros.

—Me crie con las ninfas, ¿recuerdas?

—Y Deméter.

—¿Y qué niño no actúa de manera diferente con sus padres? —respondo.

Hades va a hablar, pero su respiración se entrecorta, sus ojos se fijan en algo que lo hace agachar la cabeza como si pudiera esconderse detrás de mí.

—¿Qué? —pregunto girándome, y veo a una pareja mirándonos. Cuando vuelvo a mirar a Hades, lucha por encontrarse con mi mirada. Me doy cuenta de lo que está pasando de manera bastante abrupta y digo, posiblemente, demasiado alto—: ¡Por las Moiras!, ¿es tu exnovia?

—No. —Hades traga saliva—. Es mi exnovio.

—Oh.

Vuelve a levantar la vista, asiente con cortesía hacia ellos y maldice.

—No, no, tienes razón. También tuve una cita con ella una vez.

—¿Quiénes son?

Hades hace una mueca.

—Dioses menores, Ponos y Filotes.

Reírse de su incomodidad es indudablemente cruel, pero es tan divertido que no puedo evitarlo.

—Entonces, ¿cuántas personas de aquí han estado contigo?

—No muchas —dice—. Pero es bueno comprobar que se llevan bien.

Pasamos el resto de la noche dando vueltas y me encuentro con tantos dioses que sus nombres salen de mi cabeza con la misma facilidad con la que entran. Conozco a los dioses de los otros cuatro ríos del Inframundo, ninguno de ellos es lo que hubiera esperado. Leteo permanece rígida, con ojos rápidos y listos, como si hubiera absorbido todos los recuerdos olvidados en sus aguas. Flegetonte es tranquilo y apagado, como si el río de fuego hubiera absorbido toda la ira que tenía para ofrecer. Cocito brilla, más radiante de lo que Helios o Apolo jamás podrían esperar. Quizá solo alguien que ha visto tanto dolor como el que se precipita a través de sus aguas puede lograr una sonrisa como esa, alguien que ha observado el sufrimiento que causa este mundo, aunque elige lo positivo. El río Aqueronte corre desde el plano mortal hasta el Inframundo, así que esperaba que su dios disfrutara construyendo conexiones, pero Aqueronte no es muy hablador. Asiente de forma solemne a las cosas que decimos y se disculpa a la primera oportunidad.

Y luego, por supuesto, Estigia también está allí.

—Mi señor. —Se inclina—. Esto sí que es una sorpresa para todos nosotros.

Hades hace un gesto con los ojos.

—Para.

—¿Así que puedes fingir y yo no? —Ella hace un puchero.

—¿Qué estás...? —pregunto alarmada.

—Oh, no te preocupes —dice ella—. Hades tiene su humo mágico y yo tengo un aura de protección. Mis secretos están a salvo, tanto si quiero mantenerlos como si no; cualquiera que nos escuche en este momento no se percata de lo que decimos. De hecho, dudo que puedan vernos. Probablemente, sea una charla amable desde su perspectiva.

—Oh, entonces ¿si golpeara a Hades nadie lo vería?

—¿Qué? ¿Por qué quieres pegarme?

—No quiero. Ha sido solo un ejemplo.

—¡Pues elige uno diferente!

—No tenéis que seguir con las disputas amorosas —dice Estigia—. Sois una pareja bastante creíble.

—Sí, somos muy buenos actores —coincido tratando de dirigirle una mirada asesina que Hades no capta.

—¿Ya está? —pregunta.

—Sí. Ahora, si no hay nada más, tenemos más dioses que conocer —digo.

Ella se ríe.

—Muy bien. Divertíos.

Llevo lejos a Hades sacudiendo la cabeza.

—Es casi tan engreída como tú.

—No soy engreído —alega, incapaz de evitar la sonrisa en su rostro.

Le toco la comisura de los labios, donde esa sonrisa aún no se desvanece.

—Cualquiera sería engreído contigo del brazo —dice en cambio, bajando la voz en lo que supongo que debe ser un tono sexi.

Nadie está mirando, así que simulo arcadas.

—Vamos, Hades, tengo una reputación que mantener. Si quieres que la gente crea que te quiero, tendrás que esforzarte más.

—Por favor, dime, ¿por qué todo nuestro supuesto coqueteo implica que te burles de mí y yo te haga cumplidos?

Me encojo de hombros y cojo su mano en el caso de que alguien me mire.

—Tenemos que ser lo más realistas posible.

—Eres una chica engreída y dramática —gime.

—Sí, ¿y? —Sonrío.

—Insoportable.

—Cuidado, querido marido, cumplidos como ese podrían subírseme a la cabeza. —Me doy cuenta de que estoy pestañeando mientras mi pulgar acaricia su mano. Parece que coquetear con él se está volviendo instintivo.

Sacude la cabeza con una sonrisa y se acerca un paso. Ni siquiera estoy segura de que sepa lo que está haciendo.

—Todavía no soy tu marido y no creo que tus insultos me estén animando a unirme en matrimonio. ¿No se supone que debes convencer a todos de que te deseo desesperadamente?

—Creo que estás haciendo un buen trabajo tú solo—bromeo—. Todo lo que se necesita es un pequeño roce. —Levanto una mano para acariciar su mandíbula, inclinando su cabeza hacia mí —. Y, prácticamente, te olvidas de respirar.

Su mirada se llena de desafío.

—No eres la más indicada para hablar de eso. Una mirada y te quedas sin palabras.

—¿Por qué no admites que me encuentras irresistible?

—Y, sin embargo, aquí estoy, resistiendo, mientras tú encuentras alguna excusa para tocarme.

Bajo la mirada y veo nuestras manos entrelazadas. Es un error, tiene unas manos preciosas. Dedos fuertes, líneas que deseo seguir con mis dedos y manchas de arcilla en los pliegues de la piel.

—Seguro que soy mejor que tú en esta patraña —digo.

—¿Quieres que aumente la intensidad? —pregunta Hades—. Porque el que seas un manojo de nervios no ayuda a nadie.

—Oh, vete a la mierda. —Me río.

—Cásate conmigo primero, luego hablaremos —bromea, y los dos nos reímos, agarrándonos el uno al otro para evitar doblarnos de risa.

Sin aliento, niego con la cabeza.

—Esto es muy ridículo. Podemos disminuir el coqueteo después de casarnos, ¿verdad?

—Eso espero —dice Hades—. Aunque debo decir que eres bastante buena. Supongo que es más fácil cuando no significa nada, pero a veces casi puedo creérmelo, aunque sepa que estás mintiendo.

«No significa nada».

No quiero hablar más con él en privado. Quiero volver a las actuaciones públicas para ocultar cualquier desorden emocional detrás de nuestra aparente adoración mutua.

—¿Quieres bailar? —le pregunto.

Hades arruga la nariz.

—Yo no bailo.

Finjo sorpresa.

—¿Qué? ¿Tú? Nunca...

—Entonces, ¿por qué preguntas?

—Porque te vas a casar conmigo, así que he decidido que bailes ahora.

—No.

—¡Puaj!, está bien, pero te voy a sacar a bailar en nuestra boda.

En ese momento Aclis aparece ante nosotros y volvemos a estar envueltos en los brazos del otro, cualquier cosa real desaparece con facilidad.

Luego Hipnos.

Luego las Erinias.

Luego Nix.

Los dioses continúan, uno tras otro, felicitándonos y deseándonos lo mejor, y es suficiente, casi, para creer que todos quieren que esto suceda. Para olvidar que el mismísimo rey de los dioses pronto estará furioso al descubrir nuestra unión.

Capítulo veinticinco

Estoy exhausta cuando nos retiramos. Hades despide a todos los que quedan en la fiesta con una última sonrisa satisfecha y les dice que los verá en el solsticio, antes de coger mi mano y sacarme del salón.

Las puertas se cierran detrás de nosotros y por fin estamos solos en la comodidad de nuestro palacio.

—¿Crees que ha sido suficiente? —pregunta.

Asiento.

—¿Cómo podría no serlo?

Me apoyo contra la fría pared de mármol mientras me doy cuenta de que mis padres saben dónde estoy. Todo ese tiempo, a orillas del Lago de los Cinco Ríos, he intentado interceptar el momento en que iba a suceder, y ha pasado mientras paseaba con los dioses del Inframundo.

Miro hacia la puerta del lago por un momento, pero es suficiente para que Hades lo note.

—¿Quieres compañía? —pregunta.

Me dejaría ir sola esta vez si se lo pidiera. Lo sé por la forma cuidadosa en que equilibra sus palabras.

Lo sorprendo ofreciéndole una pequeña sonrisa y mostrándole una botella de vino que he robado.

—Por supuesto, tenemos que compartir el entretenimiento.

Responde a mi sonrisa con la suya antes de asentir hacia la botella.

—Es mi vino, ¿sabes? No tienes que robarlo.

—Ah, pero una operación encubierta es mucho más divertida.

—¿Y si alguien te viera? —pregunta—. Entonces ¿qué? Podrían pensar que beber es la única forma que tienes de tolerarme.

—A lo mejor se preguntan qué más he robado... tu mano, tu corazón, tu inocencia... ¿Tu trono? —bromeo.

Hades se lleva una mano al corazón y dice con tristeza:

—Y tendrían razón.

—El trono tal vez, pero inocente no es la palabra que me viene a la mente cuando pienso en ti. —Lo miro de reojo—. Por cierto, cuéntame algo más sobre esos de los que hablabas antes.

—Perséfone, ¿por qué estás tan obsesionada con mi pasado sexual? —se burla, pero mi rostro se sonroja de todos modos. Me alegro de estar bajando los escalones delante de él para que no

pueda verme. Es increíblemente molesto cuando se cree que me ha ganado.

—Simplemente, no quiero sorpresas cuando estemos casados. Como un hijo ilegítimo en la puerta de nuestra casa o a algún joven suspirando por ti.

—Entonces, en tu imaginación, ¿estoy tan bien dotado que es posible que mis antiguos amantes vengan a suplicar a mis pies? —aclara.

—Bueno, si ciertas partes del cuerpo son tan grandes como tu cabeza, entonces...

Su risa resuena cuando salimos a la caverna del lago. He pasado años haciendo esta clase de chistes con las ninfas, nunca me atreví a decirlos yo misma, pero ahora me salen muy naturales.

—¿Es porque hemos visto a Ponos y Filotes antes? —pregunta.

—No, eso ha sido divertido —digo—. Es porque he escuchado demasiadas historias. No sobre ti, por supuesto, pero las cosas que los otros dioses han estado haciendo me han marcado de por vida.

—Ha habido chicas y ha habido chicos. No muchos de ninguno. Sin hijos ilegítimos. ¿Algo de eso es un problema?

—Bueno, no pensé que fueras virgen —digo. Me siento un poco aliviada, y no me importa admitirlo, de que le gusten las mujeres y, en teoría, yo tenga una oportunidad. No es que exista la intención de hacerlo, por supuesto. Pero mi preocupación no era sobre las preferencias de género. Los dioses pueden ser... creativos—. ¿Algún animal, objeto inanimado o monstruo creado por el caos?

—N-no —balbucea.

—¿Alguna vez te has presentado como una lluvia dorada? ¿O un cisne? ¿O una nube? ¿O...?

—Voy a pedirte que pares ahora mismo y a decirte un no muy firme.

—Entonces lo sobrellevaré.

Me siento en la roca áspera al borde de la caverna en esta habitación que es más natural que el resto del palacio y mucho más antigua.

—Podría invocar sillas, ¿no? —sugiere Hades.

Comienzo a quitarme los pasadores del pelo.

—Siéntate y ya está.

Se queja, pero, por fin, se sienta a mi lado en el suelo.

Se ríe mientras me sacudo el pelo. Limpio el color que mancha mis labios con el dorso de mi mano.

—Solo tú puedes pasar de ser tan glamurosa a todo un caos en cuestión de segundos.

Creo que tiene una idea equivocada de cómo funciona el glamur, pero tan solo le sonrío con la boca manchada de lápiz labial.

—Te vas a casar con este desastre.

Coge el vino y sirve dos copas.

—Sí, sí, me casaré.

—¿Esta noche te ha parecido demasiado fácil? —pregunto.

—¿Qué quieres decir?

—Solo... la manera en que estábamos actuando. He estado fingiendo toda mi vida y gran parte de lo que hemos hecho no lo he sentido así.

—Bueno, sí —dice—. Estamos fingiendo que nos gustamos, ¿verdad? Solo acabamos de superponer una actuación romántica a nuestra amistad.

—Sí, claro.

Pero los amigos no se tocan tanto como nosotros.

O hablan de las cosas que hacemos.

O añoran algo más que esto, sea lo que sea.

Repaso los siete tipos de amor, descartando rápido ágape, filautía y *storge*, porque estoy bastante segura de que lo nuestro no es amor por la humanidad, por uno mismo o por tus hijos.

Puedo posponer mis divagaciones sobre el pragma que es el vínculo que se forja durante años, no en días.

Y eros, me niego a pensar en ello. Eros es lo que me hace mirar los músculos que se estiran bajo la túnica de Hades y lo que provocó que temblara en sus brazos esta misma noche. Eros es ese deseo que me atrae hacia él, como un hilo invisible atado a mis entrañas. Eros es locura, lujuria y deseo, y me niego, absolutamente me niego, a considerarlo. Eros puede arruinarte.

Pero ¿filia y ludus? Me preocupan.

No amo a Hades a nivel del alma, filia, pero a veces, cuando dejo escapar ese vicio sobre mis sentimientos, siento que podría hacerlo. Seguro que el amor no es una elección, pero a menudo siento que estoy al borde de un precipicio, y lo único que me impide caer es elegir no hacerlo. A veces temo caer fácilmente en la filia.

Y ludus, ese amor juguetón... ¿Qué son nuestras burlas y nuestras bromas sino ludus? Es esa sensación de ligereza como el aire que tengo cuando nuestras sonrisas se encuentran.

Es fácil admitir que lo quiero.

Es más difícil averiguar de qué manera.

—¿En qué estás pensando? —me pregunta.

Lucho con desesperación por cualquier cosa que no sean mis pensamientos reales y no aterrizo demasiado lejos.

—Gracias. Por ayudarme, quiero decir. Renunciar a tu única oportunidad de tener un matrimonio feliz por mí significa mucho.

—Créeme, nunca iba a terminar en un matrimonio feliz.

—No puedes saberlo. Esto es un sacrificio y estoy agradecida.

—Bueno, no lo hago por tu gratitud —dice—. Lo hago porque es lo correcto. Por lo que a mí respecta, ni siquiera era una opción.

—Qué romántico. —Me río.

Él no.

—Oh, no te vas a poner triste para que te diga gracias, ¿verdad? —pregunto y luego apuro mi

copa—. ¿Podrías servirme más vino, por favor?

Me pongo de pie y me muevo hacia el lago. Madre aparece cuando paso mis dedos por el agua. Está viajando hacia el Olimpo.

—No estoy triste —se queja, pero ya no hay tanta ligereza en sus palabras.

—Seguro que no, cariño.

—Por eso ha funcionado. —Me señala mientras me giro y me distraigo demasiado al verlo tirado en ese suelo rocoso. No creo haberlo visto nunca tan relajado.

Me ruborizo cuando los pensamientos de lo que podríamos hacer en este suelo rocoso llenan mi mente.

—¿Mi cara? —pregunto logrando una mirada de incredulidad.

—Esa sonrisa burlona. —Hades sonríe perezosamente y me pregunto si es solo el vino lo que lo hace estar tan a gusto—. Esa sonrisa divertida y satisfecha, como si tuvieras todo lo que quieres y te estuvieras deleitando con el hecho de que nadie puede quitártelo.

—No siempre estaba fingiendo. —Hubo momentos esta noche en los que sentí que tal vez tenía algo de poder y que tal vez tenía todo lo que quería.

—Lo sé. Es lo que te hace tan difícil y tan convincente. Haces las mismas cosas tanto en la mentira como en la verdad —dice.

No estoy segura de cómo debería sentarme que me llamen difícil, pero supongo que no me importa demasiado mientras funcione.

—¿Puedes dejar de analizarme y darme mi vino para que podamos seguir disfrutando cómo se derrumban los planes de mis padres? —pregunto.

Señala la copa llena que tiene a su lado y me uno a él en el suelo rocoso justo cuando mi madre alcanza a Zeus.

Siempre me impresiona observar a Zeus en su trono. Solo lo he visto en él en persona una vez. El mégaron se parece al de Hades, al mío. Hay algo muy repulsivo al ver a Zeus sentado allí, con la barba sin afeitar y el pelo desordenado debajo de los confines de su corona. Se está esforzando demasiado a la vez que no lo hace en absoluto. No se parece en nada al poder puro que comanda Hades.

—Bebe un sorbo cada vez que Madre me llame «mi hija» —murmuro.

—Y cada vez que Zeus amenace a alguien —añade Hades.

—Bébete toda la copa cada vez que la persona a la que amenaza seas tú —digo, y consigo su deliciosa risa.

La pared áspera se está clavando en mi espalda y, por los dioses, desearía estar apoyándome al lado de Hades.

—El sol se ha puesto —dice Zeus.

—Sí, ya me he dado cuenta —responde Madre con la ira ardiendo como un fuego sofocado, a solo unos centímetros de la superficie.

—Helios va a volver —continúa Padre.

—Entonces, ¿a qué estamos esperando? Vamos a hablar con él.

—Quiero que esto termine tanto como tú, Deméter —dice, su voz es tan grave que gruñe como un trueno. No me sorprendería si alguna isla mortal acabara de experimentar una tormenta muy inesperada.

—Y yo quiero que me devuelvan a mi hija —gruñe Madre.

Hades y yo chocamos las copas. El vino es delicioso.

—Quienquiera que la haya cogido nos ha engañado a ambos, y a lo que significan este trono y toda la institución del matrimonio —apunta Zeus.

—¡Así que es Hera quien está gruñendo por tu garganta! —exclama Madre—. Quiero a mi hija de vuelta, no un monólogo.

Un rayo cae terriblemente cerca de mi madre, tan cerca que me quedo boquiabierta porque ella no se inmuta, aunque sus manos se hayan apretado en los pliegues de su vestido y los tendones de sus brazos se hayan tensado.

Trago con dificultad al sentir un nudo en la garganta. «No le hará daño. No lo haría».

—Cuando terminemos con esto, no quiero verte en el Olimpo antes de las próximas panateneas —gruñe.

—Estoy en el consejo. No puedes estar en la corte sin mí —protesta Madre.

—Tómate unas vacaciones —dice Zeus. Su amenaza tácita permanece en el aire.

Madre duda antes de asentir.

—¿Podemos irnos y averiguar quién se la ha llevado?

—Sí. —Zeus sale furioso de la habitación y Madre corre para alcanzarlo—. Cuando descubramos quién ha sido, lo arrastraré al Tártaro yo mismo, y cuando termine, nadie lo recordará por lo que hizo, solo rememorarán sus gritos de misericordia hasta que su nombre mismo signifique horror.

—Zeus se está volviendo poético en su vejez —comenta Hades fríamente.

—¿Lo contamos como una amenaza contra ti? —pregunto.

—Todavía no sabe que soy yo, así que voto que no o estaremos en el suelo —dice—. Bueno, más en el suelo de lo que ya estamos.

—Vale, solo un sorbo. —He estado bebiendo todo el tiempo, así que he rellenado nuestras copas mientras Padre llegaba a su carruaje.

Madre sube deprisa.

Llegan a Helios en segundos. Su carro brilla tan intensamente que incluso mis ojos inmortales necesitan un momento para adaptarse.

Apolo está sentado en el borde, afinando algún instrumento de cuerda o algo así.

—Qué...

—Vete —le dice Zeus.

Apolo asiente y desaparece rasgando las cuerdas.

Estoy reacia a admitirlo, pero me impresiona que de alguna manera haya vinculado el

transporte con su magia. Me pregunto si podría hacer lo mismo con las flores.

Helios había estado limpiando las ruedas del carro, pero ahora mira hacia arriba con nerviosismo.

—Vuestra Majestad. —Se tambalea para ponerse de pie para hacer una reverencia—. Yo...

—¿Dónde está mi hija? —pregunta Madre.

—¡Bebe! —grito.

—Ah, bueno. —Juega con la tela entre los dedos—. No estoy seguro...

—Responde a la pregunta —dice Madre. Nunca la había visto así de enfadada; su ira normalmente se expresa con palabras cortantes y un tono frío, pero no con el ácido que se adhiere al aire que la rodea.

—La tierra se abrió debajo de ella. Se cayó —dice estremeciéndose.

—¿Y pensabas que no debías mencionarlo? —Zeus retumba sin la furia helada de Madre.

—Pensaba que estaba equivocado, mi señor —dice Helios—. No me enteré de su desaparición.

Es obvio que está mintiendo, pero no pueden probarlo, ya que nunca publicaron mi desaparición.

—¿Quién se la llevó? ¿Gaia? —pregunta Madre con el ceño fruncido.

—El pozo era, ah, más profundo que el alcance de Gaia —murmura Helios.

—¿Hades? —Madre suspira, sorprendida y asqueada a la vez.

—Creo... Creo que sí, mi señora, pero él es un... un rey. La felicito por tan buen yerno...

—Silencio —gruñe Madre—. Él no es nada.

—Ya veo de dónde has sacado tu encanto —dice Hades sin expresión.

—Cómo se atreve... —Un relámpago destella alrededor de Zeus. Los Cielos tiemblan—. Haré que se arrepienta de su propia existencia.

—¡Y ahí lo tenemos! —proclama Hades—. Nuestra primera amenaza directa de la noche.

El vino sabe menos delicioso tomándolo así.

—¿Qué hacemos? —exige Madre.

Zeus parpadea.

—La recuperaremos.

—No puedes —dice Madre, tan sensata como siempre—. Es Hades. No puedes traicionar las reglas de la paz...

—¡Así es, no puedes! —grito a punto de arrancarme la lengua. Según las reglas de las Moiras, cualquier niño arrebatado por Cronos tiene derecho a gobernar. Y Hades y Poseidón permiten que Zeus lo haga con un pacto tan frágil que podría ser destrozado por..., bueno, por mí.

—Hades traicionó esa paz cuando raptó a Kore —protesta Zeus.

—Baja la voz —pide Madre—. Tenemos que llevarlo en silencio y con sensatez o la deshonrará.

—Ahógate en el Tíber, Deméter —dice Hades casi placenteramente.

Yo suspiro.

—No está equivocada, ¿no?

—Debería estar más preocupada por tu bienestar que por tus perspectivas de matrimonio —dice. Aunque no sé cómo decirle que, en el mundo de la corte del Olimpo, son lo mismo.

—Nadie estará discutiendo sobre la reputación de Kore cuando termine con Hades —gruñe Zeus.

Hades y yo gemimos mientras tomamos otro trago.

—¿Esta botella se está rellenando sola?

—Por supuesto. Todas están conectadas a los almacenes del sótano.

Mis ojos se abren.

—Bueno, si no quería casarme contigo antes...

—Mi-mi señor —tartamudea Helios señalando una mancha en el cielo.

A medida que se acerca esa mancha, me doy cuenta de que, por supuesto, mientras todo esto sucedía, Hades y yo estábamos anunciando nuestro compromiso a la corte.

Y aquí viene Hermes, en un momento más que oportuno, como seguro que sabía.

Vuela erguido y las alas que brotan de sus sandalias lo bajan suavemente a la superficie de la nube donde se encuentran.

—Ahora no es el momento —comienza Zeus, pero Madre, al menos, entiende lo que significa su presencia.

—¿Ella está allí? —pregunta Madre—. ¿Con Hades?

Hermes asiente, un movimiento corto y agudo tan contenido como la sonrisa que no toca sus labios, pero brilla en sus ojos.

—Oh, gracias a las Moiras —dice Madre, cuyo pragmatismo se desvanece—. Está... ella está... Es decir...

—Hades —escupe Zeus— va a...

—Ni siquiera tu rayo puede caer allí abajo —lo interrumpe Hermes antes de que tengamos que beber otra copa.

—Tal vez no, pero mi espada sí —gruñe Zeus.

—¿Es eso un eufemismo? —bromea Hermes—. Helios, vete a hacer algo a otra parte.

Helios no necesita que se lo digan dos veces, incluso cuando Zeus se gira hacia su mensajero.

—No tienes derecho a despedir a mis súbditos.

—Confía en mí, Padre, vas a querer una audiencia más privada —dice Hermes.

Madre solloza.

—¿Ella se encuentra bien? ¿Qué le ha hecho?

Hermes se ríe.

—Oh, está bastante bien. No estoy del todo seguro de que hayas sido sincera con nosotros, Deméter; aunque sin duda es preciosa, tímida y recatada no es exactamente lo que he percibido de ella.

—¿Qué? —Madre respira y, por primera vez desde que empezó todo, un tipo de preocupación más familiar toca los ojos de mi madre—. ¿Qué ha hecho?

—Me pidió que te dijera que está feliz —dice.

—¿Y ya está? —Madre gruñe—. Él podría haberla obligado a decirlo.

Hermes sonríe.

—No exactamente.

Su sonrisa desaparece deprisa cuando Zeus agarra el cuello de su túnica y lo levanta. Sus sandalias baten las alas y su mirada aterrada de estrangulamiento desaparece en segundos. Persiste la cautela.

—Ya es suficiente —gruñe Zeus—. ¿Qué sabes de Kore?

—Bueno, por un lado, ahora se hace llamar Perséfone —precisa Hermes.

Zeus lo deja caer y, después de un segundo, Hermes vuelve a aterrizar con suavidad en la superficie.

Hades y yo nos echamos a reír ante las expresiones en los rostros de mis padres. El desconcierto, la ira y, al final, la sospecha.

—¿Portadora del caos? —murmura Zeus—. No es eso lo que yo...

—¿En serio es lo que te importa? —lo interrumpe Madre.

Zeus lo considera y una nueva ola de rabia se estrella contra él.

—¿Hades cree que puede secuestrar a mi hija, mantenerla prisionera y cambiarle el nombre?

—Vaya, tu padre tiene una opinión muy baja de mí y de tu voluntad —dice Hades.

Me encojo de hombros.

—Ahí soy inocente.

Y luego nos reímos de nuevo, tanto que casi nos perdemos la respuesta de Hermes.

—Creo que fue mutuo.

—Esto es ridículo —gruñe Zeus—. No voy a perder ni un segundo más discutiendo cuando podría traer de vuelta a Kore y retorcerle el cuello.

—Mi bodega de vinos no está hecha para los juegos alcohólicos de Zeus —dice Hades mientras vuelve a llenar nuestras copas.

—¿Has visto lo borrachas que estaban las Erinias? Apenas nos acercamos —protesto.

—Si continúan así, seremos capaces de vaciar todo el sótano.

—Pues ya plantaré algunas uvas. Ahora cállate, nos estamos perdiendo el espectáculo.

Hay otra discusión rápida entre mis padres; Padre grita que me arrancará del Inframundo y Madre dice que nadie quiere que vuelva más que ella, pero tienen que ser más sutiles o provocarán una guerra.

—Nada de eso es necesario —comenta Hermes con calma.

—Se ha llevado a mi hija —alega Madre, provocando que bebamos de nuevo—. Le ha hecho cosas indescriptibles...

—Si te consuela, en realidad no creo que le haya pasado nada. —Hermes frunce la nariz—.

Para ser sincero, lo primero que ha hecho ha sido sugerir que no es más que un aburrido cumplidor de la ley.

Hades arquea una ceja.

—Parece que tendré que hablar con mi mensajero de la corte.

Estoy demasiado ocupada riéndome para responder. Al fin y al cabo, fue esa misma reputación la que me hizo arriesgarme a dar el salto al Inframundo.

—¿Eso ha dicho? —pregunta Madre—. ¿Qué otra razón tendría para raptarla?

—¿Sus talentos artísticos? —sugiere Hermes.

—Zeus, siéntete libre de eliminar a tu hijo de este reino lo antes posible —dice Madre con calma.

Hermes le lanza una mirada despectiva.

—Seguro que no hace tanto de la guerra para que seas incapaz de hacerla tú misma, ¿no?

—Muchacho. —La voz de Zeus es mortal cuando levanta su rayo.

Hermes levanta las manos en señal de rendición.

—Han anunciado su compromiso esta noche —añade.

—¿Qué? —pregunta Madre con la mano en el corazón—. No puede casarse con él. Ella...

—Ha perdido a todos los demás pretendientes. —Hermes se encoge de hombros—. Y me ha pedido que te diga que no podía esperar una pareja mejor.

—No sabe de lo que habla. Es solo una niña —dice Madre.

—Lo era —dice Hermes—. Como digo, ya no es una niña pequeña.

—Ese desgraciado —gruñe Zeus—. Ni siquiera ha tenido la decencia de competir por su mano como los demás.

—Tal vez sabía que nunca se la darías —sugiere Hermes.

—Si cree que esto impedirá que lo estrangule, entonces está muy equivocado —asegura Zeus.

—De hecho, te envía una sugerencia —anuncia Hermes mientras bebemos otro trago—. Te ofrece la oportunidad de asumir la responsabilidad por lo que ha sucedido.

Zeus farfulla y lucho por no ahogarme con el vino.

—Perdona, ¿qué?

Hades sonríe como si nada en el mundo pudiera divertirlo más.

—Me ha pedido que te ofrezca la oportunidad de afirmar que lo ayudaste a orquestarlo. Supongo que se refiere a que insinúes que querías esta unión y que necesitabas ocultárselo a Deméter —explica Hermes.

—¿Eso es lo que le has susurrado a Hermes? —pregunto.

Hades asiente.

—Maldito genio.

—¿Maldito?

Me encojo de hombros.

—Es relativo.

Esta vez la ira de Zeus es demasiado explosiva para amenazas ingeniosamente formuladas. Hades sonríe con orgullo.

—¡¿Cómo se atreve?! —exclama Padre furioso.

—Te insto a que lo consideres —dice Hermes—. Esto mejoraría la reputación ante muchos dioses.

—¿Y dejar que crea que puede hacerle algo así a su rey otra vez? —exige Zeus.

—Bueno, solo va a tener una esposa —dice Hermes—. Y ella parece bastante feliz. Y él es un rey por derecho propio. Lo sé, lo sé, eres nuestro rey, rey de los dioses, eso no es lo que estoy diciendo. Estoy diciendo que es una buena pareja para Perséfone.

—Deja de llamarla así —aclara Madre—. No puede casarse con el rey del Inframundo. El Inframundo no es lugar para ella, es demasiado sensible. Necesita las flores, la naturaleza y a su madre. Necesita quedarse en esta corte.

—No ha perdido el tiempo redecorando el reino, si te sirve de consuelo —interviene Hermes —. Tampoco parece sensible. En mi opinión, parece sentirse como en casa.

Los ojos de Madre destellan.

—¿Y tú qué sabes de mi hija, Hermes?

—Muy poco y asumo que habría seguido así —dice sonriendo de esa manera provocadora que es única de él—. Supongo que no he tenido mucho éxito compitiendo por su mano, ¿no?

—Todavía estábamos considerando nuestras alternativas —explica Padre con severidad—. Pero ahora parece que solo hay una.

—¿Qué? —Madre se gira hacia él, alarmada de repente—. No puedes estar pensándolo en serio. Sé que he dicho que no puedes irrumpir allí y traerla de vuelta, pero solo porque aún no hemos descubierto cómo recuperarla, no significa que no tengamos que resolverlo.

—¿Y qué hacemos con ella cuando la recuperemos? —pregunta Zeus—. Nadie más la querrá y ya han anunciado públicamente su compromiso.

—No —dice Madre en voz baja.

La ira de Padre todavía se refleja en el tenso asentimiento resignado que da antes de dirigir su mirada fría hacia Hermes.

—Dile a Hades que solo tiene una oportunidad para humillarme. Eso es todo.

—Tengo muchas oportunidades, querido Zeus, solo que no las aprovecho —dice Hades.

—Creo que es suficiente —concluyo levantándome para pasar los dedos por el agua—. Es mucho más dramático de lo que recordaba.

La imagen desaparece.

Al volver tropiezo desplomándome en el regazo de Hades.

—Ahí está la elegancia que conozco tan bien. —Hades sonríe mientras me deslizo a su lado.

—Lo que importa es que no he tirado el vino —digo. No estoy segura si el poder del carro de Helios ha alcanzado estas aguas, pero toda la caverna parece iluminada por la luz del sol.

Está más cerca que antes e inhalo ese aroma, su olor irresistible, ahora teñido con vino. Le ha

manchado los labios. Debe de haber manchado los míos también.

Si lo besara, ¿sería todo lo que saborearía?

Estoy demasiado borracha para ahuyentar los pensamientos. El alcohol casi parece la tapadera perfecta; podría culpar a la bebida si él no siente lo mismo.

Y estoy muy muy borracha como para considerar las consecuencias si él se siente de la misma manera, los dos atrapados juntos sin el espacio para explorar lo que pudiera ser.

Me está mirando, la risa aún suena, y hay algo en la expresión de su rostro. Estoy tirada en el suelo con un vestido de noche que Afrodita me arrancaría por la espalda. Mi pelo es un desastre, mi pintalabios está corrido y mis mejillas sonrojadas por la diversión. Nadie me había visto así antes y, por primera vez en lo que parece mucho tiempo, me alegro de sentirme vulnerable. ¿Y si mis muros, al no poder mantenerlo fuera, dejaron que entrara algo maravilloso?

—No puedo decirte lo increíble que es verte tan feliz. —La voz de Hades se vuelve seria de repente, sus ojos se centran intensamente en los míos. Son tan cercanos, tan cautivadores. Podría perder una eternidad mirándolos—. Me casaría contigo mil veces si te permitiera a ti, a tu verdadero yo, encontrar una felicidad así.

Pruebo el vino primero antes de conocer la sensación de sus labios. Mi beso es hambriento y desesperado, y tan lleno de cosas que no puedo decir que lo siento como una bocanada de aire. Sus labios son firmes y su piel suave mientras mis manos cogen su cara, atrayéndola hacia mí, y ni siquiera estoy segura de si mi corazón está latiendo. Todo mi cuerpo está hiperalerta y entumecido al mismo tiempo y...

Hades se aparta, los ojos helados, el cuerpo tenso.

—No lo hagas—dice en voz baja, parpadeando con confusión, como si no pudiera creer lo que he hecho, como si le hubiera hecho daño de alguna manera.

Se pone de pie deprisa como si su único propósito fuera poner distancia entre nosotros.

—Aquí no hay nadie. Nadie nos está mirando —dice, y la ira crece con cada palabra—. No necesito una maldita actuación.

Me pongo de pie de un salto también porque no puedo soportar su ira mientras lo miro.

—Hades, yo... —Pero las palabras se atascan en mi garganta cuando algo se cierra de golpe dentro de mí, y no sé qué podría decir.

—No quiero que hagas esto —dice enfurecido—. No quiero que lo hagas, para nada. ¿Por qué sigues pensando que sí?

Me pican los ojos, pero asiento.

—Está bien, está bien, lo siento.

Él niega con la cabeza.

—No puedo más. Cada vez que creo que me entiendes, vas y... Qué más da. Me voy a la cama. —Sus labios se tuercen—. Y, para que quede claro, tampoco te quiero allí, así que no vengas a buscarme.

Me muerdo la lengua para contener las lágrimas. ¿No es ya suficiente el rechazo sin su ira?

¿Su rabia? Pensaba... Pensaba... ¡Por las Moiras, no estaba pensando en absoluto! Pero si lo hubiera hecho, podría haber esperado un rechazo gentil, no esta aparente decepción y esta repulsión tan fuerte que tienen al hombre más amable que conozco a punto de explotar.

«¡Vete! —quiero gritarle—. ¡Lárgate de aquí!». No quiero que vea cuánto me han dolido sus palabras. Peor aún, no quiero que vea lo enfadada que estoy conmigo misma por arriesgarme y haber conseguido arruinarlo tanto. Pero si abro la boca, empezaré a sollozar, así que solo asiento.

Me lanza una última mirada que no puedo descifrar, algo dura, rabiosa y herida.

Y luego se va.

Capítulo veintiséis

Me paso la mayor parte de la noche llorando en mi almohada como una mocosa, y ahogándome con mis propias lágrimas, deseando tener a Cianea o incluso a mi madre para consolarme. Pero luego pienso en lo que mi madre podría decir: «Oh, cariño. Los corazones jóvenes se dejan influir con mucha facilidad y se rompen fácilmente. Por eso estoy eligiendo pareja por ti, para salvarte de ello. Anímate y la próxima vez entenderás que debes dejarlo todo en mis manos».

Y luego lloro más fuerte porque tal vez tenga razón. Tal vez nunca debí haber confiado en mis sentimientos. En los vaivenes de mi dolor y los efectos del vino, incluso empiezo a sentir que, si nunca hubiera venido al Inframundo, no sentiría tanto dolor en este momento.

Por la mañana tengo la garganta irritada y los ojos inflamados.

Dudo si quedarme en la cama, pero mi boca está más seca que nunca y la necesidad de beber un vaso de agua me arrastra hacia el comedor.

Hades está sentado esperándome.

Bien. Por supuesto que sí.

El solo hecho de verlo hace que mi corazón vuelva a latir con fuerza, sobre todo por la vergüenza y el miedo a que persista su ira, pero, en parte, y odio admitirlo, por el emocionante recuerdo de sus labios.

¿Él me devolvió el beso? No puedo recordarlo. ¿Habría sido capaz de sentirlo? No es que tenga mucha experiencia en eso.

—Buenos días —me saluda—. ¿Cómo estás?

Lo miro fijamente. ¿Ya está? ¿Paso una noche llorando, pensando que he arruinado nuestra amistad, reproduciendo su rechazo furioso mil veces y me saluda con algo tan simple?

—Bebimos mucho vino —aclara.

—Sí —digo buscando a tientas mi silla—. Creo que estoy bien. ¿Y tú?

—He estado mejor —dice recogiendo su vaso de agua—. Perséfone, tenemos que hablar de lo de anoche.

—No, no tenemos —opino agarrando cualquier comida de la mesa, y no sé por qué vuelven a ser granadas otra vez. Malditas granadas—. Lo siento. No volverá a suceder. No hay nada más que discutir.

—Está bien.

Levanto la vista hacia la suave tranquilidad de su voz. Hay algo extraño en él. Está hablando como si lo hubiera ensayado. Me pregunto si habré sido la única despierta durante casi toda la

noche.

—Cuando decidimos que nos casaríamos y lo anunciamos con rapidez, nunca hablamos sobre lo que podría significar. Sé que estamos fingiendo en público y sé que piensas que te estoy haciendo un favor, pero no es así. No necesito nada a cambio de este arreglo. No necesitas... tratar de complacerme o algo por el estilo. No me debes nada. Irritar a los dioses del Olimpo y mantenerte a salvo es recompensa suficiente.

Vacilo, completamente perdida por las palabras. Bueno, no del todo. Es solo que «eres un idiota, no fue por eso por lo que te besé» no parece la mejor respuesta en este momento.

Todavía puedo ver la forma en que se alejó, no, mejor dicho, cómo retrocedió incómodo.

La forma en que se puso de pie frenéticamente.

No podía pronunciar sus rabiosas palabras lo bastante rápido.

No me quiere de esa manera.

Está bien.

Y ahora me está dando una salida, una forma de evitar que sea incómodo.

Asiento.

—Entiendo.

Hades suspira.

—Bien.

Coge su comida y nos quedamos en silencio por unos momentos.

—¿Y bien? —pregunta.

—¿Bien qué?

—Insúltame o algo así. Este silencio es muy raro —dice.

Sonrío, aunque todavía me siento temblorosa.

—Bueno, ayer acordamos que insultarte cuenta como coqueteo, por lo que, dadas las circunstancias, no creo que sea apropiado.

Sus hombros caen cuando por fin se relaja, con una sonrisa vacilante en los labios.

—Creo que insultarnos mutuamente es algo que solemos hacer tú y yo.

No estoy segura de lo que esperaba del día, pero no pensaba encontrarme con la implacable planificación de la boda.

—¿No es para lo que tu madre te ha estado entrenando desde que naciste? —Hades gime con la cabeza entre las manos, mientras Tempestad nos pide que escojamos entre otras dos piezas de tela de aspecto idéntico.

—¿No es esto lo que haces todo el día? —replico.

—Esto no es arte. —Me mira como si sus ganas de vivir hubieran desaparecido—. Es administración.

—Está bien —digo poniéndome de pie—. Ya es suficiente.

—Perséfone, nos casamos en cinco días.

—Sí, y tengo flores que preparar —le digo. Me dirijo a Tempestad—: ¿Te gusta hacer esto?

—Adelante, adivina. —Frunce el ceño, apretando fuerte las muestras de tela con sus manos intangibles.

—Pensándolo bien, mejor no. Puedes retirarte.

Casi puedo sentir su alivio. Ella corre antes de que pueda cambiar de opinión.

—Perséfone —protesta Hades.

Niego con la cabeza.

—Créeme, a la mayoría de las personas con las que crecí les encantaría estar en mi lugar. Estoy segura de que algunas de las mortales aprovecharían la oportunidad. Dejaré que ellas lo organicen.

Hades duda.

—No estoy seguro de que sea lo mejor.

—Lo revisaremos todo —digo—. Y tendrás la oportunidad de añadir tu propio estilo demasiado dramático.

Se burla.

—Lo siento mucho, ¿acabas de tener el descaro de llamarme dramático?

—Cariño —digo—, literalmente existe una deidad del drama y estoy bastante segura de que no se acerca a nuestro nivel. Soy dramática, sí, pero tú también.

Reprime una sonrisa.

—Quizá sí.

—Entonces... Voy a salir porque no lo soporto y puedo hacer algo útil ordenando las flores. Y puedes ir a hacer la vajilla para el festín o lo que quieras —le propongo.

Hades sonríe de esa manera pequeña y tímida que tiene cada vez que hablamos sobre su arte. Todas esas aficiones que juró mantener en secreto, las que su aislamiento protege.

—En realidad, quería preguntarte —digo— si planeabas hacer mi vestido de novia.

—No —dice deprisa—. No creo que sea una buena idea.

—Pensaba que te gustaban los desafíos —bromeo.

Recoge los retazos de tela que estábamos comparando y frota las fibras como si estuviera tratando de medir su calidad.

—Es solo que... —dice sin mirarme—... podría ser extraño. Sería como si te estuviera vistiendo para que vayas como yo quiero. Como si te estuviera imponiendo mis preferencias.

Mi corazón late con fuerza ante la idea, la idea de que él pudiera estar pensando en ello. Que podría estar fantaseando con mi atuendo...

Consigo esbozar esa sonrisa de nuevo, la misma que señaló ayer.

—¿Tan salvajes son tus pensamientos sobre la boda? Si estoy de pie frente a ti con una túnica de batalla o con lencería, a lo mejor te habrás pasado un poco.

Se ríe.

—No lo había considerado. —Me mira, su sonrisa torcida otra vez—. Aunque...

Le doy un manotazo en el brazo.

—Compórtate. Es un vestido, Hades. Ya los has hecho antes.

—Es un vestido de novia.

—Hazlo, por favor —digo estrechando mis brazos contra mi pecho. No estoy segura de por qué me importa, pero me importa—. No quiero usar algo hecho por nadie más cuando me case contigo.

Sus cejas se fruncen, pero asiente de todos modos.

—Muy bien.

—Gracias —digo—. Ahora, si me disculpas, tengo que crear ramos de flores.

Me voy antes de que pueda echarse para atrás.

Mis amigas mortales están muy entusiasmadas con la perspectiva de mi boda, aunque más por el drama de los dioses que descienden al Inframundo y por la oportunidad de burlarse de mí sobre cualquier sentimiento que pueda tener por Hades, que por cualquier amor auténtico por tales eventos. Larissa dice que en su ciudad natal la boda se centraba completamente en la fiesta y estaría feliz de ayudar con el menú. Damaris, la granjera, sonríe con picardía y dice que lo más importante es la lista de invitados, ya que es lo que determina si los regalos serán buenos o no. Y Cora, la antigua princesa de Tebas, frunce la nariz con disgusto antes de cambiar de tema y pregunta si soy capaz de buscar espíritus, porque está buscando a un poeta de Lesbos.

Así que las dejo para buscar algunos espíritus que estén dispuestos a ayudar, pero en su lugar me encuentro con Estigia.

—¿Hola? —la llamo sin saber cómo encontrarla. Es un río largo.

—¿Qué? —se queja apareciendo instantáneamente ante mí. Tiene sombras oscuras debajo de los ojos, aunque la verdad es que toda ella es sombra. Sus pómulos altos y sus largas pestañas dibujan líneas oscuras en su rostro. La piel es menos blanca que gris, y los ojos son tan oscuros que se pierde la pupila.

—¿Qué te pasa? —le pregunto.

—Mucho alcohol en la sangre, supongo —gime—. ¿Besé a Palas anoche?

—No vi nada —digo quedándome helada. Su pregunta se acerca demasiado a lo que quiero discutir.

—Debe de haber sido en la fiesta posterior o tal vez fue a Tánatos. —Presiona la palma de su mano contra su frente.

—¿No recuerdas si el chico al que besaste tenía alas?

—No me estás ayudando.

—Bueno... Yo he besado a Hades.

—¿Qué? —Se levanta bruscamente con los ojos muy abiertos.

—Sí, no te emociones demasiado. No es que le gustara mucho.

Se lo cuento todo.

—Está bien, lo primero, Hades me ha mantenido en secreto su bodega de vinos durante años, ¿y aun así no me dijo nada de sus capacidades mágicas para rellenar copas? Menudo idiota. —Se queja con una mueca—. Aunque recuérdame que vuelva a mencionarlo cuando pronunciar la palabra *vino* no me haga vomitar. Y segundo, su reacción no significa nada. No puedes besarlo mientras los dos estáis borrachos y esperar que te declare su amor.

—Significa algo. Significa que solo le gusto como amiga —digo con firmeza—. Está bien. Es perfecto. No tengo tiempo para enfadarme por ello.

—Está bien estar molesta por sentimientos no correspondidos —opina ella.

—No cuando te vas a casar con la persona involucrada en dichos sentimientos en cinco días y necesitas buscar un planificador de bodas entre los mortales.

—En serio no me gusta nada cómo ignoras tus emociones porque estás ocupada —dice.

Me encojo de hombros.

—Sí, bueno, te prometo que me derrumbaré adecuadamente una vez que esté casada.

Ella me atrae a sus brazos.

—Señálame a los mortales —dice ella—. Deberes de dama de honor y todo eso, supongo que tengo que ayudar.

Juntas encontramos algunas personas. Una mujer de Creta me dice que sus cinco hijas se casaron y todas tuvieron una boda de la que se habló durante años en el pueblo. Es muy organizada, más allá de mis expectativas salvajes, y organiza a todos en varias tareas. Hay un joven de Cos con un ojo fantástico para la iluminación y una mujer mayor con sentido del glamur.

Pero, a pesar de ello, todavía no es suficiente.

Hades y yo no necesitamos una boda. Necesitamos *la boda*.

Esto no es solo una artimaña para fastidiar a Zeus. Hades fue elegido por Cronos. Al aceptarlo, rechacé las propuestas de cuatro de los doce miembros del consejo. Zeus, rey de los dioses y soberano del Olimpo, y Poseidón, rey del mar, están casados. Esta es la última boda real que se verá entre los dioses.

Me metí en esto sabiendo que los dos éramos dramáticos, pero resulta que somos mucho más dramáticos de lo que pensaba. Hades da órdenes para que todo se grabe con calaveras, Cerbero y otros símbolos de su reino.

—¿Qué fue lo que me dijiste sobre un perro marcando su territorio, cariño? —pregunto irónicamente.

—¿Te importaría usar un costal de yute? —responde agitado mientras inspecciona el patio donde nos casaremos.

Hago ramos de flores con algunas de mis mejores creaciones. Desde la distancia, el asfódelo y

la estigia se destacan en los ramos, pero, de cerca, miles de diminutas flores en un arcoíris de colores brillan como aceite derramado entre los pétalos. Hago que todo el patio florezca, cubro las paredes con hiedra, planto árboles para dar sombra.

Hades fabrica candelabros de vidrio, centros de mesa elaborados y enormes estatuas de mármol. Cuelgo guirnaldas en estas últimas.

Y en el ajetreo de correr de una tarea a la siguiente, se nos viene encima el primer día de la boda.

Capítulo veintisiete

La mañana de nuestra proaulia, me siento frente al espejo mirando mucho más allá de mi reflejo. Las tijeras cuelgan sin fuerzas en mi mano y soy consciente de estar más sola que nunca.

Nunca he querido casarme, incluso cuando era pequeña y ese era el único sueño que se me metía en la cabeza. Pero sabía que sucedería. Y pensaba que estaría rodeada de mis amigos cuando lo hiciera.

Creía que cuando llegara mi proaulia, Cianea le entregaría las tijeras a mi madre. Pensaba que Eudokia y Mirra me ayudarían a vestirme y que Juniper me colgaría un collar alrededor de la garganta.

Estigia es genial, y podría aventurarme a llamar amigas a algunas de las mortales también, pero no son las personas que me han conocido toda mi vida. Estoy sola y está bien, pero en un día como hoy no me gusta tanto.

Me deshago la trenza y suspiro para terminar de una vez.

Me miro en el espejo, veo el pelo largo hasta la cintura que me hizo una niña pequeña. Me irrita la mera idea de cortarme el pelo y, de repente, me pongo de pie y tiro las tijeras por la habitación.

¿Por qué cada maldita parte de mí está dictada por lo que los hombres quieren? Pelo largo para las vírgenes, corto para las mujeres casadas. Incluso el estilo; el pelo suelto insinúa que eres una zorra, si lo llevas demasiado apretado eres una estrecha. Si tu vestido es muy corto, eres una facilona. Si tu vestido es largo, demasiado recatada. Si no te maquillas lo suficiente, los hombres no te desearán, y ¿qué valor tienes si no lo hacen? Si te maquillas demasiado, te desearán mucho y cualquier cosa que te hagan, sea lo que sea, será culpa tuya. ¡Por los dioses! Todo, hasta mi antiguo nombre, lo han decidido los hombres.

Y lo peor es que ningún hombre me ha ordenado nunca estas reglas. Las han pensado, por supuesto, pero es la voz de mi madre la que escucho. Es la voz de las ninfas diciendo que Dafne quería la atención de Apolo; coqueteaba demasiado. Soy yo aferrándome a una hoz y asintiendo en silencio con la esperanza de que me mantenga a salvo.

Dioses, podría gritar porque no hay salida. Literalmente, cada decisión que estoy tomando se debe a los hombres, de una forma u otra.

No había hombres en mi isla y, sin embargo, yo estaba allí gracias a ellos.

No es nada que no haya pensado antes. Pero estoy cansada de bailar dentro de los confines de una prisión, sobre todo cuando he reforzado las cerraduras dentro de mi propia mente.

Ni siquiera estoy segura de si no quiero cortarme el pelo porque me gusta tenerlo largo o porque me molestan las implicaciones de llevarlo corto.

Alguien llama a la puerta y le grito a quien sea que entre. No creo que deba seguir sola y prolongar este ataque de nervios.

Hades cruza la puerta y sus ojos recorren la habitación.

—¿Qué te han hecho las tijeras? —pregunta.

—Símbolo del patriarcado —murmuro.

Él frunce el ceño.

—Nunca lo había escuchado antes.

—Estoy teniendo un mal día.

—Lo que todo hombre quiere escuchar el día de su boda —dice Hades arqueando una ceja y apoyándose contra la pared—. ¿Hay algo en lo que pueda ayudarte?

Niego con la cabeza.

—Es una situación de «condenada si lo hago, condenada si no lo hago».

—¿Existe una tercera opción?

Hago una señal de desdén.

—¿Hasta los hombros?

—Vas a tener que explicarte un poco más, amor —dice y mi corazón da un vuelco.

—Está bien, antes que nada, pensaba que habíamos acordado no llamarnos así en privado. —Señalo con el dedo enfadada.

—Pues, ¿*cielo* y *cariño* te parecen bien? —pregunta con escepticismo.

Mis amigas y yo nos llamamos *cielo* y *cariño* con tanta frecuencia que casi me olvido de que tienen significados alternativos. Pero al escucharlo ahora me hace tartamudear ante una posible respuesta.

Me giro hacia el espejo.

—No entiendo por qué mi apariencia tiene que indicar si soy virgen o no —digo—. Y la tuya no.

—Mi apariencia dice muy claramente que no lo soy. —Sonríe con picardía.

Lo fulmino con la mirada.

Levanta las manos en señal de disculpa.

—No es el momento.

—No. Pero no sé qué hacer —admito.

—Bueno, ¿quieres cortarte el pelo? —pregunta Hades—. Personalmente, no tengo muchas esperanzas en tu capacidad para hacerlo bien.

—No es que hubiera otra opción —reclamo—. Por si no te has dado cuenta, casi todas las personas a las que amo tienen una fuerza vital arraigada en una isla a miles de kilómetros por encima de nosotros.

—Perséfone —pronuncia Hades con tanta suavidad que se me saltan las lágrimas, pero no, no

estoy llorando.

—Está bien —digo rápidamente—. Quiero quedarme aquí. Adoro este sitio. Y cuando estemos casados y los dos estemos a salvo, podré visitar Sicilia. Pero la distancia hace que sea más difícil. He pasado toda mi vida temiendo mi boda y ahora las personas que pensaba que podrían hacerla soportable ni siquiera están aquí.

Hades se mueve incómodo en su sitio.

—Y volvemos a las cosas que un hombre quiere escuchar el día de su boda.

—Hades —gruño.

—Lo siento, lo estoy intentando, de verdad. Pero no se me da bien consolar a nadie.

—¿Ah sí? No lo había notado.

—Pero ¿qué quieres decir con «estemos a salvo»? Estoy perfectamente a salvo —dice.

—Zeus te ha amenazado al menos una vez.

Hace un gesto con la mano como quitándole importancia.

—Solo son palabras.

Creo que ha pasado mucho tiempo desde que Hades vio a mi padre. Y ahora mismo no tengo la energía para corregirlo. No cuando a partir de mañana, en el día de nuestros gamos, estaremos debidamente casados y no tendrá ninguna importancia.

—Déjame intentarlo de nuevo —dice Hades—. ¿Quieres cortarte el pelo?

—No es tan simple —explico—. Cualquier decisión que tomo tiene más que ver con todos los demás que conmigo.

—Muy bien, olvídate de cortártelo, entonces. ¿Qué te gustaría hacer con él? —pregunta.

—Enhebrarlo con flores —respondo al instante. Podría trenzarlas o formar una especie de corona, como una sombra de la que recibiré el tercer y último día de la boda, mi epaulia.

—Entonces no te lo cortes —dice.

—Pero se supone que debe cortarse para honrar a Artemisa —digo.

—¿A quién le importa?

—¡A mí! Y a ella también le importará. No necesitamos más enemigos en el consejo —señalo —. Todavía hay muchas posibilidades de que Zeus decida que un matrimonio no es suficiente para calmar su ego, y entonces realmente necesitaremos todos los aliados que podamos conseguir.

—Paso a paso —pide Hades acercándose a mí junto al espejo—. Lo afrontaremos juntos.

—No, no lo haremos. Es diferente para mí y lo sabes.

—Bien, entonces sostendré tus flores mientras destrozas el mundo —dice.

Es ridículo, pero de alguna manera, a pesar de todo, me hace reír.

—¿Tienes alguna sugerencia que no sea la destrucción del mundo?

—Sí. Si honrar a Artemisa es tan importante para ti, encuentra otra forma de hacerlo.

Me surge una idea. Algo que he hecho antes.

—Conozco esa mirada —dice.

Sonrío.

—Es la que tenía antes de hacer el asfódelo.

Frunce el ceño.

—Y la estigia. Sabes, me siento menos especial con cada nueva flor que haces para las deidades.

—¡Oh, qué mono! Pobre rey del Inframundo. —Le doy una palmadita en el hombro—. Sobrevivirás.

—¿Cariño? —añade antes de que pueda irme y crear algo para Artemisa—. Concentrémonos en llevarte al trono primero, ¿vale? Después podrás causar estragos.

—Te creo en honor a la diosa Artemisa —le susurro a la tierra antes de invocar una flor. Es solo una pequeña creación y similar a otras que he hecho. Pero es un poco más difícil de lo que esperaba. He sanado tantas almas ahora que es casi un instinto natural conectarme a este reino. Supongo que solo estoy dejando que la divinidad reviva sus almas, mientras que las flores son un poder único para mí y requieren un esfuerzo más consciente. Ya ha pasado un tiempo desde que me conecté con esta parte de mí.

Me siento cansada cuando consigo crear una pequeña parcela de flores. Puede que esté renunciando al corte de pelo tradicional, sin embargo, estoy emocionada por el baño relajante y las ceremonias de limpieza de proaulia. Pero primero miro con resuelta satisfacción los pequeños pétalos blancos y sus centros amarillos. Creo que a Artemisa le gustarán y, mejor aún, creo que reconocerá el acto de rebelión contenido en ellos.

Cuando era más joven quería ser como ella; guardiana de las jóvenes, corriendo libre por los bosques con sus amigas (si es realmente lo que son), cazando donde quiera que vaya. Pero nunca me protegió, y nunca ha protegido a cientos de jóvenes como yo. Artemisa siempre parece demasiado distante del mundo en el que habita. Si ella piensa que mi pelo largo es una ofensa, su furia podría ser algo aterrador.

Pero Hades tiene razón; esta es una buena manera de contraatacar.

Me estoy acostumbrando bastante a rebelarme contra las tradiciones del mundo de mi padre.

Solo espero que la boda funcione y no sea la rebelión lo que me meta en problemas. Al ver las flores que se extienden por esta tierra uniendo a los dioses, almas mortales y todas las criaturas intermedias, sé que no solo voy a estar en riesgo si esto sale mal.

Capítulo veintiocho

El segundo día de la boda, gamos, es el más importante. Es cuando ocurre la ceremonia de la boda propiamente dicha. Pero mucho más valioso es el día en el que llegan los dioses de las otras cortes.

La mañana comienza con Tempestad entregándome una taza humeante de té de menta en mi habitación. Mi ayuno continuará hasta el momento de la ceremonia, cuando Hades y yo mordamos la manzana ceremonial.

Es mucho mejor así porque ya me siento bastante mal como para comer.

Aunque no tiene tanto que ver que hoy me case.

Sino más bien porque hoy veré a mis padres.

Hermes dice que Zeus ha accedido a afirmar que ha sido idea suya. Parece que ha estado desfilando por el Olimpo riéndose de cómo manipuló a Deméter para asegurar mi mano para Hades. Y si quiere que todos le crean, hoy estará entre los dioses.

Y Madre... No tengo ni idea de lo que hará. ¿Se quedará allí tramando el asesinato de Hades? ¿Provocará una escena como muestra de su descontento? Debido a que su magia está restringida por el solsticio, ¿puede que grite y solloce? No parece algo que pueda llegar a hacer, pero no me sorprendería.

Cuando no hay nada más que restos en el fondo de mi taza, me pregunto si los oráculos podrían leer las hojas de menta rizadas de la misma manera que el té negro. Si es así, no tengo esperanzas para mi futuro.

Todavía estoy mirando en sus profundidades cuando mis compañeras mortales irrumpen inesperadamente en mi habitación.

Larissa se acerca y me pregunta cómo estoy, enrollando un dedo alrededor de mi pelo aún largo y asintiendo con aprobación. Damaris pregunta dónde está mi vestido y se llena de alivio cuando le digo que Hades lo tiene arreglado. Y como me siento abrumada por el miedo a todo lo que está por venir, más personas y dioses de los que he visto en mi vida, Cora me distrae con una vertiginosa historia sobre el poeta que al fin ha encontrado. Todas sonreímos con complicidad ante el rubor en sus mejillas cada vez que menciona su nombre.

Estigia llega una hora más tarde, cogiendo una taza de café y mirando en dirección a las mortales mientras balbucean. Me encanta la conversación; me siento como en casa, donde nunca estuve entre una o dos ninfas, sino veinte, tal vez treinta. Pero Estigia dice que no es algo que pueda soportar antes del mediodía.

Tempestad aparece con cosméticos y frunce el ceño ante la variedad de artículos de maquillaje que ya están esparcidos por la cama. Espero que desaparezca en el momento en que lo entregue todo, nunca se queda mucho tiempo, pero se mantiene flotando junto a la pared. Enseguida, ella y Estigia están haciendo comentarios despectivos sobre todo el asunto y sobre el hecho de que Hades no se esforzará tanto por parecer aceptable para los dioses. No entienden si me debo sentir más como una armadura o un disfraz.

Pero las mortales sí. Me llevan a los baños y me echan agua de rosas sobre la piel, me cubren el pelo con espumas de hibisco y jabones de fresia. Una vez que el agua limpiadora ha hecho su magia, estoy tan pura como pretendían los creadores de esta ceremonia. Damaris frota aceite de oliva en mi pelo para que brille mientras Larissa espolvorea mi piel con polvo de conchas trituradas para que reluzca, y Cora rocía una niebla de lirio y gardenia. A continuación, Tempestad le da flores a Estigia para que las meta entre mis rizos, aunque intenta poner demasiadas y hace pucheros cada vez que le digo que ponga algunas de las otras.

No es lo mismo que estar en compañía de Cianea y las ninfas, pero al menos es algo.

Y luego, de vuelta en mi habitación, me espera un vestido.

Mis compañeras se quedan heladas al verlo.

No tenía ni idea de que pudiera ser tan suave, que el encaje pudiera ser tan ligero, que la tela pudiera caer como el rocío sobre la hierba, incluso cuando aún está envuelto sobre la cama. Lo sostengo y el material se despliega como agua que fluye; plata líquida que brilla donde lo atrapa la luz.

—Perséfone —respira asombrada Cora—. Soy una princesa e incluso yo... Por las Moiras.

—¿De dónde ha sacado esto? —pregunta Damaris. Tempestad la mira con cautela, como si estuviera preparada para llevársela a algún rincón del reino si lo descubre—. ¿Hay una diosa de la moda de la que nadie nos ha hablado a los mortales? Le habría ofrecido un sacrificio por un trabajo así.

Incluso Estigia abre los ojos de par en par. Una cosa es saber de su talento, supongo, y otra verlo.

Si antes era precioso, no es nada comparado con la forma en que se adhiere a mi piel, como el suave beso de una brisa de verano. Hades ha usado un material que nunca había visto antes, un tejido suelto que sería transparente si no lo hubiera superpuesto con encaje. La falda flota a mi alrededor. El drapeado es artístico; se adhiere a mi cuerpo y se arremolina a mis pies. Tiene tanta libertad de movimiento que Madre nunca me lo habría permitido. En lugar de mangas, Hades ha cosido cuentas tan apretadas que forman cubiertas sobre mis hombros, y el dobladillo está bordado con patrones en espiral.

Pienso en Hades diciendo que el bordado era un oficio que nunca le había gustado demasiado y me ruborizo.

Doy las gracias a las mortales y les digo que las veré más tarde. Las había invitado a la ceremonia, pero palidecieron al pensar en todos los dioses y se disculparon con cortesía.

Estigia dice que debería ir a prepararse, ya que quiere estar sexi para Palas o Tánatos o quienquiera al que haya besado.

—Tempestad —pregunto cuando se van—, ¿dónde está Hades?

Niega con la cabeza.

—Lo he visto por última vez hace unas horas, cuando me pidió que fuera a buscar a tus mortales y a la diosa del río.

—¿Él te pidió que hicieras eso? —Una sonrisa se dibuja en mi rostro y la mantengo, hoy se me permite cualquier cosa que grite «novia sonrojada».

—Sí, me confía una gran cantidad de tareas importantes. —Se queda un momento más mirándome de reojo antes de salir a revisar los preparativos. Me propongo buscar a Hades.

Está en uno de sus talleres, rodeado de muestras de telas metálicas. Compruebo todo el esfuerzo que ha puesto en el vestido que le pedí que hiciera.

—Gracias —digo—. Es perfecto.

Se gira y no estoy segura de si es lo que esperaba, tal vez hubiera deseado una sorpresa más grande que la que mostró cuando me vio por primera vez en las escaleras la noche en que se anunció nuestro compromiso.

En cambio, sus facciones se congelan y después de un momento traga saliva.

—Pensaba que no debía verte antes de la ceremonia —dice.

Frunzo el ceño.

—¿Por qué?

—Es la tradición.

Me encojo de hombros.

—No he oído hablar de ella. De todos modos, siempre dices que no te hago suficientes cumplidos, así que probablemente deberías escribir lo que voy a decirte: es el vestido más increíble del mundo, Hades. Mis amigas apenas podían contenerse. ¿Cómo es posible que tengas tanto talento?

Hades se encoge de hombros, pero sus ojos brillan; son estanques de color marrón oscuro que brillan como el agua bajo el sol.

—Es bastante fácil cuando tienes la musa adecuada.

—Ah, ¿ya estamos practicando? —bromeo.

Parpadea y un segundo después una sonrisa perezosa aparece en su sitio.

—¿Estás sugiriendo que necesito práctica?

—¿Para llegar a mi nivel? Definitivamente —digo, pero mi sonrisa se desvanece cuando veo en qué está trabajando—. Eso es...

No estoy segura de cómo se me pasó por alto durante tanto tiempo. Las flores me están atrayendo, casi gritándome que preste atención.

—Tu velo, sí —dice.

La anakaluteria, el levantamiento del velo, es la parte más importante de la ceremonia nupcial.

Hades ha llenado cada hueco del encaje del velo con flores, de modo que solo se asoman destellos de tela. Estaré cubierta de flores de pies a cabeza, y me río cuando veo cuáles son: margaritas, fresias y gardenias. Pureza. Las flores que le dije a Cianea que iba a recoger antes de saltar al Inframundo. Qué deliciosa coincidencia y qué gloriosamente desafiante; un guiño secreto al hecho de que elegí estar aquí desde el principio.

—Son de casa —digo en voz baja, levantando una esquina del velo con suavidad. Las flores resuenan con el sentimiento de Sicilia, los prados por los que he corrido y la tierra que he cavado.

—Sí, bueno. —Hades se rasca la nuca, mirando algo al otro lado de la habitación—. No puedo traerte a tus amigas. Así que les envié un mensaje y te han hecho esto.

—¿Tú...? ¿Han hecho esto las ninfas? —Lo miro fijamente como si lo estuviera viendo por primera vez, mientras él permanece incómodo, sin reconocer el esfuerzo que ha hecho. Mi corazón se rompe por el hecho de que no puedo atraerlo hacia mí, no puedo demostrarle lo que significa para mí.

Él no me quiere de esa manera y en momentos como este desearía que dejara de actuar así.

Pero me concentro en mis amigas, en el amor que han cosido en el velo.

—Han sido difíciles de convencer —dice Hades—. Le envié un mensaje a Cianea. Pensaba que te había secuestrado, claro, así que no parecía muy feliz al principio.

—¿Cómo la persuadiste?

Hades sonríe.

—Siendo tan encantador como siempre. —Al ver mi ceja escéptica, se ríe—. Cariño, puede que me hayan malinterpretado, pero te conocen bastante bien. Les conté una o dos historias de cómo irrumpiste en mi reino, lo cubriste de flores y exigiste cambios. Al final supieron que no me lo estaba inventando.

No estoy segura de que mi sonrisa haya sido nunca tan amplia.

—No puedo creerlo. Muchas gracias.

—Sí, bueno, se supone que tu boda es el día más feliz de tu vida —dice—. Si no puedes tener al pretendiente que te mereces, al menos puedes tener el atuendo.

—Estás buscando más cumplidos y no los vas a tener. Sabes que encuentro tu compañía bastante tolerable —bromeo, y Hades finge una mirada herida.

—Hay una cosa más. Cianea exigió que, en el momento en que puedas, la visites.

—Perfecto. Ese era mi plan igualmente.

Hades asiente.

—Será mejor que vaya a prepararme. Los invitados ya estarán cruzando el Aqueronte.

—Está bien —digo—. Supongo que te veré cuando me case contigo.

Hades brilla de alegría.

—Adiós, mi futura reina.

El velo es pesado debido a las flores, pero estoy envuelta en el amor que las ha cosido. Cianea está aquí conmigo y sé que en algún lugar, junto a su río, está pensando en mí. Las ninfas quizá estarán discutiendo sobre mí en este momento, especulando y riéndose de mi felicidad.

Es casi suficiente para hacerme avanzar, pero puedo sentir a los dioses al otro lado de las puertas, y un cosquilleo en el cuello me dice que corra.

Entonces algo se abre paso, como una sensación de calma.

Estoy bien. Estoy a salvo.

Pero Hades no lo está. Él está en esa habitación y mi padre también.

Y si no me caso con Hades, Padre le hará cosas indescriptibles. Las amenazas de mi padre de descuartizarlo miembro por miembro no son una exageración. Ha hecho cosas peores antes. No me sorprendería si descubriera fosas en las cuatro esquinas del mundo preparadas para que Padre disperse a Hades.

Mis uñas aprietan el ramo que llevo en la mano y con furia en las venas doy un paso adelante.

Debería hacerlo por deseo. Debería hacerlo por amor. Debería tratarse de una elección.

Pero las bodas son transacciones comerciales. Se trata de control. No puedo ser la única a quien el pensamiento siempre le ha parecido una pesadilla.

Así que me voy a casar con este hombre.

Lo deseo. Me encanta. Yo lo elijo.

Me encanta este reino. Y elijo a estas personas.

Pero no importa.

Porque lo que más deseo es el poder.

Así que doy un paso adelante.

Voy a casarme con Hades y reclamaré lo que es mío. Voy a premiar y castigar a los muertos, pero, aún más, inspiraré y sembraré miedo hasta que los mortales de arriba presten atención. Puedo tardar generaciones, pero los humanos ya no amarán ni temerán a mi padre, se reirán de él, lo despreciarán por su falta de autocontrol. Mirarán con desdén a los dioses y forjarán sus propios caminos.

Y será gracias a mí.

Doy un paso adelante.

Con el tiempo mi nombre será más reverenciado que el de mi padre y los mortales valorarán la libertad por encima de todo.

Y tal vez siempre habrá personas que harán que la vida de los demás sea peor.

Pero todo el tiempo estaré aquí para dar refugio a esos otros y pedir perdón por no haber podido hacerlo antes.

Doy un paso adelante.

Chasqueo los dedos y las puertas se abren de golpe.

El patio se ha transformado en un paraíso. Debería coger notas para la vida después de la

muerte humana que estoy creando. Mis flores brillan como antorchas, su poder palpita, pululando alrededor de los invitados para recordarles quién soy.

Y pronto descubrirán que soy mucho más.

Los puedo ver perfectamente, a pesar de las flores en mi velo. Pero la multitud no puede verme.

Así que los miro con descaro mientras camino por el pasillo, rodeada de dioses que no he visto en años. Qué fáciles son de identificar los miembros de mi corte entre los dioses del Olimpo. Sonríen con orgullo disfrutando de su ventaja y mirando a los del Olimpo, que permanecen inseguros con sonrisas irónicas.

Paso junto a Afrodita, que recorre con furia mi vestido de arriba abajo. Le susurra a Hefesto, sin duda exigiéndole que encuentre a su creador.

Ares me fulmina con la mirada, justo el tipo de marido que estaba intentando evitar. Si necesitaba una señal más de que estoy tomando la decisión correcta, el mismísimo dios de la guerra me la está proporcionando.

Hestia y Hermes sonríen uno al lado del otro, Hestia cálidamente y Hermes con el placer travieso de estar en medio de una broma.

Dionisio se lleva las gafas a los ojos como si estuviera en el teatro. Me pregunto si el dios del drama presiente todas las actuaciones que he representado hasta ahora y si está juzgando la más grande de mi vida.

Apolo observa a los invitados, tal vez buscando ninfas en lugar de damas de honor. Artemisa está de pie a su lado, jugando torpemente con una pinza para el pelo plateada en forma de hoja, que sería más sofisticada si no hubiera una hoja real enredada a su lado.

La mirada de Atenea es tan fría como el escudo que cuelga de su costado.

Ahora mis pasos se vuelven más decididos.

Porque ahí está Poseidón, sus ojos son un océano embravecido y absolutamente indescifrables. ¿Está enfadado porque Hades ha cogido lo que no puede tener? ¿O está encantado de que Zeus haya perdido el control?

Hera sonríe con serenidad, encarnando la elegante armonía que espera de una boda.

Y Padre...

Zeus está haciendo un buen trabajo al parecer complacido. Sus manos descansan detrás de su espalda mientras examina la escena ante él. Pero su mandíbula está demasiado apretada; los músculos de sus brazos, demasiado tensos.

Sonrío, ni siquiera trato de reprimir la sonrisa porque el velo hace un trabajo brillante.

Todo este matrimonio valdrá la pena solo por cabrear a Zeus.

A su lado solo hay un espacio vacío. Mi corazón salta. ¿Dónde está ella? Necesito de toda mi fuerza de voluntad para no buscar entre la multitud. Siento pánico como si fuera una niña pequeña otra vez, perdida en el bosque y gritando a mi madre.

Porque no está aquí.

«Ella no está aquí».

Me he imaginado tantas cosas, tantas confrontaciones horribles; gritándole a Hades o arrastrándome sin escuchar mis protestas. Pero ninguna confrontación es peor que esto. ¿Cómo puede ser que no esté? Quiero decirle la verdad, demostrarle lo que he hecho con este mundo, presentarle a Hades y contarle todo lo que ha hecho por mí. Pero no ha venido. Mi madre no ha venido a mi boda.

Sigo adelante. Lo último que veo es a Hades.

Casi tropiezo.

No es que sea guapo, aunque por supuesto que lo es, su piel oscura radiante, ojos brillantes, pómulos y mandíbula tallados en algo más duro que el mármol. No es que su túnica blanca esté cortada a la perfección para realzar todas mis partes favoritas de él: sus hombros fuertes, muslos musculosos y caderas estrechas. Ni siquiera es la corona que descansa sobre su cabeza, atrapando la luz y atrayéndome más cerca, o el humo que cae de él en oleadas, o la oscuridad que se pega a su piel, más exagerada de lo que nunca la he visto para que parezca una criatura de una pesadilla.

Es la forma en que me mira, la sonrisa que no es visible pero que juega en su rostro. Es la forma en que está casi en trance. Es la forma en que me siento atrapada en su mirada.

Mi corazón está latiendo con toda su fuerza. Por el rabillo del ojo veo que Afrodita, diosa del amor, levanta la cabeza y abre los ojos de par en par, y me pregunto si es capaz de percibir cada sentimiento retumbando a través de mí.

Tres mujeres se elevan detrás de Hades, todas de apariencia modesta, diferentes solo en la edad. Las Moiras. El cabello de la más joven es largo y sin cortar. No puede tener más de doce años, pero algo en ella se percibe antiguo. La de en medio me recuerda a Madre de alguna manera, aunque no se parecen en nada. Recuerdo que mi madre no está aquí para verme. La última Moira hace que Hécate parezca joven. Sus ojos, blancos por las cataratas, me miran fijamente.

Puedo sentir su poder. Todos los ojos se dirigen hacia ellas. Hades y yo inclinamos la cabeza y los asistentes se arrodillan.

Zeus se inclina; un movimiento rígido y brusco.

Incluso los reyes deben inclinarse ante las Moiras, pero el espectáculo es maravilloso de todas formas.

Me coloco al lado de Hades y los dioses a mi alrededor se desvanecen. Ya no son individuos, sino un público distante. Tan solo puedo verlo a él.

El deseo de que esta boda sea real me golpea con tanta fuerza que lo siento más como algo doloroso y no como un anhelo. Ese pensamiento no me sorprende como debería; es otra ola de tristeza latiendo a través de mí. Sabía que me gustaba y sabía que quería más. Pero es muy propio de mí no darme cuenta de ello hasta el momento en el que estoy de pie, junto a él, a punto de casarme.

Hades sonríe un poco, es el asentimiento recatado de un monarca complacido. Pero ¿y sus

ojos? Oh, sus ojos están irradiando felicidad. Todo el mundo puede ver lo verdaderamente feliz que está.

Tengo que reconocer la derrota. Mi habilidad para mentir no tiene nada que ver con la suya. Su actuación es realmente otra cosa.

Cloto, la Moira más joven, da un paso adelante. Lleva un vestido blanco del tipo que ya no se consideraría adecuado para mí.

No me importa demasiado. De todos modos, solo los ensuciaba.

—Señor Hades. —Su voz es clara mientras retumba a través de la estancia como una campana tintineando—. Podéis levantar el velo de vuestra prometida.

Se me corta el aliento y se acabó. Pensaba que habría más preámbulo, más ceremonia.

Hades coge el borde del encaje del velo. Sus dedos rozan los míos y mil sacudidas estremecen mi piel. Hay algo al estar rodeada de tanta gente que hace que cada mirada y cada movimiento signifiquen mucho.

Sus manos tiemblan cuando levanta el velo.

Pongo cara de adoración, decidida a no reflejar nada de la ansiedad o angustia que estoy sintiendo.

El velo cae hacia atrás y las exclamaciones recorren la habitación.

—Es preciosa...

—Por las Moiras...

—Pero no tiene el pelo corto...

Los susurros me atrapan, pero los ignoro. Mis ojos se encuentran con los de Hades antes de inclinarme hacia él y él hacia mí, tal como lo hemos planeado: el segundo perfecto de vacilación, el aire cargado crepitando y luego el momento en que nuestros labios se tocan. Todo ello sincronizado para provocar las exclamaciones que suenan a nuestro alrededor.

Muevo mis labios contra los suyos metódicamente. Sí, sus labios son suaves, y lo único que quiero es entregarme a lo que estamos haciendo. Pero no puedo.

No podría hacerle eso, aprovechar el beso que exige la ceremonia para imaginar un beso que signifique algo. Pienso en nuestro beso en el lago y en cómo me volqué en él. Ahora me concentro en el engaño, en el murmullo de los dioses y en ladear mi cabeza para que todos puedan verlo. No hay nada en absoluto.

Pero luego su aliento llena mis pulmones y retrocedo, la intimidad inesperada atrapando el hierro en el que había envuelto mis sentimientos.

Hades parpadea como si estuviera mareado y fuerzo una sonrisa, agachando la cabeza como si estuviera avergonzada mientras la multitud vitorea.

No pensaba que fingir sería tan difícil. Seguro que sería más fácil aparentar si en realidad no estuvieras actuando. Pero me he envuelto en tantos engaños que han sofocado cualquier verdad.

La Moira mediana, Láquesis, da un paso adelante mientras Cloto retrocede. Láquesis sostiene una manzana en sus manos extendidas. Algo malvado emana del brillo rojo de las palmas de la

Moira. Algo que me hace sentir reacia a arrancarlo de sus dedos. Normalmente es una acción que el hombre debería hacer primero, pero Hades y yo estuvimos de acuerdo en que sería un acto de rebelión muy fácil.

Cojo la manzana antes de poder pensarlo mejor, y mis dientes desgarran la piel crujiente, su sabor fuerte cubre mi lengua antes de los primeros murmullos.

Le ofrezco la manzana a Hades. Él sonríe con esa sonrisa divertida y burlona tan característica y no muerde el otro lado, como sería la costumbre, sino el lado de mi propia mordida. Sus labios se encuentran con la piel donde estuvieron los míos hace un momento.

Mis rodillas se debilitan.

No estoy segura de por qué este pequeño acto hace que las mariposas revoloteen en mi estómago como lo hicieron con nuestro beso de verdad, no exactamente igual, pero casi. Sin embargo, aquí estamos.

Y no soy la única. Las Musas se abanican entre la multitud.

Supongo que si debo tener un marido falso, tener uno tan atractivo es definitivamente una ventaja.

La corona tampoco duele.

Él le devuelve la manzana a Láquesis y ella la guarda en un bolsillo. Me da miedo pensar para qué hechizos se usará.

Átropo, la tercera Moira, da un paso adelante con un lutróforo en sus manos arrugadas. El agua chapotea en el jarrón con cada paso.

Hades coge mi mano y nos arrodillamos ante ella. La piedra fría me presiona a través de las finas capas de mi vestido hasta que me duelen las rodillas.

Me sobresalto cuando el agua me golpea. Mi velo se humedece y el agua se adhiere a mi pelo, pero no vierte mucha antes de que la fina corriente se traslade a Hades. Su túnica blanca se vuelve traslúcida donde cae el agua, un destello de su clavícula se abre paso, las líneas a través de su abdomen que me muero por delinear.

De repente, el agua se detiene y nos ponemos de pie.

Átropo retrocede para unirse a sus hermanas.

Mi corazón late con fuerza y miro a Hades; nuestras manos aún están entrelazadas, la otra mano aferrada al ramo como si fuera lo único que tuviera sentido.

Se acabó. Estamos casados.

Me recupero rápido.

—Marido. —Sonrío, incapaz de apartar los ojos de las gotas de agua que se adhieren a sus pestañas.

Hades me acerca más a él.

—Mujer. —Esa única palabra se derrama con tanta alegría que de repente no puedo imaginar que pueda decirse de otra manera.

A nuestro alrededor estallan los gritos de celebración.

Capítulo veintinueve

Los vítores son abrumadores y solo permanecemos un momento agobiados por el ruido antes de que la gente también nos rodee. Nos empujan hacia el palacio y es un caos, pero Hades se aferra a mi mano y me sorprende descubrir que no solo estoy sonriendo, sino que me río extasiada. En toda nuestra planificación no me había preparado para lo feliz que podría ser un evento como este. Estaba tan concentrada en convencer a todos de que nos queremos que no pensaba en lo alegre que podría ser una boda si creyeras en ese amor.

Cuando por fin cruzamos el umbral, los gritos emocionados se hacen aún más fuertes.

Ares le da una palmada en la espalda a Hades.

—Muy bien hecho —dice.

—Dime que la comida en el Inframundo es decente —se queja Dionisio—. Estoy hambriento.

Miro alrededor de la habitación en busca de mis padres, como si pudiera haber perdido de vista a mi madre y ella pudiera estar aquí, o como si mi padre se abriera paso entre la multitud, con un rayo apretado en su puño. Pero hay demasiada gente. Las mujeres ya se están reuniendo, esperando que las lleve aparte a nuestra fiesta.

—¿Te veré pronto? —pregunta Hades mientras los hombres se reúnen a su lado. Su túnica todavía está salpicada por el agua que nos ha unido, la misma que se aferra a los pétalos de mi velo. No quiero ir por caminos separados; quiero estar a solas con Hades, quitarnos la ropa mojada y ponernos túnicas más cómodas, beber té junto a la chimenea y charlar durante horas.

Pero la boda es mucho más que la ceremonia y hay otras tradiciones que cumplir.

—Claro —digo alegremente, con la esperanza de que si sueno emocionada podré sentirlo—. No te desharás de mí tan rápido.

La gente a nuestro alrededor se ríe ante la idea de que Hades, quien ha planeado mi secuestro, ya se haya aburrido de mí.

Tal vez no se creen nuestro amor a pesar de todo. Tal vez solo están emocionados de que Hades haya ganado de esa manera. O tal vez creen que me ha raptado y que me he enamorado de él, retenida como prisionera hasta que me he encariñado con él.

Me recuerdo que para ser mi verdadero yo debo estar a salvo, y para llegar ahí debo conformarme hasta que termine la boda. Hasta el momento en que la corona esté sobre mi cabeza. Así que sonrío, los labios finos como el filo de un cuchillo, y me digo que todo lo que me hace un nudo en el estómago y me da vueltas la cabeza es mi munición. Será un placer llevar a estos seres crueles a la ruina.

—Damas. —Les hago un gesto con la cabeza a las diosas—. ¿Vamos?

Cuando comenzamos a caminar, Hestia viene hacia mí y pasa su brazo alrededor de mi cuello.

—Estás preciosa —dice emocionada.

—Al igual que tú. —Es verdad. Hestia no necesita toda la extravagancia que he buscado en mi atuendo. Tiene cierta naturalidad para conseguir que las prendas simples parezcan elegantes. Con su sencillo vestido color ámbar, sujeto al cuello por una cadena de cuentas de madera un poco más claras que su piel, y sus intrincadas trenzas unidas en un nudo retorcido, es encantadora, y luego sonríe. La sonrisa de Hestia contiene la calidez de una docena de hogueras y estoy muy contenta de que esté aquí.

Baja la voz y pregunta:

—¿Estás bien?

No estoy preparada para el aguijón de las lágrimas. Es la primera persona que me lo pregunta.

—Sí —le respondo con firmeza, ofreciéndole una sonrisa—. Gracias. —He puesto tanta sinceridad en mi agradecimiento que Hestia asiente, aparentemente convencida.

—Se invoca mucho xenía —dice—. No puedo hacer un seguimiento exhaustivo, pero la invocaste, ¿no? ¿Y él no la ha roto?

—Hestia, yo... —No quiero discutir esto aquí, ni siquiera con las otras diosas charlando entre ellas. Alguien podría escucharnos.

—Solo quería decir —continúa—, como diosa del hogar, que puedo sentir que esto te pertenece. Y me alegro de que lo hayas encontrado.

Me suelta con un apretón final y se desliza de nuevo entre la multitud de diosas. Parpadeo, siento mi corazón un poco más cálido.

Las llevo a todas al ala este. En el Olimpo se rumorea que es el ala favorita de Zeus, donde puede ver salir el sol y observar su mundo en un esplendor glorioso. Aquí abajo, el ala es mía. Las enormes ventanas en arco dan a los campos de flores, a los bordes de las tierras humanas trazables en el horizonte. De las antorchas del pasillo cuelgan ramos de flores que nos guían hasta la sala del fondo. El mármol blanco ya no parece un mausoleo ahora que está cubierto de tapices y arte.

Cuando llegamos al salón, una extensa mesa dorada se extiende a lo largo. Los candelabros brillan con luces parpadeantes, el techo es tan alto que podrías parpadear y creer que las luces son las estrellas mismas.

—¿Vamos a comer? —pregunta Hestia con alegría cuando ve la comida delante de ella.

Llevo días trabajando con las ninfas y los mortales para prepararla. Con acceso a innumerables ingredientes han creado platos de los que nunca había oído hablar. La larga mesa cruje bajo los platos llenos de carne jugosa cocinada con ajo y perejil, rebanadas de pan adornadas con aceitunas, verduras asadas en aceite de oliva y cubiertas con escamas de sal, arroz con fragancia de jazmín, platos al curri que envían sus aromas al aire en espiral, y otros guisos con nombres en idiomas que todavía tengo que aprender.

—Sí —confirmo dirigiéndome a mi asiento en la cabecera de la mesa.

—¿Ahora? —pregunta Hera bruscamente.

Asiento fingiendo inocencia.

—Sí, tengo mucha hambre. ¿Vosotras no? He estado tan emocionada que no he podido comer durante días.

Los espíritus del viento entran en ráfagas y los cálices de vino parecen llenarse.

—Es costumbre...

—Oh, ¿la espera? —pregunto—. Lo sé, pero Hades y yo creímos que no podíamos hacer esperar a mujeres tan importantes como vosotras.

Hera se congela tensando la mandíbula.

Levanto una ceja mientras espero su respuesta.

Técnicamente, se supone que las mujeres comen solo después de que los hombres hayan terminado. Hades y yo decidimos que era una tontería completamente sexista, pero fue Hera quien dictó estas costumbres matrimoniales, sin duda en un esfuerzo por apaciguar a su marido.

Hera es tal vez la diosa que me pone más nerviosa. No quiero insultarla subvirtiendo sus tradiciones. Es poderosa, la reina de los dioses y la esposa de Padre, y hay muchas historias sobre su venganza y crueldad. También la obligaron a casarse con él e incluso trató de derrocarlo una vez. Él la colgó del cielo con cadenas hasta que sintió tanto dolor que juró por el Estigia que nunca más se levantaría en su contra. Pero eso no significa que no pueda haber lagunas. Si puedo ponerla de mi lado, podría ser una aliada invaluable.

Claro que por ahora mi objetivo es sobrevivir a Padre, pero tengo una larga eternidad por delante y estoy pensando ociosamente a largo plazo.

—Maravilloso —dice Atenea tomando asiento a mi lado y es como si les hubiera dado permiso a las demás para sentarse. Hera duda solo un momento más antes de unirse a nosotras en la mesa, enterrando su expresión en su copa de vino.

No hay asientos asignados, pero las deidades se organizan en un cierto orden de todos modos. Los miembros del consejo me rodean: Atenea a mi izquierda, Artemisa a mi derecha, y Hera, Afrodita y Hestia, de quienes se rumorea que podrían unirse al consejo en cualquier momento, se suman a ellas. Otras diosas del Olimpo llenan las mesas tras ellas, desde las Musas hasta diosas menores: Melpómene, la musa de la tragedia, junto a Selene, diosa de la luna. Las tres Gracias se alinean junto a Tique, diosa de la fortuna. Se extienden una y otra vez hasta que se topan con las deidades del reino de Poseidón, Océano, flanqueado por su esposa Anfitrite, y Tetis, una diosa de un mar que nunca he visto. Las diosas de mi reino se agrupan en el otro extremo, Manía hablando amistosamente con Enio y las Moiras, inclinadas juntas en el extremo más alejado.

—Por esta unión —dice Hera. Su voz resuena en la habitación y corta cualquier conversación.

Todas levantan una copa, incluso Atenea y Cibeles, quienes las colocan con énfasis de vuelta en la mesa. Parece que algunas deidades son leales a mi madre. No sé si es un alivio o no. Al

menos nadie le ha dejado un asiento. No podría lidiar con un espacio vacío donde debería estar ella.

Cuando coloco mi ramo de flores en un jarrón vacío sobre la mesa, llama la atención de Artemisa.

—¿Qué es? —pregunta con un gesto con la cabeza—. Parece... extraño.

—Ah. —Sonrío—. Bueno, deseaba hacer una ofrenda, pero le tengo bastante cariño a mi pelo.

—Sí, me había dado cuenta —dice Artemisa, repentinamente fría.

—Pensaba que podía honrarte de una manera que solo yo puedo hacer. —Asiento hacia la flor que ha llamado su atención, racimos de pétalos blancos alrededor de un capullo tan amarillo que hace que el sol se vea pálido—. La llamo camomila. —El nombre parece una broma secreta: manzana de la tierra. Es lo primero que he creado en este reino destinado al consumo—. Está diseñada para sobrevivir en muchos climas, tiene muchas cualidades medicinales y es bastante deliciosa para tomarla en el té. Pensé que sería útil para ti y tus cazadores cuando busquéis comida.

No solo Artemisa, toda la mesa está en silencio, mirándome.

Atenea rompe el silencio primero y toca distraídamente una copa de vino con una uña afilada.

—Sin duda has aprovechado al máximo tu regalo —dice. Su mirada es aún más intensa por el fuerte contraste de sus ojos gris pizarra contra la piel de porcelana.

Mi sonrisa es perfecta: recatada, tímida y complacida a la vez.

—Es un placer traer belleza al mundo, pero que también sea útil es un tipo de magia que me siento honrada de tener. —Mis ojos se encuentran con los de Hécate y espero que ella me devuelva la chispa de alegría. Me dijo que yo era más que flores. ¿No es lo que quiso decir, la forma en que hago crecer las flores más allá de sí mismas?

Pero no está feliz. Sus ojos oscuros arden como la pólvora.

—Gracias..., Perséfone. —La lengua torpe de Artemisa lucha con mi nombre, pero me sonrojo cuando lo usa. Ninguna otra deidad olímpica había reconocido todavía que he rechazado el nombre que Zeus me dio en su presencia. No estoy segura si es lealtad a mi madre o a él—. Es un regalo que no esperaba y muy superior a un mechón de cabello.

—Sí, bueno —digo—. Gracias por proteger a las jóvenes. —Levanto mi copa hacia ella, mordiéndome la lengua.

Me pregunto si puede sentir el desafío, ver el brillo de ira en mis ojos.

Porque ella no me protegió. Me protegí yo misma. ¿Dónde estaba ella cuando Madre estaba tratando de casarme? Haciendo lo que nuestro padre le dijo. Todas en esta sala piensan que me secuestraron, que me obligaron a casarme y los dioses sabrán qué más, y ninguna de ellas ha hecho nada para detenerlo.

Y tal vez no me ocurrió a mí, pero he pasado suficiente tiempo con los mortales para saber que esas historias están lejos de ser poco habituales.

Todas esas jóvenes obligadas a cortarse el pelo en honor a una diosa que no puede protegerlas

porque está demasiado ocupada paseando por la celda que su padre creó para ella. Él le permite correr por la naturaleza, pero evita que interfiera con algo más que las afueras de este mundo. Y ella lo ha aceptado. Se aferra a su libertad limitada, demasiado asustada de cruzar la línea que le establecieron.

Lo sabe.

Como si escuchara mis pensamientos, Artemisa se sonroja, pero asiente.

No es protectora. Aún no.

Pero tal vez solo haga falta que una de nosotras desafíe con éxito a mi padre antes de que las demás hagan lo mismo. La mirada helada en los ojos de Artemisa, agachada hacia la mesa, sugiere que le encantaría enfrentarse a todos los que alguna vez pusieron en peligro a una niña, preferiblemente con una flecha en el ojo.

—Por favor, comed —insisto. Por supuesto que los hombres no dudarían. Las mujeres de mi corte ya han apilado sus platos hasta arriba.

—Ninguno de estos alimentos se ha cultivado aquí, ¿verdad? —supone Hera.

Le aseguro que no, retorciéndome ante la idea de que cualquier dios del Olimpo pudiera quedarse aquí para el resto de la eternidad.

Actúo durante la hora siguiente, brillando como un adorno de cristal para que me admiren. Finjo interés en los cotilleos que me comparten, me río de sus tediosos chistes e inclino la cabeza sonrojada ante cualquier pregunta sobre Hades. No van a obtener nada de mí.

Escaneo los rostros a mi alrededor, preguntándome quién más está interpretando un papel. Estoy un poco preocupada, aunque quizá no sorprendida, de descubrir que creo que todas lo hacen.

Las ninfas regresan con pasteles que brillan con azúcar, copos de crema batida y torrentes de miel. La fruta se apila tan alto en las cestas que hacen que el monte Olimpo parezca pequeño. Aparto a Tempestad antes de que se vaya, susurrándole que vuelva a llenar las copas de vino de las diosas.

Me pregunto si la fiesta de Hades es tan aburrida. Quizá todos ellos también están jugando sus papeles; hombres obscenos con festejos desenfrenados y preguntas viles. Me pregunto si Hades les debe de estar respondiendo mientras cojo mi propia copa. Apenas podía controlar a Hermes en nuestro anuncio de compromiso. ¿Cómo se las arreglará con una habitación llena de dioses que quieren detalles lascivos sobre nuestra relación inexistente?

Para cuando se retiran los pasteles, la conversación ha alcanzado su punto más álgido, gracias sin duda a las copas que se llenan con velocidad. Dos deidades menores del Océano están discutiendo acaloradamente y quienes las rodean giran la cabeza de un lado a otro como si estuvieran viendo un pentatlón.

Astrea, otra de las bastardas de mi padre y, técnicamente, mi hermana, se inclina hacia Peito, diosa de la seducción. Peito apoya la mano en el muslo de Astrea y ella se sonroja con un tono rojizo que solo he visto en las flores.

La gente está apartando sus platos y moviéndose para hablar con quienes están sentados más lejos, formando pequeños grupos de diosas que intercambian cotilleos. Justo cuando estoy a punto de unirme a uno, la mano de Hera me agarra del brazo.

—Tu madre está preocupada, ya lo sabes —dice. Sus ojos están más alertados de lo que sugieren sus movimientos torpes. No está demasiado borracha; esto es algo que diría sin escrúpulos estando sobria.

—¿Has hablado con ella? —pregunto—. ¿Se encuentra bien?

—¿Cómo va a estarlo? —responde Hera, pero no suena compasiva. Suena cruel, con un tono burlón en su voz—. Ella piensa que te está obligando a actuar, fingiendo ser feliz, pero estás muy encantada, ¿verdad? ¿Cómo has podido hacerle eso a tu pobre madre?

Bueno, si estuviera aquí, si pudiera hablar con ella, tal vez lo entendería.

—Amo a Hades —confirmo—. Y espero que con el tiempo ella pueda verlo. Estará complacida de lo feliz que estoy con mi marido.

Hera resopla burlona.

—¿Llevas casada menos de un día y esperas la felicidad? Qué inocente eres.

—Estoy exigiendo felicidad —corrijo y retiro el brazo tan bruscamente que se sobresalta. Me pongo de pie de la misma forma—. Discúlpame.

Cualquier plan para aliarme con Hera tendrá que esperar. Antes de que pueda elegir un grupo para hablar, Hécate aparece a mi lado.

—¿Puedo hablar contigo en privado? —pregunta.

Reprimo un suspiro. Tengo la sensación de que protestar no terminará muy bien.

La llevo a una pequeña habitación tan cerca del salón de banquetes que todavía puedo escuchar la charla de las diosas.

—¿Qué es esto? —pregunta agitando su mano arrugada hacia mí.

—¿Podrías dar más detalles?

—Tu red de engaño es una desgracia.

Cruzo los brazos sobre mi pecho.

—Lamento que pienses eso.

Me doy la vuelta para irme, pero ella se pone delante de mí empujándome hacia atrás.

—¿Por qué estás jugando a la novia sonrojada cuando podrías estar haciendo mucho más?

Trago saliva.

—Si quiero ayudar a los mortales, entonces necesito...

Hécate se estremece.

—Sigues pensando en pequeño.

—Pues déjate de adivinanzas, entonces. Si crees que soy mucho más que esto, dímelo. Dime qué es lo que crees que soy.

Ella se ríe.

—Pero no sería divertido. Nada divertido.

—No tengo tiempo para divertirme. Soy una chica haciendo todo lo posible para sobrevivir en este mundo. Este matrimonio es el medio.

—No deberías estar tratando de sobrevivir en este mundo; deberías estar tratando de destruirlo.

—Eso no es algo que pueda lograr en una tarde —digo sin más, con la esperanza de que la indiferencia cubra mi pánico. No necesito que Hécate sepa que es justo lo que estoy tratando de hacer: acabar con los dioses del Olimpo y el mundo que han moldeado. Si en realidad puedo hacerlo, entonces mi otra vida después de la muerte alterará tanto la moralidad de los mortales en sus cimientos que el mundo nunca volverá a ser el mismo, y tampoco los dioses. No sé qué haría ella con esa información. La única persona a la que le confío algún secreto en este momento es a Hades—. Ahora, si me disculpas.

Ella sisea.

—Ese chico es una distracción.

—Hades... —empiezo.

—Es secundario.

—Es mi marido.

—Es un extra —gruñe—. ¿Lo quieres? Tienes suerte. Pero escondes tu poder detrás del suyo como si solo pudieras ser la reina de este sitio con su ayuda, como si el poder que corre por tus venas no significara que podrías quitárselo. Como si no hubiera estado destinado para ti desde siempre.

Sus palabras me cogen con la guardia baja.

—¿Este reino? ¿Crees que mi poder tiene algo que ver con este reino?

—Pregúntaselo a tu marido si te preocupas tanto por él. Él lo sabe.

Se aleja y yo miro la pared. ¿Hades me está ocultando secretos? ¿Secretos sobre mí y este reino? No he hecho nada que alguien más no pudiera hacer; un roce con energía divina para restaurar algunas simples almas mortales y una grieta en la tierra que conseguí conectar con las flores que mi padre me dio.

Pero... ¿qué pasa si no lo hice?

¿Y si ella tiene razón? ¿Y si es otra cosa?

Tal vez Hécate quiere confundirme. Ella no simpatiza con Hades, eso lo ha dejado claro. O, mejor dicho, cree que no lo necesito. Tal vez está tratando de distraerme. Tal vez sea solo otro juego. En cualquier caso, no puedo permitirme el lujo de pensarlo en medio de mi boda.

Al regresar a la fiesta, escucho voces retumbando por el pasillo.

—¿Crees que porque estoy aquí estás perdonado? —reclama Padre.

—Por supuesto que no —dice Hades con su voz tranquilizadora, de una manera que me recuerda demasiado a cuando me suplicaba que no lo odiara.

—Si te pasas el más mínimo milímetro de la raya...

—Sé que no me estás amenazando en mi propio reino, Zeus —dice Hades—. No cuando eres

un invitado y te estoy ofreciendo mi hospitalidad.

—Si crees que temo a Hestia y a su maldita xenía después de todo esto, entonces tú...

—¿Padre? —pregunto mientras vuelvo la esquina. Pestañeo confundida, abriendo los ojos ligeramente con la esperanza de que transmita algo inocente. Hades contiene la risa—. ¿Va todo bien?

Mi padre se aleja de Hades, a quien había presionado contra la pared con gruñidos y puños.

—Por supuesto, Kore —dice.

—Ahora soy Perséfone —me apresuro antes de que pueda corregirme—. Tenía la intención de hablar contigo para agradecerte que me hubieras buscado un partido tan excelente.

Por su parte, Hades ha cambiado el terror por la admiración, aunque no creo que ninguna de las dos emociones sea real.

—Bueno —dice Padre ajustando su túnica, que está desalineada sobre sus hombros; no está diseñada para manipular a los dioses—. Es todo lo que cualquier padre haría por su hija.

—Sin duda —digo en lugar de la diatriba que deseo darle sobre el hecho de tratarme como si fuera de su propiedad.

—Estoy contento de ver que por fin aceptas tu papel, Kore —dice, su ira con Hades se desvanece en una sombría satisfacción, como sabía que sucedería. Al final de la noche puede que esté tan complacido con mi sumisión que es capaz de creer que en realidad quería esto—. Me has impresionado haciendo todo lo que tienes que hacer para hacer feliz a tu marido.

—Bueno, sabía que no había forma de que Hades me hubiera llevado si tú no hubieras querido —digo colocándome junto a Hades, con mi brazo alrededor de su cintura—. Y si quieres este compromiso, entonces yo también lo quiero.

—Espero que algunas de las otras diosas de la corte puedan aprender de ti, Kore —menciona Padre.

Por primera vez me doy cuenta de que nunca se ha tratado de mí. Podría reír o gritar o correr hacia mi padre con las uñas extendidas. Ha pasado toda mi vida haciéndome sentir desgraciada porque quería aparentar demasiado, demasiado públicamente. Si no me controlaba, podría haber inspirado a otras chicas a hacer lo mismo.

A Hera se le otorgó poder y la ató a su lado. A Madre un asiento en el consejo y una hija que proteger. A Artemisa se le dio la libertad siempre y cuando fuera marginada. Afrodita tiene algo tan enorme como el amor y un matrimonio forzado con un hombre al que odia. Atenea posee su oído siempre y cuando esté de su lado. Hestia eterna virginidad si se aferra al hogar. Siempre hay condiciones, cosas que moderan lo que podríamos lograr, las mujeres que podríamos ser.

Hades se tensa a mi lado, su mano se mueve en círculos tranquilizadores por mi espalda como si sintiera mi ira y supiera que sería peligroso no aplacarla.

—Yo también lo espero —siseo—. ¿Ya se han juntado los grupos de nuevo? —le pregunto a Hades antes de decir algo de lo que me pueda arrepentir.

—Creo que sí —responde.

—Entonces es hora de bailar —le digo.

A pesar de todo, a pesar de que sus poderes de actuación superan con creces los míos, la molestia brilla en sus ojos.

Mi sonrisa se ensancha.

«Ni se te ocurra decirme que no, Hades».

—Muy bien —acepta, aunque las palabras se escapan de sus dientes apretados.

—Continuaremos esta conversación más tarde —enfatiza Zeus, mirando a Hades con un odio que dudo que haya tenido nunca desde que ató a Prometeo a una roca.

—Oh, no es necesario. —La felicidad de Hades es tan traviesa como aquella que lo llevó a sugerirle a Hermes que presentara la idea del compromiso como si fuera de Zeus—. Creo que los dos hemos llegado a la misma conclusión.

Las deidades ebrias nos animan en el momento en que volvemos y, aunque no puedo haber estado ausente más de quince minutos, está claro que el vino ha fluido deprisa para ellas. Veo a Dionisio entre la multitud y levanta su copa con una sonrisa no muy diferente a la que acaba de esbozar Hades. Me pregunto si él es el responsable de que los dioses se tambaleen y de que las diosas tengan hipo.

—Te odio —susurra Hades en mi oído.

—Bueno, eso no te ha llevado mucho tiempo —replico—. La boda aún no ha terminado.

Una de sus manos se agarra a mi cintura, acercándome, mientras que la otra coge mi mano.

—Lo añadiré a mi lista de arrepentimientos.

—Quizá las Musas te inspiren —propongo—. De hecho, apenas han estado en mi mesa.

Sus ojos son realmente cautivadores hoy.

—Es poco probable —dice Hades—. No soy una persona creativa. —Sus dedos rozan el vestido que ha hecho.

—Y un bailarín terrible, por lo que he escuchado —añado.

La sonrisa que devuelve Hades es astuta y depredadora.

—Oh, no, en absoluto.

Empieza la música y me levanta del suelo.

He bailado muchas veces, pero la música de las ninfas es más salvaje, menos rítmica y más intuitiva. Giraría y daría forma a mi cuerpo hasta que sus movimientos se sintieran como una extensión natural de las notas.

Pero esto no es fácil.

Me lanzo y giro, guiada por Hades, y mientras me tambaleo para mantener el ritmo, él se mueve como si hubiera inventado la danza.

No, definitivamente no es un bailarín terrible.

Me sonríe todo el tiempo, sin apartar la mirada ni una sola vez; su fuerte mano en la mía es lo único que me mantiene erguida.

—No se te da nada bien —susurra en mi oído.

—¿Dónde has aprendido a bailar así? —le pregunto.

—Ayuda bastante el juego de pies, ya sabes. Si puedes hacer girar a una mujer alrededor de una pista de baile, puedes blandir una espada en un campo de batalla. Mira. —Su mano presiona la parte baja de mi espalda acercándome a él, con su aliento caliente contra un lado de mi mejilla, y no puedo evitar el escalofrío que me recorre—. Déjame ayudarte.

De repente, él es lo único que me mantiene en movimiento, sosteniéndome cerca y levantándome, una mano en mi espalda y la otra apretada con firmeza en la mía. Me siento muy mareada mientras damos vueltas por la habitación. Me alegro de que me esté sosteniendo o me caería al suelo.

—Mírame —dice y aparto la vista de la habitación borrosa a sus ojos, firmes, inquebrantables, de un marrón tan oscuro que podría pasar por negro. No creo que lo esté haciendo a propósito, jugando un juego en el que tratamos de avivar el deseo del otro. No creo que esté intentando desmoronarme. Pero creo que mi mareo no se debe únicamente a dar vueltas en la pista de baile.

Me suelta de repente solo para usar el impulso para girar a mi alrededor y atraparme de nuevo. Giro y me zambulle tan profundo que su brazo es lo único que me sostiene. Estoy sin aliento y lo miro fijamente. Cuando me guía hacia arriba, me desplomo contra él riendo encantada.

—¡Guau, estás lleno de sorpresas! —exclamo.

Hades levanta una ceja.

—Mi objetivo es complacerte.

Eso parece. Los dioses rompen en un estruendoso aplauso antes de unirse a nosotros en la pista de baile. Bailo, con mucho menos vigor, con otras deidades.

Hades regresa con mi copa de vino y otros dioses me atraen a conversaciones que a veces son fascinantes y tediosas. Las ninfas regresan con más comida aún y, a medida que avanza la noche, Apolo, Hémera y Helios comienzan a desvanecerse hasta que parecen inmortales regulares, y Selene, Nix y Artemisa comienzan a brillar en su lugar. Cuando los dioses de las estrellas también comienzan a centellear, Ares se sube a una mesa y empieza a golpear su daga contra su copa.

—¡Vamos, ya es la hora! —clama.

Las deidades reunidas profieren resonantes vítores de acuerdo.

—¡Cogedlos!

Había estado hablando con Éter, Pan y Eros, pero ahora todos me sujetan riéndose de mi expresión de sorpresa.

Esta es la parte de la boda que Madre siempre pasaba por alto, cuando llevan a la novia y al novio a la recámara nupcial.

Otros dioses se apresuran a unirse. Antea sujeta mi brazo izquierdo mientras Morfeo coge el derecho. Al otro lado de la habitación veo a Hades enfrentándose a una multitud similar; Ponto,

colocándole los brazos atrás de la espalda mientras otros sujetan su túnica para tirarlo hacia delante; Feme y Peito se ríen mientras su manga se rasga en sus manos.

No estoy segura de cómo saben adónde van, pero nos arrastran (no es que nos resistamos) a la habitación de Hades y nos tiran dentro. La puerta se cierra de golpe, pero no es suficiente para detener las carcajadas que se escuchan en el interior.

Y, por fin, me giro hacia mi marido.

A solas.

Capítulo treinta

El aura de Hades desaparece en el momento en que se cierra la puerta. Se lleva el dedo a los labios mientras yo abro los míos para hablar. Se acerca a mí y los segundos parecen durar una eternidad.

El vino late a través de mí y me inclino hacia él.

—Todavía están afuera —susurra, su aliento caliente en mi piel.

—¿Por qué? —pregunto.

—Porque no tienen nada mejor que hacer —dice en voz baja—. Y para asegurarse de que el matrimonio se consuma.

Parpadeo hacia él, preguntándome si está a punto de exclamar que está bromeando.

No lo está.

—Oh —digo.

Luego, sin previo aviso, gimo apretando los labios sin apartar los ojos de Hades y disfrutando con la horrorizada conmoción que cruza su rostro.

El débil sonido de los dioses riéndose se filtra por debajo de la puerta y sonrío con mi expresión más inocente.

—¿Qué estás haciendo? —Hades sisea.

—¿Recuerdas esa reputación tuya? —pregunto.

—Estoy familiarizado con eso.

—Va a mejorar —digo antes de gemir tan fuerte que ni siquiera puedo escuchar la respuesta de los dioses.

—¿Dónde has aprendido a hacer eso? Cuando te conocí tu nombre significaba pureza —susurra Hades alejándome de la puerta hacia la habitación.

—¿Cuántas veces debo decirte que la única compañía que he tenido en toda mi vida son las ninfas? —pregunto, aunque para ser sincera, estoy un poco sorprendida de mí misma.

—Estoy rodeado de ninfas y nunca me ha parecido verdad lo de la ninfomanía...

—No es algo de lo que hablarían contigo.

Le doy una patada en la espinilla y gruñe.

—¿Por qué me pegas? —pregunta.

Me encojo de hombros.

—Tengo un estatus que mantener también.

—No, no lo tienes —dice.

—Bueno, ahora sí.

—¿Y si hubiera dicho «ay» en su lugar?

—Entonces me habría burlado del todopoderoso rey de los muertos por decir «ay».

—Perséfone.

—Habría funcionado. Son dioses, seguro que han escuchado cosas más extrañas que «ay» durante el sexo.

—¿Y ahora qué? ¿Saltamos arriba y abajo en la cama? —pregunta.

—Oh, buena idea —digo—. Aunque vamos a darnos un poco de tiempo, no queremos que piensen que te saltas los preliminares.

Hades murmura algo que no entiendo del todo, pero no creo que sea un cumplido.

Por fin miro la habitación en la que estamos encerrados y me sorprende encontrarla llena de color y, también, para mi sorpresa, de flores. Mis flores.

No es extraño que sean mías. Todas las flores son mías.

Pero estas son las flores que he cultivado en este reino, secas en cuadros y floreciendo en jarrones.

Más pergaminos se distribuyen por las paredes, lo que parece excesivo para un dios con varias bibliotecas. Las telas están salpicadas con tintes para formar ricos patrones que suavizan las ásperas paredes de piedra.

No hay lienzos, pero ha pintado los muebles, pequeños detalles que nunca habría notado antes de conocerlo: remolinos, crestas y patrones que solo he visto en la naturaleza.

Es como si esta habitación fuera la única parte del palacio que ha decorado a su gusto. Nadie más debe de entrar aquí.

No es virgen, pero me pregunto cuánto tiempo habrá pasado.

Le sirvo una copa a Hades mientras gimo erráticamente y al final se echa a reír y pone los ojos en blanco. Incluso se une hasta que estamos enterrando nuestras caras en los hombros del otro para evitar que se escuche nuestra risa. Ver a Hades saltar arriba y abajo en la cama con su traje formal de boda es un momento que espero que nunca termine. No creo que pudiera estar más entretenida, y luego comienza a sacudir la cabecera y tengo que taparme la boca con las manos para sofocar la risa.

Me las arreglo para ignorar el hecho aleccionador de que lo que estoy fingiendo en realidad estaría sucediendo si mi padre se hubiera salido con la suya. Siempre pensé que el sexo era divertido de una manera abstracta, aterrador si se aplicaba a la realidad. Pero esto no parece ser más que reírse de la palabra *pene* con las ninfas.

Miro a Hades. Ellos creen que estoy teniendo sexo con él. ¿Qué se deben de imaginar que está pasando? ¿Deben de creer que está pasando sus manos por mi cuerpo? O...

No puedo. En serio que no puedo imaginarlo. Es como si un bloque obstruyera mi mente. Lo quiero de una manera casi tangible, de una manera que nunca imaginaba que podría. Todas esas

historias sobre esperar al matrimonio y solo acostarte con tu marido nunca me parecieron algo difícil. Creo que nunca llegué a entender realmente el deseo. Hasta ahora.

Pero resulta demasiado imaginar sus labios en los míos, sus manos en mi cintura, o tal vez en otra parte... no es quitarnos la ropa ni piel contra piel.

Finalmente, nos desplomamos en su cama con las caras enrojecidas por saltar en el colchón. Me acuesto frente a él, sin aliento, nuestras cabezas apoyadas en las almohadas. ¿Es así como nos miraríamos después?

No puedo imaginarlo, pero tal vez me gustaría. Tal vez me gustaría descubrirlo con él.

Supongo que no importa porque de todas formas nunca sucederá.

Permanecemos en silencio hasta que incluso los dioses más desconfiados ya deben de haber vuelto a la fiesta o se deben de haber retirado a una habitación, muy probablemente con otros.

—Así que estamos casados —digo después de lo que parece una eternidad.

—Diría que la boda ha salido asombrosamente bien —opina Hades. Su techo está pintado con suaves remolinos de color y los miramos como si fueran estrellas en el cielo—. ¿Una habitación llena de dioses griegos y nadie ha matado a nadie? ¿Nadie ha empezado una orgía? ¿Nadie ha acusado a nadie de delitos o infidelidades? Pues ha sido muy aburrida.

—Ja, creo que sabían que nada de lo que hicieran podría ser tan dramático como el matrimonio en sí —opino.

—Supongo que siempre hay un mañana —dice Hades.

Mañana es el último día de la boda. Y mi coronación.

—Nadie me eclipsará en mi día especial —bromeo. Parece ridículo, pero estaré al frente y al centro en una ceremonia recibiendo una corona. La única forma de superarlo es fingir que soy una villana cruel y que todo es parte de mi plan malvado para robar el trono.

Hades sonríe mientras se gira hacia mí.

—Nadie podría, no importa cuánto lo intenten.

—Cuidado, marido, eso ha sido casi agradable —le digo.

—Quiero decir que eres mucho más dramática de lo que ellos podrían serlo.

—Precisamente.

—«Dramática» no es el cumplido que parece que piensas que es.

—Entonces siéntete libre de llenarme de otros. Después de todo, es mi noche de bodas.

La sonrisa perezosa de Hades se desvanece.

—Siento que tu boda se haya convertido en una artimaña para tu seguridad.

—Sabes que es mejor que cualquier otra cosa que pudiera esperar.

—Lo sé. Pero no debería haber sido así. Tendría que ser una celebración feliz. Que implicase amor y...

—¿Has pasado demasiado tiempo esta noche con Afrodita, cariño? —pregunto. No puedo soportar la forma en que me repite mis pensamientos—. Suenas terriblemente sentimental y me preocupa.

—Permíteme un momento de sentimentalismo en una noche como esta —dice Hades. Sus ojos se encuentran con los míos y son más cálidos y felices, como nunca los había visto—. Por favor.

—También es tu boda —menciono en voz baja—. Tu matrimonio. Te mereces más que una treta también.

—Perséfone, estoy feliz —acepta—. De verdad. Sería un honor pasar la eternidad contigo. Lo cual también es más de lo que jamás había esperado de un matrimonio.

Trago saliva, resistiendo cada impulso de cerrar la distancia entre nosotros.

¿Así será la eternidad? ¿Suspirando desesperadamente por un marido que ha dejado claro varias veces que todo lo que hay entre nosotros es amistad?

—Sabes, eres más de lo que esperaba y más de lo que deseaba —digo en cambio—. Gracias por todo. Ha sido el día perfecto con la persona perfecta. El comienzo de una eternidad perfecta.

Hades frunce la nariz.

—Vale, ahora te estás burlando de mí, ¿verdad?

—Sí..., pero también lo digo en serio. —Sonrío—. No estoy muy acostumbrada a estas cosas. Te amo, Hades. No..., no es el tipo de amor que se esperaría dentro de un matrimonio. —Miento a medias debido a eros, el amor lujurioso que Madre dijo que solo debería encontrarse en el matrimonio, es todo en lo que puedo pensar—. Pero te quiero de todos modos, y eso no me ha sido fácil en el pasado.

Lo que sea que esté sintiendo, lo esconde bien.

—Yo también te quiero —dice, pero mira hacia al techo—. Lo cual no es algo que yo haya..., bueno, ya sabes.

Por supuesto que no lo sé, pero de alguna forma sí lo sé. Y, oh, dioses, a veces deseo las aguas olvidadizas del Leteo solo para no tener que pensar en momentos así.

—Estás...

—Duerme en la cama esta noche —pide Hades abruptamente y cualquier momento que se haya estado formando entre nosotros se hace añicos—. Dormiré en el suelo.

—No seas ridículo —le digo—. Esta cama es casi tan grande como Sicilia.

Hades se ríe, una exhalación corta y aguda que lo coge por sorpresa.

—No seas exagerada.

—Eres mi esposo y mi amigo —añado—. Dormirás conmigo en la cama.

—En realidad no me importa el suelo. Es mucho más agradable que la mayoría de los lugares donde dormí durante la guerra —dice.

—«Mejor que la guerra» no es algo que la mayoría de las chicas quisieran escuchar el día de su boda, cariño —espeto—. Métete en la cama, por favor.

Hace una pausa antes de asentir.

—Bien, pero date la vuelta mientras me cambio de ropa.

—¿En serio?

—Sí —dice y casi puedo sentir el calor corriendo por sus mejillas desde aquí.

Hago lo que me pide y recojo las flores de mi pelo mientras espero, dejándolas caer en una pila ordenada sobre una mesa cercana. Finalmente, me avisa de que ha terminado.

—No pude pedirles a las ninfas que te trajeran algo —dice Hades—. Podría haber sugerido que no teníamos planeando..., ya sabes. La mayoría de los recién casados no duermen vestidos en su noche de bodas. Pero puedes ponerte algo mío, si te parece.

Asiento y me pasa una suave bata de seda. Le hago un gesto para que se dé la vuelta y, aunque confío completamente en que no mirará, se me pone la piel de gallina cuando me quito la ropa. Casi rompo algo tratando de desabrochar el vestido, pero no creo que pueda hacerlo si le pido ayuda. Él desabrochándome los botones uno por uno, sus dedos rozando mi columna...

Me quito el vestido y siento que lo arruino todo, todo ese tul y encaje elaborados con cuidado caen como una montaña de ropa en el suelo. Lo recojo y lo doblo antes de coger la bata para cubrirme.

—Ya está —anuncio y su rostro se muestra impasible mientras se da la vuelta después de mirar con mucha determinación las olas del mar pintadas en su armario. Mi corazón late erráticamente, como si esperara que no fuese capaz de apartar los ojos de mí, tal como sucedió en el altar.

Si su farsa es capaz de engañar a mis sentimientos, tal vez los míos también puedan. Así que hago lo que se me da bien, lo que he hecho durante años con mi madre: pongo una sonrisa en mi rostro que no significa nada.

—Bueno, entonces —digo trepando a la cama y apartando las mantas cuando un escalofrío atraviesa mi piel—. Cuéntamelo todo.

—¿Qué quieres decir? —pregunta inmóvil al borde de la cama.

—¿Cómo has visto a los dioses cuando estabas a solas con ellos? ¿Crees que estaban convencidos?

—Por supuesto que estaban convencidos —dice—. Nuestra mentira funciona tan bien precisamente porque nadie la está buscando.

—Todo el mundo la está buscando —replico bajando la voz—. Todos quieren encontrar alguna pista de que no soy tan feliz como aparento. Todo el mundo está buscando una tragedia.

—¿Y han encontrado una?

—Por supuesto que no. —Me ofende su falta de fe.

—Zeus estaba furioso como cabía esperar, como ya viste —dice Hades—. Ares no estaba feliz de haber sido, ¿qué fue lo que dijo?, «usurpado por el engaño». Así es como se sentía. Dionisio estaba tan encantado como Hermes. Parece que ninguno de los dos siente especial cariño por su padre. Poseidón estaba tan feliz que casi eclipsó mi propio entusiasmo por la boda.

—¿Y lo ha hecho?

—No —niega sin dudar—. Pero entre los asistentes de mi corte y los suyos, cualquier dios del Olimpo descontento ha sido claramente superado en número. Al final, estoy seguro de que la

mayoría no recordaba por qué estaba indecisa antes.

—Entonces, ¿todo ha salido tan bien como cabía esperar?

Hades hace una pausa y me pregunto si ha pasado algo más que no me está diciendo. Pero todo lo que hace es mirarme.

—Ha sido perfecto.

Coge una almohada de la cama y la coloca en el suelo.

—¿Qué estás haciendo? Te he dicho que te metieras en la cama —exijo.

Él sonríe, pero no estoy segura de haber visto una expresión más triste en su rostro.

—Odio desobedeceros, mi reina —dice—. Pero me temo que debo hacerlo, solo por esta vez.

Coge la más fina de las mantas de los pies de la cama y se acuesta en el suelo.

—Que duermas bien, esposa.

No estoy segura de lo que acaba de pasar o qué debo decir, pero al final suelto:

—Buenas noches, esposo.

Las luces se apagan y me quedo con los ojos abiertos, mirando la oscuridad mientras los ecos de los dioses que todavía están de fiesta se filtran por el pasillo.

Después de una hora, la respiración profunda de Hades llena la habitación, pero todavía no puedo dormir.

Es ridículo.

Y después de otras pocas horas sin dormir, tiro el resto de las mantas al suelo y me uno a él. No puedo relajarme sabiendo que él duerme en el suelo para que yo pueda dormir en la cama.

Y parece que casi en el momento en que me acuesto en la alfombra a su lado, me quedo dormida.

Capítulo treinta y uno

Me despierto en una maraña de brazos y me sobresalto.

Hades sigue durmiendo, gracias a los dioses.

No sé quién sujeta a quién y mi corazón se acelera al pensar que todo lo que hacía falta era que Hades se despertara primero y... entonces ¿qué? ¿Habría sabido cómo me siento? O peor, lo habría sospechado y yo habría estado en ascuas para siempre.

Salgo a escondidas de la habitación antes de poder siquiera mirarlo mientras duerme. Él es todo lo que puedo oler, todo lo que puedo sentir, la presión de su pierna contra la mía, sus dedos en mi cintura... Mirarlo es un riesgo que no puedo correr si quiero dejar de lado estos ridículos sentimientos.

Vuelvo a mi habitación y solo me topo con un dios en mi camino, Apolo, que mira rápido la túnica de Hades sobre mí y me muestra un pulgar hacia arriba. Está envuelto en una túnica forrada con conchas bordadas, obtenida sin ninguna duda de un miembro de la corte de Poseidón. Tardo unas horas en prepararme. Esta vez no tengo compañeros mortales, pero estoy decidida a lucir deslumbrante por mi cuenta. Quiero verme poderosa, aterradora y algo etérea. Al fin y al cabo, debo vestirme para el papel.

La belleza pertenece al ayer. La coronación de hoy es un momento más importante, más amenazador.

Sombreo los huecos de mis mejillas, las arrugas de mis ojos. Exagero lo que se puede exagerar. Me rizo el pelo para que ocupe tanto espacio como sea posible, apartándolo de mi cara casi con severidad. Está bien. Con una corona, se verá increíble.

Me pongo los guantes y le pido a Tempestad que me ayude a atarme la parte trasera del vestido. No parezco la reina del Infierno; parezco la muerte misma.

Puede que no merezca esta corona, pero si es lo que necesito para quedarme aquí, se la arrancaré a quien la tenga. La cogeré como conseguí el control de este reino, como aproveché la oportunidad de escapar de esa isla. Esto no se trata de Hades. Se trata de mí y de este mundo. Pienso en las flores que he plantado aquí y en los ríos y el lago, pienso en los mortales y las criaturas y en cuánto adoro este sitio. No es solo por Hades o Estigia o los mortales por los que lo he hecho todo, por lo que me quedo, sino por mí misma.

Cuando me miro en el espejo, hay algo casi insustancial en mí, como si me hubiera envuelto el aura de este mundo como una capa. Me recuerda a la fina tela negra que necesito para unir el encaje sobre mis hombros, un velo que no se parece en nada al que usé ayer.

Pienso en lo que dijo Hécate sobre mí y este reino. Sobre el poder que podría tener.

Si hubiera aparecido así ayer, habría estado más inclinada a creerla.

Llaman a mi puerta y le digo a quienquiera que sea que entre, sabiendo que nadie se atrevería a irrumpir si no pudiera.

Es Hades, por supuesto.

Sus túnicas llevan joyas incrustadas, todas ellas prensadas tan finamente que es como si hubieran sido entretejidas en la tela. Ceremonial, supongo. Pero parece rico, lujoso, como una encarnación de todo lo que este mundo tiene para ofrecer. Es el hombre más atractivo que he visto en mi vida, y con una túnica tan formal es un poco más alto; las gemas brillan tanto que todos los ojos de la sala se fijarán en él.

—Pareces letal —dice.

—Gracias.

—Y de nuevo volvemos a que tienes una idea extraña de lo que es un cumplido.

—¿Lo has dicho como un cumplido?

—Bueno, sí, pero solo porque te conozco.

—Entonces mi agradecimiento sigue en pie.

—¿Estás lista? —pregunta.

—Un momento —digo mientras me coloco un ramito de asfódelo detrás de la oreja.

Hades sonríe.

—Bueno, ¿no es como alardear en su cara?

—Claro —digo—. Pero no tienen ni idea de que es justamente lo que estoy haciendo.

Es lo que me trajo aquí. Esta soy yo gritando que siempre ha sido mi decisión.

Pienso en otras resoluciones que he tomado mientras caminamos hacia el mégaron: la vida después de la muerte humana y todo lo que está cogiendo forma. Pienso en Zeus, en su trono y en los otros dioses del Olimpo, y en las guerras que inician y en las personas a las que hieren. Me digo a mí misma que, aunque se necesiten generaciones de humanos, algún día los dioses tendrán suerte si los recuerdan. Y tal vez yo caiga junto a ellos, pero sonreiré todo el maldito camino.

Tal vez tenga poder solo por elegir actuar cuando otros no lo hacen.

Hades se desliza primero y espero mi entrada.

Con tales pensamientos arremolinándose en mi cabeza, no tengo que fingir un desdén majestuoso mientras abro las puertas y camino por el pasillo.

Las Musas y sus descendientes cantan y las deidades menores tocan instrumentos, todo de manera extraña y retumbando de la única forma que la música puede hacerlo en el Inframundo. Envía escalofríos por mi columna y se me pone la piel de gallina. Hades manipula las ilusiones sin pestañear: los susurros debajo de las canciones, las sombras que se deslizan por su piel y se adhieren a cada hueco y grieta del salón. Incluso me adorna con ellas, tentáculos bajo mis pies mientras camino estirándose en los reflejos del suelo dorado.

Hades espera al final del pasillo, solo que no es un altar donde se encuentra, son dos tronos.

Un dosel de tela transparente cuelga por encima flotando en una brisa inexistente y embrujadora.

Ignoro a los dioses con la vista fija en el trono que será mío. Cuando llego hasta Hades, se gira con una almohada, sobre la cual yace la corona de diseño más intrincado que he visto en mi vida, aunque no es que haya visto muchas. El metal se dobla como la hiedra, frágil y peligrosa al mismo tiempo, como las espinas de una rosa. Las gemas están profundamente incrustadas, la mayoría son negras, pero también tiene de color rojo oscuro y violetas.

Me doy cuenta de que Hades debe de haberla fabricado, percibo su esencia. Como la cadencia de sus palabras o el golpeteo de sus pasos, lo reconozco.

La punta de cada espiga se enrosca como el humo de una llama, sus ilusiones hechas de metal.

Me quito los guantes despacio y con delicadeza, tirándolos a un lado sin aparente reverencia, pero con una deliberada facilidad. Mis uñas son largas, color rojo sangre, y puntiagudas. Anillos de hierro oscuro rodean la longitud de mis dedos.

Por tradición, el rey corona a su reina, sin embargo, yo misma cojo la corona y la levanto hasta mi cabeza. Los dioses reunidos sueltan exclamaciones ahogadas, pero nadie se atreve a pronunciar una palabra mientras una sonrisa cuidadosa se despliega en mis labios.

Nadie respira mientras abrocho el collar de la ropa ceremonial de Hades. Debe de costar más que todas las riquezas del reino mortal. Lo acerco hacia mí. No pierde el tiempo y me agarra de la cintura. Nuestros labios se encuentran como una colisión.

Honestamente, es un acto poco sincronizado y torpe, los dos intentamos movernos de la misma manera a la vez, pero nuestros dientes se chocan. Sigue siendo una actuación, pero más torpe que la de ayer.

Sin embargo, nadie puede notarlo y cuando nos alejamos empiezan los susurros. Mi atención permanece en mi cintura, las yemas de los dedos de Hades queman a través de la tela, como si mi cuerpo recordara cómo me sostuvo anoche, como si nunca quisiera olvidarlo.

Somos jóvenes. Somos poderosos. Somos atractivos. Quién sabe lo que podríamos hacer juntos.

Zeus puede ser el dios del rayo, pero está furioso.

Y así comienza.

Capítulo treinta y dos

Los dioses se van bastante rápido con sonrisas en el rostro y susurros en el aire. Apenas ha pasado una hora desde que se marcharon cuando Hermes le pide una copa a Hades antes de partir. Luego me informa de que los rumores ya están volando. Que Afrodita nunca había sentido un amor como el nuestro, poderoso y seductor. Que había algo en los dos que parecía más definido. Que Hades me engañó para que me enamorara. Que yo lo engañé. Que algo es diferente, algo es más fuerte, algo...

—Para —lo interrumpo—. Necesito hablar contigo sobre algo.

—¿Ya tienes en mente el divorcio? —sonríe. Ha estado muy sonriente todo el día, sin duda complacido consigo mismo. Ahora estamos sentados frente al fuego en el estudio, una habitación pequeña y acogedora con sillas acolchadas y velas suaves, supuestamente brindando por nuestro éxito; y todo lo que puedo escuchar es a Hécate, como si estuviera susurrándome donde sea que esté. Ayer descarté sus palabras, apenas he pensado en ellas desde entonces, y ahora están ahogándolo todo.

—No quería arruinar la boda —digo—. O la coronación.

—Pero ahora que tienes tu corona eres...

—Hécate no es tu mayor admiradora.

Arquea una ceja con un interés moderado, pero sus ojos son agudos y penetrantes.

—¿De veras?

—Ella piensa que soy poderosa. Más poderosa de lo que la diosa de las flores tiene derecho a ser y cree que tú eres consciente.

Es casi imperceptible la forma en que se tensa, la mandíbula contraída, los dedos apretando su vaso. Pero lo capto todo como si hubiera estado entrenando en estas últimas semanas nada más que para analizarlo.

Lo cual, por supuesto, he estado haciendo.

—¿Tiene razón? —le pregunto cuando él no responde.

Aparta su mirada de mí hacia las llamas y apura lo que queda en su vaso.

—Sí.

Eso esperaba y todavía me duele. Ese «sí» me atraviesa.

—Bien... Así que ibas a decírmelo... ¿Cuándo?

—Cuando lo supiera con certeza.

Tengo frío a pesar del fuego. Siento que los hilos de lo que hemos construido se rompen.

Busco el momento en que me vio, o al menos el potencial en mí, tan poderosa como sugirió Hécate. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde entonces hasta que me propuso matrimonio?

—O cuando tuviera una idea más clara de lo que sabía —añade.

—Entonces, por ejemplo, no te casaste conmigo porque tenías miedo de que tuviera algún poder en este reino y de esa manera pudieras controlarlo.

Hades se estremece.

—¡Por las Moiras! No. ¿Es lo que has estado pensando?

—En realidad, no —digo, la frialdad se filtra en mis palabras—. He estado intentando no pensar en lo que me dijo. Pero ahora solo puedo pensar en ello. Dijo que podría gobernar este mundo sin ti.

Lo considera, con esa expresión pensativa grabada en su frente.

—Bueno, claro que podrías gobernar este sitio sin mí. Tienes ideas mucho mejores que lo que he podido conseguir en los años que ha sido mío.

—No te menosprecies para elevarme, en especial cuando estoy enfadada contigo —lo regaño —. Además, no creo que ella estuviera hablando de mis habilidades diplomáticas.

—Perséfone —dice agregando un peso al nombre que hace que duela tanto como lo hizo el «sí».

«Me has mentido, Hades. No puedes decir mi nombre como si significara algo para ti».

—Eres una de las diosas más poderosas que he conocido. Creaste una grieta en el Inframundo.

—Yo no lo hice. Lo hicimos.

—No, tú abriste camino a través del suelo y usaste mi poder y el de Estigia para hacerlo.

—Me disteis vuestro poder.

—No, no lo hicimos. No estaba seguro de lo que estaba pasando, pero está claro que no fue una elección mía. No he hablado con ella, pero tampoco le parecía así a Estigia. Y después estábamos agotados, a punto de desplomarnos. Y tú simplemente te enderezaste y arrastraste a las almas a través de la línea divisoria. Además, si tu teoría es correcta y conseguiste esa increíble hazaña solo con tu poder sobre las flores y tu conexión con la tierra, aún queda el hecho de que has estado restaurando almas y deteniendo su descomposición.

—Cualquier dios podría hacerlo.

—No creo que puedan —dice—. Yo no he podido.

—¡Podrías si te acercaras a ellos! No hice nada para que sus almas comenzaran a repararse. Tan solo me expuse o caminé a través de ellos y comenzaron a extraer energía divina de mí.

—Pues me parece que es una señal de lo increíblemente poderosa que eres. Ni siquiera necesitabas pensar para que tu poder se afianzara. No deberías poder hacer nada de lo que estás diciendo.

Observo las llamas. No estoy segura de poder mirarlo ahora mismo.

—Así, si tuviera que suponer (y antes de que Hécate lo confirmara, todo lo que he hecho ha sido suponer), diría que aquí hay algo que te está reclamando de la misma manera que las

ilusiones me reclamaron a mí. Como los dominios eligieron a los dioses antes de que Zeus los asignara.

Eso explicaría muchas cosas: por qué me he sentido tan en casa, por qué la idea del Inframundo nunca me asustó de la forma en que parecía horrorizar a todos los demás, por qué la tierra se ha sometido con tanta facilidad a mí.

—Todavía dominas las flores. Zeus te las dio —continúa Hades—. Pero este poder es primordial, no algo que tienes, sino algo que eres.

Dejo mi vaso y me pongo de pie.

—Permíteme aclararlo de una vez. Tengo un poder mágico del que eres consciente desde hace semanas, un poder que posiblemente me daría derecho a una parte de este reino sin tener que casarme contigo para obtenerlo, y no me has dicho nada.

—No estaba seguro de lo que sabía —dice Hades—. Después de la ruptura, sospechaba que algo estaba pasando, que tenías algún poder que no estaba relacionado con el que Zeus te había dado. Sin embargo, no entendía que estaba relacionado con este mundo. Todavía no lo sabemos con certeza, solo conocemos lo que dice Hécate. Pero... sí, sospechaba que eras más poderosa de lo que creías.

—Así que te casaste conmigo igualmente y si este poder pudiera convertirme en una amenaza, siendo tu esposa, puedes controlarlo.

—Perséfone. —Me coge de la mano y me alejo. Tiene un gesto de dolor en su rostro. Bien—. Por favor, honestamente te digo que nunca se me pasó por la cabeza. Tenía mis sospechas sobre tu poder, sí, pero teníamos cosas más importantes y urgentes en las que pensar. Me casé contigo por ti, para ayudarte a escapar de tus padres, para detener el control que tienen sobre tu vida.

—No —digo—. Eres demasiado listo para no haberlo considerado.

—Sí, yo también lo habría pensado. Pero, en serio, de verdad que no lo hice.

No puedo creerlo. Por las Moiras, soy tan idiota. Por un momento creí realmente que estábamos haciendo esto juntos, engañándolos a todos juntos, pero no, solo me estaban engañando a mí y ahora estoy atrapada. Me casé, a pesar de haber luchado contra ello durante tanto tiempo.

Estoy tan cabreada, tan tremendamente enfadada que si fuera mis padres la tierra estaría temblando y los relámpagos destellando, y deseo alguna manifestación visible de mi ira porque mi mandíbula apretada y mis puños cerrados no significan nada. Y peor aún, por muy enfadada que esté, una parte más grande de mí se está resquebrajando. Estoy a punto de perder el aliento por las lágrimas y no puedo soportarlo.

—Incluso si creyera que nuestro matrimonio no tiene nada que ver, aun así me lo ocultaste. —Odio la forma en que mi voz tiembla.

—Yo... No soy esa clase de persona que piensa en voz alta. Lo sabes. Solo quería averiguar qué era antes de expresarlo. Estabas bajo suficiente presión y estrés...

—Bueno, entonces ¿qué?: ¿me lo ocultaste porque no sabías qué poder tenía o porque era

demasiado débil para sobrellevar otra preocupación?

Busca las palabras adecuadas.

—Lo primero, lo juro. Lo siento, no sé por qué lo he dicho. No es verdad.

Niego con la cabeza, agarrándome del respaldo de mi silla para permanecer de pie.

Tengo poder.

Y, al casarse conmigo, Hades lo ha cogido para sí mismo.

—Lo siento —dice en voz baja.

—Ahí vamos —siseo—. ¿Cuánto tiempo te ha llevado darte cuenta?

—Debí habértelo dicho en el momento en que me percaté, pero no entendía ni todavía sé exactamente a lo que nos enfrentamos.

Lo miro esperando a que continúe.

—Lo siento —repite.

—¿No hay «pero» esta vez?

—Perséfone... —Al parecer no tiene nada que añadir.

—Me voy a la cama. En mi propia habitación.

—Pero la corte ha vuelto. Ellos...

—Bueno, si te preguntan, diles que me mentiste y que estoy intentando encontrar la manera de perdonarte.

Va a decir algo, pero se detiene y simplemente asiente. Parece afectado de verdad por haberme causado tanta angustia, pero ahora mismo no me importa. Me aventuré a aceptar un matrimonio para protegerme. Ahora parece que podría haberlo conseguido sola.

Al día siguiente hay una nota con mi desayuno.

> Sé que necesitas tiempo y espacio. Estoy haciendo todo lo posible para dártelo, pero si hay algo que necesites de mí, cualquier cosa que pueda hacer, házmelo saber.
> Hades

La arrugo y la tiro al fuego.

No veo a Hades durante días.

La corte está abierta una vez más y, aunque me muero por participar, sé que es donde está Hades. También sé que lo odia. Él preferiría estar investigando a los mortales como hago yo. En cambio, está presidiendo reuniones, entrenando con los otros dioses y mediando disputas.

Mientras tanto, me alterno entre la biblioteca y hablar con los mortales. Parece que necesitaba un descanso para decidir exactamente lo que quería, a pesar de que la boda estaba lejos de ser relajante, porque ahora que he vuelto todo parece muy claro. En tan solo unos días terminaré mi

proyecto para la vida después de la muerte. No el panorama general, sino todas sus pequeñas partes funcionales, las cosas que se me han ocurrido en medio de la noche, soluciones a problemas que me han hecho tropezar durante semanas.

La investigación de Hades es fundamental. Sus pinturas del paraíso son inspiradoras.

Todo lo que quiero es compartirlo con él.

Y, por los dioses, es lo último que quiero admitir, pero lo echo de menos.

Empiezo a escribir una carta a mi madre varias veces, solo para terminar arrugándola y tirándola a la chimenea. Pensaba que sería una cuestión simple, contactarla después de la boda para suplicarle que se reúna conmigo y poder explicárselo todo.

Pero ¿qué le digo?

Madre:

Yo quería esto. Sé que te he hecho pasar por mucho y lo siento. Pero te quiero y te echo de menos y creo que hay una manera en la que todos podemos ser felices.

Por favor, conoce a Hades. Creo que te gustará. En realidad, no le hablo en este momento, pero estoy segura de que se solucionará. Verás, nuestro matrimonio es una farsa. O a lo mejor no lo es realmente. Porque resulta que tengo poder, un poder masivo que aparentemente me cambia la vida, y hay una pequeña posibilidad de que Hades se haya casado conmigo por ello.

No creo que lo haya hecho, pero quizá sí.

Y la única razón por la que no creo que lo haya hecho es porque iría en contra de todo lo que sé sobre él, pero tal vez estoy equivocada. A lo mejor tenías razón, quizá no sepa mucho de este mundo y debería haberte escuchado en lugar de dejarme manipular de esta manera y yo...

La peor parte es que si se ha casado conmigo por el poder, ha usado mi mayor miedo para atraparme.

Lo siento, sé que un matrimonio por mi poder no es realmente tan diferente de un matrimonio por mis habilidades para tejer o coser, pero he tratado de decirte muchas veces que no podía hacerlo. Nunca he querido huir, pero sentí que la otra alternativa, casarme, no era una opción.

Desearía que te hubieras peleado con Padre. Sé que no es justo, ¿cómo podrías luchar contra el rey de los dioses? Pero creo que estoy enfadada contigo porque no lo hiciste. Encontré otra posibilidad, ¿por qué tú no has podido? Me hubiera quedado contigo en esa isla para siempre, aunque todo lo que quería era ver el mundo. Podría haber sufrido al renunciar a ese sueño, pero no podría haber soportado el matrimonio con un dios del Olimpo. Sin embargo, nunca quise hacerte daño y lo siento mucho. Por favor, perdóname. Espero que puedas encontrar una manera de amar a la persona en la que me he convertido. Aquí mis amigos me hacen sentir que es posible; Estigia, los mortales, que te gustarían, y Hades...

Tal vez solo quiera creerle porque me gusta. De verdad me gusta, Madre, y estoy preocupada por ello. Lo amo, y no sé de qué manera. ¿Eros? Bueno, Madre, no te hablaré de eso. ¿Filia? ¿Amor a nivel del alma? ¿Cómo podría siquiera saber lo que se siente? ¿Ludus? Sí, creo que sí, el amor juguetón es todo lo que tenemos. A menos que me haya mentido.

¿Y acaso importa la forma en la que lo quiero cuando él ha dejado muy claro que solo me quiere como amiga? Una amiga a la que ha mentido...

Sí, no le diré nada a mi madre hasta que lo arregle.

Estigia no me será de ayuda. Aunque no estoy segura de por qué pensaba que lo sería cuando su consejo habitual sobre cualquier cosa relacionada con Hades es que nos besemos cuanto antes.

Por fin me adentro en la zona donde viven los otros dioses, una colección extensa de casas hechas de piedra de color rojo oscuro y techos de tejas negras. El río de fuego crepita alrededor de los límites de la ciudad y mis flores se acumulan en parcelas irregulares. En un campo al otro lado del río, Cerbero pasa corriendo persiguiendo a una de las Erinias que aletea. Todo es acogedor, cálido y divertido, salones para beber y parques, largos jardines inclinados cerca de cada hogar, aunque no tengo ni idea de qué eran antes de que trajera las flores. Un jardín parece tener un charco de lava, como si el Flegetonte no estuviera allí mismo ofreciendo sus llamas.

Estigia camina a mi lado, señalando dónde vive cada uno hasta que le digo que Hades y yo no nos hablamos.

—¿Tan pronto? ¿No deberíais estar en vuestra luna de miel?

Le explico por qué y frunce el ceño.

—Ese imbécil... —Se cruza de brazos y mira en dirección al palacio, exagerando demasiado su disgusto.

—¿Pero?

—¿Pero?

—Hay un pero, supongo.

—Bueno. —Hace una pausa—. Está bien, debería habértelo dicho. Pero pensaba que lo sabías.

—¿Y cómo iba a saberlo?

—Estabas allí cuando provocaste todas esas cosas, ¿verdad? Y sabías que se suponía que eras una diosa de las flores y de la belleza natural. ¿Qué crees que tiene que ver reparar almas con las flores?

—¡Supuse que todos los dioses podían hacerlo!

—Bueno, eso no es culpa de Hades —dice Estigia—. Y también sospechaba algo, así que también podrías estar enfadada conmigo.

La miro furiosa.

—Está bien, no te cabrees conmigo. Soy demasiado adorable para que alguien se enfade. —Adorable no es la palabra que usaría para una mujer que parece familiar de un espectro—. Solo

digo... Entiendo su posición.

—Bueno, no me he casado contigo.

—Es una pena. Solo digo que él...

—No puedo creer que estés de su lado.

—¿Qué? Te quiero, cariño, pero también lo quiero a él. —Sonríe con serenidad—. Soy el centro de la calma que se niega a tomar partido.

—Eres literalmente un torrente furioso de puro odio. Elige un bando —me quejo.

Hace una mueca.

—Sé que no debe de ser divertido que te aborden así en tu propia boda e, incluso si sospechabas algo, está claro que Hades pensaba que tú no lo sabías, lo cual, como digo, ha sido inapropiado. Pero no creo que él pensara que casarse contigo fuera una forma de controlar tu poder. Primero porque sería una estupidez, cuando ni siquiera entiende qué es ese poder. Segundo porque él ya tiene suficiente poder, ¿para qué necesitaría el tuyo? Y, por último, creo que comprendes que él no lo ha hecho porque reconoces que nunca actuaría así.

Me encojo de hombros.

—Sin embargo, no puedo ser imparcial. Me preocupo por él.

—Bueno, ahí está tu respuesta. Supéralo.

—Preocuparse por él no justifica su comportamiento de mierda.

—No, pero no parece que esté pidiendo que lo justifiques, está pidiendo perdón. Se ha disculpado, lo echas de menos. Ve a besarlo y haced las paces.

Aquí vamos.

—Voy a matarte.

—¡No puedo esperar a morir e ir al Inframundo! —Me rodea con los brazos y se aferra aún más fuerte cuando intento apartarla.

Entiendo lo que dice, de verdad. Pero cada vez que pienso que pudo haber tenido un motivo oculto para casarse conmigo, no importa lo improbable que sea, no importa que el noventa por ciento de mí crea que no lo hizo, mi corazón late con fuerza y mi garganta se cierra y estoy tan mareada que podría desmayarme.

Y no sé cómo vamos a superarlo.

Capítulo treinta y tres

Me sumerjo en la creación del más allá refinando mi plan, hablando con los mortales, discutiéndolo con los dioses que estarán involucrados y haciendo todo lo posible para que sea una realidad. Excepto, por supuesto, averiguar cómo hacerlo posible. No hay nada en los libros, ningún conocimiento recopilado por otras deidades, ninguna idea brillante que llegue cuando menos la espero.

No quiero admitir que sé exactamente a quién acudir para obtener respuestas, pero estoy demasiado asustada para hablar con ella. Incluso pensar en Hécate me pone nerviosa. Hay algo en ella que me recuerda a Madre, aunque no podrían ser más diferentes. Cualesquiera que sean las inquietudes que tengo sobre Madre, una sombra de ellas también se encuentra dentro de Hécate.

Quiero hablar con Hades desesperadamente sobre ello. Necesito más tiempo, pero lo echo de menos demasiado para aceptarlo. Justo cuando siento que me voy a desmoronar, cuando estoy más cerca de decir que lo perdono aunque sé que no es así, solicito una reunión con Hécate.

—¿Me crees ahora, entonces? —dice todavía en forma de anciana arrugada. Estamos en una sala de recepción que da al patio, en el centro del palacio donde Hades y yo nos casamos. Hay un tazón de manzanas en la mesa lateral, la fruta de los árboles que planté al fin ha crecido y ella gravita hacia ellas. Coge una, la examina y la deja de nuevo antes de que pueda advertirle de que no se la coma. Se cultiva aquí y se quedaría atrapada.

—Tengo preguntas —digo.

—Estoy segura de que sí.

—¿Cuáles son mis poderes?

Ríe maliciosamente.

—Si ni siquiera tú lo sabes, entonces no puedo ayudarte con nada.

—Pero ¿cómo los descubro?

—Ya lo verás.

Reflexiono.

—Quiero crear una vida aquí después de la muerte para las almas. ¿Crees que puedo hacerlo?

—Si no puedes, no estoy segura de quién podrá.

—¿Por qué? —pregunto—. ¿Por qué yo, por qué este poder?

—¿Por qué no tú? No eres nada especial en ese sentido. ¿Era especial Apolo cuando tocaba una lira y la música recorría su alma? ¿Era Dioniso especial cuando la primera copa de vino tocó

sus labios y se aferró a él incluso después de que se secara su contenido? Los dominios eligen dioses todo el tiempo.

—Bueno, si mi poder no es nada especial, ¿por qué estás tan obsesionada con él?

Hécate se da la vuelta, camina a lo largo de la habitación y se detiene en la ventana cuando algo le llama la atención. Cuando habla, su voz suena distante, como si estuviera solo a mitad de camino.

—Nunca te hicieron la pregunta importante, niña. Querías el mundo, pero ¿qué darías por él? —No digo nada y una sonrisa feroz brilla en su rostro—. Exacto. ¿Por qué sacrificarías algo por poder cuando simplemente podrías cogerlo?

—Eso no es lo que está pasando aquí.

—¿No es así? —Su sonrisa es un rechinar de dientes. Me acecha hasta que está tan cerca que quiero dar un paso atrás, aunque me niego a moverme.

—El poder me reclamó. No al revés. Tú misma lo dijiste.

—Después de saltar hacia él. Si no hubieras puesto un pie en el Inframundo, como pretendía que ocurriera, no te habría encontrado. Eso es lo que te hace especial. Este poder te eligió y tú lo elegiste. Corristeis el uno hacia el otro y, francamente, cielo, estoy fascinada. —Extiende su mano arrugada para acariciar mi mejilla—. ¿Por qué niegas la verdad?

Dejo escapar un suspiro tembloroso.

—Tal vez sería más fácil si supiera exactamente qué poder tengo.

—Bueno, ¿por qué estás hablando conmigo, niña? Ve y averígualo.

—¿Me ayudarás?

—No necesitas ayuda.

—Pero me gustaría.

Ella me examina de cerca y luego se ríe una vez más.

—Tienes otros dioses a los que pedir ayuda, ¿no? ¿O él es solo una tapadera para enmascarar tu poder?

—Hades es más que eso.

—Pero él es una tapadera, lo reconoces.

—Nunca supe que tenía un poder que ocultar.

—¿Y ahora?

—Quizá llegue el día en el que deje de ocultarme —digo—. Pero si lo que estás diciendo es cierto, entonces...

Me lo imagino. ¿Qué sucede si no solo me las arreglo para crear la otra vida que visualizo, sino que también me atribuyo el mérito? Padre sabría que tengo poder, pero ¿qué puede hacer cuando la corona del Inframundo descansa sobre mi cabeza? A menos que amenace su poder de forma directa, y planeo hacerlo con tal sutileza que ni siquiera se dará cuenta de que soy yo, estaré a salvo.

—No. Ya no necesito esconderme detrás de Hades nunca más.

—Así que admites que no lo necesitas.

—Lo quiero —digo con brusquedad. Tal vez ya lo he perdonado más de lo que pensaba si me molesta tanto que Hécate hable mal de él—. Y si de verdad tengo poder, entonces no voy a renunciar a lo que quiero nunca más. Si me importa tan poco como dices, ¿por qué sigues mencionándolo? Esto no tiene nada que ver con él. ¿Puedes decirme qué es lo que supuestamente puedo hacer?

Me mira de forma sospechosa, como si esto fuera una artimaña.

—Muy bien. Me canso de estas conversaciones sin fin. Si podemos superarlas, tú y yo podríamos conseguir grandes cosas. Tres lunas en el cielo y el mundo entero bajo nuestro control.

—¿Qué?

Arquea una ceja.

—Eres una niña aprendiendo a caminar, cielo. No nos apresuremos a llevarte al Olimpo antes de tiempo.

—Ven —digo antes de que pueda inventar otra adivinanza—. Te llevaré con los mortales.

Llevo a Hécate a la misma cornisa en la que estuve con Estigia y Hades. Ninguna otra flor se ha unido al asfódelo. Reclamó el campo como propio y no ha dejado espacio para que crezcan otras raíces. La tierra es un mar de pétalos de marfil. Ahora algunas de las almas están completas, un poco más sólidas, niebla gris contra las flores blancas y el cielo negro. Hades tiene la intención de llenar el más allá con color, cada pintura que ha dibujado del paraíso prácticamente estalla con él, y ahora que miro el campo lo echo de menos aún más. Esto será nuestro. Quiero que lo creemos juntos.

Las almas curadas se sientan hablando en grupos. No puedo mantenerlas así por mucho más tiempo, se aburrirán y se inquietarán. Pero si mi plan funciona, no tendré que preocuparme por ello. Al otro lado del Estigia hay un segundo campo y todas las almas allí son difusas e insustanciales. No voy a sanar más hasta que pueda hacer algo con ellas.

A lo lejos puedo ver a Caronte y un barco lleno de almas nuevas en el Aqueronte. Cada día llegan más.

—Este es un uso mezquino de tu poder —dice Hécate—, clasificar un puñado de almas...

Está en lo correcto. Las almas difusas y que se desvanecen superan en número a las curadas, incluso en el lado del Estigia que estoy priorizando. Podría pasar todo el día curándolas y no lograría avanzar mucho cuando llegaran más nuevas.

—No quiero que sea solo un puñado. Quiero que sean todas ellas.

—Entonces será así.

—No es tan simple.

—¿No lo es? —Se gira hacia mí con un brillo desafiante en los ojos.

—Lo intenté cuando dividí este lugar, y no ha funcionado.

—¿Creíste que podías hacerlo?

Pongo los ojos en blanco.

—¿Creer en mí misma? ¿En serio? ¿Ese es tu gran consejo?

—Cúralas o no, si quieres. No me importa.

Si lo intento y fallo se convencerá de que no lo puedo hacer, entonces que así sea. Pienso en cómo he reparado las almas antes. Supongo que, verdaderamente, no lo he reconocido como algo real. Las almas sanan a mi alrededor, así que me centro en ello y fuerzo el proceso para que se acelere. No parece mucho, pero si Hades y Hécate tienen razón, lo que he estado haciendo es algo enorme.

Las he curado de una en una. ¿Podría curar a miles al mismo tiempo?

Cierro los ojos y, como él está en mi mente, pienso en Hades. Dijo que había arrastrado las almas al otro lado de la división como si nada. Y lo hice, ¿no? Fue instintivo. Extendí la mano... y ahí estaban.

De acuerdo.

No busco una conexión con el reino como una chica vacilante desesperada por conseguir que funcione, escuchando pasos distantes. Lo llamo hacia mí, lo llamo aquí, exijo su atención como si supiera que la brindará, como si fuéramos uno, este poder y yo.

«Corristeis el uno hacia el otro».

Se rompe como una cuerda, vibrando cuando la toco. Me siento llena, chisporroteando con energía, y me pregunto si seré capaz de contener un poder tan trascendental o si se escapará de mí, más ardiente y más ferviente incluso que el relámpago de mi padre.

Las almas parpadean frente a mí como velas en la oscuridad. Escucho susurros de recuerdos y siento que sus emociones se extienden, desesperadas por conectarse. Reúno la energía que se arremolina dentro de mí y agarro su centro como si fuera lana, separando los hilos. Justo cuando estoy a punto de envolver a las almas en su capullo, siento algo más palpitando en el límite de mi visión; un pequeño rayo dorado, más cercano que los humanos, más familiar.

Hécate.

La percibo de la misma manera que sentí a Hades y Estigia. Pensaba que los estaba sintiendo conectados con el mundo, pero no era así. Es una magnificación de lo que experimento con los humanos porque, como dioses, son una magnificación de los humanos, sus almas, sus auras, sus propias vidas.

«Diosa de la vida».

A medida que el pensamiento fluctúa, se cimenta, se solidifica, se declara verdadero.

Cojo esas almas humanas, giro la energía que vibra a través de mí y la impulso hacia ellas, las hago arder con más intensidad, las hago arder como si estuvieran casi vivas. Y están completas de nuevo.

Mis ojos se abren de golpe.

—No veo la necesidad de ser tan exagerada —dice Hécate como si no hubiera ocurrido algo increíble—. Pero si cerrar los ojos ayuda, entonces adelante.

Mi corazón late con fuerza, pero me siento... como una flor, con raíces profundas y pétalos abiertos al cielo. Me siento plena, segura de quién soy por primera vez en mi vida.

—Soy la diosa de la vida.

—Sí.

—Y soy la reina del Inframundo.

—Sí.

Asiento despacio porque no sé qué más decir y se me dificulta mucho respirar en este momento. Lo he hecho. Las he curado a todas y ha sido muy fácil. Todo este tiempo buscando formas de hacerlo posible, pasando noches enteras con Hades leyendo textos a la luz de las velas y, simplemente, podría haberlo hecho sin más.

—Quiero crear una vida después de la muerte —digo—. Tengo planes, esbozos y todo lo demás.

—Hazlo. Sueña en grande.

Estoy cansada de sus sermones. Estoy cansada de que me digan que podría hacer más, acabo de restaurar miles de almas. Está claro que ya soy suficiente.

—¿Qué es lo que quieres?

Ella da un respiro.

—Quiero poder.

—¿Ya está? No me necesitas para eso.

—Sí, y también necesito a tu madre.

—¿Qué?

—Hay algo sobre tres diosas juntas. Algún poder antiguo. Tres Moiras. Tres Gracias. Tres Grayas. Somos más poderosas juntas y ellos no pueden soportarlo. Por eso intentan separarnos. Eres poderosa pero débil, te distraes por cosas como los mortales, las amistades y ese chico tuyo. Hay un sitio llamado Eleusis que me llama. Tardaremos siglos, tal vez eones, pero podríamos crear algo bonito. Reubicarnos, crecer más allá de los dioses del Olimpo, convertirnos en algo diferente.

—No —digo al instante—. No son distracciones, lo son todo.

Enseña los dientes y luego cierra los ojos moviendo la cabeza.

—Pasos pequeños. Tenemos todo el tiempo del mundo. Pero cuando estés lista para buscar todo lo que podrías ser, para descubrir quién eres sin todo ello, búscame.

Desaparece y veo a los mortales. Está equivocada. Esto es importante. Es esencial.

«¿Por qué no intentarías minimizar el dolor de este mundo?».

Madre me dijo que me concentrara en las cosas pequeñas, las cosas que podría controlar. Hécate quiere que me concentre en cosas tan grandes que me eclipsan.

Pero todo es importante. Todo importa.

El poder retumbando a través de mí, la certeza de quién soy por primera vez en mi vida, nunca me había sentido tan segura de nada. Tengo razón.

Puedo hacer lo que me propongo. Podría hacerlo ahora mismo.

Me doy la vuelta y corro de vuelta al palacio.

Hades está en una de sus bibliotecas, mirando un documento.

—¡Oh, hola! —Se levanta tambaleándose de su asiento cuando me mira. Parece cansado, tiene líneas debajo de los ojos y empuja los hombros hacia atrás como si fuera la primera vez que endereza la columna en días. Parpadea nervioso mientras juguetea con la pluma entre sus dedos y se mancha las manos con tinta.

—Hola. —Cierro la puerta detrás de mí.

—¿Está todo bien? ¿Estás bien?

Se me encoge el corazón. ¡Puaj! Estos estúpidos sentimientos no deberían hacerme desearlo por encima de mi ira. Tenía razón por estar molesta. Debería estarlo todavía. Las ninfas solían bromear sobre cuánto tiempo podía guardarle rencor a alguien.

Y sin embargo...

—Soy la diosa de la vida —digo. Sin el repiqueteo del poder que aún retumba dentro de mí, es un poco más difícil afirmarlo con tanta seguridad.

Sus ojos se abren como platos y solo me mira fijamente.

—Perdona, ¿qué?

—Siéntate —digo—. ¡Tempestad!

Hades me mira con recelo, pero se vuelve a sentar y Tempestad aparece ante nosotros.

Se cruza de brazos con su peso sobre una cadera, y me mira. Es tan nebulosa, más sólida que los humanos, pero también más gris.

—Me habéis llamado, mi señora —se burla.

—Creo que puedo enviarte de vuelta al mundo de los mortales —digo antes de perderme demasiado pensando si es algo que en realidad puedo hacer. Necesito sentir esa emoción de nuevo y quiero que Hades sea testigo de ello. Me ha visto como nadie más lo ha hecho, incluso más profundo que Estigia o las ninfas o mis amigas mortales. Si me ve así también, tal vez lo sienta más real.

—¡¿Qué?! —exclama, con los ojos bien abiertos hacia Hades—. ¿Es cierto?

Hades niega con la cabeza como si no supiera qué responder.

—No estoy seguro, pero aparentemente sí.

Me encojo de hombros.

—No hay garantías, pero vale la pena intentarlo.

Ella asiente con entusiasmo. Ya parece más viva que antes.

Le ofrezco la mano y ella la coge. Todo lo que siento es un descenso repentino de la

temperatura, tal vez el eco lejano del viento, como una concha marina en mi oído.

Me concentro. Debería ser fácil, después de todo lo que he hecho. Hades dice que hacen falta años, pero no creo que sea verdad, solo a él le lleva años.

Esta vez no cierro los ojos, pero miro fijamente a Tempestad hasta que algo tira de mi centro. Estiro de ese hilo hasta que se tensa. Vida, creo. Esa palabra es tan gloriosa, tan incomparable.

Tempestad jadea cuando el color se precipita dentro de ella.

—Lo has conseguido...

Y luego ella se va.

Observo el espacio vacío donde estuvo alguna vez.

—Por el Estigia, ni siquiera lo he pensado. —Llevo una mano temblorosa a mi boca—. Debí haberle dicho adiós, debí haberla abrazado a la fuerza, yo solo... ¡Por las Moiras! Ha funcionado.

Hades asiente despacio.

—Mmm, sí. Parece que ha funcionado. —Mira el espacio donde estaba Tempestad, sin pestañear, y parece que ha soltado las palabras de sus labios sin pensar.

—Oye. —Muevo las manos para llamar su atención—. ¿Estás bien?

Él se sobresalta.

—Hubiera tardado años en canalizar ese poder.

Arqueo una ceja.

—Tú no eres la diosa de la vida.

Se pone de pie, camina hacia el frente de su escritorio con incertidumbre y se apoya en él.

—Y... ¿dices que es algo que puedes hacer más veces?

—He reparado todas las almas humanas —le digo.

—¿Todas ellas?

Me encantaría jugar con la intriga, pero estoy demasiado emocionada para detenerme en el dramatismo.

—Sí. Y creo que puedo crear la vida después de la muerte. Es fácil, Hades. Me conecté con él o lo abracé, y Hécate cree que puedo hacer cosas enormes.

—Espera —dice—. Déjame entenderlo. —Le doy un momento para perderse en sus pensamientos, y cuando levanta la vista es como si me estuviera viendo por primera vez—. Sabía que eras poderosa. Pero esto es otra cosa.

—Lo sé.

—¿Y puedes crear el más allá? ¿Sabes cómo hacerlo?

—Sí —digo, un poco más tranquila, un poco menos confiada—. Solo que no quería hacerlo sin ti.

—Oh. —Suspira.

Pensaba que esto sería más fácil. Me había sentido muy tranquila, muy segura de lo que quería, pero frente a Hades me doy cuenta de que todavía me siento perdida. Sin embargo, lo quiero en mi vida otra vez. Estoy segura de ello.

—No me ocultes cosas —digo—. Nunca más. En especial cosas sobre mí.

—No lo haré —dice—. ¿Necesitas que lo jure?

—No necesitas jurarlo todo, Hades. Me gustaría poder confiar en ti sin obligarte a cumplir tu palabra. —Suspiro—. Tienes que entender lo difícil que era para mí aceptar el matrimonio, las cosas que necesitaba superar para pedirte que te casaras conmigo. Si tenías un motivo oculto, entonces no estaba recuperando el control; el matrimonio era exactamente la trampa que siempre había temido. Tenía razón al estar enfadada, pero creo que es por eso por lo que me ha dolido tanto.

—Lo siento mucho, Perséfone. Nunca he querido hacerte sentir de esa manera, pero ya veo que lo hice. Te pido perdón. Debería haberte advertido de mis sospechas de inmediato.

—Gracias. —Asiento—. Y gracias por darme tiempo para superarlo. Supongo que no cambia nada. Incluso si hubiera sabido que era capaz de esto, aún me habría casado contigo. Ningún poder me habría permitido quedarme si Zeus decidía que tenía que irme. Les quitó los territorios a los titanes y se los entregó a los dioses. Es posible que no haya sido capaz de coger mi poder, pero aun así podría haberme sacado del Inframundo y casarme en otro sitio si hubiera querido.

Podría haber dañado a Hades y yo habría hecho cualquier cosa para evitarlo. Diosa de la vida o no, podría haberme ido con Zeus por voluntad propia si hubiera prometido dejarlo en paz; el matrimonio es algo fácil comparado con eso.

—Siendo honesta —digo suspirando—, tal vez el matrimonio sea la solución perfecta.

Sus cejas se disparan hacia arriba.

—¿Lo es?

—Sí —afirmo luchando con palabras que parecen demasiado pesadas, cargadas con las confesiones que deseo poder expresar en ellas, todo el cuidado y el amor, sea cual sea el tipo de amor—. ¿Si hubiera sabido que tengo este poder que me conecta a este reino? Yo... No quiero tu poder, Hades. No quiero tu corona ni tu trono. Quiero encontrar el mío, que me permita sentarme a tu lado. Quiero gobernar este reino contigo. La verdad, creo que estamos mejor juntos. Nos equilibramos el uno al otro. Entonces, sí, el matrimonio parece ser la respuesta desde cualquier punto de vista.

—Bueno, me alegra saber que no te he retenido en un matrimonio que no quieres —dice. Por la expresión de su rostro, es lo que le ha estado preocupando durante días—. No quería ser la razón de tu infelicidad.

—No lo eres. Yo... Mira, este matrimonio puede ser una farsa, pero es agradable.

Sonríe, no con su habitual sonrisa burlona, sino con algo más leve, más íntimo, como si hubiera una broma que solo él entiende.

—No más discusiones estúpidas, ¿de acuerdo? —digo.

—¿Discusiones estúpidas? ¿Así que lo reconoces? —La sonrisa burlona está de vuelta.

—Cierra la boca.

—Una respuesta ingeniosa. Deberías desafiar a Talía para ser la musa de la comedia.

—Una palabra más y desafiaré a Melpómene para ser la musa de la tragedia.

—Oh, esposa, cómo te he echado de menos.

Un rubor comienza a extenderse por mi piel. ¡Ay, Moiras! Otra vez no.

—No me mientas de nuevo y no tendrás que echarme de menos.

—Ni en sueños. —Levanta la mano en señal de falsa rendición.

—Bien. Ven conmigo. Tenemos trabajo que hacer.

De vuelta a la cornisa que da hacia los humanos, le cuento mis planes a Hades. Escaneamos las llanuras y no puedo creer lo que estoy viendo. Tantas almas y ninguna de ellas deambulando mientras sus recuerdos se desvanecen.

—Así que estoy pensando en dividir la otra vida en tres partes separadas —explico—. Tenemos una parte que es el paraíso. Crearé todas las cosas que has pintado y las haré realidad, y podemos seguir construyendo a medida que pensamos en más cosas, un mundo más prometedor y lleno de esperanza. Uno que pueda incitar a un humano a tomar decisiones morales, a diferencia de lo que inspiran los dioses del Olimpo. El paraíso puede tener diferentes partes para distintas personas, por lo que aquellos que deseen cadenas montañosas podrán tenerlas y las personas que quieran emborracharse todo el día podrán hacerlo.

—¿Y si quieren emborracharse en una montaña?

Me pellizco el puente de la nariz.

—Creo que aún no te he perdonado por mentirme. De hecho, era agradable cuando no me hablabas.

—Lo siento muchísimo. Continúa.

Por su sonrisa, puedo ver que no lo siente en absoluto y estoy aún más molesta al descubrir que, de alguna manera, me he acercado a él durante nuestra discusión. Nuestras mangas se están rozando. Ahora que soy consciente de ello, es lo único en lo que puedo pensar.

—Y luego..., ya sabes, eh... La mayoría de los humanos no son del todo buenos ni del todo malos, por lo que podemos crear un lugar que no sea terrible pero que tampoco sea exactamente emocionante. Es como... No sé, solo estar bien para toda la eternidad. Como esto, en realidad. Estoy pensando que podría ser solo este campo de asfódelos; pacífico, pero sin demasiadas cosas, y luego hay un lugar para los humanos más despreciables.

Él no se ha alejado de mí. ¿Es consciente de lo cerca que estamos?

—Después de hablar con algunos de los humanos —continúo—, creo que tienes razón.

—Como la tengo en tantas cosas, sí.

—Mis experiencias son limitadas y no sé lo suficiente como para juzgarlos. La vida humana es dura y la mía es fácil.

—Creo que nunca he llegado tan lejos.

Lo ignoro y sigo.

—He decidido crear un consejo de humanos para que puedan juzgarse unos a otros. Todos seleccionados personalmente, hay muchos y todos quieren hacerlo. Ellos decidirán quién va adónde.

—Es una buena idea. —Asiente—. Sin embargo, no es perfecta, podría corromperse fácilmente.

Asiento.

—Sí, tendremos que regularla, tal vez hablar con algunos de los dioses y diosas de la justicia y cosas así.

No sugiero a mi madre. Su dominio principal podría ser la agricultura, pero también es la diosa de la ley sagrada. Ella supervisa los mismos ciclos del mundo. Quizá una vez que todo esté arreglado pueda visitarme y pueda escuchar sus ideas. Podría traer una pequeña parte de ella aquí conmigo para siempre.

—Genial. —Asiente de nuevo—. ¿Y los castigos? ¿También los decidirán?

—Creo que sí, aunque tengo algunas ideas. Yo, eh, hablé con Tártaro y le parece bien que pongamos a los peores humanos en el pozo que protege. No tan profundo como a los titanes, claro, pero en un nivel superior.

Él se estremece, aunque no estoy segura de que sea una respuesta a mi plan para los humanos o a la mención de los titanes.

—Parece cruel.

—Estos humanos actuaron tan mal como los titanes —digo y me doy prisa antes de que nos detengamos en ello—. Y ningún castigo es para siempre. Terminará en el momento en que realmente sientan remordimiento por lo que hicieron. Podemos volverlo a evaluar si no funciona, pero si queremos asustar a los humanos para que no imiten el horrible comportamiento de los dioses, entonces necesitamos algo con qué amenazarlos. Paraíso y castigo; incentivo y amenaza.

—Está bien, sí, tienes razón. ¿Y puedes crearlo?

—Creo que sí.

Hemos traído las pinturas de Hades con nosotros y ahora las colocamos en el suelo. ¿Podría ser posible? ¿Convertir algo tan bonito en algo real?

—No hay mejor momento que el presente —dice mirando sus pinturas.

—Esperaba algo más ceremonial.

—Oh, gran diosa Perséfone —entona, pasando su brazo por su cuerpo en una reverencia dramática—. Hoy se anuncia una nueva era para el reino de los muertos, una de juicio y recompensa. Habrá justicia para los pecadores y contra quienes han pecado. Regocijémonos mientras el reino se divide y los espíritus de los muertos vuelven a florecer.

—Muy bonito —digo, lo conozco bien como para interrumpirlo antes de que siga hablando para siempre.

—Gracias. —Se pone serio y cuando habla de nuevo sus palabras son repentinamente pesadas e intencionales, como si necesitara que le creyera—. Puedes hacerlo.

Parece extraordinario que hace solo unas semanas cualquier creencia en mí misma fuera como una ilusión aferrada con fuerza, a pesar de las realidades del mundo.

Pero ahora esa creencia parece innegable y el mundo será testigo de ella.

Es para lo que estaba destinada. Es quien soy.

Por supuesto que puedo hacerlo.

Miro las pinturas y luego a la tierra que hay frente a mí. Esta vez no me agacho para tocarla. No necesito hacer demasiado para extender la mano y sentir el pulso del Inframundo. Es el corazón atronador en el centro de este reino, estático y cálido, llamándome. La energía recorre mi columna y brilla en las yemas de mis dedos. No me sorprendería si mis ojos brillaran también; la verdadera forma inmortal de un dios yace bajo la superficie y a tan solo una caricia de nuestro poder. Todo lo demás se desvanece, el susurro silencioso de la duda en el extremo de mi mente, la prisa urgente de mis pensamientos, incluso Hades de pie a mi lado. Ni siquiera puedo sentir la ropa en la piel, solo este poder y este mundo.

Podría reír, incluso en este estado, porque me viene a la mente mi madre.

Sus dedos delicados estirando los hilos de un telar.

Esos movimientos son lo más parecido a lo que debo hacer, y ahora entiendo por qué Atenea, diosa de la guerra y el conocimiento, es también la diosa del tejido.

Es lo que hago ahora. Mis manos buscan hilos que solo puedo ver yo, los hilos dorados que conforman este reino. Se doblan bajo mi caricia mientras los reacomodo, cambiando acordes enteros de este mundo.

Levanto montañas y tallo valles.

Hago girar bosques y tejo océanos.

Construyo ciudades de mármol de colores en todos los tonos que Hades ha pintado.

Pienso en las personas, en las vidas sobre las que tengo jurisdicción; este mundo siempre fue para ellos. Pienso en ellos llenando estos espacios, su alegría, su risa, su amor, y las hebras arden bajo mis dedos. El mundo también lo quiere, puedo sentirlo, pero es demasiado. Cada pequeña cosa que creo me agarra, me atrae, me suplica que descanse.

Me siento increíble. Me siento agotada.

Aprieto los dientes, algún instinto me dice que si no lo termino ahora mientras los hilos son maleables, se asentarán en sus nuevas formas. O lo hago todo de una vez o no lo hago.

Moldeo granos de arena hasta que las playas se extienden a kilómetros, con olas que rompen y algas marinas que se aferran a las orillas. Presiono las huellas que Hades añadió a su pintura y me aseguro de que todo se mueva como debería. Las motas de arena se mueven bajo los pies, se moldean juntas, van y vienen con la brisa.

Me tambaleo.

Dibujo pájaros en los árboles, les abro el pico y los lleno de música hasta que solo escucho su canto, un chillido disonante de euforia.

Mis rodillas golpean el suelo que hay debajo de mí.

Sigo un rastro de nubes en el cielo, cada forma que he visto pasar mientras soñaba con una vida mejor, cada tono entre el blanco de la cáscara de huevo y el gris hierro. Las dejo flotar en un suave susurro a través del firmamento.

No puedo respirar.

La nieve cae flotando sobre las cimas de las montañas, pedazos grandes y esponjosos que se aferran a las laderas, fríos como el hielo y yo...

Tengo mucho frío.

Una oleada de calor, presión, una mano en la mía. Un faro resplandeciente y palpitante, oro fundido que pide que se vierta.

Hades me está dando su fuerza, permitiéndome acceder al poder que accidentalmente cogí una vez.

Lo recibo y una corriente me recorre. Me vuelvo a levantar y enciendo un sol redondo en el cielo, dejo que su calor me reviva y termino de crear esta tierra; conchas marinas, arcoíris, rocío, arrecifes de coral, mariposas. Flores.

Suelto la mano de Hades y empujo el poder lejos antes de que pueda abrumarme. El ardor es reemplazado por una calidez que me inunda, un consuelo, un músculo que ha disfrutado al estirarse. Expulso una luz dorada de mis ojos y, aunque acabo de crearlo, jadeo cuando veo el paraíso ante mí.

El cielo es azul, el tipo de azul que solo veía en Sicilia si me despertaba por la mañana y miraba cómo se desvanecía el amanecer. Un oasis brilla en la distancia. Los árboles están dispersos por todas partes y las flores se esparcen libremente en los prados, los edificios y las calles, y su aroma se mezcla con la brisa salada del mar. Las flores están en todos lados y todo lo que veo es color.

Hades viene a mi lado estirando los brazos, y me pregunto si está tan emocionado como yo o si solo percibe el cansancio que hace que mis huesos se vuelvan pesados.

Al otro lado del Estigia, el campo de asfódelos permanece intacto. Allí, las almas aguardan el juicio para determinar si el asfódelo es todo lo que pueden aguardar o si tienen algo más brillante o más oscuro en su futuro.

—¡Por las Moiras! —exclama Hades mirando con los ojos muy abiertos. Es tanto su creación como la mía. Son las cosas que ha pintado: la ciudad que se arrastra hacia un océano, las olas rompiendo en la orilla, los barcos flotando en el horizonte. Él ha creado cada punta de esas cadenas montañosas. Ha hecho el bosque con sus lagos y praderas escondidas, el susurro de los ciervos que lo atraviesan. Él lo ha pintado y yo lo he dibujado en la realidad.

La vista del paraíso no es nada comparada con el sonido de la alegría. Las almas están gritando y vitoreando y corriendo para ver su nuevo mundo. Por momentos, la música llena las calles mientras cogen los instrumentos. Las hogueras arden y el olor a ajo asado flota en el aire mientras sacan platos que llevan brillantes pedazos de frutas y pasteles bañados en miel. Los vítores y el júbilo alcanzan un *crescendo*. Las almas están cantando y bailando. Están felices.

Me giro hacia Hades, el cansancio se desvanece en el calor de mi emoción.

—¡Ha funcionado! —grito. Me acerco a él y lo rodeo con los brazos.

—Así es —confirma. Él ha diseñado este paraíso, pero ya ni siquiera lo observa. Me está mirando fijamente, sus ojos cansados brillan con asombro. Me envuelve con sus brazos poniéndolos debajo de los míos, sus manos en mi cintura, y salto arriba y abajo mientras me hace girar y me sujeto con fuerza. Huele a agujas de pino y pintura.

—Necesitará trabajo, refinarlo a medida que surjan problemas, pero..., ¡Hades, ha funcionado!

Me baja, pero no lo suelto. Me coloca el pelo detrás de las orejas. No creo que ni siquiera se dé cuenta de que lo hace, pero estoy clavada en el suelo, con el corazón acelerado. Luego me pone la mano en el hombro, cálida y pesada, y no puedo dejar de mirarlo, cada plano de su rostro, cada pestaña, cada pequeño movimiento. Acabo de crear algo increíble, pero en este momento el extremo de la colina junto a él parece el verdadero paraíso.

—Así es —vuelve a decir—. Y toda la corte lo sabrá, sabrá que has sido tú. No te escondas más.

¿Cómo lo hace? Siempre sabe las cosas que quiero sin que yo tenga que decirlas.

Su mano aprieta mi hombro.

—Una vez pediste el mundo, Perséfone. Felicidades, acabas de crear uno.

Cuando estamos de vuelta en el palacio asumo que vamos a celebrarlo solo nosotros dos.

Pero Hades desaparece durante dos minutos dejándome en el patio y cuando vuelve toda la corte comienza a entrar. Justo en el borde del horizonte se pueden ver a los humanos, se puede ver el paraíso.

—Vuestra reina tiene un anuncio —declara.

Ni siquiera estoy nerviosa por hablar frente a todos ellos, revelarme ante ellos. No sé por dónde empezar, así que solo lo digo. Miro a la multitud de rostros, Estigia sonriendo y Caronte confundido; Hermes intrigado y más dioses que aún no conozco lanzando miradas inciertas entre sí, y suelto:

—Soy la diosa de la vida y acabo de moldear la vida después de la muerte. He creado el paraíso para los mortales.

Estigia rompe el silencio y grita:

—¡Por los ríos del Inframundo, lo has conseguido!

Le sigue una estampida hacia los pórticos y una docena de exclamaciones diferentes. Comienzan los susurros.

Me sobresalto cuando Hades aparece detrás de mí y me rodea la cintura con los brazos. Acerca su cabeza a la mía y me susurra al oído:

—Me imagino que toda la corte se estará preguntando cómo he tenido tanta suerte.

Me pego a él casi instintivamente, su cuerpo firme contra el mío, y giro la cabeza para

encontrarlo cuando de repente recuerdo nuestra actuación; el romance ante la corte. Es solo una representación. Él nunca me abrazaría así si no fuera por el público.

Con todo el ajetreo me he dejado llevar por el engaño.

No quiero sentir el peso de mi decepción. No quiero tener en cuenta todos esos sentimientos ahora, no cuando debería estar tan emocionada.

—Oh —digo en un intento desesperado por distraerme—. Además, Hades nunca me secuestró. Yo vine hasta aquí. Había un poder en esta tierra que me llamaba y estoy muy contenta de haberlo encontrado.

No me esconderé más.

Pero no destruiré la ilusión de nuestro amor, eso llegaría a oídos de mi padre. Esa pizca de verdad podría salvarnos. Así que presiono mis manos contra las de Hades, manteniendo su sujeción en un intento por transmitirle que no revele todo el plan.

La corte guarda silencio al considerar la nueva información.

—Ah, eso tiene mucho más sentido. —Tánatos niega con la cabeza.

—¡Por la reina Perséfone! —grita Estigia levantando una botella de vino.

Hades maldice a mi lado.

—Sabía que nunca tendría que haberle enseñado dónde guardaba esas cosas —murmura, pero los aplausos lo ahogan deprisa.

Es como volver a ver a los humanos; los dioses cogen instrumentos, comida y bebida. Algunos salen corriendo a ver el paraíso y vuelven tan eufóricos que otros también corren a verlo. Paso toda la noche bailando, hablando con subordinados que parecen auténticamente felices de que esté aquí. Me siento más en casa después de haberme quitado la máscara. Mi amor por este reino nunca ha sido más potente.

Llevo a Hades a un lado.

—Gracias por darme una razón para quedarme aquí.

No ha podido dejar de sonreír, ha estado deambulando por la fiesta en constante conversación. Su sonrisa no vacila ni una vez, incluso mientras se balancea sobre sus pies exhaustos, su poder se ha drenado. Ha rechazado cualquier sugerencia para que descanse, está demasiado ocupado disfrutando de la celebración, siempre radiante de alegría. Pero ahora su sonrisa se desvanece y me mira, serio y sincero. Cuando habla, lo hace con una gravedad que va más allá de las meras palabras.

—Gracias por quedarte.

Mis rodillas parecen más débiles y quiero sujetar su túnica y atraerlo hacia mí. Podría besarlo, después de todo, estamos en público, y él me devolvería el beso. Pero tampoco quiero que sea falso. Así que me conformo con abrazarlo. Presiono mi cabeza contra su pecho, y casi puedo convencerme de que he escuchado su corazón latir más rápido.

Sin duda, los rumores de mi nuevo poder se extenderán y seguro que mi padre se enterará. Hace unos días me habría aterrado. Si él me veía como algo que debía controlar, ahora que soy

poderosa de verdad ese pensamiento no hace más que empeorar. Pero ¿ahora que soy la reina de todo un reino? No hay nada que él pueda hacer, lo cual es bastante agradable por sí mismo, pero nunca he imaginado nada fuera del alcance de Padre. Él es todopoderoso y, sin embargo, aquí estoy, perfectamente a salvo en un hogar que he construido para mí con personas a las que estoy empezando a amar.

Hay lagunas en su poder.

Y yo soy una de ellas.

Capítulo treinta y cuatro

Estaba preparada para engañar a todos con una boda, pero no tanto con la vida de casada.

Ahora que la corte está oficialmente abierta, no hay ningún sitio donde Hades y yo podamos ir sin tener que fingir, excepto en los pisos más altos de nuestra casa. En la corte sostengo la mano de Hades y él me besa en la mejilla, y hay tantas miradas descuidadas que casi resulta más esfuerzo no fingir cuando cruzamos los umbrales de nuestras habitaciones. Todo es falsedad. Todo duele. Pero soltar su mano cuando subimos las escaleras duele más de lo que pensaba.

Solo han pasado unas pocas semanas y la soledad de esta distancia es dolorosa. No tengo ni idea de cómo sobreviviré toda una vida así.

Ni siquiera puedo consolarme con Estigia o los mortales, o incluso visitar al fin a mi madre, porque las demandas de la nueva otra vida y la corte son muy apremiantes. Hay muchas disputas, muchas cosas que arreglar y, aunque estoy segura de que las cosas se calmarán con el tiempo, en este momento la situación es un desbarajuste.

—Entonces, si estoy transportando las almas muertas, ¿las llevo a los Campos Elíseos, Asfódelo o Tártaro? Los Campos Elíseos son lo que llamamos paraíso, ¿verdad? Y, espera, ¿nos conformamos con llamarlo Tártaro o nos inclinamos por Mazmorras de los Condenados? —pregunta Caronte—. Mi voto sigue siendo para el último.

—Es un poco injusto que los mortales obtengan todo este paraíso. ¿No nos merecemos uno también? —Esto lo dicen las Moiras, y prometo que tan pronto como la otra vida mortal esté en pleno funcionamiento, crearé más belleza en este reino para que ellas también la disfruten.

—Últimamente están muriendo más personas —dice Tánatos. Y cuando lo miro con sorpresa, continúa moviendo la cabeza—. No sé por qué, pero seguro que hay más de lo habitual. Puedo arreglármelas por ahora, pero no estoy seguro de poder recuperar todas las almas después. ¿Podemos establecer algún tipo de contingencia?

—¿Qué dios tiene una rabieta esta vez? —pregunta Hermes—. ¿Y de qué crees que se trata: de una plaga o de una guerra? ¿Apostamos?

—¿Apostar? —pregunto—. ¿No deberíamos investigarlo? Si la gente muere por causas no naturales, deberíamos...

—Oh, eso sucede —dice Tánatos con desdén—. Las vidas humanas caen bajo los caprichos de los dioses y nosotros arreglamos el desorden; démosle unas semanas y se solucionará. Es posible que necesite ayuda si los números siguen aumentando. Apostaría por un desastre natural, a esos dioses les encantan los terremotos.

No estoy muy tranquila, pero la corte es más sabia que yo y ya están hablando sobre el siguiente punto. Tendré que creer en su palabra.

Hades es increíble en la corte. Puede resolver disputas en segundos, hacer malabarismos con miles de tareas, calmar las inquietudes incluso antes de que se expresen. Pero cuando se van, gime y entierra la cabeza entre las manos y pregunta cuánto tiempo más debemos quedarnos aquí. Es un rey brillante, aunque está claro que lo odia. Puede que esté cansada después de tantas horas, pero no aborrezco gobernar como él. Cuando lo miro a los ojos, fuerza una sonrisa, besa mi mano y finge un amor que no siente. Incluso eso parece cansarlo. Por las mañanas desayunamos en un cómodo silencio mientras él lee y yo planifico el día que tengo por delante. Por las tardes hablamos hasta que aparecen las últimas estrellas en un cielo que no podemos ver. Es agotador, complicado y estresante, pero la mayor parte del tiempo soy feliz.

El único problema es que él, claramente, no lo es.

Si Hades solo fuera taciturno durante el día, cuando estamos frente a todos, sería soportable, pero también lo es cuando estamos solos. Durante las primeras semanas después de que nos reuniéramos de nuevo, fue perfecto. Charlábamos, bromeábamos y pasábamos todo el tiempo juntos, volvíamos a la misma habitación para que la corte no hiciera preguntas y apenas dormíamos porque no podíamos dejar de hablar.

Pero ahora que ha pasado más tiempo, deja caer mi mano como si le quemara en el momento en que cruzamos el umbral de nuestras habitaciones privadas. Apenas me mira. Cuando habla lo hace con una cortesía forzada. Tardó una semana en ceder y dormir en la misma cama que yo e incluso entonces se quedó lo más cerca posible del otro extremo. Ahora, cuando empiezo la charla habitual que nos dejará despiertos hasta la madrugada, se da la vuelta.

—Esta noche no —dice.

—¿Pasa algo? —Sueno ofendida, pero no es mi intención. Estoy más preocupada que herida.

—Me está afectando, eso es todo —dice—. Toda esta farsa... No soy... No soy como tú. No disfruto mintiendo con cada expresión o manipulando a la gente con cada palabra. Es agotador.

El silencio se arrastra entre nosotros en la habitación a oscuras. No puedo verlo, pero sé que tiene los ojos abiertos con la mirada perdida en cualquier lugar menos en mí. Su respiración alarga los segundos hasta que finalmente rompo el silencio.

—¿Crees que esto es fácil para mí? —pregunto. Mi voz suena firme, pero acaba por quebrarse —. ¿Fingir que te quiero?

—¿No es así?

¿Lo es? Es satisfactorio, sí, ver que los dioses no nos cuestionan, que las diosas nos miran con celos, y saber que está funcionando. Están convencidos. Pero ¿perder esas sonrisas íntimas y esos roces inocentes en el momento en que se cierra una puerta? Estar dudando de todo... Es difícil.

No puedo decirle que por primera vez en mi vida estoy siendo yo misma. No me preocupo por encajar en el molde de una hija perfecta o una buena chica. Yo mando. Digo lo que quiero. No me disculpo por mi poder. Estoy muy cerca de disfrutar de esa libertad, y lo haría si no estuviera fingiendo no desear a la persona que finjo desear. Me está destruyendo cada pequeño gesto. Y estoy ignorando lo mucho que duele porque tengo muchas otras cosas que hacer, todo un reino turbulento que dirigir. No tengo tiempo para pensar en cuánto me están dañando estos sentimientos no correspondidos. Y pensaba que no podía empeorar, pero el hecho de que también lo esté dañando a él es insoportable.

Pero no puedo decírselo.

—Creía que no —dice ante mi silencio.

Mientras doy vueltas por la noche, sé que él tampoco duerme, pero no se me ocurre nada que decir, así que finjo que lo está. Cuando se trata de Hades, parece que fingir es todo lo que puedo hacer.

Unos días más tarde lo despierto más temprano de lo que normalmente lo haría.

—¿Qué estás...?

—Ven conmigo —digo atando una cinta alrededor de mi vestido verde, la tela fina se vuelve opaca con capas que susurran cuando me muevo como hojas crujiendo.

—¿Tienes alguna idea...?

—Confía, querido esposo —insisto.

Murmura algo, pero accede.

Se viste, y unos minutos después estamos caminando por nuestro mundo. En el horizonte están las tierras humanas y el cielo azul se funde con el negro que se cierne sobre nosotros como una mancha de tinta. Caminamos por el jardín que planté hace solo unos meses, los árboles han crecido alto y rebosan de fruta que en realidad no podemos comer si queremos la libertad de dejar el Inframundo cuando lo deseemos. Las hojas revolotean sobre nuestras cabezas, la suave hierba cruje bajo nuestros pies y el dulce olor de las manzanas, granadas y nectarinas nos sigue mucho después de haber dejado el jardín y haber comenzado a caminar por los prados.

—¿Por qué estamos haciendo esto? —pregunta—. Podríamos acortar la distancia con una de las puertas de Hermes.

—Solo porque podamos no significa que debamos —digo sorprendida. ¿Cómo no le puede gustar? Cada paso que doy parece latir a través de mí—. ¿Alguna vez te has tomado el tiempo de mirar y disfrutar este mundo?

Hades mira a su alrededor y se encoge de hombros.

—Sin duda es mejor de lo que era —dice—. Pero sigue siendo solo tierra y aire.

¿Habla en serio? Puedo pensar en pocas cosas más maravillosas que la tierra y el aire.

—Quiero que adores este reino tanto como yo. ¿Dónde preferirías estar? No creo que en la

corte.

Hades niega con la cabeza.

—No hay ningún lugar en el que prefiera estar, esa es la ironía.

—Yo siempre he querido visitar Chipre —confieso.

Hades resopla.

—¿Afrodita? Qué tópico.

—Es un tópico por una razón —digo—. Ella es la diosa de la belleza y Chipre es su isla. Se supone que es tan impresionante como ella. Siempre he imaginado que la vida que allí florece debe de ser algo etéreo. A veces las siento, llamándome, todas esas flores. También quiero explorar los límites más lejanos, visitar islas como la mía e islas completamente opuestas, ver flores crecer en la nieve y en el desierto, ver la vida en las costas y en las montañas.

Hades observa a lo lejos.

—¿Estás bien? —pregunto.

—Que tu madre te mantuviera encerrada en esa isla fue un acto de crueldad.

Me muerdo el labio.

—Tal vez... Madre es muchas cosas, pero los peligros de los que hablaba son muy reales.

Él asiente.

—Sí, es verdad.

Necesito escribirle, pero con cada segundo que no lo hago, la idea de hacerlo se vuelve más difícil y las consecuencias, mayores. No sé cómo expresar todo lo que necesito decir. Sigo pensando cómo podría reaccionar y me detengo en la posibilidad de que me rechace.

—Lo siento —dice Hades—. No debí haber hablado de tu madre.

—Yo solo... —Niego con la cabeza. Ni siquiera puedo decirle a Hades cómo me siento porque no estoy segura de saberlo realmente. Y si no puedo decírselo, ¿cómo se supone que debo transmitírselo a ella?—. Quiero mucho a mi madre —digo por fin—. Pero a veces creo que también podría odiarla. Creo que la culpo por cosas que ni siquiera son culpa suya y no sé cómo lidiar con ello. Tienes razón, estoy enfadada porque ella me mantuvo en esa isla. Pero ¿qué más se suponía que debía hacer? Es muy confuso.

—Ni me lo imagino.

—¿Crees que es una mala madre? ¿Soy una mala persona por pensar todo esto?

—No eres una mala persona, Perséfone —dice sin dudarlo, pero se toma un momento para reflexionar el resto de sus palabras. Deja de caminar y se gira hacia mí—. Por lo que me has dicho, creo que tu madre crio a una hija para que sobreviviera en este mundo. Creo que intentó meterte a la fuerza en un molde que no te correspondía, y lo hizo con suficientes reprimendas y elogios para convencerte de que su amor estaba condicionado a tu comportamiento. Creo que tu autoestima está demasiado ligada a la aprobación de tu madre y creo que eres libre de sentirte como quieras.

Tiene razón. Aquí estoy después de haber ido en su contra y estoy aterrada de que nunca me

perdone, de que nunca me vuelva a querer.

Y, a pesar de ello, no puedo pensar en algo concreto que me gustaría que hubiera hecho diferente.

—Creo que es imposible ser una buena madre en el mundo que creó mi padre —menciono. Mi voz capta la devastadora tristeza que esconde esa verdad. ¿Estaba destinada a sentir este dolor? Todo lo que hizo mi madre, todas las decisiones difíciles que tomó, siempre iban a fracasar porque no es un mundo en el que puedas tener éxito teniendo una hija.

—Quizá sea cierto —concluye Hades—. Pero las personas pueden tener buenas intenciones y aun así hacer daño a otras, y no tienes por qué sentirte culpable por estar molesta por ello.

—No creo estar molesta, o no solo estoy molesta, también estoy enfadada y no puedo determinar dónde está la línea que separa esas cosas. Yo... sigo pensando en todas las cosas de las que ella intentaba mantenerme a salvo. Incluso tú. Todas esas barreras alrededor de la isla, y nunca se había protegido contra el Inframundo. Si fueras una persona diferente, de las que sacan provecho, ella habría perdido a pesar de hacer lo correcto.

—Lo sé —dice—. Suelo pensarlo y luego, además, elegiste venir aquí igualmente. A veces me siento... furioso al saber que corriste tal riesgo, que te pusiste en peligro. Yo podría haber sido peor.

—No parecía un riesgo tan grande como los planes de mis padres. En las únicas historias que había escuchado sobre ti no blandías una espada, y yo..., bueno, me obsesioné con la idea de que en algún lugar había alguien, algún chico, que era contrario a la violencia. Después escuché lo del ejército de los muertos vivientes. No podía entender cómo un hombre con tanto poder no tenía ni una sola historia sobre él abusando de su fuerza. Era todo lo que sabía y era un riesgo que estaba dispuesta a correr porque estaba desesperada. Podrías haberme pegado y haberme hecho daño, pero al menos hubieras violado xenía y habrías tenido consecuencias; cualquier otro con quien Madre me hubiera casado habría tenido el poder de hacerme lo que quisiera.

Hades permanece en silencio, pero la tensión se arrastra a lo largo de sus omóplatos.

—Vamos —digo—. Sabemos que el mundo es terrible. Es por eso por lo que estamos haciendo todos estos cambios en el más allá. No quiero que más chicas se críen en islas y se les diga que se vistan de cierta manera, que actúen de cierta forma y que tomen precauciones para no incitar a los hombres a la violencia. Estamos creando nuestras propias consecuencias. Estamos cambiándolo todo.

—Con puño de hierro —dice sombrío.

—La gentileza no nos llevará a ninguna parte en un mundo donde mi padre se sienta en un trono. —Hablo con determinación, como desafiándolo a estar en contra—. ¿Te molestan mis métodos?

—Yo no podría hacerlo. No soy... tan despiadado como tú. —Creo que me está insultando, pero cuando lo miro casi parece admirado, sus ojos brillan cuando se gira hacia mí—. Pero no

creo que sea algo malo que lo seas. Es por eso por lo que eres mejor para gobernar este reino que yo.

No sé si es bueno o malo ser tan implacable. Solo podría sobrevivir, solo conseguiría evitar caer en un lugar horrible con alguien tan pacífico como Hades a mi lado.

La única forma de luchar contra mi padre es inclinarme hacia el lado más oscuro de mí misma y quizá no me arrepiento de que ese lado exista.

—Siempre lo supuse... —comienza Hades antes de mirar a su alrededor—. Lo siento, ¿qué estamos haciendo aquí?

—Vamos a desayunar —digo—. Aquí deberíamos estar tan bien como en cualquier otro sitio.

Desdoblo una manta y empiezo a sacar cosas de la bolsa que tengo colgada en la espalda.

—¿Sentados en el suelo una vez más? —pregunta—. ¿Por qué odias tanto los muebles?

—Deja de lloriquear y siéntate —le ordeno sentándome en la manta—. Ahora, ¿qué estabas diciendo? Estabas usando tu voz profunda y melancólica.

Él niega con la cabeza.

—No importa.

—Sí que importa —insisto—. Últimamente te he notado muy... decaído.

—No lo estoy.

—Claro que sí y sé por qué.

Su cabeza se levanta de golpe y su espalda se tensa.

—Si odias tanto la corte, ¿por qué la convocas?

Sus hombros se relajan un poco, pero frunce el ceño hacia mí.

—¿Porque soy el rey del Inframundo y debo hacerlo?

—Eres el rey del Inframundo. Haz lo que quieras, pero...

—¿Pero?

—Sigues diciendo que soy mejor gobernando este reino que tú. No es verdad. Eres brillante, pero está claro que no te gusta mucho la corte. Entonces, ¿por qué no haces las partes del gobierno que te interesan y me dejas la corte a mí? —digo apilando pasteles en un plato.

—No puedo pedirte que hagas eso —dice—. Es agotador y...

—Es maravilloso.

Se burla.

—Oh, por supuesto.

—Lo digo en serio.

Entrecierra los ojos.

—¿Lo dices en serio? ¿Cómo es posible que lo encuentres interesante?

—Porque lo es. Todo lo relacionado con el funcionamiento del reino, todas las disputas entre los dioses, todo. Es fascinante.

—Eres muy extraña, Perséfone.

—Parece que soy política —digo—, y tú eres un artista y un erudito. No tenemos que hacer

todo los dos, ¿verdad? ¿Por qué no lo dividimos y nos hacemos la vida más fácil?

—¿Qué?, ¿tú mediando con los dioses y manejando las cortes humanas, mientras yo me siento entre pergaminos resolviendo los problemas de tu vida después de la muerte?

—Si es lo que quieres.

—Me encanta la investigación.

—Lo sé.

—No será lo mismo cuando te aburras al cabo del rato y trates de distraerme con una docena de preguntas.

Sonríe con ironía, con la vista perdida, distraído, como si realmente estuviera recordando nuestro tiempo encerrados en la biblioteca y su sonrisa se suaviza con cariño.

—Y la corte no será lo mismo sin tu ceño fruncido —bromeo.

—No quiero dejártelo todo a ti —dice, ya emocionado con la idea—. Pero puedo trabajar en tratados, cooperar con el Olimpo y el Océano, ordenar el papeleo...

—No tienes que hacer todas las cosas malas.

Parpadea.

—Te estoy dando todas las cosas malas, de hecho.

Me río.

—Guau, tal vez hemos hecho mucho mejor trabajo al casarnos de lo que pensaba. Así, ¿yo trato con la gente y tú con cualquier cosa que involucre una pluma y tinta?

—A mí me parece bien.

—No quiero presionarte tras bambalinas.

—Por favor, son nuestros nombres los que firmaré al final de esos documentos. Y al final de cada semana todavía podemos sentarnos en nuestros respectivos tronos. Dudo que alguien vea a uno de nosotros más poderoso que el otro.

—Está bien, si eres feliz, entonces yo soy feliz. Mañana le haremos saber a la corte a quién de nosotros debe acudir para cada cuestión. Pero si lo hacemos, tendrás más tiempo para ti. Puedes crear de nuevo.

—Sí..., echo de menos pasar tiempo estudiando —confiesa.

—Pues hagamos que funcione —propongo—. Más vale que salga algo de provecho de este matrimonio.

Ante esto, levanta una ceja.

—¿Qué?

—Nada.

Estoy tentada a tirarle algo.

—Deja de decir eso.

—Me importa este reino —dice—. Me importa de verdad. No he hecho nada durante mucho tiempo, pero... No podía hacerlo y me afectó. La razón por la que no me gustan los humanos...

La corte... Es demasiado para mí. La gente, el ruido y las cosas de las que hablan. Lo único que puedo hacer es desconectarme para evitar formar un escándalo. Lo siento.

—Hades, no tienes que disculparte —afirmo—. Tú no lo pediste. —Pero yo sí.

—Perséfone —dice—. Yo... Por los dioses, ni siquiera sé por qué te lo digo. Nunca se lo he dicho a nadie.

—Es porque nunca has tenido a alguien tan maravilloso como yo en tu vida —bromeo, su repentina seriedad me hace sentir incómoda.

Pone los ojos en blanco y continúa.

—Cronos mató a su padre por su crueldad. Encarcelamos a Cronos por la suya. Siempre supuse que nuestros hijos vendrían y destruirían a nuestra generación también y, de hecho, aquí estás, la hija de Zeus planeando su posible caída, por reputación y no con la muerte.

—Ah, sí, bueno, mi generación está mucho más interesada en... —Me interrumpo porque no se ríe, no bromea, no me interrumpe con el esperado «jódete, tenemos prácticamente la misma edad»—. Tú no eres como Zeus —digo en cambio.

—Tal vez. Pero he hecho cosas crueles, Perséfone. Cosas indudablemente crueles. —Hades traga saliva—. La verdad es que no puedo acercarme a los humanos porque estoy intentando olvidarlos.

—Lo sé. La guerra fue dura para...

—Fui capturado en la guerra —confiesa Hades sin poder mirarme a los ojos—. Hacia el final. Dijiste que habías escuchado historias, ¿verdad? ¿Sobre cómo no cogería una espada y, déjame adivinar, no haría daño a las personas con las que entrené? ¿Sobre cómo fui un cobarde que no se dedicó a la guerra?

Esas eran las historias que había escuchado, sí.

—Todos los que lucharon en la guerra están traumatizados. Pero en mi caso no se trata solo de eso. En el entrenamiento me obligaban a correr en círculos por dibujar en la arena, me tocó guardia nocturna por llorar al pensar en matar a alguien. Yo... Nunca he estado hecho para ello. No creo que fuera el único, otras personas eran mejores ocultándolo. Me gritaban «sé un hombre», como si las mujeres no hubieran estado luchando desde que comenzó la guerra, como otros hombres; muchachos, ¡maldita sea!, éramos niños, todos nosotros. —Se interrumpe y pierde el hilo de lo que iba a decir mientras mira hacia la distancia, aparentemente reflexionando sobre todo, incluso ahora. Es al aire vacío al que habla cuando agrega—: Todos éramos niños que nos despertábamos hiperventilando y gritando por padres que ni siquiera conocíamos.

Se gira hacia mí y por fin me mira a los ojos con una intensidad sorprendente.

—No servía emocionalmente para luchar y tenía el casco de la oscuridad, así que solían enviarme a espiar. Un día me cogieron. Los titanes sabían que habían perdido y mi captura era su última fuente de satisfacción, incluso uno de los elegidos de Cronos. Lo aprovecharon al máximo. Habría accedido a cualquier cosa para que terminara el dolor y lo acabé haciendo:

supliqué, negocié, me humillaba haciendo lo que me pedían y entonces fue como si se hubiera accionado un interruptor. Supe que tenía que matar para salir o moriría allí.

Está llorando. Las lágrimas brotan, caen, corren por su rostro, y no las limpia.

—Cuando me reuní con los dioses del Olimpo se enteraron de la masacre, cómo conseguí encontrar la base Titán y la diezmé y, de repente, surgieron todos estos rumores sobre que en realidad era el rey del Inframundo y mi naturaleza era la muerte. Ni siquiera sabían que me habían capturado, así que me colocaron al frente del batallón. No podía soportar la idea de clavar mi espada en otra persona, y lo digo literalmente. Ni siquiera podía levantarla. El pensamiento me hacía temblar, y no podía respirar y... y así conjuré la ilusión del ejército de muertos vivientes. Los titanes vieron un ejército veinte veces más grande que el suyo y huyeron. Todos decían que se había acabado, pero para mí no. Pensaba: «Está bien, finalmente podré bajar aquí y solo beberé y olvidaré». Pero cuando llegué aquí y ellos... ¡Por las Moiras! Las Musas habían creado este palacio como la acrópolis del Olimpo, y clavaron las espadas de los caídos por todo el palacio para honrar mi legado. Cada vez que las veo me siento culpable y luego estaban todas las almas mortales... Hice muchas cosas terribles, pero todas mis pesadillas son sobre mí y lo que pasé. Puedo tambalearme con los recuerdos de los mortales que masacraron y mataron, pero los que resultaron heridos me hacen caer de rodillas. ¿Cómo es posible? ¿Cómo puedo estar más atormentado por lo que me pasó que por mis propias acciones horribles? Soy tan perverso como Zeus, Perséfone. Soy igual de egoísta y cruel.

No estoy segura de qué decir, no estoy segura de poder decir algo que valga la pena, y antes de que me haya decidido, estoy sujetando sus manos entre las mías.

Ni siquiera estoy segura de lo que pienso.

Si le hicieron daño y él actuó de la misma forma, entonces es la guerra la culpable, no él. Pero ¿tan fácil es recorrer el camino hasta llegar al tipo de actos repugnantes de los que son capaces los humanos? Todo justificado por la guerra. ¿Cuántos actos cometen quienes piensan que un arma en sus manos es una justificación?

—Era la guerra —digo por fin. Conozco al hombre que tengo delante y tengo que confiar en que hay líneas que él nunca cruzaría—. Una guerra en la que te obligaron a luchar y ellos fueron tus torturadores. Te criaron en la violencia y ahora, mírate, solo quieres pintar y... y eres adorable, Hades. Y es maravilloso. Increíblemente maravilloso, y siento que nadie te haya dicho que crear belleza es más noble de lo que podría ser cualquier guerra. La guerra terminó hace años y mira lo que los otros dioses han hecho en ese tiempo, tú no eres como ellos.

Hades niega con la cabeza, sin relajarse aún.

—Deberías destruirnos a todos —dice.

—¿Y luego mis hijos me destruirán? No. Terminaré con este ciclo de violencia. Y me alegro de que mataras a las personas que te hicieron daño porque yo no habría tenido tanta piedad.

A pesar de mis reservas, es verdad. Me alegro de que mi madre me haya evitado la guerra porque estoy aterrada de lo que hubiera hecho en ella. Quiero los nombres de los titanes que lo

retuvieron. Quiero encontrar sus átomos reciclados repartidos por todo el universo y destruirlos.

—Maté a mis captores —concluye—. De una forma bastante dolorosa también. Pensaba que podría ponerle fin. Los que se rindieron están encarcelados en el Tártaro y tampoco estoy seguro de que sea lo correcto.

—Bueno, podemos discutirlo más tarde. Gracias por decírmelo —digo—. No cambia nada. Sigues siendo mi persona favorita.

Hades me mira fijamente.

—Eres la persona más inteligente que conozco. ¿Cómo puedes...?

—Precisamente, porque soy la persona más inteligente que conoces. Y si creo que eres una buena persona, tal vez deberías confiar en mi juicio.

Está tan confundido que me duele. No puedo encontrar las palabras correctas, no puedo crear la flor adecuada para arreglarlo, y estoy perdida. No sé qué hacer. Las lágrimas se están secando en sus mejillas. Quiero consolarlo, pero solo puedo pensar en hacerlo a través del tacto, y no creo que él quiera mis abrazos ni mi cariño.

Debo usar las palabras, algo con lo que siempre me he considerado buena, pero ahora no puedo encontrar ninguna.

—Mira, ¿era moral matar gente? Tal vez no. ¿Estaba justificado? Sí, lo creo. Fue en defensa propia, ¿no? El hecho de que no estés de acuerdo demuestra que eres mejor persona que yo —digo—. Que estés atormentado por tanta culpa demuestra que eres una buena persona. Y creo que es hora de que le pongas fin a lo que pasó. Aprende de ello, arrepiéntete y sigue adelante. Una de mis amigas mortales, Larissa, ha creado estos grupos para que las personas se apoyen entre ellas, ya sabes, para los que tienen malos recuerdos. Podrías ir. O, si no te parece bien, estoy aquí cuando quieras hablar. De cualquier manera, creo que hablar te ayudaría.

Él duda.

—Quizá tengas razón. Pero... la lógica y las emociones no suelen ponerse de acuerdo.

—Lo sé —digo—. Pero cada vez que necesites que alguien te lo recuerde, estaré aquí.

Aprieta mi mano y logra esbozar una pequeña sonrisa.

—Apenas puedo recordar una vida sin ti.

—Genial, porque suena como si hubiera sido terrible.

Se ríe y sé que va a estar bien.

En cuanto a las espadas que cubren el palacio, son fáciles de controlar. Algunas hiedras por aquí, algunas enredaderas por allá y estarán escondidas.

Hades pintará un cuadro maravilloso de ello.

Capítulo treinta y cinco

Me quita tiempo hacer el pícnic. De vuelta en la corte, Caronte, Hermes y Tánatos discuten sobre la afluencia de almas.

—Hermes, ¿no puedes esperar al menos a que coja un bote para cruzar antes de traer más?

—Claro, abandonaré a las almas flotando una vez que Tánatos las corte. Estoy seguro de que no se perderán.

—Y no puedo evitar separar las almas de los cuerpos en descomposición, así que llena más tu bote, Caronte. Son almas, no pueden pesar tanto como para que se hunda.

Consigo conectarme de nuevo con mi poder para expandir más la tierra de las orillas del Aqueronte, creando más espacio para que las almas esperen el momento de pasar y, de este modo, detener la discusión, aunque solo sea por un tiempo.

—Gracias —dice Caronte, que ya lleva más espíritus a su bote—. No te preocupes. Lo que sea que esté causando esto no durará para siempre, las guerras mortales y las enfermedades nunca duran.

Luego paso al siguiente problema. Aparentemente, ahora que las almas mortales han recuperado su voluntad, muchas no eligen cultivar como lo hicieron sus almas en descomposición. Los dioses están preocupados por la hambruna a medida que el Inframundo se quede sin comida. Al menos tiene una solución fácil con mis poderes de la naturaleza. Ni siquiera necesito enviar ninfas a la superficie para obtener más; yo misma puedo cultivar lo suficiente y, a diferencia de mí, los dioses del Inframundo no tienen reparos en comérselo.

Corro de un problema al siguiente, pero es satisfactorio y gratificante, y disfruto de cada minuto.

Tras unas semanas, lo admito, soy una buena reina. Una muy buena reina, en realidad. Es como si cada una de las opiniones que he silenciado a lo largo de los años de repente fueran importantes.

No solo yo lo digo, o Estigia o Hades. Según las ninfas que revolotean sin sombra ni aliento recopilando los rumores y secretos de la corte, el consenso general entre los dioses del Inframundo es que estoy haciendo un trabajo maravilloso. Yo también puedo verlo, se acorta la lista de asuntos pendientes, hay sonrisas en las caras de todos, las risas retumban por los pasillos. Incluso los problemas más persistentes, como la acumulación de juicios o la afluencia de almas, parecen manejables.

Una mañana, Hades se reclina en su silla con el pergamino puesto frente a él mientras recojo

mis cosas para ir a la corte.

—Diviértete, si es que es posible hacerlo en ese sitio —dice con una sonrisa burlona. Está mucho más feliz desde que nos repartimos las tareas.

—Hablando de...

—No.

—Solo necesito que me cubras por un día o dos —le pido—. Necesito ir a ver a los humanos. Puede que la otra vida necesite ajustes.

—Entiendo.

—Hades.

Levanta la vista de su pergamino con una sonrisa divertida que hace que mi corazón palpite.

—Lo haré. Solo esperaba que pudieras ofrecerme algo a cambio.

—¿No te he ofrecido lo suficiente?

—Más que suficiente. Por eso tenía tantas esperanzas —dice—. La última vez me quitaste la maldita corte. ¿Qué podrías ofrecerme para que me la quede otra vez?

—¿Mi agradecimiento?

Él sonríe y, ¡por las Moiras!, esa sonrisa podría significar la muerte para mí.

—Y, por eso, Perséfone, haría todo lo que me pidieras.

Pongo los ojos en blanco.

—Deja de fingir y ve a la corte.

Pero también estoy reprimiendo una sonrisa y me pregunto cómo es capaz de sacarme una siempre. No importa cuán ocupada o cansada esté, a su lado siempre se puede encontrar la felicidad.

Cuando visito a Hades en su sala de arte por la noche, encuentro a Estigia con él. Los dos dejan de hablar en el momento en que entro.

Ella está demasiado distraída, demasiado cuidadosa, y lo reconozco como su peculiar forma mágica de atar secretos a ella y de ella hacia los demás.

—Hola —me saluda—. Lo siento, no puedo quedarme. Tengo una cita.

—¿Palas o Tártaro?

—Menecio —responde—. Aunque solo para darles celos.

—¿A cuál de ellos?

—A cualquiera que no me haya invitado a salir después de besarme.

—Eres un desastre, Estigia.

—Sí, pero está bien. Soy una belleza, así que puedo salirme con la mía. —Pasa junto a mí y sale por la puerta como si no pudiera salir corriendo de la habitación lo bastante rápido.

Me dirijo a Hades.

—Gracias por sustituirme en la corte hoy. Ha sido maravilloso volver a visitar el paraíso.

Podría haber estado sin la reprimenda de «no te hemos visto en mucho tiempo» de mis amigos, pero he podido comenzar a trabajar en un ciclo climático más refinado.

—Puedo asistir a la corte de forma permanente si necesitas más tiempo con ellos —dice dejando sus pinceles.

—No, está bien, pero gracias —contesto—. En realidad tengo algo más en lo que he estado trabajando y que también quiero enseñarte.

—¿Otra cosa? ¿De dónde sacas el tiempo?

—Lo dice el hombre de las mil aficiones.

—La corte consume mucho más tiempo que las cosas que hago.

—Pero no son tan divertidas. —Sonrío—. Además, esto ha sido fácil. Inspirado por Apolo, lo creas o no.

La sonrisa de Hades desaparece y sus cejas se disparan hacia su frente.

—Nunca deberías pronunciar esas palabras tan a la ligera. Ahora tienes que enseñármelo.

—Genial, vamos. —Corro hacia él preparada para empujarlo a la fuerza hacia la puerta, pero luego veo su pintura—. Por el Estigia, Hades. Es increíble.

—Dices lo mismo de todos los cuadros.

—Sí.

Ha pintado galaxias y estrellas, constelaciones que se mueven sobre el lienzo y nebulosas que brillan. No puedo creer que sea pintura de verdad. Y las capas, esas gruesas manchas de pintura añaden tal profundidad que siento que podría atravesarlas.

—Bueno, por mucho que adore tus cumplidos, estoy demasiado preocupado por lo que has hecho gracias a la inspiración de Apolo. No me dejes en ascuas.

Lo llevo hacia fuera. He estado pensando en cómo Apolo tocó su lira y desapareció; cómo vinculó la teletransportación a sus poderes. Ahora, sin la menor intención, las flores brotan bajo mis pies y con su leve caricia me arrastran a través de sus raíces y me empujan hacia otro montón de flores, justo detrás de Hades. Le toco el hombro y grita.

Ambos estamos riendo demasiado fuerte para recuperar el aliento. Se agarra el pecho y me dice que no vuelva a hacerlo sin previo aviso, lo que, por supuesto, solo provoca que lo haga varias veces más cuando no lo espera.

Aparezco y desaparezco a voluntad hasta que él predice dónde voy a aparecer después. Cuando aparezco, veo que su brazo viene hacia mí, listo para sujetar mi mano extendida, y no estoy segura de lo que sucederá a continuación. Pierdo el equilibrio y me agarra, me rodea la cintura con un brazo y, al sacudirme con la caída, tira hacia atrás y me atrae hacia él. De repente estoy pegada a él con su mano en mi cintura, nuestra risa se convierte en una falta de aire que nos deja perplejos, a escasos centímetros de nuestros rostros.

—Gracias —digo. Pienso en el baile de nuestra boda, en cómo él era lo único que me mantenía en pie.

Parece no tener palabras y solo me mira con una expresión extraña. Siento esa emoción, el

deseo que brillaba cuando aparecimos por primera vez ante la corte, lo que nos separa de golpe tan pronto como nos alejamos de una multitud en caso de que se prolongue. ¿Es posible que él también lo sienta?

En el segundo antes de que me suelte, estoy segura de que me va a besar.

Entonces, cuando sus dedos se deslizan, no pienso en detenerme. Me tambaleo hacia atrás, luchando por mantenerme de pie.

—No hay de qué —dice. La expresión en su rostro no ha cambiado. Debo estar equivocada, porque parece ansioso—. Solo espero poder estar allí para sujetarte cada vez que te caigas.

Parece que está a punto de decir algo más. Las palabras están ahí, casi tangibles... y luego niega con la cabeza.

—Si me perdonas, necesito ir a hablar con Estigia.

Lo cual es mentira porque Estigia está en una cita.

Lo que significa que solo quiere alejarse de mí.

A la semana siguiente, en la corte, me siento en mi trono para discutir los cambios que los dioses del Inframundo desean que se hagan en el reino, peticiones que lo convertirían en un paraíso tanto para ellos como para los humanos.

El día ha sido estresante, con los incendios habituales que hay que apaciguar, incluido un incendio real cuando el Flegetonte ha virado demasiado cerca de una zona cubierta de flores. Tengo la sensación de que es la forma que tienen de relajarse, fantasías placenteras de las que disfrutarían si pudieran.

—Me gusta el aspecto de ese océano mortal —dice Aqueronte—. Podríamos hacerlo funcionar con mi río si nosotros... Mi rey.

Se apresura a inclinarse cuando entra Hades, cubierto de humo oscuro y túnicas amplias, enmarcado por el resplandor de la chimenea. La docena de dioses que está en la sala también se apresura a ponerse de pie, solo para asentir con la cabeza cuando él pasa.

—Disculpadme por interrumpir —dice, su voz es suave y sedosa como siempre que se dirige a la corte. Es demasiado formal y me siento con la espalda recta, con un cosquilleo en la columna —. Pero me temo que debo robaros a la reina.

Le lanzo una mirada de pánico, pero me ofrece una leve sonrisa tranquilizadora y luego está frente a mí, de pie en la base del estrado. Me mira y coge mi mano, rozando sus labios contra la piel como la promesa de algo que está por venir.

—Mi amor —me saluda—. Si pudiera tener un momento de tu tiempo.

—Por supuesto —digo. Salgo del salón antes de que pueda decir más que un par de frases y besar mi mano. Al parecer, es todo lo que se necesita para que mi corazón se acelere.

Los otros dioses murmuran con admiración cuando nos vamos, la voz de Hermes se distingue entre las demás y sugiere que deberíamos irnos a una habitación.

—¿Qué pasa? —pregunto cuando salimos. No es que sea muy distinto a lo que llevamos haciendo en las últimas semanas, pero mi deseo ha llegado a niveles tan atroces que ahora me quedo despierta la mitad de la noche preguntándome si sus acciones podrían significar algo, con la esperanza de que no sean solo parte del engaño.

Él sonríe con picardía.

—Hace mucho tiempo que no te veo.

—Nos hemos visto esta mañana.

—Sabes lo que quiero decir. Hace mucho que no pasamos tiempo juntos. Hoy he tenido un día fantástico, he encontrado un rollo de tela de un tono cerúleo, exactamente el que estaba buscando. He decidido que, si tenía que sacar a mi mujer de la corte para que pudiéramos pasar algún tiempo juntos, es justo lo que iba a hacer.

—¡Oh, Moiras! Hades, solo tenías que proponerlo —digo, pero no puedo evitar la sonrisa en mi rostro—. Está bien, en realidad tenía algo planeado, pero no encontraba el momento. Ven conmigo.

Lo llevo al tejado del palacio, lo cual no es fácil, ya que no hay una superficie plana arriba, ni una ventana, y él se niega a escalar por las espadas escondidas debajo de la hiedra. Hago que crezca más gruesa y trepamos por ella y, tras muchas quejas, llegamos arriba.

—Esto es excéntrico incluso para ti.

—Gracias.

—Nunca podré insultarte sin que te lo tomes como un cumplido, ¿verdad?

—Deja de insultarme entonces —le sugiero—. Vamos, valdrá la pena.

Moví la pintura hace días y la planté en un jardín de flores. Con mis nuevos enlaces de transportación puedo llevarla directamente a la hiedra de mi lado.

—Mi pintura no es la sorpresa que esperaba.

—¿Y esto? —pregunto. La miro rápido, pero ya la memoricé entera y miro hacia el cielo negro azabache.

Lo lleno de estrellas con mi poder.

Hades exclama. Su mano se agarra con fuerza a mi brazo mientras observa el cielo sobre nosotros, bailando con los diseños que él ha creado. Estas no son las constelaciones que hizo mi padre en el cielo de la Tierra, cada una es un relato de sus conquistas. Estas nos pertenecen por completo y brillan en el cielo oscuro.

Escucho exclamaciones distantes, de mortales o dioses, no estoy segura, pero es agradable dar algo que todos puedan disfrutar.

Pero estoy concentrada en Hades. En el tejado, él está enmarcado por las galaxias y se ve muy bien a la luz de las estrellas. Sus ojos las reflejan y, ¡oh, Moiras!, la forma en que mira con asombro el mundo y luego, lentamente, a mí.

Abre la boca como si fuera a decir algo, pero no lo hace, y justo cuando estoy a punto de burlarme de él por quedarse sin palabras, se inclina hacia mí y me besa.

Se produce un cortocircuito en mi cerebro. Tengo que extender la mano y sujetarlo para tener estabilidad, tengo que encontrar algo a lo que aferrarme porque todo da vueltas y sus labios en los míos son todo lo que esperaba que fueran y esto es real, sin público, sin multitud, solo nosotros dos bajo las atentas estrellas. Mis puños se cierran con tanta fuerza en su túnica que puedo sentir mis uñas presionándose. Cuando le devuelvo el beso, jadea y el sonido me desarma.

Sus manos se enredan en mi pelo. Agarra mi labio entre sus dientes y gimo, lo que provoca que me acerque más. Ahora mis manos lo buscan y, finalmente, rodean su cuello, mis dedos acarician su pelo corto, y ya no son solo sus labios, sino todo su cuerpo presionado contra el mío y ¿cómo puede alguien hacer esto y recordar seguir respirando?

Nuestros labios se mueven con mucha facilidad. Mil besos falsos frente a una corte observadora y ni uno como este, ningún beso con el que lo sienta todo, un beso que parezca como si estuviera ardiendo.

Una mano se mueve hacia mi cintura y ahora es mi turno de morder su labio, y sus dedos se enroscan en mi costado, sosteniéndome cerca como si hubiera la posibilidad de que estuviéramos aún más juntos.

Me separo, desplazo los labios a su cuello. No tengo ni idea de lo que estoy haciendo, pero algo toma el control. Todo lo que sé es que quiero besarlo allí, morderle el pulso o dejar un rastro de besos a lo largo de su clavícula.

Pero entonces.

—Para —jadea de repente—. Para.

Retrocedo de inmediato, pero sus manos todavía me sostienen como si no quisiera que me alejara jamás.

Recorro el largo de su pelo con mis dedos, los rizos cortos y duros me hacen cosquillas, y es todo lo que puedo hacer para no agarrar la parte posterior de su cabeza y atraerlo hacia mí.

—¿Qué ocurre?

—No deberíamos hacerlo

—¿Por qué no? Es divertido. —Oh, es mucho más que eso.

Se ríe, pero brevemente. Está sin aliento como yo.

—No voy a fingir que no he pensado en esto una docena de veces. —Coge mi mano y besa mi muñeca, que de alguna manera es mil veces más íntima que la mano misma, pero luego la deja caer y la mira fijamente como si no lo hubiera pensado bien. Ahora se está alejando de mí, como si no pudiera evitar lo que podría suceder si no consigue poner algo de distancia—. No puedo hacerlo, Perséfone. Es todo lo que quiero, créeme. Pero no puedo besarte así y luego volver a nuestros castos y fingidos besos en la corte.

Espera, ¿por qué volveríamos a eso? Me paso los dedos por el pelo, por los mechones que ha desarreglado con su mano. ¿Por qué dejaríamos de hacerlo?

—No puedo... Yo... Creo que los dos somos conscientes de que existe este... deseo entre nosotros —continúa y, por las Moiras, sus pupilas se abren de par en par, incluso cuando aparta

la mirada de mí—. Ha sido un problema desde el momento en que comenzamos este teatro, pero ha empeorado recientemente. He estado luchando por tocarte en público y luego obligándome a no querer tocarte en privado. No puedo besarte de ambas formas, una con amor falso y otra con mera lujuria. Es demasiado.

«Amor falso».

Mi corazón se salta un latido. Por supuesto, no es... no es una declaración de amor, sino de deseo. Eros y no filia.

Asiento.

—Tienes razón. Es demasiado complicado.

Porque no creo que pueda volver a besarlo así sabiendo que no me quiere como yo lo quiero.

Porque lo amo.

Por supuesto que lo amo.

Y en este momento ese amor es un cuchillo y me está cortando, estoy desmoronándome desde dentro.

Hades sonríe con tristeza.

—Estoy seguro de que ya lo hemos arruinado todo.

—Hemos lidiado con peores desastres. —Se me hace un nudo en la garganta. Tengo que irme. No puedo... estar cerca de él ahora mismo.

—Parece que hay una fiesta ahí abajo. Tus estrellas podrían ser un nuevo festival anual. ¿Vamos?

—En realidad, mmm, me han agotado las estrellas. Voy a descansar, pero tú deberías ir.

La hiedra me traga antes de que pueda responder, antes de que pueda ver mis lágrimas y añadir la vergüenza al dolor.

Sabía que no debía enamorarme de él y lo hice igualmente.

No tengo a nadie más a quien culpar que a mí misma.

Capítulo treinta y seis

Mi corte está exhausta a la mañana siguiente después de haber organizado una gran celebración estelar, lo cual es una pena porque lo único que quiero es sumergirme en el drama de sus disputas. Por supuesto que no quiero pensar en lo de anoche.

—¿Cómo está Hades esta mañana? —Caronte sonríe y me sobresalto.

—¿Qué? Bien. ¿Por qué? —No lo he visto esta mañana, aunque, a decir verdad, he estado evitando encontrármelo.

—Lo último que vi fue que estaba vomitando en el río Estigia.

—Lo que explica por qué Estigia le estaba gritando mientras lo cargaba como podía de vuelta al palacio —agrega Nix.

—Estoy segura de que no era el único miembro de la corte en ese estado.

—Sí, pero siempre es un espectáculo raro y encantador ver al rey así —interviene Hipnos.

—Bueno, creo que lo dejaremos aquí por hoy, dado que todos nos hemos desviado del tema —declaro.

—Probablemente sea lo mejor —dice Caronte con incomodidad—. Cuando fui a la orilla después de la reunión de ayer había cuatrocientas almas esperando. No debí estar ausente más de una hora.

Los otros dioses comienzan a gruñir con sus propias quejas.

—¿Y esto es normal? —pregunto—. ¿Es una guerra o enfermedad?

—Bueno —dice Tánatos, echando un vistazo a la sala—, por lo que a mí respecta, este es un número de muertes mayor de lo que se había visto antes.

Hay murmullos de asentimiento.

—Está bien, gracias —digo despidiéndolos. No podemos seguir así. Lo que significa que necesito hablar con mi marido y, después de lo de anoche, es lo último que quiero hacer.

Encuentro a Hades en la biblioteca, bebiendo café y con un aspecto terrible. Sus ojos están inyectados en sangre, su himatión está torcido y él está encorvado sobre un pergamino como si estuviera usando su cuerpo para protegerlo de la luz.

—Bueno, espero que besarme no haya provocado que vomitaras anoche.

Se ríe, pero está tenso.

—¿Ya te has enterado?

—Oh, sí, tienes a todos los dioses del reino muy entretenidos.

Se queja.

Esto es bueno. La burla es terreno familiar. Si podemos comportarnos así sin dificultad, podemos superarlo, ¿no?

—Normalmente no bebo tanto, te lo aseguro.

—Soy consciente —digo—. ¿Estás... bien?

—Perséfone... —No termina esa oración, solo comienza a negar con la cabeza—. Siento mucho lo de anoche —dice finalmente.

Se me hace un nudo en la garganta.

—No lo sientas. Eres muy bueno besando.

Por un momento parece ofendido, pero luego se ríe.

—Entonces no me odias, ¿supongo?

—No, hace mucho que superé esa cuestión.

—No me aproveché de ti, ¿o sí?

—Te estaba devolviendo el beso, ¿te acuerdas?

—No recuerdo mucho de anoche, pero eso sí que lo recuerdo. —Se frota las sienes—. Me alegro de que todo esté bien entre nosotros.

—Sí, todo está bien. —Un poco tenso, tal vez, pero puedo fingir. Mi actuación es lo único en lo que puedo confiar siempre—. Pero la corte no lo está. Lo que sea que esté haciendo que los humanos mueran en masa no está disminuyendo.

Su vergüenza se desvanece y se reemplaza por una curiosidad académica, y recuerdo lo cautivadora que solía encontrar esa mirada, hipnotizada por su fascinación, cuando comenzamos a pasar tanto tiempo juntos en la biblioteca.

—¡Oh! ¿Tenemos alguna idea de qué lo está provocando?

—Ninguna. ¿Qué hacemos? —pregunto, sin avergonzarme de admitir que está fuera de mi alcance. Los poderes recién descubiertos no me darán el conocimiento sobre este reino que Hades ha acumulado a través del tiempo y la investigación.

—Bueno. —Piensa por un momento—. Necesitamos averiguar qué está pasando y por qué, si queremos presionar a las otras cortes para que hagan algo. Me imagino que Hermes está demasiado ocupado para investigar con el caos de la afluencia de almas.

Asiento.

Coge aire, luego me mira con una expresión que dice que no me va a gustar lo que está a punto de sugerir.

—Entonces, ¿recuerdas mi historia sobre la guerra?

Estoy desconcertada.

—Sí, claro.

—El casco de la oscuridad, si me envías a espiar...

—No —digo rápidamente—. No puedes ir a la superficie.

—¿Por qué?

¿Y por qué no puede? ¿Es que no quiero que me deje aquí sola? O que, dondequiera que vaya, quiero estar a su lado, aunque no puedo, por la misma razón que Hermes no puede. Dejar la corte ahora solo empeoraría las cosas.

Pero fuera de este ámbito, podría pasarle algo.

Y tal vez se da cuenta de que esta es mi principal preocupación, porque me ofrece una sonrisa tranquilizadora.

—*Perséfone* significa ‘portadora del caos’ —dice—. ¿Sabes lo que significa *Hades*?

—No, no estoy segura de que lo sepa.

—‘El invisible’ —explica retorciendo el humo ilusorio alrededor de su mano hasta que todo se desvanece—. Estaré bien. No te preocupes.

—Te echaré de menos —admito y él me mira por un momento, su comportamiento cambia. Se endereza como si estuviera resistiéndose a lo que sea que esté sintiendo. Y luego sus hombros caen, como si estuviera cediendo.

—Perséfone, estoy seguro de que estarás perfectamente bien sin mí.

Capítulo treinta y siete

Estoy tan ocupada dirigiendo la corte y con las tareas de Hades sumadas a las mías que no tengo tiempo que perder en su ausencia. Es solo algo en el fondo de mi mente, algo que molesta cuando le presto atención y, cuando no lo hago, es como una sombra que me sigue.

Unos días después, una ninfa aparece a mi lado. Hades me convenció de que enviar a la vez a todas las ninfas de la tormenta a la Tierra no sería muy bueno para los mortales vivos. Pero estoy decidida a obtener algunos autómatas del Olimpo para que no tengan que seguir actuando como sirvientes.

—Hades está aquí —anuncia ella.

Casi la tiro al suelo mientras corro hacia las puertas delanteras del palacio.

Hades debe de haber entrado hace poco. Parece cansado, con el casco bajo un brazo, la túnica cubierta de polvo. Estoy tan increíblemente feliz que casi me lanzo hacia él, pasando los brazos alrededor de su cuello con tanta fuerza que mis pies se levantan del suelo.

Él se ríe, sin duda encantado.

—Yo también te he echado de menos —dice.

—¡Dejad de recordarnos al resto que estamos solteros! —grita Estigia desde una puerta donde se aglomera un grupo de miembros de la corte, observándonos.

—No por falta de intentarlo, al parecer —dice Hades deliberadamente, lo cual provoca algo que creía imposible: un rubor púrpura se extiende por las mejillas de Estigia.

Luego dice en voz baja para que los demás no nos escuchen:

—Tenemos que hablar en privado.

Mi corazón se desploma.

Nos encaminamos a nuestra biblioteca favorita, la chimenea ya está encendida.

Se sienta con pesadez.

—¿Estás bien? —pregunto, resistiendo el impulso de sentarme en el brazo de su silla para masajear sus hombros cansados—. Pareces exhausto.

—Lo estoy —admite—. He cruzado una gran parte de Asia Menor. Nunca había visto algo así. Hay guerras en algunas islas. Las plagas se han extendido por las ciudades. Está sucediendo en todas partes. —Me mira con el ceño fruncido y los labios apretados—. Perséfone, no es fácil explicarlo. En cada tierra, en cada nación que he visitado, hay hambruna. Es tu...

—Madre —decimos juntos, él como un hecho, yo como un susurro temeroso.

Prácticamente, me dejo caer en la silla frente a él.

Estoy destrozada, profundamente conmovida de que ella haya llegado a tales extremos, pero aterrada por saber su próximo movimiento y preocupada por cómo debe de sentirse por ello. Sobre todo, me doy cuenta de que tengo que enfrentarme a lo que he pospuesto durante tanto tiempo: hablar con mi madre.

Cruzo los brazos con fuerza sobre mi pecho como si pudiera controlarme.

—Perséfone... —Hades se interrumpe y me pregunto si tal vez no soy la única que tiene dificultades por no saber cómo reconfortar al otro sin excederse.

«Amor falso...».

—¿Qué necesitas?

—No lo sé —admito. Una parte de mí está segura de que he empeorado nuestro reencuentro en mi mente al posponerlo durante tanto tiempo y así darle la oportunidad a la expectativa de verla de que se convierta en algo que no es. Otra parte de mí está convencida de que será peor de lo que puedo imaginar.

—¿Puedo hablar con ella por ti?

Niego con la cabeza.

—No. Necesito traerla aquí y demostrarle lo feliz que soy. Creo que necesito hacerlo sola. Y la echo de menos.

—Entiendo.

Tendré que llevarla al Inframundo, invitarla a nuestra casa, enseñárselo... todo. Y espero que pueda perdonarme.

—Hay otra cosa —dice Hades ante mi silencio—. La noticia del cambio en la vida después de la muerte ha llegado a oídos de los mortales. Ya hay indicios de que su sentido de la moralidad está cambiando. Algunos de ellos todavía te llaman Kore. Solo que parece que es más por miedo, como si decir tu nombre pudiera convocarte o convertirse en un mal augurio.

—¿Qué? —pregunto, sin saber cómo reaccionar. Les he dado el paraíso. Pero ¿temen más el castigo?

—Eres la reina del Inframundo, no te lo tomes como algo personal. Me llaman Plutón por la misma razón. Son supersticiosos con cualquier persona relacionada con la muerte. Pero..., como digo, son solo algunos de ellos. Los demás no te llaman Kore. Han añadido un epíteto: eres la temible Perséfone.

Me río antes de darme cuenta de que no está bromeando.

Y luego lo considero: el miedo, el poder.

—Me gusta bastante.

Él sonríe.

—Pensé que te gustaría.

Mi risa se rompe.

—No creo que ser la temible Perséfone me facilite la confrontación con mi madre.

—Puede que no —dice, se pone de pie, cruza la habitación y se sienta en el brazo de mi silla.

Coloca su mano sobre la mía y la aprieta, y, por las Moiras, estoy muy contenta de tenerlo, incluso si no es de la manera que quiero—. No evitará que sea difícil, pero sin duda debería recordarte todo lo que has conseguido.

Me inclino hasta tocarlo.

—Necesito enfrentarme a solas —digo—, pero ahora mismo... no necesito sentirme sola. Sentir que si lo hace..., si sucede lo peor y ella me deshereda, sé que no estoy sola.

Hades asiente.

—Puedo ayudar, ¿quieres que traiga a Estigia? ¿Tus amigas mortales? Podrías invitarlas a...

—No —digo con firmeza—. Solo tú. Ellas no lo entienden, pero tú sí. Te lo he contado todo y, bueno, lo que más me importa es que estés ahí para mí.

Hades mira sus manos, su pulgar roza mi piel en pequeños y reconfortantes círculos.

Él traga saliva.

—Claro, Perséfone. Estoy aquí para ti siempre que me necesites. Solo dilo.

Capítulo treinta y ocho

Pasamos la noche bebiendo té junto al fuego, compartiendo anécdotas y riendo hasta que olvido mi miedo. Pero no me tranquiliza lo suficiente como para eliminar por completo el malestar del día.

Ahora me visto, evaluando cada pequeña elección. Ni siquiera pensé tanto en mi atuendo de coronación.

Paso dos horas sujetando cada mechón de mi pelo en su sitio. Miro todas las coronas que me han regalado y ninguna me parece bien.

Estoy aterrada. Estoy emocionada. No puedo hacerlo.

Mis dedos buscan a tientas una sencilla tiara negra. ¿Debería elegir otra cosa? Quiero que mi aspecto transmita que pertenezco aquí, pero también que sigo siendo la hija que ella recuerda, la que ama. O tal vez quiero ser quien soy ahora y esperar que ella también me quiera así.

Me pongo la tiara en la cabeza y me miro en el espejo. Vestir toda de negro me parecía ir demasiado lejos. En cambio, mi vestido es de un gris brumoso, como las nieblas matutinas que se acumulan en las costas de mi hogar.

Dioses, echo mucho de menos Sicilia.

Supongo que si no estuviera evitando activamente a mi madre al aferrarme a lo ocupada que estoy, podría ir. Puedo ver a mis amigas. Tal vez incluso pueda aventurarme a ver algo del resto del mundo...

Aparto los pensamientos. Tengo que ver cómo va esta conversación primero.

Cuando estoy lista, me dirijo al mégaron. Quiero que Madre vea todo lo que tengo aquí y por qué no quiero irme.

He enviado a Hermes con una invitación. Le dije que, si quería venir, que fuera al mismo prado en el que desaparecí.

Ahora intento alcanzar esas flores y las encuentro marchitas y débiles. Incluso mis bonitas flores no son inmunes a la descomposición que mi madre ha causado en la tierra. Pero con mi intención en ellas, reviven. Más allá de ellas flota otra presencia, una vida lenta y palpitante, cansada, destrozada y con un poco de esperanza.

La alcanzo a través de las flores hacia el ramo en el vestíbulo. Mi madre.

No me doy cuenta de cuánto la he echado de menos hasta que está frente a mí y algo en mi pecho se sacude.

No es como la recuerdo, peinada y elegante, lista para negociar con los dioses del Olimpo por

mi mano. Su vestido está roto en el dobladillo. Las suelas de sus zapatos están desgastadas. Su pelo oscuro se escapa de su trenza como si la hubiera hecho hace días. Ojeras oscuras rondan sus ojos enrojecidos y me mira como si, por un momento, no estuviera segura de atreverse a desear que en realidad soy yo.

Salgo corriendo de mi trono tan rápido que me tropiezo con el extremo del estrado y me raspo la rodilla mientras voy disparada hacia delante. Ni siquiera me detengo para pararme erguida. Corro hasta que mi madre está en mis brazos.

Me coge con fuerza, sus dedos huesudos como agujas, sus lágrimas humedecen mi hombro, pero tal vez sean mías, tal vez yo también estoy llorando.

—Kore. —Me abraza, sus ojos ansiosos y escrutadores—. Mi niña.

—Estoy bien, estoy bien, estoy bien —entono. Mis esfuerzos por tranquilizarla se derrumban ante el hecho de que las palabras posiblemente no sean suficientes para arreglar lo que le he hecho.

—Vámonos, rápido —dice alejándose de mi abrazo solo para sujetar mi mano con tanta fuerza que mis huesos crujen—. Podemos escapar antes de que vuelva, esconderte en alguna parte. No podrá encontrarte. No has comido nada de aquí, ¿verdad?

—Madre, yo... —Niego con la cabeza, preguntándome por dónde empezar—. No es lo que piensas. Me gusta el Inframundo. Yo gobierno este reino y tengo poder aquí. No voy a irme.

—¿Poder? Kore, son los lúgubres salones de los muertos con un mocoso malhumorado al timón.

—Amo a Hades, Madre. El reino y el hombre.

¿Es la primera vez que lo digo en voz alta? ¿Ante el rostro desencajado de mi madre y la creciente ira que se sacude en su frente?

—Kore, escúchate a ti misma. ¿Quieres a tu secuestrador? Eso no es amor, eres tú tratando de sobrevivir. Estoy muy orgullosa de ti por ello, por sobrevivir, cariño, pero ya no necesitas hacerlo. Estoy aquí ahora. Todo estará bien.

Las lágrimas pican cuando se juntan en mis ojos, mi boca se seca. Necesito hacerlo, necesito confesarme. El momento que he estado temiendo. Pero, por los ríos del Inframundo, ¿cómo he permitido que crea esto durante tanto tiempo? ¿Cómo pude pensar que mi miedo valía la pena a cambio de su dolor?

—Él no me secuestró —le digo y soy una cobarde incluso ahora porque no puedo mirarla—. Le rogué una audiencia y una vez que la tuve lo obligué a que me diera xenía. Él no quería hacerlo. Pero luego nos hicimos amigos. Y yo... he encontrado poder aquí. Un dominio me ha elegido y este mundo me ha atado a él. Hades se ofreció a casarse conmigo para que pudiera quedarme. Le dije que no... —Me arriesgo a mirarla y está pálida, inexpresiva, impenetrable incluso para mí—... porque no quería casarme, no podía soportar la idea. Por eso corrí hacia aquí. Pero luego me di cuenta de lo que Padre le haría a Hades si pensaba que me había raptado.

Así que le pedí que se casara conmigo. Porque me preocupo por él y quería protegerlo. Él me dijo que sí. Y... aquí estamos.

Mi madre parece tambalearse y por un momento me preocupa que pueda desmayarse. Está más delgada de lo que recuerdo. Es difícil imaginar a mi madre más frágil que nunca, maldiciendo que las cosechas se pudran y que los mortales mueran de hambre.

—No sé qué decir, Kore —reprocha finalmente—. ¿Tienes alguna idea de lo alterada que estaba? Pensando en ti, buscándote... He recorrido todo el planeta por ti, ni siquiera dormía. Viajé a la luz de las antorchas.

—Lo sé, lo sé —digo—. Lo siento mucho. Yo simplemente... no podía casarme.

—Por lo visto sí que podías. Lo has hecho.

—Madre...

—¿Madre qué? —pregunta bruscamente—. ¿Qué vas a decir? ¿Sientes haberme hecho daño, pero no te arrepientes? ¿Mi dolor ha valido la pena? ¿Porque iba a someterte a algo tan terrible que lo justificaba todo?

No contesto. Mi culpa es un agujero tan grande que podría arrastrarme dentro, tal vez incluso esconderme en él.

Entierra su cabeza en sus manos.

—Estoy tan tan contenta de que seas feliz. Me alegro de que no te obligaran a casarte con un monstruo.

¿De verdad? Qué irónico...

—Pero no puedo creer que me hayas hecho esto. Yo... Eres muchas cosas, Kore, pero no pensaba que fueras tan cruel.

—Bien..., lo soy —digo por fin, recuperándome—. Ahora me llamo Perséfone, Madre, y corre el rumor de que en la superficie me llaman la temible Perséfone. Creo que hay una parte de mí que es cruel. Claro que espero ser amable más a menudo, pero, por las Moiras, no se puede vivir en este mundo cruel sin que tus buenas cualidades sean cercenadas hasta convertirse en puntas afiladas. Así que sí, Madre, siento haberte hecho daño; y sí, Madre, si pudiera elegir lo haría de nuevo. Ojalá te lo hubiera dicho antes, pero no me arrepiento del todo de haberlo hecho. Tomé una decisión difícil, y es infantil creer que existía una opción en la que nadie resultaba herido. Así que decidí que no sería yo.

Bueno, no sería del todo yo, en cualquier caso.

Sacude lentamente la cabeza con un gesto triste. Nunca la he conocido sin una diatriba de palabras saliendo de su boca, pero ahora parece que no puede encontrar nada que decir.

—No huía de ti —añado—. Era de Padre y el matrimonio que me estaba obligando a contraer.

—Deberías haber confiado en mí —insiste—. Tenía tantos buenos partidos sobre la mesa, Kore...

—Perséfone —espeto.

—Serías feliz arriba, conmigo.

—Soy feliz aquí abajo —digo—. Por favor, déjame enseñarte este mundo.

Madre abre las manos, con las palmas hacia arriba, asintiendo.

—¿Por qué no? Enséñame lo que has decidido que es mucho mejor que lo que yo podía ofrecerte.

Me tomo un momento para recomponerme. Puedo hacerlo, demostrarle todo lo que soy, todo lo que siempre he sido, a pesar de sus mejores esfuerzos.

La guío por los pasillos mientras sus ojos grandes y redondos miran las pinturas que cuelgan de las paredes, las esculturas escondidas en las grietas, las flores que trepan por las columnas de mármol, la hiedra que cuelga del techo.

—Tú no has hecho todo esto —comenta mirando uno de los tapices tejidos.

—El Inframundo es un lugar inspirador —digo, esperando que la frase sea lo suficientemente vaga para que implique los talentos ocultos que podría haber encontrado aquí abajo o que los dioses del Inframundo tienen grandes capacidades, cualquier cosa que la aleje de las sospechas contra Hades.

La llevo a las grandes puertas delanteras y, cuando se abren, hasta yo estoy impresionada. Últimamente, he estado corriendo mucho, desplazándome de flor en flor alrededor del Inframundo. Pero el jardín que planté ha crecido rápidamente. Ya no es solo un huerto; las plantas se extienden por todas partes, cada espacio es una vívida explosión de color.

Mi madre deja de caminar. Sus ojos se mueven como si no pudiera asimilarlo con la suficiente rapidez.

—Esto no es lo que esperaba de la tierra de los muertos —dice.

—No era así cuando llegué.

—¿Lo has hecho tú? Solo has estado aquí unos meses.

—Lo sé. —Sonrío. En realidad es bastante agradable demostrarle a mi madre mis capacidades. Todavía puedo escuchar su voz en mi cabeza: «Te quiero, cariño, pero no eres poderosa». Demostrar lo contrario es como el último acto para despojarse de Kore.

La saco del jardín hacia las tierras de los mortales, caminando entre flores que me hacen cosquillas en los tobillos desnudos.

Mi madre mira hacia abajo al tocarlas.

—Estas son nuevas.

Se ha dado cuenta. Ella conoce mis flores, las conoce tan bien que puede identificar una nueva creación.

Todo estará bien. Ahora es emocionante. Cojo su mano y la estiro para que camine más rápido.

—Sí. Las hice cuando llegué aquí. ¿No son encantadoras? Tenía que averiguar cómo sobrevivirían. No había sol en el cielo cuando vine.

—¿Perdona?

Señalo el horizonte, donde se derrama el cielo azul sobre las tierras humanas, el sol es una

lejana mancha ardiente.

—Ahí es donde vamos. Yo lo he construido.

—No seas mentirosa.

—No miento. —Frunzo el ceño—. Te lo he dicho, Madre, tengo poder. Cuando llegué sentía que la tierra me suplicaba que le diera vida. Así que lo hice lentamente con flores y luego con la restauración de las almas mortales en descomposición y luego... construí lo que ves. Me adentré en los hilos de este mundo y cambié el reino. Soy la diosa de la vida, Madre. Puedo hacer cosas increíbles.

No dice nada.

Observa.

Mira hacia el suelo y luego mira a lo lejos.

Después de un tiempo la interrumpo.

—¿Y bien?

—¿Qué pasará cuando dejes de querer a tu marido?

—¿Qué?

—No seas ingenua, Perséfone. Pensaba que habías descartado el nombre. ¿Cuál es tu plan de contingencia? Cuando dejes de amar a tu marido o cuando él encuentre a otra joven que necesite que la rescaten, ¿qué harás entonces?

—Él no...

—Menciona a un solo hombre que no lo haría.

No me atrevo. Porque él es el único hombre que no lo haría. Y tal vez algunos de los otros dioses del Inframundo, pero no lo sé con certeza.

—Yo confío en él.

—¿En serio? —se burla—. ¿Realmente crees suficiente en su amor como para pensar que durará para siempre?

Empiezo a decir que sí, pero me detengo. Porque Hades no me quiere, no de la manera que está insinuando, no de la forma que podría perdurar el amor.

Llegamos al borde del acantilado con vistas hacia los humanos y su resplandeciente oasis, he creado todo un mundo. Ya no parece el argumento decisivo que pensaba que sería.

De hecho, mi madre solo lo mira el tiempo suficiente para que un destello de sorpresa cruce su rostro antes de volverse hacia mí.

—Muy bien —dice—. Hablemos hipotéticamente. Si encontrara a alguien más, ¿qué sucedería contigo?

—Yo... —Me obligo a considerarlo de verdad, hipotéticamente. Y me doy cuenta de que estaría bien. Me mudaría, tal vez, encontraría un nuevo hogar en el Inframundo. Porque esta tierra es mía con o sin él. Me rompería el corazón, pero continuaría. Reuniría a mis amigas. Me sentiría amada sin él.

Si lo necesitara, si la vida que quiero realmente dependiera de él, entonces no sería capaz de

amarlo sin dudar, sin pensar, con la libertad que finalmente tengo.

—Tengo poder y los dioses de este mundo me respetan —digo—. Me destrozaría, pero sobreviviría.

—Cualquier pareja que hubiera encontrado para ti estaría basada en fundamentos más sólidos. Más seguridad. Más estabilidad.

—Yo pertenezco a este sitio. —Hago un gesto hacia el mundo—. ¿Por qué no eres capaz de verlo?

—Tú lugar está a mi lado —responde ella—. Porque voy a amarte para siempre y vas a volver a la superficie conmigo.

Me río de ello.

—No, no iré.

—Tienes que hacerlo —espeta—. O la gente seguirá muriendo.

Retrocedo, desconcertada.

—¿Vas a seguir matando mortales a menos que vuelva contigo? ¿De qué va todo esto?

Madre mira a su alrededor apresuradamente.

—Aquí no. Hablaremos en la cabaña.

—No voy a ir a ninguna parte contigo.

—No tiene que ser para siempre —dice, y me burlo porque reconozco lo que está haciendo. Si accedo a tocar una canción, de repente estaré dando un recital completo para las diosas que regresarán corriendo al Olimpo con historias de mis dotes musicales. Le encanta atraerme con un compromiso que luego cambia—. Hablaremos de ello en la superficie, en esta tierra no. No donde alguien pueda escucharnos.

—Confío en todos los que hay en este mundo.

—Una reina nunca debería ser tan tonta. Volvamos a la superficie. Todo irá bien, Kore. —Da un paso adelante y me toca la mejilla—. Ven conmigo y todo estará bien. Por favor, confía en mí. Confía en mi amor.

Doy un paso atrás, apartando su mano de mí.

—Confío en tu amor, Madre. Solo desearía que dejaras de manipularme.

Y antes de que pueda hacer algo de lo que me pueda arrepentir, echo mano de las flores sobre las que está de pie y la destierro de vuelta a la superficie.

Bien. Arreglaré esta hambruna de otra manera. La vida es mi dominio, y nadie, ni siquiera mi propia madre, puede ponerle fin de esta manera.

Capítulo treinta y nueve

Comienzo la larga caminata de vuelta al palacio para darme tiempo para pensar. Pero mi mente sigue oscilando entre la crueldad de mi madre hacia los humanos y la malicia que ha demostrado al hablar de mi amor por Hades.

Y tal vez tenga razón, tal vez se termine. Tal vez el amor realmente no dura para siempre. Pero, por las Moiras, tiene que empezar para terminar, ¿verdad? ¿Y qué pasa si hay un punto intermedio donde se pueda amar a cada segundo?

Antes de que pueda perder la confianza, avanzo saltando entre mis flores y voy en busca de Hades.

Cuando lo encuentro está tejiendo. Acaba de empezar, pero veo flores y el borde de una cascada de Elíseo, una que él diseñó y yo creé.

Está tan sumido en sus pensamientos, como siempre, que no me oye abrir la puerta. Me sorprende el deseo que se está haciendo más común conforme pasan los días. Veo sus dedos volar sobre el tapiz y pienso en el hombre, con toda su suavidad y gentileza, al que forzaron a una guerra, a una corona, a encerrarse para que el mundo no viera su sensibilidad y la confundiera con debilidad.

Se inclina más para quitar un solo hilo de su creación y alinear otro para reemplazarlo.

—Hades —lo llamo. Salta, aunque por una vez no es con la expresión de sorpresa de alguien que está a punto de alcanzar una espada.

—Perséfone —dice como si la palabra fuera una exhalación de alivio.

Me encuentro hablando sin pensar, aunque digo exactamente lo que he planeado.

—Te quiero. —Suena muy simple, demasiado simple para todo lo que somos y todo lo que hemos hecho.

Sus cejas juntas, sus ojos oscuros... perdidos. Me he imaginado muchas respuestas a esta declaración, una que nunca pensaba que lograría hacer, pero nunca he creído que él estaría tan confundido.

—Yo también te quiero. Ya lo sabes. —Me observa casi con recelo.

—No solo ludus, Hades. —Amor juguetón. Ese es fácil de admitir. Incluso al principio lo tuvimos, aun cuando todavía lo odiaba. Me preocupa fracasar, que las declaraciones que le di a mi madre con tanta audacia se disipen en mi lengua porque no puedo hablar—. Pragma —me las arreglo para decir, tragando el nudo en mi garganta. Si llego al final de esta frase siento que me derrumbaré.

—Es demasiado pronto, yo... —Se queda en silencio y lo sé. Sé que es ridículo: el pragma es un vínculo que se forja durante años. Pero ¿en quién más podía confiar? ¿Quién más ha estado conmigo a través de todo el caos que debería haberse extendido durante décadas?

Pero no he terminado.

—Eros. —Intento soltar una risita—. Aunque después de la otra noche ya lo sabes.

Lujuria. El impulso que me frustra varias veces al día de inclinarme hacia él, acortar cualquier distancia entre nosotros.

—Filia, incluso. —Y ahí está, la verdadera confesión. Amor a nivel del alma—. Todo el amor que alguien puede tener por otro ser, los tengo todos para ti.

Hades permanece inmóvil por un momento. Antes de que pueda incitarlo, sus ojos son penetrantes y hay una rabia en él que nunca antes había visto.

—¿Por qué dices todo esto? —bufa—. ¿Qué te ha dicho tu madre?

—Esto no tiene nada que ver con mi madre —le reclamo. Por los dioses, ¿no ha hecho suficiente ya? ¿No puede existir este momento sin ella?

—Perséfone —dice con suavidad y lo odio. Quiero que me agarre y acerque mis labios a los suyos. O quiero escuchar su voz quebrarse mientras me grita que deje este reino y no vuelva nunca. No quiero que me hable con lástima, que diga mi nombre como si se le rompiera el corazón.

—No te estoy pidiendo que sientas lo mismo —digo rápidamente—. Solo quería que lo supieras. Siento que te estoy mintiendo al no decir nada.

—No puedes estar hablando en serio —objeta apartándose de donde está sentado y caminando hacia mí.

—Adelante, trata de decirme lo que siento una vez más.

—No es justo —dice—. Sabes que es así como me siento por ti y...

—¿Qué? —pregunto. Jamás me hubiera atrevido a esperar que él pudiera corresponderme en estas confesiones. ¿Qué está diciendo?

—Lo sabes muy bien —repite—. He dejado claro lo que siento por ti y...

—¿Cuándo? —pregunto. Debería estar llena de alegría. Pero no lo acepto, no permito que afirme que ha dejado claro esos sentimientos antes que yo. No es una competición, pero... no, no lo permitiré.

—Mil veces.

—Menciona una.

—Diseñar tu mundo, crear todo tu vestidor, casarme contigo —enumera.

—¡Porque te gusto, no porque me quieras!

—Te besé hace cuatro noches y te dije que no podía seguir fingiendo y todas las emociones que conlleva. ¿Qué más significa sino amor?

—¡Esta situación te está confundiendo! Y eres un pésimo actor. Literalmente, me dijiste que estabas fingiendo tu amor, que todo lo que sentías era lujuria.

—¿Sabes qué?, ahora mismo no importa —dice—. Cuéntame lo que te ha dicho tu madre.

Niego con la cabeza.

—No quiero hablar de ella. Ahora que sé que sientes lo mismo, me gustaría subir a esa enorme cama tuya.

Solo estoy bromeando a medias.

—No vamos a hacerlo.

—¿Ves? Eso mismo demuestra que no dejaste nada claro. Te besé y me gritaste...

—¡Creía que lo estabas haciendo porque pensabas que tenías que hacerlo!

—Por las Moiras, ¿por qué lo pensaste? ¿Acaso he hecho algo porque debía hacerlo desde el momento en que llegué aquí?

—¡Te has casado conmigo por necesidad! Parecía claro que seguías creyendo que debías hacer esas cosas... y te dije al día siguiente que por eso había parado. ¡No me corregiste!

—Oh, ¿qué se suponía que debía decir?: «No, idiota, ¡la verdad es que te encuentro muy atractivo y me gustaría besar tu puñetera boca!».

—¡Sí, eso es exactamente lo que deberías haber dicho! Bueno, no así, pero...

Murmuro algo que a Hades no le hace mucha gracia y vuelve a inventar excusas.

—Por no mencionar el hecho de que estabas borracha en ese momento —protesta.

—Tú también.

—Exacto. No es una decisión racional por parte de nadie.

—¿Sabes qué?, ya que estamos, tal vez deberías saber que te propuse matrimonio porque tenía miedo de que te hicieran daño si pensaban que me habías deshonrado para el matrimonio.

—¿Qué?

—Te estaba protegiendo.

—Esa es una lógica terrible.

—Puede ser, pero no es diferente a que te cases conmigo para protegerme.

—¿Cómo hemos convertido esto en una discusión? —Hades echa humo.

Y tiene razón, así que hago lo único que se me ocurre y, de repente, estoy besándolo.

Cada pensamiento racional en mi cabeza desaparece por completo. Somos solo él y yo y nuestra simplicidad ha vuelto. Él me está besando. Sus manos están en la parte baja de mi espalda, acercándome más, y las mías están en su cuello, su pulso se acelera bajo mis dedos. Sus labios presionan contra los míos con urgencia, con hambre, y es mucho más de lo que soñé que sería. Esta vez lo siento como no lo había sentido antes, todo lo que dice sin usar las palabras, todo ese amor.

Cuando finalmente nos separamos, jadeando, seguimos abrazándonos y, de repente, nos estamos besando de nuevo. Hasta los Cielos deben de estar girando.

Estiro la manga de su quitón hacia abajo y me suelta, tambaleándose hacia atrás y jadeando como si, al no poner suficiente distancia física entre nosotros, pudiera volver a estar encima de él.

Y podría hacerlo. Mi necesidad de ver, sentir su piel, mi deseo de apretarme contra cada centímetro de él es como una sed física.

—Dime lo que te ha dicho tu madre.

Estoy tan sorprendida que olvido cómo usar las palabras.

—¿Esa es la idea que tienes de los preliminares? —consigo decir por fin.

—Me preocupo demasiado por ti como... para aprovecharme de tu estado emocional si ha dicho...

—¿Por qué no dejas que me preocupe yo por mi estado emocional? —pregunto, pero... solo me dan más ganas de correr hacia él. No puedo creer que me aterrara la idea de existir para alguien cuando, al fin y al cabo, significa que siempre van a levantarme si me caigo.

—Perséfone.

—Dice que seguirá matando a los humanos a menos que vuelva con ella —digo—. ¿Podemos besarnos de nuevo?

—¡Perséfone!

—¿Qué quieres que te diga, Hades? —suelto—. Dice que es la única que siempre me amará y que debo volver si quiero que las cosechas florezcan. Si no fuera porque me encuentro en él, le habría dicho que se fuera al Inframundo.

—¿Lo harás? —pregunta—. ¿Todo esto forma parte de tu plan para decirme adiós antes de sacrificarte por ella?

—Eres demasiado inteligente para hacer esas preguntas, Hades —digo.

¿Por qué sus labios todavía no están presionando los míos? No quiero hablar más. Ya he procesado estas emociones, ya las he encerrado. Perfecto para mi salud mental.

—Perséfone, te conozco. Te preocupas muchísimo por esos humanos —dice. Su voz es demasiado estable, demasiado sólida, cuando yo siento que apenas puedo unir dos palabras.

—Sí, y lo que estamos haciendo también es importante. Y... me preocupo por mí también. Además, los dioses no van a dejar que se salga con la suya por mucho tiempo. Adoran demasiado estar metidos en los asuntos de los humanos como para dejar que ella siga matándolos de hambre a todos.

—Entonces... ¿estás bien?

—Claro que no. Ha hecho lo que siempre hace, ahogarme en su amor mientras me regaña y me manipula para hacer lo que quiere. Y no tengo ni idea de qué hacer para que deje de hacer daño a los humanos. Es como si me atacara directamente, considerando que adoro a esos mortales. Es como si supiera cuánto significan para mí.

—Lo resolveremos —dice.

Asiento.

—Sí, sé que lo haremos, por eso estoy bien y me gustaría que volviéramos a besarnos.

—¿Estás segura de que estás bien? —pregunta.

—¡Sí!

Y por fin, después de lo que parece una eternidad, me vuelve a besar.

Capítulo cuarenta

Nos besamos hasta que se nos hinchan los labios, las manos se entrelazan y se nos corta la respiración, y no sé cómo podré hacer algo más, nunca. Sus labios son suaves como la mantequilla, deslizándose sobre los míos. Su aire en mis pulmones, la necesidad de presionarlo más cerca. Lo deseaba tanto que pensaba que podría desgarrarme, pero nunca imaginé esta necesidad apremiante de ser uno, de tener su corazón latiendo dentro de mi pecho y el mío latiendo junto a él.

Le quito la ropa y mis manos recorren su pecho desnudo, trazo los huesos afilados de sus caderas. Podría seguir estirando la tela; titubeo solo por miedo a estar haciéndolo mal, que no sea como se supone que debe ser. Sujeta mis manos antes de que pueda decidirme, entrelaza nuestros dedos, me besa como si fuera una forma de arte. Deja de besarme solo para pasar sus labios sobre mi cuello. Mi cuerpo se arquea como si supiera qué hacer, aunque yo no lo sepa.

Pasa un dedo por el tirante de mi vestido y su cálido aliento hormiguea contra mi piel.

—¿Puedo quitártelo? —susurra. Mi corazón late tan rápido que no puedo creer que no lo pueda oír de tan cerca que está.

—Yo... eh... —¿Por qué estoy dudando? Quiero quitármelo. Quiero quitármelo todo. Pero... pero...

Me siento segura con él.

No tengo por qué dudar.

Pero eso no cambia el hecho de que estoy dudando. ¡Algún instinto dice que no, mientras que otra parte de mí grita que sí!

Me suelta, me alisa el pelo y vuelve a besarme.

—Lo siento —digo—. Solo necesito algo de tiempo.

—No te disculpes. —Se muerde el labio como si no besarme le quitara toda la concentración.

—Es solo que...

—No, no necesitas una excusa, Perséfone.

—Gracias por esperar.

Y ahora me suelta, da un paso atrás.

—No estoy esperando. No estamos avanzando lentamente o cualquier tópico que quieras utilizar. No hay un punto final, no hay expectativas. Podemos hacer lo que los dos queramos, siempre y cuando sea lo que los dos decidamos.

—Y si al final quiero y lo hacemos y lo odio, entonces...

—Entonces paramos. Entonces nunca lo volveremos a hacer.

—Te quiero.

Él sonríe.

—Bueno, no creo que mi declaración justifique tal respuesta, pero sin duda nunca me cansaré de escucharla.

—Entonces, ¿puedes acercarte y besarme de nuevo, por favor?

—Me gusta esto —dice abrazándome a la mañana siguiente y acurrucando su cabeza en el hueco entre mi cabeza y mi hombro.

Sus brazos están alrededor de mi cintura y mis manos descansan sobre las suyas. Creo que podría vivir una vida muy feliz si nunca dejáramos esta cama.

—Lo sé —digo—. Me abrazas mientras duermes.

—¿Sí?

—Sí, es muy gracioso. Suspiras de satisfacción.

—Y, sin embargo, te atreves a decir que expresaste tus sentimientos antes que yo.

—Las revelaciones inconscientes no cuentan. Podrías haber estado soñando con cualquier cosa.

—Oh, otra vez no.

—Quiero decir, el último rumor en las cortes es que Zeus convirtió a su amante en una vaca.

—Zeus y yo tenemos muy muy poco en común.

—Gracias a los Cielos.

—Espero que no tuvieras planes de ir a la corte hoy.

—Pueden sobrevivir sin mí por un día.

—Lo dudo, pero ya veremos.

—Todos son dioses altamente competentes. Ahora gírate. Quiero abrazarte.

Él suspira, pero puedo notar su sonrisa cuando se da la vuelta.

—Si tienes que hacerlo...

Me agarro a él, doblo mi cuerpo a su alrededor, pensando que nunca lo dejaré ir.

Y con ese pensamiento escucho las palabras de mi madre: «¿Qué pasará cuando dejes de querer a tu marido? ¿De verdad crees suficiente en su amor como para pensar que durará para siempre?».

Mantengo lo que le dije a mi madre. Sobreviviría. Pero si enamorarse es complicado, ¿cómo de complicado sería desenamorarse? ¿Lucharíamos por el reino? ¿Nos pelearíamos en cada reunión? Mi madre alguna vez pensó que amaba a mi padre...

—Hades, eh... ¿Qué pasa si esto no funciona?

—Bueno, seguro que tus emociones son volubles.

—Hades.

Me aprieta la mano.

—Ninguno de nosotros somos personas horribles, Perséfone. Estoy seguro de que encontraremos una solución amistosa, una convivencia pacífica.

—Bueno.

—A veces desprecio ser un dios joven. Toda esta eternidad y nada de experiencia. Pero si sirve de algo, a pesar de toda mi creatividad, no puedo imaginar un futuro en el que no esté enamorado de ti.

Mi pánico se desvanece. Voy a amar a este hombre para siempre, ¿cómo no podría hacerlo?

—Guau.

—¿Guau? ¿Eso es lo que se te ocurre tras mi declaración?

—Bueno, estoy dividida entre: «Estoy muy contenta de haber saltado imprudentemente al Inframundo» y «Por las Moiras, ¿qué te pasa? ¿Por qué eres tan cursi? Es raro».

—A veces se me permite ser cursi.

—Lo sé. —Aprieto su mano un poco más fuerte—. Y es muy bonito, pero me siento mucho más cómoda cuando nos insultamos para mostrarnos afecto.

—Eso es porque no tienes ni idea de qué hacer con el cariño.

—¿Y tú sí?

—No, en absoluto. Lo tomas a broma y yo lo refuto, y juntos somos increíbles y estamos perturbadamente enamorados.

No estoy segura de qué decirle ante eso, «puaj, nos odio» es lo que sale de mi boca y solo parece probar su razonamiento. Así que solo cierro los ojos y respiro el aroma a coco de su pelo, lo abrazo fuerte y espero que, si no puedo expresar mi afecto, al menos pueda demostrarlo.

Aparecer en la corte es como una revelación, pero, por supuesto, nadie pestañea. Durante meses han pensado que estábamos enamorados. Supongo que técnicamente tenían razón y habíamos quedado atrapados en una especie de engaño triple, pero quiero gritos ahogados y aplausos y que la gente a mi alrededor esté tan entusiasmada como yo.

Incluso Estigia es una decepción.

Ambos queríamos estar allí cuando se enterara, así que la hemos invitado a almorzar y ahora está saltando por el comedor, cantando:

—Lo sabía, lo sabía, lo sabía.

—Sí, sí, ¿quieres un premio? —Hades refunfuña mientras se come su ensalada.

—Oh, ¿lo dices en serio? Porque sabes que nunca diría que no.

—¿Qué hay de tu vida amorosa? ¿Cómo te ha ido tu cita? —pregunto con la esperanza de frenar un poco su arrogancia.

Su sonrisa se cae.

—Oh, fue lo peor.

Hades resopla.

—Por supuesto que ha sido terrible. Has salido con un ganadero. De todos los dioses a los que puedes recurrir...

—Estaba desesperada.

—Bueno, los dos lo sabíamos —bromeo y Estigia mira a Hades cuando se ríe.

—No todos podemos encontrar el amor con el primer hombre que conocemos.

—¡Tuve que huir de casa! Ya he pasado suficiente.

—¿Quieres intentarlo? —la anima Hades.

—No dolerá —añado.

—Puedo pedirle a Hermes que te lleve.

—Te ayudaré a hacer las maletas.

Estigia nos señala a los dos, mirándonos con furia.

—¿Así va a ser ahora? Como estáis asquerosamente enamorados, ¿vais a uniros contra mí? No tiene gracia.

—Para nosotros sí. —Hades sonríe.

—Perséfone, vamos, es mucho más divertido reírse juntas de Hades. No me dejes así.

—No te preocupes, puedo hacer ambas cosas.

Hades asiente con tristeza.

—Desafortunadamente, puedo confirmar que es cierto. La dueña de mi corazón es cruel.

Me atraganto con el agua.

—¿Dueña de tu corazón? ¿En serio?

Estigia hace como si se atragantara.

—Sí, Estigia, estoy de vuelta a tu lado. Ayúdame a reírme de él.

—Oh, no necesitas ayuda, «dueña de mi corazón» es una frase que se burla de sí misma.

—Hay otras cosas que podríamos hacer, ¿verdad? Cosas que no tengan que ver con el sexo —pregunto cuando volvemos a estar solos más tarde. Estoy a horcajadas sobre su regazo, mis labios están hinchados y siguen hambrientos.

—Si quieres, sí —responde Hades, su pulgar roza el borde de mi pecho. Estamos completamente vestidos, pero ¿y si no lo estuviéramos?—. Solo si tú quieres.

Trago saliva titubeando sobre la confesión como si admitiera que es sucia, pecaminosa, vergonzosa.

—Quiero —respiro y, de hecho, es liberador admitir el deseo, incluso natural.

—Entonces dímelo. —Besa mi cuello entre palabras—. Quiero oír cómo lo gritas. —Sus dientes rozan mi piel—. Si quieres que siga adelante, pídemelo. —Desliza sus labios a lo largo de mi clavícula—. Quiero escuchar cómo lo sientes. —Vuelve a acercar sus labios a los míos y

susurra contra ellos—. Y si quieres que siga adelante deja que las paredes tiemblen con la fuerza con la que me instas a que no me detenga.

Estoy temblando, sus palabras zumban en mis huesos. Lo acerco más, capturo sus labios con los míos y me pierdo en su sensación.

Pensaba que podríamos contenerlo, encerrar esta lujuria y afecto recién descubiertos como tenemos todo lo demás, mantenerlo detrás de puertas privadas. Pero esta necesidad se derrama, e incluso cuando estamos en público se necesita cada centímetro de autocontrol para no abalanzarnos el uno sobre el otro.

Hades viene conmigo a la próxima reunión de la corte y apenas podemos quitarnos las manos de encima. Es peor por los recuerdos que guardan esas caricias, los escalofríos de placer que han causado esas manos errantes. Lo cual no quiere decir que me esté subiendo a su regazo en medio de una reunión, pero no puede pasar junto a mí sin rozarme el brazo y no puedo sentarme a su lado sin coger su mano, su huella persistente en mi piel. Tengo un sexto sentido para él; sé dónde está, escucho un poco más fuerte cuando habla. Es como si una cuerda estuviera tendida entre nosotros, enrollándose lentamente y uniéndonos de nuevo.

Me alegro porque la corte es difícil. Todo el mundo está estresado, cansado y asustado.

—Es una hambruna en el plano mortal —les dice Hades.

—¿Has subido? —pregunta Tánatos.

Hades asiente.

—¡¿Ahí es donde estabas?! —exclama Estigia—. Por las Moiras, Hades, ¿pensaste siquiera en lo que estabas arriesgando? ¿Y si te hubieran capturado? ¿Un rey invadiendo otra corte? Si Zeus se hubiera enterado...

—Compartimos la jurisdicción sobre la Tierra —dice apretándome la mano como para tranquilizarme sobre este hecho.

—Legalmente. —Estigia lo mira—. Pero sabes tan bien como yo que Zeus no estaría contento. Apenas está contento con que Hermes se divida entre las cortes.

—Cierto. —Hermes asiente—. ¿Una hambruna, has dicho? ¿Es un dios del sol o una diosa de la fertilidad?

—Es mi madre —digo sombríamente.

—¿Tu madre? —pregunta Némesis—. ¿Por qué?

—No es que le guste demasiado esto. —Gesticulo con la cabeza hacia mi mano que sostiene la de Hades—. Quiere que vuelva con ella. —Me pregunto si me gritarán que vuelva. No me sorprendería. Pero no puedo mentirles y merecen dar su opinión. Si creen que debo ir, al menos tendré que considerarlo.

—Bueno, eso es estúpido —dice Némesis. Como diosa de la venganza, no parece estar muy impresionada con los métodos de Madre.

—¿Lo es? Mis respetos para los dos —dice Caronte inclinando la cabeza hacia nosotros—, pero me molestaría mucho que secuestraran a mi hija y la casaran.

—Conoces nuestra versión oficial y la verdad es que corrí al Inframundo por mi propia voluntad.

—Y Deméter no cree en la versión oficial. Particularmente, no veo por qué deberíamos hacerlo nosotros tampoco.

—¿Dudas de tu rey, Caronte? —pregunta Hades, el humo en el que se envuelve se agita. Tiene una sonrisa divertida en el rostro como si su poder fuera una broma hilarante—. ¿Dudas de tu reina?

—No, por supuesto que no —responde demasiado rápido para ser creíble e incluso parece saberlo porque levanta las manos—. Mirad, ¿es el tipo de cosa que haríais, mi señor? Por supuesto que no. Pero, mi reina, ¿por qué correríais aquí de entre todos los lugares posibles?

—¿Tal vez porque ciertos poderes la atrajeron hasta aquí? —interrumpe Estigia antes de que pueda responder—. Todos hemos visto lo que puede hacer. Ella pertenece a este sitio, casándose o no con Hades, eh, el señor Hades... y, además, es miembro de nuestra corte. Y ningún dios del Inframundo será chantajeado por uno del Olimpo.

Hay rugidos de aprobación de los dioses reunidos. Si todavía dudaban de nosotros, su rivalidad con las otras cortes podría ser suficiente para convencerlos.

—Entonces lo siento —digo—. Será mucho trabajo para todos, pero podemos superarlo. No puede seguir matando de hambre a todos los humanos; los dioses de todas las cortes se amotinarán.

—Hablé con algunos de la corte de Poseidón en tu boda. —Estigia asiente—. Todos están obsesionados con los humanos.

—Mmm, los del Olimpo también —afirma Caronte.

—Exactamente. No dejarán que se salga con la suya durante mucho tiempo.

Aunque si la pregunta es quién ganará, todos los dioses del planeta o mi madre, no confío mucho en la respuesta.

Hades aparece en la puerta de mi estudio con una sonrisa traviesa en la cara, y sus manos sostienen un cesto.

—He decidido devolverte el favor —dice—. Y, finalmente, me gustaría ver ese paraíso que has creado.

—Nosotros lo hemos creado —corrijo. Miro los pergaminos frente a mí. Es el tipo de trabajo que no me interesa hacer, pero necesito comprobar si las pruebas en humanos tienen alguna esperanza de funcionar—. No creo que tenga tiempo. Necesito terminar con esto.

—Pensaba que yo me estaba encargando de este tipo de cosas.

—Sí, pero esto se relaciona tan específicamente con lo que sucedió ayer en las pruebas del

alma mortal que, para cuando te lo explique todo, ya podría haberlo hecho yo misma. Los dos estamos tan ocupados que no quería hacerte perder más tiempo.

—Bueno, aprecio tu eficiencia. Pero me gustaría mucho más pasar algo de tiempo con la mujer que amo. Si ayudo cuando volvamos, ¿podemos hacer hueco para el paraíso?

Hojeo los fajos de pergaminos, intentando evaluar si, incluso con la ayuda de Hades, es posible terminarlo todo. No tiene ni idea de lo mucho que hay que hacer, de cómo mi madre está sumiendo el Inframundo en el caos. Hay demasiado, incluso con él. Pero me cuesta concentrarme. Necesito un descanso.

Y por mucho que me encante todo lo que estamos haciendo juntos, echo de menos pasar tiempo con él, tiempo real, hablando y riendo, contando historias y haciendo pequeñas bromas estúpidas.

—Está bien —acepto.

Me concedo unas horas. Caminamos por el mundo de los humanos y veo que los ojos de Hades se iluminan con todo lo que ve, captando todos los detalles que ha creado. Nos instalamos junto a un lago y picoteamos la comida hasta que estamos adormecidos y llenos. Luego me acuesto con la cabeza sobre su estómago, sus dedos entrelazados con los míos.

—Te quiero tanto —susurra presionando sus labios en mi frente.

Su beso es un recordatorio de lo que nos espera al otro lado de todo esto. Si puedo superar el tormento de mi madre, me espera una vida de estar acostada en los brazos de mi marido en el paraíso.

Nos cuesta trabajo encontrar algún tiempo juntos, aunque lo aprovechamos al máximo cuando lo hacemos.

—¿Estás segura de que tienes que ir? —Hades respira entre los besos que deja a lo largo de mi brazo.

—Sí —digo, aunque preferiría mucho más envolver mis brazos alrededor de su cuello y besarlo hasta marearme. Pero no puedo esperar que todos los demás trabajen duro y yo no lo haga—. Y lo que es más importante, tú también.

Hades está supervisando la corte de nuevo, pronunciando las palabras que nunca pensaba que escucharía de él, que «los pergaminos pueden esperar», por lo que puedo concentrarme por completo en las pruebas en humanos, que están igualmente superadas por el creciente número de almas, como todo lo demás.

—Pensaba que se suponía que íbamos a vivir en el paraíso ahora.

—Los mortales viven en el paraíso. Nosotros vivimos en un estado de estrés constante.

—Bueno, puedo proporcionar un poco de alivio al estrés. —Me sujeta de la mano atrayéndome hacia él y caigo hacia delante. Sus pupilas aún están dilatadas, la piel caliente y salada por el sudor. Sé cómo sabe esa piel.

—¿Sabes qué me aliviaría el estrés? —susurro deslizando un dedo por su pecho, notando cómo su respiración se detiene en la garganta—. Si hicieras tu trabajo y me dejaras hacer el mío.

—Creo que he hecho mi trabajo notablemente bien.

Me sonrojo ante el recuerdo de sus manos vacilantes, la forma en que gruñía «¿quieres que continúe?» cuando cogió el extremo de mi falda y yo susurré frenéticamente: «Dioses míos, sí», mientras sus dedos se deslizaban debajo.

—Parecía que lo disfrutabas —continúa—. Y hay mucho más que podríamos hacer para divertirnos.

La forma en que perdía el aliento, presionaba mis labios en su hombro desnudo para gemir en su piel mientras sus dedos trazaban lugares que solo yo había explorado y el calor creció dentro de mí como un clímax hasta que, justo cuando pensaba que no podía más, estallé temblando, consumiéndome eufórica...

Ahora paso mis manos por el suave vello de su pecho hasta llegar a la tela ceñida en su cintura. Quiero, desesperadamente, que él también se sienta así. Se arquea hacia atrás solo para mirar cuando tiro de su túnica hacia arriba en lugar de hacia abajo.

—En otro momento —insisto, las palabras son casi un gemido porque quiero, realmente quiero, pero ya he pasado demasiado tiempo aquí y hay mucho caos por ordenar.

Los ojos de Hades se encuentran con los míos, su sonrisa diabólica.

—Oh, puedes estar segura de eso.

No es que haya trabajo, sino que cada día estamos más ocupados. Salgo más temprano y vuelvo más tarde, y caigo con poca energía en la cama. Todo lo que podemos hacer es abrazarnos mientras nos quedamos dormidos. Toda nuestra relación se convierte en pequeños momentos que aprovechamos.

Como cuando los dos volvimos temprano una noche y subimos al tejado para mirar las estrellas porque estábamos demasiado distraídos la primera vez. Los dos nos encontrábamos exhaustos, casi tan cansados para movernos que, simplemente, nos tumbamos uno encima del otro e inventamos historias sobre los patrones que encontrábamos en las estrellas.

O cuando nos apretamos el uno contra el otro en un pasillo vacío, robando besos como segundos hasta que nos separamos y volvimos al trabajo, distraídos, desconcentrados y hambrientos.

O cuando ambos llevamos el trabajo a casa porque teníamos que hacerlo, pero no pudimos soportar estar separados más tiempo del necesario. No hablamos en absoluto, pero nos sentamos uno al lado del otro, leímos documentos y escribimos nuestras respuestas y fue suficiente con respirar el mismo aire por un rato.

Y cuando estamos en la cama una noche y pruebo el té de menta que permanece en sus labios y él me está abrazando y siento que no podré respirar hasta que toque cada centímetro de él,

digo:

—Hades, quiero tener sexo.

Capítulo cuarenta y uno

—¿Estás segura?

—Está bien, cariño, estamos casados.

—No estoy preguntando si existen los procedimientos administrativos apropiados. Te pregunto si estás segura de que quieres hacerlo.

Lo pienso por un momento. Durante toda mi vida el sexo ha sido algo grande y aterrador. Madre me mantuvo en una isla para evitarlo. Las ninfas lo llamaban cosas como «lo que te cambia la vida», «trascendente», «todo lo que siempre has estado esperando». Y Madre lo llamó «repugnante», «obsceno», «algo que solo haces para complacer a tu marido». Creo que la realidad podría ser que el sexo no es ninguna de esas cosas. Todo lo que Hades y yo hemos hecho juntos ha sido divertido, tal vez un poco extraño, pero nada que me haya hecho sentir como una persona diferente. Creo que, con Hades, el sexo podría ser agradable y estar bien. Creo que podría significar algo, ni tan bueno ni tan malo como se ha dicho, pero de todos modos algo maravilloso.

—Sí, estoy segura. Lo quiero —digo sentándome en la cama y atrayéndolo hacia mí. Cojo sus manos entre las mías y me giro hacia él—. ¿Y tú? Hemos pasado mucho tiempo hablando de lo que yo quiero, pero ¿tú quieres tener sexo? Está bien si no quieres, de verdad.

Traga saliva y sigo el movimiento, deseando besar cada centímetro de ese cuello, deseando que lo arquee hacia atrás en señal de rendición.

—Sí —dice—. Me gustaría.

—Quiero... —Dudo. Pero me he mejorado mucho expresando lo que necesito últimamente—. Quiero que me digas lo que te gusta, que me enseñes cómo hacer las cosas y me ayudes a darme cuenta de lo que me gusta también.

—Claro. ¿Y has tomado...?

—¿Silfio? Sí. —Empecé a tragar sus hojas en el momento en que algo así cruzó por mi mente —. La anticoncepción está resuelta, no te preocupes.

Hades se acerca a mí y me acaricia la mejilla. Pienso en esas manos recorriendo el resto de mi cuerpo.

Prácticamente, me lanzo hacia él. Me subo a su regazo y nos estamos besando como si nos fuéramos a ahogar si nos detenemos, como si aferrarnos el uno al otro fuera lo único que nos mantiene a flote. Él me está agarrando de la cintura, acercándome aún más, sus labios firmes y

desesperados atrapan el lóbulo de mi oreja, trazan un camino por mi cuello y muerdo su hombro, lamo su piel, lo beso en cualquier lugar que se me ocurre.

No sabía que uno pudiera querer así, con cada centímetro de su ser.

Nos quitamos la ropa, presionamos nuestra piel, nos abrazamos como si fuéramos a morir si no estamos lo suficientemente cerca.

Son manos que buscan, labios que exploran, descubriéndonos entre nosotros como si pudiéramos memorizar el cuerpo del otro con nuestra lengua.

Es risa mientras me hace rodar casi fuera de la cama, mientras el placer se despliega dentro de mí y me sacudo con tanta violencia que casi choco contra él, mientras me lubrica entre los muslos y los extraños ruidos de chapoteo nos hacen ahogar la risa hasta que se libera, nos baña y volvemos a los besos y los susurros de necesidad.

Es necesidad: agarrar, morder, apretar. Son palabras murmuradas y jadeos.

Y cuando nos movemos uno contra el otro, paso mis uñas por su espalda y él gime tan profundo que lo siento en mi interior, donde el fuego líquido se acumula una vez más.

Y yo soy hilo desplegándose, deshilachándose, deshaciéndose.

Cuando terminamos, nos desplomamos enredados y sudorosos, susurrando nuestro amor, riendo con éxtasis.

—¿Qué te ha parecido? —pregunta.

Electrizante, extraño, divertido, incierto, hilarante y encantador.

—Increíble —digo besando su piel desnuda—. No puedo esperar para hacerlo de nuevo.

Capítulo cuarenta y dos

Pero conforme pasan los días encontramos cada vez menos tiempo para estar juntos.

Cada segundo trae más caos al Inframundo. Hay tantas almas extendiéndose hacia el extremo más lejano del río Aqueronte que Tártaro tiene que ayudar a Caronte a cruzar el río. Los cinco dioses de los ríos se unen para controlar las aguas, lo que facilita el viaje. Y Hermes, que normalmente solo acompaña a las almas al Inframundo, ahora se ofrece a ayudar a Tánatos en el propio acto de la muerte, poniendo fin al sufrimiento de aquellos cuyos cuerpos ya no pueden sostener sus almas.

Se celebran docenas de juicios a la vez y paso días enteros corriendo de una emergencia a la siguiente. Hades dice que la corte está tranquila, con la mayoría de los dioses demasiado angustiados para asistir. Los que van tienen quejas y preocupaciones auténticas que tardan horas en desentrañar. No ha tocado un caballete en semanas y le está afectando, aunque no lo diga.

Lo echo de menos. Más que su tacto y la forma en que mi cuerpo se estremece bajo su caricia, lo echo de menos a él; nuestras conversaciones, su presencia tranquilizadora, la forma en que me hace sentir tan segura de mí misma. Estamos tan ocupados que apenas nos vemos, nos tambaleamos hacia la cama por la madrugada solo para despertar al amanecer para hacerlo todo de nuevo. A menudo despertamos con un espacio frío en el lado contrario de la cama, pues el otro ya ha salido para cumplir con las tareas del día.

El trabajo es agotador. La distancia entre Hades y yo, en especial con todo lo que hemos descubierto estas últimas semanas, nos está afectando. Y no estoy segura de cuánto tiempo puede continuar.

—Tienes correo —dice Hermes dejando una bolsa en la mesa, frente a mí, llena de cartas. Hay tantas que no estoy segura de por dónde empezar o si tengo tiempo para ello.

—Más tarde —contesto.

—A los dioses no les gusta que los hagan esperar —insiste.

—Me doy cuenta. —Cojo la carta más cercana y la abro con la uña.

Hades:

¿Qué demonios está pasando allí abajo? Ata a Tánatos a una roca si es necesario. ¡Quiero que se detenga esta matanza! Ya debía de haber imaginado que estarías demasiado

ocupado con esa nueva mujer tuya como para tener una rabieta como esta, pero, por el bien de Gaia, pase lo que pase, no te desahogues con el resto de nosotros.

POSEIDÓN

—Encantador —comento inclinando la carta hacia Hades para que pueda leerla.

—No es propio de él perder tiempo escribiendo —dice Hades—. Normalmente, provoca un terremoto y deja que la afluencia de almas llame mi atención. Supongo que sabía que sería contraproducente.

—Recomiendo no leer la carta de Apolo —interviene Hermes—. La escribió frente a mí y cuando te pide que dejes de matar a los humanos, es bastante explícito sobre lo que le gustaría hacer con ellos.

Distraídamente, cojo otra.

Estoy en Eleusis. Coge a tu madre y vamos a superar esto. El mundo mortal se está muriendo de todos modos. Es hora de seguir adelante y convertirse en algo más grande.

HÉCATE

La arrojaría al fuego si Hades y Hermes no hicieran preguntas. En su lugar me conformo con guardarla en un bolsillo de mi vestido.

—No saben que es obra de Deméter —dice Hades—. Confío en que puedas acelerar la difusión de esa noticia.

Hermes finge una mirada inocente que, simplemente, no funciona en su rostro. Sus ojos tienen el brillo permanente de un niño cuyos bolsillos están llenos de dulces robados.

—¿Yo? Puedo intentarlo.

Leo otra carta, una cuya escritura es ridículamente extravagante. A diferencia de la mayoría, está dirigida a mí. Las otras ni siquiera tienen un destinatario, pues el escritor presupone que solo Hades tiene el control.

Perséfone:

¡Muy bien, niña! Veo que finalmente has consumado el matrimonio. No sé cómo has aguantado, habría estado sobre él en segundos con solo una fracción de la tensión que había entre vosotros. De hecho, vuestra reticencia mutua me estaba causando dolor físico. De todos modos, buen trabajo. ¿Cuándo me vas a visitar para contarme los detalles?

Besos y abrazos.

AFRODITA

P. D.: ¿Puedes hacer que mami deje de matar de hambre a los humanos? Echo de menos sus curvas y su carne. Todas esas caderas huesudas y esos pechos flácidos me están desanimando mucho.

Me sonrojo y deslizo la carta en un bolsillo antes de que los demás puedan verla.

—Afrodita sabe que es mi madre —digo—. La noticia debería difundirse bastante rápido.

—Me imagino que no ha sido todo lo que ha dicho. —La sonrisa burlona de Hermes es porque lo sabe.

—No, no ha sido solo eso —confirmo.

Y, oh, Moiras, aún peor es la leve sonrisa en el rostro de Hades porque la odio y quiero decirle que se vaya, pero también me gustaría sujetarlo contra una pared y...

Hermes se aclara la garganta.

—Si me permites una sugerencia, podrías considerar apelar directamente a Zeus. Una condena oficial de la corte del Inframundo podría influir en ello.

—No cuando cree que he raptado a su hija —replica Hades pesimista.

—¿No es así? —pregunta Hermes.

—Hermes, ¿la idea de que haya huido para evitar un matrimonio del Olimpo, posiblemente contigo, es demasiado insultante para que lo puedas soportar? —refuto equilibrando las duras palabras con una sonrisa empalagosa.

Hermes se ríe.

—Hubo un tiempo en el que podría haber descartado esa idea, pero, conociéndote como te conozco ahora, no me sorprendería que hubieras corrido hasta aquí para chantajear a Hades con tu oferta matrimonial.

—No sé de qué estás hablando. Claramente, estoy enamorado —dice Hades.

—Hechizado, más bien —murmura Hermes.

—Hermes —le advierto. Le gusta ver hasta dónde puede presionar.

—Sí, sí, lo sé. Estáis asquerosamente enamorados el uno del otro. No hay necesidad de demostrarlo más. Es suficiente para quitarme las ganas de comer de por vida.

—Escribiré la carta —digo antes de que los dos comiencen a discutir—. Padre piensa que soy inocente.

Espero que Hermes se burle, en cambio me lanza una mirada evaluadora como si estuviera haciendo una farsa que no puede evitar apreciar.

Paso demasiado tiempo redactando la carta a mi padre.

Cuando se la entrego a Hermes, me pasa otra, una que se perdió, aunque estoy segura de que simplemente la ha mantenido aparte para algún momento dramático.

Perséfone:

Sal a la superficie, por favor. Si quieres que todo esto acabe, tenemos que hablar.

Ven a casa, te quiero.

Besos.

MADRE

—Gracias, Hermes. Discúlpame.

Salgo corriendo del pasillo a un lugar más privado. Encuentro una de las bibliotecas de Hades y me apoyo en sus estantes polvorientos. ¿Debería ir? ¿Suplicarle una vez más? ¿Dejar la dignidad a un lado y decirle que haré lo que quiera pero que no volveré a casa, que esta es mi casa ahora?

¿Debería considerar incluso ir si así evito toda esta miseria?

No. Es absurdo. No estoy negociando. Los otros dioses la están presionando. Solo tenemos que esperar. Tengo que ignorarla hasta que ceda y luego, una vez que los humanos ya no mueran como flores en una sequía, podremos tener una conversación.

Pero la idea de volver con los humanos para leer más nombres de los que se nos unen, para organizar otro juicio, me hace llorar. Cuando no puedo respirar, admito que me he esforzado demasiado. No recuerdo la última vez que dormí más de dos horas seguidas, la última vez que comí algo sin correr a otro lado.

Todas las dudas que sentía cuando ocupé el trono por primera vez vuelven con rapidez y, de repente, me pregunto si en realidad puedo hacerlo todo. Todavía siento que estoy fingiendo, usando un disfraz, interpretando un papel al que no tengo derecho a acercarme.

Antes de que pueda hacerme un ovillo, tomo una decisión bastante inteligente que nunca habría tomado antes, ni siquiera con Cianea.

Llamo a Hades.

Cuando entra en la habitación las palabras se escapan antes de que pueda pensar en lo débil que voy a parecer.

—Estoy muy estresada, muy triste, y me gustaría mucho no estar sola en este momento.

—Oh —dice. Hay un ceño confundido en su rostro y, de repente, recuerdo que pensaba que era peligroso. ¿Cómo consiguió ese efecto con un ceño tan adorable como el suyo?—. ¿Qué necesitas? Puedo distraerte o podemos hablar o...

—¿Distraerme? ¿Te digo que estoy triste y esa es tu respuesta? Deja de pensar en cosas obscenas.

Sus ojos se abren de par en par.

—Me refería a arte... o conversación o...

Me río, pero se me entrecorta la voz, y Hades me abraza de golpe. No estoy segura de lo que va a pasar o si mi madre se detendrá alguna vez, pero en este momento parece que sobreviviremos de alguna manera.

—Quiere que hable con ella —digo pasándole la carta.

Sacude la cabeza mientras la lee.

—No veo qué podría resolver otra conversación. Está matando gente. No puede aprovecharlo para que hagas algo, ya sea regresar a Sicilia o incluso tener una conversación. Si de verdad le importara, se detendría y luego hablaría en igualdad de condiciones.

Asiento. Es la misma conclusión a la que he llegado.

Pasamos la noche intercambiando historias hasta que mi risa es auténtica. Él juega con mi

pelo sin prestar atención. Paso mi dedo sobre la pintura vieja que mancha su ropa y me inclino hacia él, pero se aparta diciendo que no se va a aprovechar de mi angustia. Le respondo que sería yo aprovechándome de él como una distracción, y tampoco voy a hacerlo, así que nos sentamos allí, resueltos, sin aprovecharnos el uno del otro hasta que nos dormimos. Mi último pensamiento antes de quedarme dormida es que solo quiero esto, solo esto, para la eternidad.

Capítulo cuarenta y tres

—No podemos seguir así —le digo a la mañana siguiente con la cabeza apoyada en su pecho.

—Lo sé.

—¿Tenemos que ir al Olimpo y exigirles que hagan algo?

—Eso podría parecer un poco agresivo, pero sí, podría ser nuestra única opción. Démosle a Zeus una semana para responder a tu carta primero.

—Bien, pero necesitas pintar o tejer o algo. Estás demasiado tenso.

—Puedo pensar en otras formas de liberar la tensión. —Enrolla mi pelo alrededor de su dedo.

Un escalofrío me recorre la espalda, pero no permito que me distraiga.

—Por muy divertido que sea, no es un sustituto. Deberías crear, aunque solo sea una hora al día.

—Me guardaré una hora para crear cuando tú te guardes una hora para cuidar el jardín.

—No es lo mismo. Soy la diosa de la vida, no es que las flores sean lo único que tengo ahora.

—Soy el dios de las ilusiones, no el de los pinceles. Cariño, se te permite tener pasatiempos.

—No en una crisis.

—Entonces mis estudios permanecerán cerrados.

—Hades —suplico, pero en realidad no sé cómo argumentar que debería hacer algo que yo no me permito hacer—. Estoy cansada y con exceso de trabajo, eso es todo. Te estás privando de algo fundamental.

—Una hora —dice—. Es todo lo que pido, y también deberíamos darles ese tiempo a los otros dioses. Ya vamos atrasados, no habrá mucha diferencia.

—Está bien. Pero volvamos a esas otras formas para aliviar la tensión... —Pongo una pierna sobre él, presiono mi cuerpo contra el suyo y aparto su capa para pasar mi pulgar sobre una marca que le hice hace unos días, de un púrpura ya desvanecido que apenas es visible. Me empujo contra el hueso de su cadera.

—Como táctica de negociación, deja mucho que desear. Ya has aceptado.

—Muy bien. ¿Me voy al jardín? —Finjo alejarme.

Agarra mi muñeca y me estira. Caigo sobre él, cada línea de su cuerpo presionada firmemente contra las mías. Sus manos me sujetan las caderas para que no intente salir de la cama de nuevo.

—Ni se te ocurra.

Y no perdemos más el tiempo antes de liberar nuestra tensión restante.

Más tarde, algo desaliñada y con una marca escondida bajo el cuello alto del encaje de mi

vestido, me encuentro en el jardín, no plantando flores, sino cosechando de los árboles. No me sorprende su rápido crecimiento, pero que yo esté aquí sí lo es. A pesar de la coincidencia entre mi madre y yo, la cosecha sigue siendo su dominio.

Con cada fruta que recojo, sus palabras suenan en mis oídos en una cacofonía turbulenta. Una manzana: «Eres muchas cosas, Kore, pero no pensaba que fueras tan cruel». Un mango: «¿De verdad crees que si yo misma tuviera el poder de mantenerte a salvo, no elegiría tenerte a mi lado para siempre?». Una granada: «Te quiero, cariño, pero no eres poderosa».

Mi madre está más experimentada en cosas de la vida, pero nunca he estado más confundida: demasiado ocupada, demasiado distraída de las consecuencias para considerar el hecho de que está dejando que la gente muera. ¿Para recuperarme de Hades? Sí, puedo creer que lo haría. Pero ¿forzarme a dejar un mundo propio, un mundo donde tengo poder y he logrado cosas imposibles? Habría pensado que mi madre sacrificaría su felicidad por la mía mil veces, entonces ¿por qué lo hace?

Intento centrar mi atención en el jardín de nuevo, un huerto tan denso que podrías perderte en su interior, los árboles llenos de fruta. Más allá están las relucientes llanuras de los mortales que se extienden hasta el mismísimo cielo salpicado de mis estrellas.

Lo he hecho yo.

He construido un hogar y no lo voy a abandonar.

Las hojas por encima de mí crujen y a través de ellas vuela Hermes, con su pelo despeinado como un nido, y un tono rojo quemado en la piel marrón clara y reseca por el viento. Sus sandalias aladas se baten frenéticamente cuando se detiene frente a mí. Por la prisa y la mirada solemne en el rostro, no trae buenas noticias.

—¿Madre o Padre? —pregunto.

—Ambos.

Suspiro y las flores nos tragan. Salimos corriendo al patio y yo corro hacia la biblioteca mientras Hermes murmura:

—Odio cuando haces eso.

—Eres el dios del transporte.

—Las flores nunca han estado en mi lista.

Hades está estudiando un documento. Nos mira y lo deja, en realidad lo tira sobre el escritorio, y eso debe significar que está esperando noticias desgarradoras. Si fuera cualquier otra persona, nunca dejaría de hablar sobre cómo trataron su pergamino de esa manera.

—¿Y bien? —pregunto.

Hermes saca un pergamino enrollado de su bolsa, un sello de cera prensado con un águila en el centro.

—Se solicita oficialmente tu presencia.

Cojo el pergamino con dedos temblorosos.

—No puedo decirte la última vez que se solicitó mi presencia en el Olimpo. —Hades mira

fijamente el sello con el águila dorada de Zeus.

—Todavía no lo es, mi señor —dice Hermes con la cantidad justa de desprecio para no ser despedido por ello—. Zeus solo quiere hablar con la reina.

Perséfone:

Ven al Olimpo.

—No es de los que se andan con rodeos, ¿verdad? —comento. Ni siquiera la ha firmado. Pero ha usado mi nombre. Mi nombre real, no el que me dio.

—No tienes que ir sola —dice Hades. El hecho de que lo diga... —y no «no tienes que ir»— hace que la terrible realidad golpee con fuerza. Zeus es el rey de los dioses. No debo ignorar a este hombre.

«Les pasan cosas terribles a las chicas que le dicen que no a mi padre».

Sigue siendo tan cierto ahora como siempre. Mi gran plan para promulgar el cambio no es nada. Es una idea a largo plazo. No proporciona protección, solo castigo. Padre nunca entrará en los salones de mi reino. El rey de los dioses nunca tendrá su día de juicio.

—¿Qué quiere? —le pregunto a Hermes.

Él niega con la cabeza.

—No estoy seguro. Exigió una audiencia con tu madre y momentos después también exigía tu presencia.

Si fuera una conferencia de las cortes, Hades también estaría invitado.

—No hay forma... —digo, porque seguro que no. Es imposible que Madre tenga una influencia de este tipo—. Ella no podría haberle dado un ultimátum: yo o los humanos. Él la habría despojado de sus poderes y la habría enviado a la Tierra por negarse a obedecer.

—A menos que quiera vengarse de mí por haberte raptado y esta sea una forma conveniente de conseguirlo —dice Hades.

—¿Qué hay de conveniente en la muerte de miles de personas?

—¿Para el rey de los dioses? Apenas es una preocupación.

Miro la carta.

—No me iré de aquí. No te voy a dejar.

Hades también está observando la hoja en mis manos con la mirada perdida.

—Sí, pero la forma de evitarlo es lo que me preocupa.

—Hermes, dile a mi padre que llegaremos pronto.

El mensajero parece estar a punto de discutir, pero asiente y se va. Entonces solo quedamos Hades y yo.

—Me gustaba estar desaparecida —le digo acercándome a él.

—Nadie te va a obligar a hacer nada —asegura Hades—. No te preocupes, la corte del Inframundo aún no está lista para renunciar a su reina.

Hago una pausa notando una dureza en su expresión que no estoy segura de haber visto antes.

—¿Qué quieres decir? —pregunto.

—Quiero decir exactamente eso —responde Hades—. Puede esforzarse tanto como desee, pero no te sacará de este reino si no quieres ir.

—Pero si él lo ordena...

—Entonces comenzará una guerra —dice Hades.

Lo miro.

—No vas a ir a la guerra por mí. Encontraremos la manera de salir de esto que no implique desempolvar espadas viejas.

Tiene que haberla. Somos más poderosos que Madre, y Zeus debe saberlo.

—Es una opción. Es todo lo que estoy diciendo.

—No es una maldita opción. —Me giro hacia él porque ahora me está asustando—. ¿Otra guerra? ¿Cómo puedes sugerirlo?

—Pensé que te tranquilizaría —dice Hades apoyándose en el borde de su escritorio.

—¿Tranquilizarme? —repito. ¿Está bromeando?—. ¿Todavía estás traumatizado por la anterior y se te ocurre que la idea de otra guerra me tranquilizaría?

—No me gusta mucho, pero será nuestra única salida si la alternativa es permitir que Zeus te obligue a abandonar tu hogar.

—La guerra no es una opción.

—A veces luchar contra tus opresores es la única opción que tienes —dice sombríamente—. Puede que el pasado me atormente, soy capaz de darme cuenta de que podríamos haber hecho algo de manera distinta, pero ¿la guerra en sí? ¿Qué otra opción había?

Niego con la cabeza.

—Que mi padre exija mi vuelta no es comparable con un monstruo devorador de niños en el trono.

—No estoy intentando ser impertinente, mi amor —dice—. Por ti lucharía una docena de batallas. Pero ¿declarar a toda la corte en guerra? Tendría que ser algo trascendental, como una amenaza contra su reina. Aparte de nuestros propios sentimientos, simbólicamente ahora eres mucho más que la hija de Zeus. Eres la reina del Inframundo. Zeus estaría exigiendo que la reina de una corte viva en otra, ¿puedes ver el tamaño de su ofensa? Sería el primer paso hacia el desmantelamiento de la frágil paz entre nuestras cortes.

Entiendo lo que está diciendo, de verdad. Siempre he sospechado que Padre quiere gobernarlo todo. Si no nos enfrentamos a él en su primer intento de apoderarse del Inframundo, ¿por qué no se esforzaría en ir contra el Océano también? Pero la guerra es tan compleja, tan abrumadora.

—Y exactamente por esa razón —continúa Hades—, si lo intentara, imagino que Poseidón tampoco estaría muy contento.

—¿Ya estás planeando tus aliados?

—Por supuesto, son dos cortes contra una.

—¡Y esa *una* es el Olimpo, que es mucho más poderosa!

—No es tan imposible como crees. Los reyes han sido derrocados antes. Dos veces, de hecho. —Hades da un paso hacia mí y yo retrocedo.

—No hagas esto —le espeto—. ¿Cuántos murieron para derrocar a esos reyes? ¿Cuántas personas como tú sufrieron?

—Tú eres la que quiere desafiar a Zeus.

—¡No con violencia!

—Cuando un lado es todopoderoso, ya hay violencia.

—Y aquellos con menos poder, los humanos, serán los que queden atrapados en el fuego cruzado. No sé cuánto sabes de geografía, pero el punto medio exacto entre el Cielo y el Inframundo está en algún lugar alrededor de la Tierra.

—Si fuera yo —dice—. Si, no sé, Deméter invirtiera sus demandas y dijera que dejaría de matar de hambre a los humanos si yo fuese llevado ante ella, si fuera castigado de alguna manera por haberte cogido en primer lugar, ¿dejarías que lo hiciera? Si Zeus ordenara que me torturaran como a Prometeo o incluso que me ataran a una isla en algún lugar como a Calipso, ¿dejarías que Zeus lo ordenara? ¿O te defenderías?

—Yo... —Me interrumpo, cada vez más indignada solo de pensarlo. Podría verme gritando a las tropas en un campo de batalla, manipulando mis propios poderes, haciendo cualquier cosa para recuperar a Hades. Entonces, ¿me opongo a la guerra o a la guerra por mí?

—No lo sé —acepto por fin.

—Sí, lo sabes —insiste.

—Bien —digo bruscamente—. Si te llevara, quemaría el mundo entero. Estaría tan enfadada que no creo que pudiera hacer otra cosa. Pero te quiero porque tú no lo harías. Porque eres absurdamente poderoso, pero también eres amable y gentil y puedes tomar decisiones que serían demasiado difíciles para el resto de nosotros.

—No te atrevas —sisea—. No puedes quererme más de lo que yo te quiero, y desde luego no puedes convertir esto en una cuestión moral cuando el problema es algo más que Zeus manipulando a su hija, contra lo cual, para que conste, también lucharía. Es él dando pasos hacia un poder total e inquebrantable.

Me quiebro.

—Tienes razón, pero, Hades, por favor. Si hubiera una forma de luchar contra ellos sin poner en peligro a los humanos, tal vez, pero...

—Odio señalarlo, pero, con la vida después de la muerte que has creado, la muerte mortal ya no es el impedimento que solía ser.

—La otra vida no es vida, Hades, lo sabes tan bien como yo.

No lo es. Como diosa de tal cosa, sé que hay una diferencia muy marcada, la otra vida es una vela titilante, no la llama ardiente de la vida.

—Entonces ¿esperas que me quede de brazos cruzados si él elige sacarte de este reino?

—Sí.

—Perséfone. —Da un paso adelante de nuevo y apenas puedo verlo, no puedo lidiar con esa mirada en su rostro como si ya estuviera de luto por mí—. Por favor, no me pidas que lo haga.

—No se trata de ti ni de mí. Se trata de la gente que a los dioses no les importa.

—Se trata de ti si estás dispuesta a sacrificarte por ellos.

—No puedo ser la diosa de la vida y causar tanta muerte, Hades. Sabes cómo me dolería.

Es lo único que he dicho que lo hace dudar porque sabe tan bien como yo que sería como corromperme a mí misma. En cambio, me mira fijamente, suplicante, y quiero ceder, decirle que haga lo que sea necesario para mantenernos juntos porque la idea de que me arranquen de él es casi tan insoportable como la idea de tanta muerte.

Casi.

—Nos negaremos —digo—. Aprovecharemos el poder, discutiremos, lucharemos nosotros mismos si es necesario, y si podemos encontrar una manera de luchar en un plano sin vidas mortales, entonces quizá.

Se acerca, coge mi rostro con delicadeza entre sus manos y me besa con desesperación.

Me aferro a su sabor, mis manos se hunden en su túnica como si al apretarlo lo bastante fuerte ni siquiera mi padre tuviera el poder de arrastrarme de su lado. No puedo creer que Madre también me esté quitando lo que amo. Deberíamos haber pasado estas últimas semanas haciendo exactamente esto: abrazarnos, besarnos hasta marearnos, respirarnos el uno al otro. En cambio, hemos estado corriendo por el Inframundo intentando arreglar las cosas que ella ha roto.

Pruebo la sal en mis labios y cuando se aparta veo rastros de lágrimas en sus mejillas.

—Te amo. Hay una pequeña posibilidad de que estemos siendo dramáticos una vez más, adelantándonos demasiado. —Esboza una sonrisa débil—. Pero te amo.

—Nunca lo he dudado. —Limpio una de esas lágrimas de su mejilla—. Pero ese no es el consenso que estoy buscando.

—Hablo en serio, Perséfone. Si vas a hacerlo, si vas a tener la confrontación que creo que vas a tener, entonces necesito que sepas que, a pesar de lo que te hayan dicho, eres muy fácil de querer. —Coge mis manos y mi corazón se acelera tan fuerte que casi ahoga las palabras que está diciendo, palabras que, hasta que no se han pronunciado, no tenía ni idea de que necesitaba tanto escuchar—. Sin condiciones, cada versión de ti, las amo a todas. Y es lo más fácil de hacer en el mundo.

Lo beso de nuevo y susurro declaraciones de mi propio amor contra sus labios. Esta vez parece que podría ser un adiós. Está tan lleno de congoja como de amor, con un deseo que es como una pérdida, y no son solo sus lágrimas lo que saboreo.

Me envuelve en sus brazos, entierra su cabeza en mi pelo y se apoya en mi hombro. Lo abrazo, me deleito con su calidez y trato de memorizarlo todo sobre él.

—Prométemelo, Hades —digo en voz baja, aferrándome a él con fuerza—. Los humanos ya han sufrido bastante. No a la guerra.

—Te prometo que no habrá campos de batalla —confirma alejándose para poder atravesarme

con la seriedad de su mirada—. Pero hay otras formas de rebelarse y me niego a prometer que dejaré de luchar por ti.

Me inclino para besarlo de nuevo, intentando no pensar en cada beso como si fuera el último.

—Eso me vale —digo—. Porque planeo enfrentarme a mi padre y luchar por ti, por este hogar y por mí misma con todo lo que tengo.

Capítulo cuarenta y cuatro

No podemos hacerlos esperar, solo empeorará las cosas. Corro por el palacio y me encuentro dando órdenes que solo serán necesarias si no vuelvo. No me atrevo a decir adiós, pero ¿y si es el fin y nunca tengo otra oportunidad? Pero, entonces, ¿no tendría mayores problemas que no poder ver la tierra que he creado o los amigos que amo por última vez?

Encuentro el collar que Hades hizo hace semanas y me lo ajusto alrededor del cuello, intentando fingir que no pienso: «Algo para recordarlo».

En un esfuerzo por no descontrolarme, me concentro en lo que es inmediato. Vuelo hacia el patio con todo lo que Hades y yo necesitaremos, ajustando rápidamente la corona en mi cabeza.

—¿Ese es tu plan? —pregunta Hades con incredulidad—. ¿Una cesta de frutas para salvar al mundo?

—Son apariencias —respondo. Y le levanto el dedo medio a mi madre de la forma más educada que puedo.

—¿Estás lista? —pregunta.

—Tan lista como puedo estar —digo cogiéndolo del brazo.

Volver a la superficie debería ser maravilloso. En cambio, basta con un solo pensamiento para que las flores de debajo de nuestros pies nos empujen hacia el monte Olimpo.

Mis pies crujen sobre la hierba muerta que se vuelve verde debajo de mí; las flores crecen justo donde estoy. El color no se detiene, se filtra, el musgo aparece en las rocas y la hierba trepa por la montaña. El mundo duele y pica con una familiaridad que me lleva un segundo reconocer: el Inframundo. O, más específicamente, la sensación que tuve al principio de un reino que suplicaba que lo llenaran de vida.

—Ha llegado la primavera —comenta Hades mientras la tierra se tiñe de colores y hay algo en su tono que no puedo identificar del todo.

—Es una pena que los humanos no puedan comer hierba —digo. Antes no me resultaba tan fácil, tenía que pensarlo conscientemente. Pero ahora solo me basta con rozar almas cercanas para que la energía se escape de mí.

Estamos en las laderas del monte Olimpo, ahora brillantes con las flores que van germinando y una sensación de armonía en el aire; el cielo azul brilla sobre nosotros y las nubes se ciernen debajo. No puedo ver mucho más allá, pero con solo volver a este mundo algo se enciende dentro de mí: una necesidad desesperada de descubrir qué hay debajo de esas nubes.

—¿Estás bien? —pregunta Hades.

—Sí. Nunca he visto nada así. Las montañas de Sicilia no son tan escarpadas.

—Claro —dice—. Estoy tan acostumbrado a pensar que eres de este mundo que olvido que ni siquiera lo has visto.

Estoy tentada a tirar esta estúpida cesta y marcharme, ignorar la llamada de mi padre y caminar por estas montañas y el mundo allí a lo lejos. Los mortales morirían de hambre y Hades podría gobernar el Inframundo sin mí, pero lo haría miserablemente.

Así que, en vez de eso, entrelazo mi brazo con el suyo.

El humo nos envuelve, su aura oscura regresa para cubrirme a mí también, como una barrera protectora.

—Oh, bueno, esto funcionará. —Me río apretando y abriendo la mano, hipnotizada por la forma en que la oscuridad se aferra a ella.

—No subestimes el poder que puede tener una buena apariencia. Puede que no resuelva nada, pero sin duda le da énfasis.

—Sí, lo recuerdo —digo y comenzamos nuestro ascenso.

Solo llevamos unos minutos de caminata y mis muslos arden con la empinada pendiente antes de llegar a las puertas doradas del Olimpo. Estas se arquean y se doblan en un dorado tan brillante que el mismo sol parecería tenue a su lado. Las Horas que custodian la entrada murmuran entre ellas mientras nos acercamos. Entonces, sin decirnos una sola palabra, las tres mujeres levantan las puertas para abrirlas.

Al atravesarlas, el Olimpo se extiende hasta la cima de la montaña. Todo es roca gris, mármol blanco y cimientos de bronce. Los caminos se entrelazan entre los edificios como si se hubiera derramado oro fundido por la montaña. Pienso en el arte y la naturaleza del Inframundo y me pregunto cómo los dioses del Olimpo han conseguido hacer algo tan brillante y tan insulso al mismo tiempo.

Hades me ofrece su mano y recorremos la ciudad, humo negro entre todo el blanco. Los dioses se detienen para vernos pasar, sus susurros nos siguen. Es mucho más pequeño que el Inframundo. El Inframundo es una tierra en expansión y solo he explorado una pequeña fracción de ella. No he visto dónde vagan los monstruos o el pozo del Tártaro, ni siquiera la extensión completa de los ríos. El Olimpo está amontonado; el camino desde las puertas de la ciudad hasta el palacio de Zeus no nos lleva más de unos pocos minutos. Es una tierra de mármol; palacios, fuentes, anfiteatros, termas, tabernas. Es embriagador por el olor a ambrosía. Un olivo es toda la naturaleza que se escabulle en este reino.

Subimos más alto hasta que el suelo desaparece y caminamos sobre las estrellas. El palacio de Zeus se alza imponente al frente, cada vez más grande a medida que nos acercamos, y Hades tose.

—Desquitándose.

Me ahogo con una risa antes de hacer una mueca.

—Es mi padre, Hades. Pero también, si las historias son correctas, así es.

Las puertas se abren y es sorprendente ver el interior. Tiene el mismo aspecto que tenía el palacio de Hades cuando llegué por primera vez, antes de que estuviera cubierto con muebles suaves y enyesado con obras de arte y con flores en cada grieta. Cuando aún era frío, cruel e increíblemente claustrofóbico para algo tan enorme.

Pasamos junto a las musas cantoras y los dioses menores que descansan y se ríen unos con otros. Apenas nos miran. No hay nada del estrés que persiste en mis salones, ninguna preocupación frenética por lo que sucede debajo de ellos.

Nos encontramos con Hermes y nos dice que mis padres están esperando en el mégaron.

Fuera de las enormes puertas se encuentran dos de los guardias de mi padre que lucharon junto a él en la guerra. Son hecatónquiros, cada uno con cien brazos y cincuenta cabezas.

Abren las puertas. La enorme sala puede ser idéntica a la del Inframundo, pero está llena de recuerdos que la nuestra no tiene. Mis ojos siguen los pórticos donde, durante mi anfidromia, estuvieron observándome los dioses. El salón está casi vacío ahora, pero más allá de la chimenea, en el centro, veo a mi madre y mi corazón se encoge. Quiero correr hacia ella y estrecharla entre mis brazos y sacudirla, exigirle que me explique por qué lo está haciendo y qué espera conseguir.

Y, por supuesto, en lo alto se sienta mi padre en su monstruoso trono de piedra.

Vuelvo a mirar a mi madre, tratando de analizar la situación. Si ella pareciera engreída o victoriosa, me imagino que yo ya estaría haciendo las maletas, pero está nerviosa, incluso molesta, y es desconcertante. Si ella no se ha salido con la suya, entonces ¿por qué estoy aquí?

—Mi rey —dice Hades, y nos inclinamos tan superficialmente como podemos.

Mi madre mira a Hades con incertidumbre, su ira se mezcla con curiosidad, tal vez incluso con una pizca de alivio. Debe de haber sido difícil reconciliar lo que ella creía que sabía de él con lo que le conté.

—Perséfone. —Zeus asiente—. Hades, tu presencia no se ha solicitado. Estás exento.

—Con el debido respeto, mi rey —replica Hades en un tono que implica que la cantidad de respeto que se le debe es nula—. No abandonaré a mi esposa en este momento.

Madre frunce el ceño.

Zeus se tensa y puedo verlo sopesando sus opciones. Podría obligar a Hades, por supuesto, pero la frágil alianza entre Zeus, Hades y Poseidón se basa casi por completo en que los dos últimos fingen ser obedientes y Zeus finge que no tienen que serlo.

—Muy bien —dice—. Supongo que es de esperar.

—Es inusual que un ciudadano de mi reino sea convocado ante ti, y mucho menos la reina —continúa Hades—. Así que tengo algo de curiosidad por saber de qué se trata.

—Zeus —suplica mi madre—. ¿Es necesario todo esto? Somos familia. Podemos abordarlo en un lugar menos formal, menos...

—Tú —gruñe con relámpagos crepitando en los ojos— ya has hecho suficiente y no te necesito aquí para nada.

—Es mi hija.

—Ella ya no es nada tuyo —dice Zeus—. Has perdido, Deméter. Ahora ella le pertenece a Hades.

Me río y mis padres se giran para mirarme.

—Oh, ¿de verdad? ¿O del hombre o del reino? Tengo algunas preguntas de todos modos. —Levanto la cesta que he traído—. Para ti, por cierto. He escuchado que hay problemas con tus proveedores habituales.

Se quedan mirando la cesta antes de que Zeus asienta.

—Ponla allí.

Tardo en dejarla y cuando me giro veo que Hades y mi madre observan a mi padre con miradas de desprecio casi idénticas.

—Vamos a lo nuestro, entonces —digo—. ¿Por qué estoy aquí?

Padre se aclara la garganta.

—Bueno, estoy seguro de que has notado que los humanos han estado muriendo...

—Sí, te enviamos una carta exigiéndote que actuaras —interviene Hades, apenas ocultando la mirada que le lanza a mi madre.

—Oh, sí.

No es exactamente la primera vez que pienso que mi padre es un imbécil, pero es la primera vez que veo su estupidez en acción. Está claro que el resto de los dioses solo le permiten mantener su poder porque a ellos mismos no les importa lo suficiente, o temen que alguien peor se apodere de la corona o, tal vez, simplemente les da miedo otra guerra. No sería nada difícil superarlo con astucia.

Algo para tener en cuenta.

Supongo que ahora entiendo de dónde viene mi habilidad para mentir, mi padre ha estado fingiendo ser competente durante años.

—Tiene que acabar —dice.

Me giro hacia mi madre y hablo con furia fría en la voz.

—Para.

Parece que va a estallar en lágrimas. Se dirige hacia mí, pero la interrumpo con una mirada. Hades acerca el humo, como si pudiera protegernos. Madre se detiene y niega con la cabeza.

—No soy yo.

Me giro hacia Hades esperando ver reflejada mi confusión, pero sus ojos se abren al darse cuenta.

—¿Qué quieres decir? —le pregunto—. Dijiste que la gente seguiría muriendo a menos que saliera a la superficie.

—¿Por qué no viniste? —pregunta en voz baja—. ¿Por qué no me hiciste caso?

—Porque estabas matando gente.

—Perséfone —dice Hades en voz baja—. La hierba...

—No, ella no lo hacía —dice mi padre, muy engreído por comprender algo que los demás no

entienden—. ¿Por qué no le dices qué es lo que estabas haciendo en realidad, Deméter?

Mi madre mira hacia el suelo, luego se endereza y se gira hacia mi padre.

—Estaba protegiendo a mi hija, porque tú te negabas a hacerlo.

—¿Te atreves a...?

—Ya estoy desterrada, ¿verdad? —pregunta—. Dime, Zeus, ¿qué más puedo perder? —Mi padre vacila y mi madre se gira hacia mí—. Te estaba encubriendo —dice—. Yo... Cuando te raptaron, todo empezó a morir. Como todos los demás, pensaba que era culpa mía, no a propósito, ¿comprendes?, sino la pena que irradiaba. No es raro, Poseidón provoca terremotos,; Zeus, tormentas eléctricas; tal vez mi mal genio podía causar una hambruna. Pero luego visité el Inframundo.

—Todos vimos el aspecto del Inframundo en tu boda —se burla Zeus con desprecio.

—No todos —corrige Madre bruscamente, pero luego, con una voz más suave, continúa—: tú misma lo dijiste, cariño, tienes poder. Poder sobre la vida misma. Pensaba que, bueno..., cuando te visité de repente pensé: ¿y si eres tú? ¿Qué pasa si tú eres la razón por la que todo está muriendo?

Por supuesto.

La diosa de la vida comenzó a vivir en el Inframundo y el mundo de arriba empezó a morir.

—Pero ¿por qué no me lo dijiste? —reclamo.

La hierba cobró vida en el momento en que la pisé, como si el mundo mismo se acercara a mí, suplicándome... Yo soy la razón. Oh, Moiras, soy la razón por la que todas esas personas están sufriendo, la razón por la que tantos han muerto. Soy responsable del caos en el Inframundo; los dioses insomnes, el agotamiento, el estrés... Soy yo.

—No sabía quién estaba escuchando y yo... —Mira a mi padre y deja de hablar—. Fingí que era yo porque pensaba que así podría llevarte a la superficie sin decirte por qué. No quería que te sintieras culpable por lo que estaba pasando. Si pensabas que era yo, entonces podrías culparme por las muertes.

Hades apoya su mano en mi brazo, un consuelo que nunca podría compensar lo que me están diciendo. Todas esas muertes son por mi culpa.

—¿Culpable? —le pregunto—. ¿Pensabas que no sentirme culpable por la muerte de las personas valía más que su muerte?

—Ya no importa —interrumpe mi padre—. Está claro que tu ausencia está afectando a la Tierra. Lo confieso, yo también pensaba que era Deméter. La ausencia de la diosa de las flores no sería la primera razón donde alguien buscaría una explicación. Pero Pan también ha visto morir sus plantas, y Deméter no tiene jurisdicción en lo silvestre. Incluso Poseidón ha informado de problemas con poblaciones moribundas. Artemisa caza menos presas. La vida, en todas partes, se está desvaneciendo.

El mundo estaba bien antes de que yo naciera, tal vez incluso antes de reclamar mi poder en el Inframundo. La vida no estaba atada a ninguna deidad; fluía libre y caóticamente. Pero ahora, de

repente, está ligada a mí y mi ausencia es catastrófica. Hay otros dioses con este nivel de importancia; la vida moriría también sin el sol o el aire o la misma tierra, pero todavía me parece demasiado.

—También hemos escuchado ciertos rumores sobre el Inframundo —añade Padre—. Sobre que te autodenominas la diosa de la vida. Parece que me excedí cuando te regalé las flores. Te di más poder del que pretendía. —Sabía que intentaría adjudicárselo. Es obvio que, tener poder sin su consentimiento, es un insulto para él—. Así que necesito que vuelvas a vivir en la Tierra, no debajo de ella.

De repente, estoy agarrando la mano de Hades sin recordar haberla cogido. Miro a mis padres. Estaba preparada para la posibilidad de que exigieran mi regreso. Pensé que sería algo contra lo que lucharía. No me daba cuenta de que volver salvaría a la gente.

—Estoy seguro de que podemos llegar a una solución que nos satisfaga a todos —dice Hades con fiereza, agarrando mi mano con fuerza.

—Esta es la solución —ordena mi padre—. Perséfone volverá a la Tierra. Puedes anular tu matrimonio, no te preocupes, forzaré la mano de Hera. O —sonríe maliciosamente— si tu esposa significa tanto para ti, Hades, puedes abdicar de tu trono e irte con ella.

No puede estar pasando, pero por supuesto que sí. Desde luego, es una oportunidad para que él nos arrebate todo el poder que recuperamos. Eso no puede suceder, el Inframundo significa demasiado para mí como para dejar que Hades lo abandone, para permitir que mi padre decida a quien quiera para ocupar su lugar.

—No seas ridículo —le espeto—. ¿Por qué tendría que dejar permanentemente el Inframundo? Puedo visitar la superficie durante el día si es necesario y volver a casa por la noche.

—No tenemos evidencia de que sea suficiente para solucionarlo —replica Zeus.

—No tenemos evidencia de lo contrario —argumenta Hades.

—La vida no pertenece al Inframundo.

—La vida es un ciclo —digo apresuradamente—. Puedo vivir en ambos. La Tierra me necesita, pero el Inframundo también.

Mi padre se burla, como si la idea de que algún lugar me necesitara fuera una tontería, aunque precisamente por eso estoy aquí.

—Esto no es una negociación —gruñe golpeando el suelo con su rayo. En algún lugar de la Tierra ha caído un trueno.

—Entonces, ¿qué es? —pregunto.

—Es una orden de tu rey.

—Es un ultimátum surgido de un problema que no existe —reclama Hades—. Un esfuerzo por quitarnos el mismo reino que los dos apreciamos. ¿De verdad es un movimiento que estás dispuesto a hacer? Incluso la mera sugerencia es una afrenta; me imagino que el Océano tampoco lo tomaría a la ligera.

Mi padre resopla mientras se gira hacia Hades. Supuse que sabría que esto significaría una guerra, pero parece sorprendido por la mera sugerencia. Pensaba que Hades y yo simplemente nos separaríamos, nos inclinaríamos ante su voluntad y anularíamos el matrimonio porque Hades ni siquiera contemplaría la posibilidad de renunciar al reino. Padre debe de haber estado tan seguro del acuerdo inmediato de Hades que ni siquiera consideró las implicaciones si la sugerencia se tomaba en serio. Solo ahora se da cuenta de que ha proferido una amenaza, una amenaza que podría conducir a la guerra, así que hace lo de siempre y se aferra más a su postura.

—He tratado de ser cortés —comienza Padre furiosamente.

—¿Robándome a mi mujer?

—Tú la has robado primero.

—Parad —digo—. Los dos. Hablemos de ello. Podría pasar la mitad de la semana en la superficie o incluso la mitad del año...

—¡No voy a discutirlo! —gruñe mi padre.

—El Inframundo no lo tolerará —se queja Hades.

—Sin cultivos no habrá gente que muera. Tu reino se desvanecerá, se estancará y morirá también —dice Zeus—. Puede que no lo reconozcas, pero hay muchos en tu corte que lo harán.

—¿Estás dispuesto a correr ese riesgo? —pregunta Hades, pero puedo escuchar que su confianza flaquea.

—Te doy seis meses —le propongo—. Medio año en la superficie y medio año en el Inframundo.

—Dar, tomar, como prefieras —dice Zeus—. O estás de acuerdo y vives libremente dentro de los confines de la Tierra o no estás de acuerdo y te ataré aquí. La libertad o las cadenas son tu elección, no el tiempo que me des.

Se gira hacia mí con tal virulencia en los ojos que me doy cuenta de que no se trata de la supuesta ofensa por mi matrimonio. Arrancar a Hades del Inframundo nunca estuvo sobre la mesa, solo fue una sugerencia adicional para recordarnos todas las cosas que puede hacer.

Esto se trata de mí. Siempre ha sido así desde el momento en que mi ambición envolvió la suya. Es mejor silenciar a una niña que dejar que se convierta en una mujer que podría representar una amenaza. Con lo poderosa que soy, no queda la posibilidad de negociar, debe aplastarme.

—¿Crees que funciona así? —gruño tan enfadada que apenas puedo escupir las palabras—. ¿Que simplemente puedes encadenarme en un sitio y la vida fluirá? Lo conozco, Padre. Tengo control sobre ello. —Es un engaño, todavía estoy descubriendo mi poder, pero ¿por qué no debería ser verdad? ¿Por qué no debería creer que lo es?—. Átame a la Tierra y nada volverá a vivir, te lo prometo.

Zeus entrecierra los ojos. Sus nudillos se blanquean por el rayo que sostiene.

—Encadenarte será mejor que nada.

Madre me mira, temerosa ahora. Ve el temperamento en mí que se ha esforzado tanto en

controlar. No sabe que es apenas una pequeña parte.

Levanto una ceja.

—¿Te gustaría arriesgarte?

—Lo tomaré como una negativa a cumplir con mis demandas —dice. Se gira hacia la puerta y llama a gritos a sus guardias.

Hades intenta bloquear mi cuerpo con el suyo, gritando sobre las cosas que el Inframundo provocará en represalia. Busco mi hoz antes de recordar que no la he usado en semanas y no la he traído por temor a un conflicto.

Bueno, no hay conflicto por estar encadenada a la superficie de la Tierra.

Hécate dijo que me encantaba este juego y tenía razón.

Pero no puedo soportar perderlo.

¿Y qué más me dijo? «Un poder como el tuyo se propaga a través del tejido mismo de la magia que cubre el mundo».

¿De qué sirve ese poder ahora?

Y luego un pensamiento: «Podría matarlo».

¿Podría? En los segundos antes de que sus guardias me alcancen y sus cien manos me sujeten con firmeza, antes de que me arrastren a la Tierra y me aten a alguna montaña, ¿puedo disponer de mi poder, sentir el palpitante resplandor de la vida en el pecho de mi padre y extinguirlo? ¿Puedo yo, diosa de la vida y reina de los muertos, continuar el ciclo y aniquilar a mi padre como él aniquiló al suyo antes?

¿Siendo realista? Tal vez. No sé si es algo que pueda hacer. Podría eliminar todas las vidas de la sala si lo intento.

¿Moralmente? No sé. Tal vez. Ya he matado a cientos de inocentes, accidentalmente o no. ¿Puedo matar a un hombre decididamente culpable? Puede que no salga viva del Olimpo. Los dioses podrían amotinarse, el Océano podría unirse a ellos, podría provocar otra guerra. Puede que valga la pena.

O...

Los guardias irrumpen en el salón.

—Cogedla.

En lugar de confiar en el poder que he descubierto, podría confiar en lo que siempre he tenido. Antes de tener poder tenía valor. Yo era ingeniosa. Me preparaba. Y hacía crecer cosas.

Me tambaleo hacia un lado, hacia la mesa donde la fruta brilla en su cesta. Estaba lista para ello. Hay riesgo, claro, pero ya lo había cuando salté al Inframundo por primera vez. Ahora me lanzo hacia sus cimientos.

Fruta cultivada en el Inframundo. Fruta que nunca podría comer sin quedarme atrapada allí.

Padre debe de darse cuenta de lo que está pasando porque grita:

—¡No! ¡Detenedla!

Mi mano se cierra sobre el primer fruto que encuentro. Una granada. No pienso antes de

desgarrarla con los dientes mientras varias manos me sujetan.

El jugo gotea por mi barbilla, rojo sangre, tiñendo todo lo que toca.

Escupo la cáscara y me arrancan la fruta de la mano, pero consigo tragarme algunas semillas.

Justamente seis.

Siento cada una de ellas mientras sujetan mis brazos detrás de mi espalda.

Miro a mi padre, pero es a mi madre a quien miro fijamente, frenética. Me colocan las cadenas en las muñecas y me pregunto si alguna vez dejaré de verme a través de sus ojos. ¿Alguna vez me miraré en un espejo y me veré primero y a ella después? Porque ahora me veo a mí misma, con la corona inclinada sobre la cabeza, cubierta de jugo ensangrentado, encadenada como un animal salvaje. Y creo que, si ella no puede quererme ahora, así, entonces no quiero su amor para nada.

Me giro hacia mi padre y me pregunto si sabe que me debe la vida, que vive únicamente porque he elegido no acabar con él. Y me pregunto si él sabe que puedo cambiar de opinión en cualquier momento. Puede que lleve la corona de los dioses, pero soy yo quien detenta el poder del caos que he abrazado.

—Seis semillas. —Sonrío, el jugo rojo brillante mancha mis dientes—. Seis meses. Exactamente lo que te he ofrecido.

Capítulo cuarenta y cinco

—Libera a mi mujer ahora o tendrás que enfrentarte a todo el Inframundo —gruñe Hades con los ojos completamente negros, y el humo que se enrosca a su alrededor se afila en puntas.

Madre me da la espalda y está temblando.

—Zeus, por favor, esta no es la respuesta. Puede visitarnos. Funcionará.

Me giro hacia mi padre, quien me mira con un nivel de odio que imagino que ni siquiera siente por los titanes.

—¡Atenea! —grita y la diosa llega corriendo. Debe de haber estado esperando al lado, presenciándolo todo, aguardando su llamada. La recuerdo en mi boda, la forma en que elogió mi elección de comer al mismo tiempo que los hombres y mi decisión de no cortarme el pelo. También la recuerdo en la isla de Madre. Siempre intentó enseñarme cosas que Madre decía que no importaban. «A las niñas también se les debería permitir ser inteligentes», decía. La mayoría de las mujeres me enseñó a evitar a los hombres, pero Atenea me enseñó a defenderme. Siempre ha sido una de mis favoritas, pero es sabiduría y guerra en un solo puesto como consejera del rey. Y es una posición que mantendrá a cualquier precio.

No importa si ella quiere ayudarme. No lo hará. No si ponerse del lado de Zeus significa ganar su favor.

¿Es así como lo hace? Da poder a mujeres concretas y luego dice: «Sí, por supuesto, mira todas estas oportunidades para ti». ¿Estamos demasiado ocupadas compitiendo por ocupar las pocas posiciones que tenemos para ayudarnos unas a otras?

Atenea ni siquiera me mira ahora, solo se inclina ante mi padre.

—¿Sí, mi rey?

—Comida del Inframundo. ¿Qué provoca?

Me tenso. Sé lo que hace, pero ella debe saber más. ¿Qué pasa si hay alguna laguna?

Los guardias que me sostienen relajan un poco su sujeción cuando se hace evidente que no estoy tratando de liberarme.

—Te ata al Inframundo —confirma Atenea—. Las almas mortales no podrían irse físicamente.

—¿Y la nuestra?

—Sentiríamos una atracción imposible de resistir. Alguien podría moverse por la fuerza, supongo, pero es magia antigua, parte del tejido al que están atados todos nuestros poderes. Si tiraras de ese hilo, la misma sustancia que nos mantiene a todos enteros comenzaría a

desmoronarse. Ninguno de nosotros seguiría siendo un dios por mucho tiempo; nuestros poderes, nuestra inmortalidad desaparecerían. Ni siquiera estoy segura de si sobreviviríamos como frágiles cáscaras mortales. Creo que ese tipo de poder arrancado de nosotros podría destruirnos.

Padre dispara su rayo directo hacia mí y estoy demasiado asustada como para gritar. Truena junto a mi oído, me chamusca el pelo y se estrella contra la pared donde escucho cómo el mármol se desmorona y cae.

—Bien —ordena mostrando los dientes—. Liberadla.

Espero una gran declaración final, una amenaza para mantenerme a raya, para no presionarlo más. Pero solo sale de la habitación, derrotado y nada dispuesto a admitirlo.

Atenea agacha la cabeza, ofreciéndome la más mínima de las sonrisas antes de irse también.

Si hay una manera de revertirlo, de deshacer lo que he hecho, se la ha guardado. Me ha prestado su ayuda.

¿Es así como comienza? ¿Pequeñas acciones con las que podemos hacerles frente?

Los hecatónquiros cogen sus cadenas y corren en el momento en que Hades los mira con furia. Me estoy frotando las muñecas, pensando que tal vez haya esperanza incluso dentro de la corte del Olimpo, cuando mi madre aparece ante mí.

Nos miramos la una a la otra.

—Creo que tenemos que hablar —dice.

Hades pasa su mano por mi brazo y la aprieto. Agradezco el gesto, pero necesito hacerlo sola.

—Nos vemos aquí —le digo.

Madre me lleva al patio. Se encuentra en el mismo lugar que en mi palacio y el de Hades. No es tan agradable. No hay flores cuando el suelo es un cúmulo de nubes. En su lugar hay bancos de mármol y Musas que cantan.

Encontramos un banco y cuando nos sentamos ella se gira hacia mí.

—No quiero que me odies —comienza.

—Has dejado morir a mucha gente —digo incapaz de creerlo incluso ahora—. ¿Porque no querías que enfrentara mi propia culpa? Vamos, Madre, sabes que no es...

—No fue solo eso —continúa, mirando alrededor del patio antes de negar con la cabeza—. Me imagino que los guardias me escoltarán tan pronto como Zeus recuerde que me ha desterrado.

—Lo siento —comento. Él podría haberla desterrado porque mintió acerca de provocar la hambruna, pero vi cómo se agotaba mientras me buscaba.

—No te preocupes —aclara—. Serán unos años como máximo. No puede echarme del consejo sin explicar cómo los has engañado a todos. Probablemente, les dirá que Hades te engañó para que te comieras esas semillas. Que los cielos no permitan que nadie crea que tomas tus propias decisiones.

Trago saliva.

—Como yo corriendo al Inframundo.

Madre asiente.

—También le ha prohibido a Hestia unirse al consejo y le ha quitado xenía. Has demostrado lo poderoso que es y él no puede soportar que alguien más tenga algo así. Cuando los mortales comenzaron a llamarlo Zeus Xenios, Hestia dijo que no le importaba a quién pertenecía el poder siempre que mantuviera a la gente a salvo, pero creo que podría haberlo dicho para guardar las apariencias. —Madre coge aire y me mira con tal gravedad que siento cómo me inmoviliza—. Si todos creen en tu poder, habrá aún más motivos que lo impulsarán a encontrar una manera de quitártelo. Así que tal vez es mejor dejar que difunda sus mentiras sobre cómo ha sucedido todo.

Mi mandíbula se tensa. Quería dejar de esconderme detrás de mentiras.

Pero está bien, no necesito discutir con Padre, no cuando ya estoy luchando contra él de otras formas más insidiosas.

Madre suspira.

—Perséfone, tengo otra confesión. No oculté el hecho de que era tu poder el que causaba la hambruna únicamente por tu conciencia. Tu padre solo ha intentado arrancarte el poder, a cualquiera que ve como una amenaza potencial, como lo demostró con Hestia. Aquellos que sobresalen lo hacen porque lo complacen, pero siempre has querido el poder para ti. Tiene mucho miedo por ello. Siendo sincera, creo que ve una parte de él en ti y sabe lo que hizo para conseguir su corona. Si él pensaba que yo era responsable de toda esa muerte, entonces no se daría cuenta de que fuiste tú. Las cosas que has hecho sola en el Inframundo eran demasiado para él. No podía imaginar lo que haría si se diera cuenta de que también estabas influyendo en la Tierra. Y si no te dabas cuenta del verdadero alcance de tu poder, pensaba que tal vez él tampoco lo descubriría.

Me tomo un momento para dejar que el peso de sus palabras se asiente. Por supuesto, todo lo que ha hecho es lo que haría yo: tratar de protegerme.

Aparto la mirada.

—Tienes que parar —le digo—. Te quiero, de verdad, pero, por favor, deja de intentar protegerme.

—No puedo hacerlo, hija mía.

—¿No lo entiendes? No es solo Padre quien ha estado pisoteando cualquier indicio de poder en mí. Toda mi vida has intentado que encajara en este molde y... siento que, si te decepciono, el mundo se derrumba. Me siento culpable por pensar algo que no aprobarías, como si nunca pudieras quererme si yo...

—Siempre te querré —asevera.

—Lo sé, lógicamente, pero ¿cómo me siento? ¿Cómo me has hecho sentir? —Niego con la cabeza—. Tengo toda la eternidad y no estoy segura de que alguna vez averigüe por completo lo que siento por ti porque tus expectativas me hieren.

Alcanza mi mano y dejo que la coja, solo porque incluso ahora me siento culpable por decir todo esto, y ella parece muy triste.

—No recuerdas mucho de tu infancia, ¿verdad?

No es lo que estaba esperando que dijera.

—¿Qué importa?

—Tu primer recuerdo, Perséfone. ¿Cuál es?

Lo pienso.

—Mi anfidromia.

Ella asiente, limpiándose una lágrima del ojo.

—Lo imaginaba. Supongo que es culpa mía. —Coge aliento—. Antes, cuando solo estábamos nosotras en la isla, yo... No había ningún molde en el que quisiera meterte. Solía decirte que podías hacer cualquier cosa, ser quien quisieras, encontrar tu propio sitio en este mundo. Y luego se produjo tu anfidromia y me di cuenta de que estaba criando a una niña cuyo padre nunca le dejaría vivir la vida que ella quería. Pensaba que, si podía hacerte desear la única vida de la que ibas a disponer, podría hacerlo todo más fácil. Te amo incondicionalmente, pero yo... Siento mucho haber renunciado a hacerte sentir así. Nunca quise hacerlo. Yo solo... Perséfone, antes de tu anfidromia te decía que podías tener el mundo entero si querías.

Mis ojos se abren de par en par.

—Y es exactamente lo que pedí.

Y Padre me silenció. Mi padre me dejó claro que las palabras de mi madre eran mentira, que nunca me dejaría tener algo así.

Pero tal vez el daño ya estaba hecho. Nunca dejaría de desearlo.

Atraigo a mi madre para abrazarla y la mantengo cerca. Queda mucho por trabajar, pero creo que estaremos bien.

—Estaré seis meses en la Tierra —digo—. Podremos hablar más entonces. Creo que tal vez deberías hablar con Hécate también. —Me río—. Tenéis más en común de lo que pensaba. Me dijo que la verás en Eleusis.

—¿Por qué?

Un plan a largo plazo, quizá. No como lo quiere Hécate, pero estoy segura de que puedo persuadirla de algo más; un poder unido, un poder que podría ser suficiente, algún día, para deshacer el mundo de mi padre sin una guerra.

Pero eso es una fantasía sin fundamento.

—Supongo que ya lo descubriremos —digo—. Pero ¿nos veremos allí?

Ella asiente. Y luego, supongo que por costumbre, añade:

—Tienes zumo de granada en tu vestido. Mancha, ¿sabes?

Después de despedirme de Madre regreso al mégaron y Hades ni siquiera espera a que lo alcance. Se precipita hacia mí en el momento en que cruzo la puerta, coge mis manos, examina mis muñecas, me quita el pelo de la cara para comprobar si hay algún daño.

—¿Estás herida? Las cadenas o los rayos, ¿ellos...?

—Estoy bien.

—¿Tu madre?

—Tampoco me ha hecho daño. —Parece creerme y aprieto su mano—. Lo prometo, estoy bien. Y creo que mi madre y yo también estaremos bien.

Él asiente y lanza una mirada cautelosa a su alrededor. Ahora no hay dioses aquí, pero podría haberlos en cualquier momento.

—Salgamos del Olimpo.

—Vamos. No soporto estas nubes.

—¿Falta de tierra?

—Sí, y sé exactamente adónde quiero ir.

Tengo que esperar hasta que estemos fuera de las puertas del Olimpo para que mis pies toquen la hierba de nuevo. Las flores nos rodean. Cuando se despejan, estamos en un prado con tallos de asfódelos secos frente a nosotros.

—Esto es...

—Donde te invoqué.

—¿Sicilia?

—Sicilia.

El prado ondea a mi alrededor mientras las flores cobran vida una vez más. Puedo sentir cómo retumba, la vida inundando de nuevo no solo esta isla, sino toda la Tierra. Podría quedarme aquí y el mundo se recuperaría, los círculos se propagarían a través del océano hacia las tierras de más allá. La vida ha vuelto.

Las ninfas no estarán felices de que sus plantas se estén muriendo. Pero no están aquí. El prado está vacío. Sin duda se han marchado con las dríades de los árboles en las lindes del prado, o ahora que me he ido y las protecciones ya no están, tal vez se hayan esfumado con los mortales con los que siempre quisieron coquetear. Espero que sean felices, dondequiera que estén.

Me siento en el suelo que se abrió para mí, donde se formó el agujero y salté.

—Por supuesto, ¿por qué debería esperar sillas? —Hades niega con la cabeza mientras se une a mí. La oscuridad que lo rodea se retira hasta convertirse en una fina neblina sobre su piel.

—Sobrevivirás —le digo cogiendo su mano—. Y supongo que preferirás hablar antes que ver la isla.

—Te has unido al Inframundo.

Me encojo de hombros.

—Solo durante seis meses al año.

—Así que durante medio año cada año para el resto de tu vida estarás atrapada en el Inframundo.

—Claro, me casé contigo para toda la eternidad, pero unirme al Inframundo es lo que demuestra un compromiso.

—Perséfone. —Su voz tiembla como si fuera a romperse en cualquier momento—. Esto es diferente. Incluso yo soy libre de dejar el Inframundo si quiero, pero estarás atrapada allí. Es... Has sacrificado tu libertad.

—El Inframundo es mi libertad.

—Quiero que elijas estar allí, no quedarte atrapada.

—Y he elegido quedarme atrapada allí. Por favor, Hades, lo hemos hecho. Podemos ser felices ahora.

—¿Podemos?

—Hemos ganado.

—No parece una victoria.

—¿Es porque no tenemos copas ni celebración?

—Aparte de sacrificar tu libertad, estás a punto de dejarme, ahora mismo, durante meses. Estarás fuera la mitad del año para el resto de nuestra vida.

Sus palabras me golpean en lo más profundo. Pero si no lo veo como una victoria, si no encuentro lo bueno de todo esto, me voy a derrumbar. Cuando hablo es para convencerme a mí tanto como a él.

—Somos dioses. ¿Qué son seis meses de un año? Tenemos la eternidad.

—Tenemos media eternidad.

Desplazo mis dedos por su rostro, queriendo consolarlo, queriendo tocarlo mientras aún pueda. Levanta su propia mano hacia la mía, la aprieta con fuerza.

—Hades, te amo. —Mi voz se quiebra—. Y también amo el Inframundo, las flores y esta isla. Y a las ninfas.

—Me imagino que la lista continúa.

—Así es.

—Bien, porque Estigia estaría furiosa si no estuviera en la lista.

Me parto de risa y, de repente, está claro que todo va a estar bien.

Porque ¿cómo podría no estarlo? Este juego que nos define, una declaración incómoda seguida de un chiste malo, la forma en que cada uno sabe lo que el otro necesita escuchar, la forma en que nos apoyamos el uno en el otro lo suficiente como para saber que no estamos solos... no pueden quitarnos eso. El tiempo que estaremos separados tampoco lo hará.

—¿Más enfadada de lo que estará cuando descubra que no me he despedido?

—Por las Moiras, tengo que decirle a la corte lo que ha pasado.

—Estarás bien, Hades.

—¿Sin ti? Lo dudo.

—Hemos tenido problemas más grandes que seis meses separados.

—Lo sé, pero aun así.

—Todo lo que siempre he querido es ver el mundo —le digo. Todavía no puedo sentirlo. Todo lo que quiero en este momento es comodidad. Pero sé que cuando salga el sol mañana me preguntaré qué hay más allá del horizonte. Y ahora podré averiguarlo.

—Lo sé —dice suspirando—. Sé que esto es bueno. Tienes la oportunidad de explorar el mundo como siempre has querido y puedes gobernar el Inframundo a mi lado. Pero yo me quedo en el Inframundo. No puedo caminar por este mundo contigo, sería invadir el territorio.

—No te dejaría aunque pudieras. Lo odiarías. ¿Y quién administraría nuestra casa?

—No estoy seguro de preferir el Inframundo sin ti a este mundo contigo.

—Yo exploraré y tú crearás, y el tiempo pasará volando.

—Te lo estás tomando muy bien.

—Me lo tomo de la única manera que puedo. De alguna forma estoy destrozada y eufórica al mismo tiempo, pero ¿sabes cómo no me siento? Preocupada. Te quiero. Eso es todo. Seis meses de diferencia no van a impedirlo.

—Seis meses, Perséfone. Ni siquiera podrás visitarme, y sé que yo no podré. Zeus podría comenzar una guerra sin cuartel si me ve en la Tierra.

Me sobresalto; era algo que ni siquiera había considerado hasta que lo ha dicho.

—Exacto —digo girándome hacia él—. Zeus no podría verte.

Tendría que ser más clara para otra persona, pero no para Hades, mi inteligente y brillante marido que no tiene que separarse de mí para nada porque Zeus le dio un artilugio cuando era niño, un casco para usarlo en la guerra, para espiar sin ser visto al enemigo. Y ahora puede usarlo para el amor, para visitar la Tierra cuando estoy aquí, poner su mano sobre la mía en silencio e incluso, si no podemos decir nada, porque una presencia invisible podría ser algo que los dioses del Olimpo podrían percibir, sabremos que no estamos solos. No podremos hablar, abrazarnos, estar juntos de la manera que deseamos estar, pero estaremos juntos un poco, y podría hacer que todo fuera más tolerable.

Sus ojos se abren de par en par al darse cuenta y, finalmente, sonríe con el éxito de nuestra victoria.

Arranca una ramita cercana de asfódelo y la deja en mi pelo, colocándola detrás de mi oreja.

—Eres lo mejor que me ha pasado en la vida.

—Eso no es justo para Cerbero.

Él se ríe.

—Es cierto. Aparte de mi perro.

—Bueno, dejando a un lado a los perros, tendría que decir lo mismo. Nunca supe que era posible que alguien como tú existiera. Estoy muy contenta de haber corrido al Inframundo, de haberte conocido, de que hayas hecho todo lo que hiciste por mí. Por favor, cuida el más allá. Nos hemos esforzado mucho.

—Lo haré —promete—. Perséfone, yo... gracias. Gracias por entrometerte en el Inframundo y exigir xenía y negarte a irte...

—No pareces muy agradecido, cariño.

—Estoy intentado hacer una despedida dramática y profunda.

—¿Despedida? —repito mientras me pongo de pie, estirándolo para que se ponga de pie conmigo—. Mmm, no. Las ninfas no me iban a dejar en paz hasta que te conocieran. Vienes conmigo.

Él lo sopesa.

—Zeus estará de mal humor durante un día, al menos. Ni siquiera se dará cuenta de que estoy aquí.

—Precisamente. Así que puedes venir a conocer a mi familia.

Parece darse cuenta de lo que supone y sus ojos se abren como platos.

—Oh, pensándolo mejor, Zeus podría aniquilarme en cualquier momento.

—Hades.

—¿Qué? Me da miedo.

—¿Eres el rey del Inframundo y tienes miedo de un puñado de ninfas?

—Sí.

—Entonces bien, estás preparado.

—¿Sabes cuánto tiempo me costó conseguir que las ninfas te hicieran el velo de novia? No estaremos juntos hasta dentro de seis meses y ¿quieres que sufra así primero?

—Deja de quejarte.

—Tenía que enamorarme de ti. ¿No podía simplemente dedicarme a mis cuadros y tapices?

—Alguien me dijo que soy increíblemente fácil de querer. —Me giro para mirarlo, envuelvo mis brazos alrededor de su cuello y lo beso. Me imagino que besar el aire podría ser algo que los dioses del Olimpo perciban, aunque podrían considerarlo una afición bastante tranquila dados sus estándares. El casco puede ofrecer tranquilidad, pero no ofrecerá esto. Seis meses sin tocarlo es claramente imposible.

Él suspira cuando me alejo.

—Muy bien. Me has convencido de que vales la pena.

Arqueo una ceja.

—¿Estás seguro? Porque he sido muy problemática.

—Si quieres seguir convenciéndome, estoy dispuesto.

—Estoy segura de que lo estás, pero no vas a salir de esto con tanta facilidad.

—Seis meses separados —murmura—. Te irás cada año para el resto de la eternidad.

—Sí, y volveré todos los años.

Entrelazo mi brazo con el suyo. Sus pasos son pesados mientras caminamos hacia mi antiguo hogar y suspira, dándose cuenta poco a poco de la posibilidad de que no sea un final, sino un comienzo. Con cada flor que florece a mi paso, no estoy segura de cómo podría ser de otra manera.

La última vez que estuve en este campo huía por mi vida. No sabía lo que estaba buscando y,

definitivamente, no estaba buscando lo que encontré: un hogar, un propósito. A mí misma.

Ahora, con una corona en la cabeza y Hades a mi lado, el futuro es un prado que haré florecer. Tengo poder ahora y mucho más. Tengo dos reinos para recorrer, más poder por encontrar y un mensaje que difundir: todos esos cuentos del Inframundo, todos esos susurros contra el Olimpo.

Este es solo el comienzo.

Tengo dioses que destronar.

Tengo caos que provocar.

Agradecimientos

Este libro ha sido un largo, desordenado y caótico viaje (gloriosamente en sintonía con la marca) y no existiría sin las personas tan brillantes que conforman el Equipo GGQ.

En primer lugar, quiero agradecer a mi agente, Hannah Schofield, cuya fe en este libro nunca vaciló, sin importar cuánto lo hiciera la mía. Hannah fue la que convirtió mi libro en nuestro libro, algo que nunca dejó de ser una experiencia encantadora, conmovedora e increíble. Hannah, eres muchas cosas excelentes y verdaderamente tenaz.

Gracias a mi maravillosa editora, Naomi Colthurst, cuyo apoyo, orientación y sostén son responsables de hacer que *Mujer, diosa, reina* sea su mejor versión. También gracias a Harriet Venn y Stevie Hopwood, quienes han hecho que la publicación de este libro sea divertida y emocionante en cada ocasión.

Para todos los demás de Penguin, ni siquiera sé por dónde empezar. El esfuerzo puesto en este libro ha sido fenomenal y necesito que sepan cuánto aprecio todo lo que han hecho. Si alguna vez llenaron un formulario, escribieron alguna frase, presentaron el libro o corrigieron mis vergonzosos errores gramaticales; entonces, estoy eternamente agradecida.

Se necesitan muchas personas para publicar un libro, así que gracias a todos cuyo arduo trabajo lo ha hecho posible: Candy Ikwuwunna, Shreeta Shah, Laura Dean, Claire Davis, Helen Gould, Debbie Hatfield, Rebecca Hydon, Stella Newing, Alice Grigg, Maeve Banham, Clare Braganza, Beth Copeland, Stella Dodwell, Susanne Evans, Beth Fennell, Zosia Knopp, Magdalena Morris, Rosie Pinder, Chloe Traynor, Zoya Ali, Anda Podaru, Kat Baker, Brooke Briggs, Toni Budden, Ruth Burrow, Aimee Coghill, Nadine Cosgrove, Sophie Dwyer, Nekane Galdos, Michaela Locke, Eleanor Sherwood, Rozzie Todd, Becki Wells, Amy Wilkerson, Alicia Ingram, Sarah Doyle, Desiree Adams y Jenna Sandford. Gracias a todos los de mis editoriales internacionales por llevar mi libro a tantas personas, y gracias a todas las demás personas cruciales que han ayudado a los lectores a descubrir *Mujer, diosa, reina*; desde los maquetadores y repartidores hasta los bibliotecarios, libreros y profesores. Un agradecimiento especial por hacer este libro tan bonito por dentro y por fuera a mi diseñador Jan Bielecki y al ilustrador Pablo Hurtado de Mendoza.

Siempre me ha parecido que la industria editorial está llena de las mejores y más amables personas; me siento muy afortunada de haber tenido la oportunidad de trabajar con todos vosotros. En ese sentido, gracias a cada autor con quien he trabajado en un ámbito profesional que me ha inspirado con su propio talento y dedicación para perseguir este sueño.

Este libro está dedicado a los miembros del S1, antiguos y actuales, quienes estuvieron a mi lado durante los años más difíciles de mi vida. Sin embargo, quiero dar un agradecimiento especial a aquellos que sobrellevaron conmigo el síndrome de hipoventilación central congénita (CCHS, por sus siglas en inglés), y también a los que pasaron junto a mí todo el proceso estresante y desgastante de escribir un libro: Jessica Rome, Megan Salfairso, Eleanor Brown, Laura Ray, Dora Anderson-Taylor y Amanda Wood.

A los compañeros de hogar que lidiaron con mis gritos de «Necesito ser productiva» en momentos inusuales, que me forzaron a hacer descansos (especialmente a los involucrados en los programas de *reality*) y por aguantar la variedad de emociones que implica publicar un libro: Kristina Jones, Claire Kingue, Aoife Prendiville, Fraser Wing, Laura Grady y Saoirse McGlone. A vosotros os digo: hay barcos grandes, hay barcos pequeños, hay barcos que navegan por el mar, pero los mejores barcos son los de la amistad, así que brindemos por ti y por mí.

A mis primeros lectores, que además de los anteriores incluyo a Liberty Lees-Baker, Izzy Everington y Sara Adams. Gracias por vuestras notas, consejos y ánimo constante. También me gustaría agradecer a Isabel Lewis, Natalie Warner y Sophie Eminson por el subidón de ego, *prosecco* de celebración y apoyo en la distancia.

A Daniel Fenton, por llevar todo este caos con calma, lidiar con mi ansiedad casi constante y prepararme muchas, muchas tazas de té. Gracias por hacerlo todo un poquito más fácil.

Gracias también a mi familia por el apoyo y el aliento que me han demostrado a lo largo de los años y por nunca intentar casarme con un atleta olímpico al azar. Mi gratitud a todos vosotros, pero especialmente a Ben David Welsford y Amber Fitzgerald: en primer lugar, me disculpo por poner el listón tan alto para una hermana mayor, pero también quiero decir que este libro se inspiró de muchas maneras al veros a los dos crecer en este mundo. Espero que sepáis que me inspiráis mucho más de lo que alguna vez imaginé, y espero que lleguéis a ser los portadores del caos que deseo ver en este mundo.

Gracias a Cher por enseñarme a creer.

Y, finalmente, gracias a todos los que he conocido en las redes sociales: cada mensaje, cada me gusta, cada palabra de aliento. No puedo deciros cuánto ha significado todo y cuánto sigue significando.

Mujer, diosa, reina
Bea Fitzgerald

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Bea Fitzgerald, 2023
Publicado por primera vez como *Girl, Goddess, Queen* en 2023 por Puffin, un sello editorial de Penguin Random House Children's. Penguin Random House Children's forma parte del grupo de empresas Penguin Random House

Ilustración de cubierta: © Pablo Hurtado de Mendoza
Fotografía de la autora: © Desiree Adams
Traducido por: Daniel Alberto Reyna Lozada

© 2023, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial CROSSBOOKS M.R.
© Editorial Planeta S. A., 2024
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.planetadelibrosjuvenil.com
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico: febrero de 2024

ISBN: 978-84-08-28547-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!